

mircea
cărțărescu
nostalgia



Lectulandia

Nostalgia, la obra que consagró a Mircea Cărtărescu como la voz más potente de las actuales letras rumanas, constituye una auténtica revolución literaria. El volumen, de una calidad prodigiosa, se abre con «El Ruletista», que narra la improbable historia de un hombre al que nunca le ha sonreído la suerte, pero que, sorprendentemente, hace fortuna participando en letales sesiones de ruleta rusa. En «El Mendébil», un mesías impúber de aires proustianos pierde sus poderes mágicos con el advenimiento de su propia sexualidad, y se ve perseguido por una legión de jóvenes acólitos. En «Los gemelos», Cărtărescu se entrega a la bizarra exploración de la ira juvenil, hasta desembocar en la pieza central del libro, «REM», que narra la historia de Nana, una mujer de mediana edad, enamorada de un estudiante de instituto en una Bucarest pesadillesca, enciclopédica, que se eleva a la categoría de ciudad universal.

Lectulandia

Mircea Cărtărescu

Nostalgia

Introducción de Edmundo Paz Soldán

ePub r1.0
equinox 02.02.14

Título original: *Nostalgia*
Mircea Cărtărescu, 1993
Traducción: Marian Ochoa de Eribe

Editor digital: equinox
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

La realidad como ficción

por Edmundo Paz Soldán

Hace un par de años me topé en una librería madrileña con un libro muy breve que me llamó la atención. En la portada, la imagen de un hombre de mejillas encarnadas, con la mirada de alguien que había visto el Misterio y apenas había sobrevivido para contarlo; en la contratapa, la promesa de Mircea Cărtărescu (Bucarest, 1956), un autor que, como cuentista, estaba al nivel de Kafka, Borges o Cortázar. Esas comparaciones me tentaron lo suficiente como para llevarme el libro a casa. *El Ruletista* (1993; Impedimenta, 2010) trataba de un hombre que se convierte en un fenómeno de masas gracias a su capacidad para desafiar a la fortuna —al azar, al destino— en el juego de la ruleta. Quedé impactado: en ese magnífico texto el autor creaba en un nivel un relato cautivante, y en otro lo desmontaba de la manera más radical posible, mostrando cómo la ficción podía servir para cuestionar la naturaleza misma de la realidad. Un cuento posmo, sí, pero que no se agotaba en mostrar el artificio del que está hecha la literatura, sino que se enfrentaba a cuestiones ontológicas.

Descubrí que *El Ruletista* pertenecía originalmente a *Nostalgia*, un libro de relatos publicado por Cărtărescu en 1993 que lo hizo muy conocido en Rumania —ya era, para entonces, el poeta más importante de su generación— y le dio una notable proyección internacional, que no ha hecho más que consolidarse con sus últimos libros —sobre todo la trilogía *Orbitor* (1996-2007), de próxima publicación en España—. Impaciente, me preguntaba cuándo sería traducido *Nostalgia*. Pero por suerte cayó en mis manos *Lulu* (1994; Impedimenta, 2011), una novela inquietante que me permitió entender qué significaba el movimiento del onirismo en la literatura rumana. Por lo que sabía, gracias al prólogo de Marian Ochoa de Eribe —impecable traductora de la obra de Cărtărescu al español— en *El Ruletista*, el onirismo era un intento de utilizar al sueño no solo como «un simple proveedor de imágenes sino [como] todo un modelo compositivo». Para el mismo Cărtărescu, «el sueño no es una huida de la realidad, es una parte de la realidad trenzada de forma inseparable con

todo lo demás». Si *El Ruletista* acercaba a este autor rumano a la corriente de lo fantástico, tal como se desplegó en la Argentina del siglo pasado el Borges de «Las ruinas circulares» o el Bioy Casares de *La invención de Morel*, Lulu mostraba de manera inequívoca su mundo propio. En esta historia de una obsesión —la de Víctor por Lulu, un compañero de liceo—, el relato va desplegándose en un tono afiebrado dentro de un registro que, pese a las intimaciones de lo que está por venir, puede reconocerse como realista —una historia de iniciación sexual en un campamento de verano para adolescentes—, hasta que, de pronto, llega a un punto de inflexión del que no hay vuelta atrás: el narrador ingresa «como un sonámbulo» en el territorio del sueño. La realidad se mezcla con el sueño, se trenza con las pulsiones del subconsciente, y todo es narrado en un mismo plano.

Después de *El Ruletista* y *Lulu*, mis plegarias han sido atendidas y he podido leer, por fin, *Nostalgia*. *El Ruletista* es su texto más famoso, pero las magias que aguardan a los lectores de *Nostalgia* van más allá y son muchas. Cărtărescu ha insistido en llamar a este libro novela, pero, pese a que los cinco textos que lo componen están narrados por el mismo personaje/narrador, y a que cada uno de ellos mantiene múltiples asociaciones simbólicas con los otros textos, como mejor funciona *Nostalgia* es como un maravilloso libro de cuentos. El libro está dividido en tres secciones: la primera, titulada «Prólogo», incluye solamente a *El Ruletista*; la última, «Epílogo», a *El arquitecto*; la del medio, titulada «Nostalgia», incorpora los tres textos restantes: *El Mendébil*, *Los gemelos* y *REM*. El título del libro y de la sección central marcan el proyecto fundamental de este libro: un viaje a «la ruina de todas las cosas», a «lo que ha sido y no va a volver a ser jamás». Un viaje a la infancia y a la primera juventud del narrador por ciertos barrios derruidos del viejo Bucarest —«extenso e intrincado como un laberinto ahogado en remolinos de polvo»—, pero no un viaje realista, sino uno que está consciente de que es imposible llegar a lo que ya fue; lo más que se puede hacer es «un recuerdo de los recuerdos».

Para Cărtărescu, la infancia se convierte en un espacio mítico, el lugar por excelencia del sueño, del juego, de la libertad, de la creación. Crecer es, en cierta forma, morir. Un cuento prodigioso —en más de un nivel— como *REM* puede remitir a Borges, pero también a Lewis Carroll y a Bruno Schulz, esos dos grandes narradores de la infancia y la juventud como territorios de lo mágico. Por supuesto, Cărtărescu sabe que el peligro —las pesadillas del subconsciente, la maldad, la pobreza— acecha en todas partes, incluso en su universo privilegiado: los niños, nada inocentes, pueden torturar a otro niño (como en *El Mendébil*). Al menos, sin embargo, los niños son capaces de enfrentarse a esos miedos con todas las fuerzas de su imaginación. De hecho, *Nostalgia* puede leerse como un ruego del narrador a crecer sin dejar de lado los recursos imaginativos de la infancia, a impedir que los años hagan que la realidad se imponga sobre nosotros, a ficcionar la realidad

para apropiarse de ella, recrearla con la más plena libertad.

REM incorpora una serie de relatos que desencadenan otros relatos, con los clásicos recursos de Cărtărescu para lograr que el registro realista sea dinamitado y dé paso a un universo más fantástico, y para incorporar un giro que le permita al narrador reflexionar sobre lo narrado, insistir en el artificio de la ficción. Si en *Los gemelos* la precisa narración de un hombre maquillándose y vistiéndose de mujer en un baño se corta con la intromisión reflexiva del narrador, en *REM* hay una escena en la que un joven tiene un «montón de hojas mecanografiadas» con el título de «REM».

La prosa, como suele ocurrir con este autor rumano, tiende a ser recargada, barroca, y trata de incorporar todo tipo de percepciones —visuales, olfatorias, auditivas— y símbolos, entre los cuales el más importante «aquí y en toda la obra es el de la telaraña, la red de asociaciones que se despliega hacia todas partes, capturando lo que halla en su camino hacia un potente centro de significados. El efecto final es el de haber leído un cuento de hadas alucinógeno.

En *REM*, una niña tiene como misión aprender a soñar; su aprendizaje le permitirá acceder al *REM* (el mismo nombre de este objeto tiene conexiones con el mundo onírico). La niña juega con sus amigas en las afueras de la ciudad, y sus juegos tienen una cualidad de sueño perverso. Después de los rituales de iniciación, la niña llegará a conocer el *REM*, que se encuentra en un viejo almacén en medio del campo. El *REM* tiene muchas similitudes con el Aleph borgiano —Cărtărescu reconoce en el mismo texto la obvia deuda con Borges—:

Algunos sostienen que *REM* sería un aparato infinito, un cerebro colosal que ordena y coordina, siguiendo un determinado plan y un determinado fin, todos los sueños de los seres vivos, desde los sueños inconcebibles de la ameba y del cólquico, hasta los sueños de los hombres. El sueño sería, según ellos, la verdadera realidad, en la que se revela la voluntad de la Divinidad escondida en *REM*. Otros ven en *REM* una especie de calidoscopio en el que puedes leer simultáneamente el universo entero, con todos los detalles de cada momento de su desarrollo, desde el génesis hasta el Apocalipsis.

En Cărtărescu, el sueño, la ficción, la literatura, son la verdadera realidad. Hay que recordar el destino fantasmagórico de *el Ruletista*, cuya capacidad para salir victorioso en sus desafíos a la ruleta, lleva al narrador a concluir que la realidad en la que viven *el Ruletista* y él es tan solo una ficción: «Pero hay un lugar en el mundo donde lo imposible es posible, se trata de la ficción, es decir de la literatura. Allí las leyes del cálculo de probabilidades pueden ser infringidas, allí puede aparecer un hombre más poderoso que el azar. *El Ruletista* no podía vivir en el mundo, lo cual es en cierto modo una forma de decir que el mundo en el que él vivía era ficticio, que era literatura».

En *El Ruletista*, el narrador y el ruletista se vuelven inmortales al convertirse en

personajes literarios. Los personajes de Cărtărescu viven atrapados en una máquina textual. Solo viven en la página, «viven siempre que su mundo es “leído”». Los que vivimos fuera de las páginas de *Nostalgia* puede que también estemos viviendo en un mundo ficticio. No es poco mérito que las fábulas de Cărtărescu nos hagan poner en duda la realidad en la que nos movemos todos los días.

EDMUNDO PAZ SOLDÁN

Cărtărescu, *enfant terrible* de la literatura rumana^[1d]

por Marian Ochoa de Eribe Urdinguio

Autor imprescindible para unos, objeto de la ira implacable de otros y candidato al Nobel de Literatura en los círculos internacionales, lo cierto es que la producción literaria de Mircea Cărtărescu no deja indiferentes a los lectores, a los críticos ni a los intelectuales de su país. Cărtărescu nació en Bucarest en 1956, estudió en la Facultad de Letras de la capital y se convirtió, desde bien temprano, en líder de opinión entre los jóvenes poetas que frecuentaban el *Cenáculo del lunes*, a cargo por aquel entonces del prestigioso profesor y crítico literario Nicolae Manolescu. Marcado profundamente por esa experiencia, nunca ha dejado de repetir —tal y como recuerda Alexandru Stefanescu en su recientemente publicada *Istoria Literaturii Romane Contemporane*— que los años de estudiante universitario constituyen su «estado espiritual» predilecto. Desde 1989, Mircea Cărtărescu es profesor de la misma Facultad de Letras de Bucarest, ha coordinado un selecto taller de escritura del que han salido algunos de los jóvenes autores más interesantes del momento y participa como profesor invitado en las más prestigiosas universidades europeas.

Su actividad literaria nace en el ámbito de la poesía y se ve bendecida por el éxito temprano: su primer libro de poemas, *Faruri, vitrine, fotografii* (*Faros, escaparates, fotografías*, 1980), obtiene el premio al mejor autor novel por parte de la Unión de Escritores de Rumania. Tras dos incursiones más en el mundo de la poesía, Cărtărescu publica su primer volumen de prosa titulado *Visul* (*El sueño*), en 1989, tan sólo dos meses antes del estallido de la revolución que acabó con la dictadura de Nicolae Ceausescu. Era precisamente «El Ruletista» —el cuento que aquí presentamos—, el que abría la serie de historias interrelacionadas que lo componían. Sin embargo, este relato no superó el control de la censura comunista que lo consideró demasiado violento (el texto llegó incluso a pasar por las manos del presidente de la Unión de Escritores) y el autor se vio obligado a renunciar a él y a aceptar la mutilación de parte de los otros relatos.

Antes de la larga peripecia por salir a la luz, las diferentes historias que lo componían fueron leídas íntegramente en las sesiones del cenáculo estudiantil *Junimea* (*Juventud*), dirigido por Ovid Crohmalniceanu. Su lectura cosechó un éxito sin precedentes entre un público entregado que abarrotaba la sala. Hubo que esperar, sin embargo, hasta 1993 para ver publicado *El sueño* en su totalidad, esta vez bajo el título original de *Nostalgia* —un título que tampoco había sido del gusto de los censores comunistas y que, en realidad, estaba inspirado en la película del mismo nombre del director ruso Andrei Tarkovsky—. A éste le siguieron *Travestí* (1994),

Orbitor (Cegador), *Enciclopedia Zmeilor (La enciclopedia de los dragones, 2002)*, *De ce iubim femeile (Por qué nos gustan las mujeres)*...

¿Dónde se encuadra la obra de Mircea Cărtărescu en el contexto literario de su país? Analizada en su conjunto, la evolución de la literatura rumana del siglo xx está profundamente marcada por la convulsa historia del país. En los años 80, cuando arranca la trayectoria artística del autor, es el Partido —a través de sus diversas instancias interpuestas— el que controla férreamente la actividad literaria, el que fija, en última instancia, el canon literario y decide qué artistas reúnen el perfil adecuado para formar parte del mismo. ¡No se puede olvidar, por increíble que pueda resultarle al lector de hoy en día, que los rumanos estaban obligados a declarar en la policía la posesión de una simple máquina de escribir! Y tampoco es de extrañar, por tanto, que Cărtărescu hable de la naturaleza anormal de gran parte de la literatura rumana de los años 60 y 70.

En ese entorno artístico sometido a la escrupulosa labor de los censores irrumpe la generación en la que se incluye al joven Cărtărescu: se trata de un colectivo de jóvenes autores que aspiran a romper con el lenguaje literario de las generaciones precedentes. Así, no dudan en buscar sus referentes inmediatos en la literatura norteamericana antes que en la europea y seguir la estela de Alien Ginsberg, John Ashbery o Frank O'Hara. Ese movimiento ha sido calificado como «textualismo», «ochentismo» o «lunedismo», pero es la etiqueta de *Postmodernismo* la que más éxito ha cosechado entre los críticos. ¿Hasta qué punto podemos calificar de postmoderna la obra de Cărtărescu? O, más apropiadamente aún, ¿de qué hablamos cuando hablamos del postmodernismo en la literatura rumana? Como el propio autor señala en una reciente entrevista, la «Generación de los 80» no fue otra cosa que el resultado del esfuerzo por acompañar la literatura rumana con la literatura del momento y por enlazarla, a su vez, con la gran generación de los vanguardistas rumanos anteriores a la II Guerra Mundial. Cabe recordar aquí que Rumania es la patria de algunos de los más importantes renovadores del lenguaje literario del siglo xx: nos referimos a Tristan Tzara, al inmenso Urmuz o al padre del teatro del absurdo, Eugène Ionesco. A tenor de este planteamiento, más que de *Postmodernismo* habría que hablar de autores *Neovanguardistas*. Los autores de esa generación, con Cărtărescu a la cabeza, cultivan con frenesí el mismo narcisismo mimado por la vida urbana o el mismo espíritu lúdico, exaltado y pueril de sus predecesores vanguardistas.

En la obra de Mircea Cărtărescu —y el relato que aquí nos ocupa es un acabado ejemplo— late con fuerza, junto a esa vena postmoderna o neovanguardista que acabamos de definir, otra vena que la entronca en una tradición propia y original de la literatura rumana: el *onirismo*. El onirismo como fenómeno literario surgió con fuerza en Rumania finales de los años 60, a pesar de que el régimen comunista

persiguió con saña a los poetas y autores oníricos que mostraban la osadía de expresarse en un lenguaje literario que escapaba al control ideológico y que daba prueba —sin duda lo más grave— de una vigorosa libertad interior. Quizá el caso más representativo de esa persecución impenitente sea el del escritor Dumitru Tepeneag, al que Ceausescu retiró la nacionalidad rumana y convirtió en un apátrida obligado a pedir asilo político en Francia. Los escritores oníricos recurren al sueño de forma diferente a como lo habían hecho los surrealistas. Para ellos, el sueño no es un simple proveedor de imágenes sino todo un modelo compositivo. La obra narrativa de Cărtărescu bebe de ese mismo filón onírico y está profundamente marcada por la presencia de los sueños, del subconsciente. En palabras del propio autor, «el sueño no es una huida de la realidad, es una parte de la realidad trenzada de forma inseparable con todo lo demás». Mircea Cărtărescu se sirve de la actividad oscura del subconsciente, provocada por una lucidez exacerbada, para bucear en la cara oculta de la realidad. Y es que es la lucidez extrema, que a veces se confunde con la locura, la única capaz de abrir esa «puerta dibujada en la pared».

En cuanto al magnífico relato que tienen entre manos, «El Ruletista», hay que señalar, en primer lugar, que ilustra de forma admirable las dos coordenadas fundamentales en que se encuadra la obra de Cărtărescu, el postmodernismo y el onirismo. El texto define una poética en que la mimesis trastorna por completo la relación entre lo real y la ficción. En el desvelamiento de las partidas de ruleta rusa, en esa espiral de muerte que sólo puede conducir a la muerte, el autor está de hecho jugando otra partida, una partida estrictamente literaria en la que el lector se ve atrapado como si de una tela de araña se tratara. La literatura se concibe como un juego, como una apuesta extrema en la que la realidad —aquí radica la propuesta genial de Cărtărescu— decide convertirse en ficción, y el narrador se va despojando de lo inmediato a la espera de encerrarse definitivamente en un mundo de ficción, por él construido.

La decisión de mantener el título original del relato, *Ruletistul*, en lugar de una solución más complaciente, obedece al interés por respetar la fuerza del neologismo rumano. No nos encontramos ante un jugador de ruleta al uso, sino ante un narrador que es arrastrado, y nos va a arrastrar, por los vericuetos de un mundo que bordea la locura. Un narrador que, como él mismo no se cansa de repetir, conoció al Ruletista en primera persona.

MARIAN OCHOA DE ERIBE URDINGUIO

Prólogo

*Deschid cartea, cartea geme,
Caut vremea, nu e vreme.*

*(Abro el libro, el libro llora,
Busco el tiempo, pasó la hora.)*

TUDOR ARGHEZI

EL RULETISTA

Concede el consuelo de Israel

A uno que tiene ochenta años y no tiene mañana.

Transcribo aquí (¿para qué?) unos versos de Eliot. En cualquier caso, no como posible lema para uno de mis libros, porque yo no voy a escribir nada nunca más. Y si, a pesar de todo, escribo estas líneas, en absoluto las considero literatura. Ya he escrito suficiente literatura, durante sesenta años no he hecho otra cosa, pero permítaseme ahora, al final del final, un momento de lucidez: todo lo que he escrito después de los treinta años no ha sido más que una penosa impostura. Estoy harto de escribir sin la esperanza de poder superarme algún día, de poder saltar más allá de mi propia sombra. Es cierto que, hasta cierto punto, he sido honesto de la única manera en que puede serlo un artista, es decir, he querido contarle todo sobre mí, absolutamente todo. Pero la ilusión ha sido más amarga si cabe, dado que la literatura no es el medio adecuado para decir algo real sobre uno mismo. Con las primeras líneas que despliegas en la página, en esa mano que sujeta la pluma, entra, como en un guante, una mano ajena, burlona, y tu imagen, reflejada en el espejo de las páginas, se escurre en todas direcciones como si fuera azogue, de tal manera que de sus burbujas deformadas cristalizan la Araña o el Gusano o el Fauno o el Unicornio o Dios, cuando de hecho tú solo querías hablar sobre ti. La literatura es teratología.

Desde hace unos cuantos años, duermo mal y sueño con un viejo que enloquece por culpa de la soledad. Únicamente el sueño me refleja de forma realista. Me despierto llorando de soledad, incluso aunque de día me sienta acompañado por aquellos de mis amigos que aún viven. Ya no puedo soportar mi vida, pero el hecho de entrar hoy o mañana en una muerte infinita, me obliga a intentar pensar. Por ello —puesto que tengo que pensar, como aquel que, arrojado en el laberinto, tiene que buscar una salida entre paredes embadurnadas de estiércol, o incluso a través de la boca de una ratonera— y solo por ello, escribo estas líneas. No por demostrar(me) que Dios existe. Desgraciadamente, y a pesar de todos mis esfuerzos, nunca he sido creyente, no he sufrido crisis de fe ni de negación de la fe. Quizá hubiera sido mejor serlo, porque la escritura exige drama y el drama nace de esa lucha agónica entre la esperanza y la desesperanza, en la que la fe desempeña un papel, me imagino, esencial. En mi juventud, la mitad de los escritores se convertía y la otra mitad perdía la fe, pero en su obra literaria el efecto era más o menos el mismo. ¡Cómo los envidiaba yo por aquel fuego que sus demonios atizaban bajo los calderos en que se

regodeaban como artistas! Y mírame ahora, en mi escondrijo, un ovillo de harapos y cartílagos por cuya mente o corazón nadie apostaría, porque a mí nadie puede ya quitarme nada.

Permanezco aquí, en mi sillón, aterrorizado por la idea de que ahí fuera ya no exista nada más que una noche sólida como un infinito témpano de brea, una niebla negra que ha engullido lentamente, a medida que he ido envejeciendo, las ciudades, las casas, las calles, los rostros. Parece que el único sol del universo es la bombilla de la lámpara y lo único que ilumina es el rostro de un anciano, arrugado como un higo.

Cuando yo haya muerto, mi cripta, mi guarida, seguirá flotando en esa niebla negra y sólida, y llevará estas hojas a ninguna parte para que nadie las lea. Pero en ellas está, al fin y al cabo, todo. He escrito varios miles de páginas de literatura — polvo, nada más que polvo. Intrigas construidas de forma magistral, fantoches con sonrisas galvanizadas, pero, ¿cómo vas a poder decir algo, por poco que sea, en esta inmensa convención que es el arte? Querrías sacudir el corazón del lector pero, ¿qué hace él? A las tres termina tu libro y a las cuatro empieza con otro, por muy bueno que sea el libro que tú hayas depositado en sus manos. Sin embargo, estas diez o quince páginas son otra cosa, se trata de un juego diferente. Mi lector de ahora no es otro que la muerte. Veo ya sus ojos negros, húmedos, atentos como los ojos de una adolescente, leer mientras completo una línea tras otra. Estas hojas contienen mi proyecto de inmortalidad.

Digo proyecto, aunque todo —y ese es mi triunfo y mi esperanza— es verdad. Qué extraño: la mayoría de los personajes que pueblan mis libros son inventados pero todo el mundo los ha tomado por copias de la realidad. Apenas ahora he reunido el valor suficiente para escribir sobre un hombre real que vivió mucho tiempo a mi lado pero que, en mi convención artística, habría resultado completamente inverosímil. Ningún lector habría aceptado que en su mundo pudiera vivir, apretujado en el mismo tranvía, respirando el mismo aire, un hombre cuya vida es la demostración matemática de un orden en el que ya nadie cree o en el que cree tan solo porque es absurdo. ¡Pero, ay! El Ruletista no es un sueño, no es la alucinación de un cerebro escleroso ni tampoco una coartada. Ahora, cuando pienso en él, estoy convencido de que también yo conocí a aquel mendigo del final del puente, sobre el que hablaba Rilke, en torno al cual giran todos los mundos.

Así pues, querido nadie, el Ruletista existió. También la ruleta existió. No has oído hablar de ella pero, dime, ¿qué has oído sobre Agatha?^[1] Yo viví la época inverosímil de la ruleta, vi cómo se derrumbaban y cómo se amasaban fortunas a la luz feroz de la pólvora. También yo aullé en aquellos sótanos pequeños y lloré de alegría cuando sacaban a un hombre con los sesos reventados. Conocí a grandes

magnates de la ruleta, a industriales, a terratenientes, a banqueros que apostaban sumas muchas veces exorbitantes. Durante más de diez años, la ruleta fue el pan y circo de nuestro sereno infierno. ¿Que no se ha oído ningún rumor sobre ella en los últimos cuarenta años? Piensa un poco, ¿cuántos miles de años han transcurrido desde los misterios griegos? ¿Conoce alguien acaso qué sucedía en realidad en aquellas cavernas? Cuando se trata de sangre, impera el silencio. Todos han callado, tal vez cada uno de los testigos haya dejado a su muerte unos folios tan inútiles como estos, a los que seguirá, con un dedo esquelético, solo la muerte. La muerte individual de cada uno, el gemelo negro que nació junto con él.

El hombre sobre el que escribo aquí tenía un nombre cualquiera que todo el mundo olvidó porque, al poco tiempo, ya era conocido como «el Ruletista». Al decir «el Ruletista» se referían solo a él, aunque ruletistas hubiera bastantes. Lo recuerdo con nitidez: una figura hosca, un rostro triangular sobre un cuello largo, pálido y delgado, de piel seca y cabellos rojizos. Ojos de mono amargado, asimétricos, creo que de diferente tamaño. Causaba una cierta impresión de desaliño, de suciedad. Ese mismo aspecto presentaba tanto con sus harapos de la granja como con los esmóquines que vestiría más adelante. ¡Dios mío, qué tentado estoy de escribir una hagiografía, de arrojar una luz transfinita sobre su rostro y de ponerle fuego en la mirada! Pero tengo que apretar los dientes y tragarme estos tics miserables. El Ruletista tenía una cara sombría, como de campesino pudiente, con la mitad de los dientes de metal y la otra mitad de carbón. Desde que lo conocí y hasta el día de su muerte (por culpa de un revólver, pero no de un balazo) presentó siempre el mismo aspecto. Y, sin embargo, ha sido el único hombre al que le fue concedido vislumbrar al infinito Dios matemático y luchar cuerpo a cuerpo con él.

No es mérito mío el haberlo conocido y poder escribir sobre él. Podría construir, únicamente con su figura ante mis ojos, todo un andamio enormemente ramificado, una Babel de papel, un *Bildungsroman* de mil páginas, en el que yo, un humilde Serenus Zeitblom^[2], seguiría con el corazón en un puño la demonización progresiva del nuevo Adrian. ¿Y después? Incluso aunque —algo muy poco probable— consiguiera crear lo que no he creado en sesenta años de trabajo —una obra maestra—, me pregunto para qué... Para mi objetivo final, para mi gran apuesta (junto a la cual todas las obras maestras del mundo no son más que polvo de clepsidra), es suficiente con hilvanar en tres líneas las etapas de la vida larvaria de un psicópata: el niño brutal, de rostro sombrío, que corta insectos en pedacitos y mata pájaros a pedradas, obsesionado por el juego de canicas y el lanzamiento de herradura (lo recuerdo perdiendo, perdiendo siempre dinero, canicas, botones y peleándose luego con desesperación); el adolescente con arrebatos de furia epiléptica y un apetito erótico exacerbado; el preso condenado por violación y robo. Creo que el único «amigo» en toda esta tortuosa etapa de su vida fui yo, tal vez porque nos conocíamos

desde niños dado que nuestros padres eran vecinos. En cualquier caso, nunca me pegó y me miraba con menos recelo que a los demás, quienesquiera que fueran. Lo visité también en varias ocasiones —me acuerdo— en la cárcel, donde, en el frío verdoso del locutorio, se quejaba todo el tiempo, lanzando unos horribles juramentos, de la mala suerte que tenía en el póquer y me pedía dinero. Casi lloraba por la humillación de perder siempre, de no ser capaz de quedarse con el dinero de los demás en ninguna de las miles de manos que jugaba. Permanecía allí, paralizado sobre el banco verde: un tipo insignificante con los ojos enrojecidos por la conjuntivitis.

No, me resulta imposible hablar sobre él de forma realista. ¿Cómo voy a describir con realismo una parábola viva? Cualquier artificio, cualquier giro o automatismo estilístico que suene a prosa, me horroriza. Tengo que señalar que, tras abandonar la cárcel, se dio a la bebida y que en un año se degradó muchísimo. No tenía trabajo y los únicos lugares donde podías estar seguro de encontrarlo eran algunas tascas de mala muerte donde creo que, además, también dormía. Lo veías pasear de mesa en mesa, vestido con ese estilo inconfundible de los borrachos (una chaqueta sobre la piel y el dobladillo de los pantalones barriendo la acera), pedir que lo invitaran a una jarra de cerveza. Asistí muchas veces a aquella farsa siniestra, para mí dolorosa pero al mismo tiempo divertida, a que lo sometían de vez en cuando algunos parroquianos de la taberna: le hacían venir a su mesa y le decían que conseguiría la cerveza si sacaba el palillo más largo de las dos cerillas que tenían en el puño. Y se morían de risa cuando sacaba siempre el palillo más corto. Nunca —estoy completamente seguro— se «ganó» una cerveza de esta forma.

Más o menos por aquel entonces aparecieron mis primeros relatos en algunas revistas y, poco tiempo después, mi primer volumen de cuentos, que considero, aún hoy, lo mejor que he hecho nunca. En aquella época era feliz con cada línea que escribía, me sentía competir no con los escritores de mi generación, sino con los grandes escritores del mundo. Penetré, poco a poco, en la conciencia del público y del mundillo literario, fui adulado y vituperado a partes iguales. Me casé por primera vez y sentí, en fin, que estaba vivo. Pero esto me resultó fatal porque la escritura no va habitualmente de la mano de la riqueza ni de la felicidad. Ya me había olvidado, por supuesto, de mi amigo, cuando lo volví a encontrar unos años más tarde en un lugar de lo más inverosímil tratándose de él: en un restaurante del centro, bajo la luz tenue, alucinada, de los brazos de unos candelabros con prismas irisados. Hablaba tranquilamente con mi esposa mientras paseaba la mirada por la sala cuando un grupo de hombres de negocios, sentados en torno a una mesa colmada de forma ostentosa, atrajo de repente mi atención. En medio de ellos y centro de su atención, se encontraba él, con su rostro alargado y enjuto, vestido de tiros largos pero con su eterno aspecto de granuja de ojos apagados. Permanecía recostado con gesto de hastío

mientras los demás charlaban con una animación no exenta de zafiedad. Siempre he sentido repulsión ante las mejillas relucientes y los trajes de enterrador indecente con que ese tipo de hombres gusta de hacerse notar. Pero, ciertamente, me sentía en primer lugar contrariado por la inesperada prosperidad material de mi amigo. Me acerqué a su mesa y le tendí la mano. No sé si se alegró de verme, se mostraba impenetrable, pero nos invitó a unirnos a ellos y, a medida que la tarde se adentraba en la noche, entre las muchas banalidades y trivialidades que se fueron ensartando en la conversación, empezaron a abrirse paso palabras pronunciadas al azar, expresiones enigmáticas que los hombres de negocios intercambiaban por encima de aquella mesa abigarrada y ante las que no sabíamos cómo reaccionar. Durante unas cuantas semanas, sentí de pleno el terror de haber vislumbrado, aunque fuera de manera inconsciente, unas perspectivas que se perdían en un espacio distinto a aquel mundo burgués —en definitiva así era, aunque estuviera ligeramente maquillado por los caprichos del arte— en que yo vivía. Más aún: tenía muchas veces, en la calle o incluso en mi despacho, la sensación de ser vigilado, de estar controlado por una instancia indefinida que flotaba diluida en el aire como la bruma del crepúsculo. Ahora sé, con toda seguridad, que estaba siendo sometido a un control exhaustivo porque había sido propuesto para comenzar mi noviciado en el mundo subterráneo de la ruleta.

A veces me colma de felicidad la idea de que tal vez Dios no exista. Aquello que unos años antes me parecía un paraíso sangriento (mi vida en esa época se me representa en un *raccourci* verdoso, parecido al Cristo de Mantegna), ahora me resulta un infierno edulcorado por el olvido, pero no menos posible y, por tanto, terrorífico. La primera vez que descendí a aquel sótano, me decían, para insuflarme valor, que solo la primera partida resulta difícil de soportar, que luego el aspecto «anatómico» de la ruleta no solo deja de causarte disgusto, sino que llegas a descubrir en él el auténtico y dulce encanto de ese juego; al que se le cuele en la sangre, añadían, le llega a resultar tan necesario como el vino o las mujeres. La primera noche me vendaron los ojos y me pasearon, de coche en coche, por las principales calles de la ciudad hasta que ya no habría podido decir quién era y, menos aún, dónde me encontraba. Luego me arrastraron por unos pasillos serpenteantes y descendí unos escalones que olían a piedra húmeda y a gato muerto. Por arriba se oía, de vez en cuando, el traqueteo de un tranvía. Me retiraron el pañuelo de los ojos en un sótano débilmente iluminado por unas cuantas velas; allí, bajo el arco de la bóveda, habían colocado, a modo de mesa, unas barricas de arenques y, a modo de sillas, unos cajones pequeños y unos troncos gruesos de madera. Todo ello evocaba un lagar decorado para resultar más ostentosamente rústico. Esa impresión se veía acrecentada por las jarras de madera y los vasos de cerveza de unos diez o quince individuos muy animados y bien vestidos que, sentados alrededor de las barricas, bebían y hablaban

entre sí mientras me contemplaban. Por el suelo de adobe pululaban unas cucarachas enormes. Algunas, medio aplastadas por un taconazo, agitaban aún las patitas o una antena. Me senté a la mesa en la que se encontraba también mi amigo el pelirrojo. Ya habían hecho las apuestas y estaban apuntadas con tiza en un pizarrín negro, así que deduje que por el momento tendría que contentarme con ser un mero espectador. Las sumas eran muy altas, muy por encima de todo lo que yo había visto apostar nunca en un juego de azar. En un momento determinado, la animación de los accionistas —iba a descubrir que así se llaman los que apuestan en ese juego— decayó, las bebidas quedaron olvidadas en las jarras y vasos y en aquel ambiente ceniciento empezó a flotar poco a poco un olor agrio a alcohol y a cerveza caliente. Las miradas de los presentes en la cava se deslizaban cada vez con más frecuencia hacia la portezuela. La puerta se abrió al cabo de un rato y en la habitación entró un individuo con un aspecto muy parecido al que presentaba mi amigo de la infancia en su época de máxima decadencia. Tenía los bolsillos de la chaqueta rotos y se sujetaba los pantalones con cuerda de embalar. De su cara, que asomaba arrugada entre unos cabellos desgredados, solo se podía decir que era la cara de un borracho. Lo empujaba un patrón —ese es el nombre con que se conoce a los que contratan a los Ruletistas— con aspecto de camarero, que llevaba bajo el brazo una caja grasienta de madera. El borrachín se subió a un cajón de madera en el que yo no había reparado hasta entonces y allí permaneció, encorvado, con el aire caricaturesco de un campeón olímpico. Los accionistas lo miraban agitados, comentando entre ellos algún detalle del aspecto del tipo del cajón. A uno lo sorprendí santiguándose con discreción. Otro se roía con saña los pellejos de las uñas. Otro le gritaba algo al patrón. Pero el alboroto se cortó en seco cuando el patrón abrió la cajita. Todos estiraban el cuello, hipnotizados, hacia el pequeño objeto negro que brillaba como incrustado de diamantes. Era un revólver de seis balas, bien lubricado. El patrón se lo mostró al público con gestos lentos, casi rituales, como muestra un ilusionista las manos vacías con las que va a realizar milagros. Pasó después la palma por el tambor del revólver para hacerlo girar; se oyó un sonido delicado, punzante como la risa de un gnomo. Depositó el revólver en el suelo y del interior de una cajita de cartón sacó un cartucho, con su camisa de cobre reluciente, y se lo tendió al accionista que tenía más cerca. Este lo examinó por todas partes atento y concentrado; asintió levemente con la cabeza, como contrariado por no haber encontrado ninguna irregularidad, y se lo pasó al siguiente. El cartucho dio la vuelta a la habitación y dejó restos de aceite en todos los dedos. Yo también lo toqué por un instante. Me esperaba, no sé por qué, que fuera frío como el hielo, o bien que quemara, pero estaba tibio. El cartucho volvió al patrón, quien, con gestos ostentosos, explícitos, lo introdujo en uno de los seis orificios del tambor. Pasó de nuevo la palma por la pieza móvil de metal que giró durante unos cuantos segundos con el mismo sonido agudo, chirriante. Finalmente,

con una extraña reverencia, le tendió el arma reluciente al hombre del cajón. En medio de un silencio que te pulverizaba los huesos y en el que, lo recuerdo incluso ahora, lo único que se oía era el pulular de las cucarachas gigantes y el leve sonido de las antenas al rozarse entre sí, el hombre se llevó el revólver a la sien. Me dolían los ojos por culpa de la terrible concentración y de la luz mortecina. De pronto, la silueta del mendigo con el revólver en la sien se descompuso en unas cuantas manchas fosforescentes amarillentas y verdosas. La pintura de la pared blanca que estaba a sus espaldas adquirió un relieve enorme: era capaz de distinguir cada hendidura y cada grano de cal, engrosados como la piel de un viejo, y las marcas azuladas que dejaban en la pared. De repente, en el sótano empezó a oler a almizcle y a sudor. El hombre del cajón, con los ojos apretados y una mueca como si notara un sabor horrible en la boca, apretó violentamente el gatillo.

Sonrió después con un gesto cándido y aturcido. El breve clic del gatillo fue lo único que se dejó oír. Bajó del cajón y se sentó encima, abrumado. El patrón se abalanzó sobre él y casi lo tira al abrazarlo. Los presentes en la habitación, en cambio, empezaron a aullar como locos y a lanzar unos juramentos terribles. Cuando el patrón y su Ruletista salieron por la portezuela, los acompañaron con esos silbidos salvajes que no se escuchan más que en los combates de boxeo.

Casualmente, en la primera partida de ruleta a la que asistí, el Ruletista salió indemne. Desde entonces, a lo largo de los años, he asistido a cientos de ruletas y he visto en muchas ocasiones una imagen indescriptible: el cerebro humano, la única sustancia verdaderamente divina, el oro químico donde se encuentra todo, esparcido por las paredes y por el suelo, mezclado con esquirlas de hueso. Piensa en las corridas de toros o en los gladiadores y entenderás por qué ese juego se me coló enseguida en la sangre y cambió mi vida. La ruleta posee, en principio, la simplicidad geométrica y la fuerza de una telaraña: un Ruletista, un patrón y unos accionistas son los personajes del drama. Los papeles secundarios se los reparten el dueño de la cava, el policía que está de ronda por los alrededores, los mozos contratados para deshacerse de los cadáveres. Las sumas relativamente insignificantes que la ruleta les aportaba eran, para ellos, verdaderas fortunas. El Ruletista es, por supuesto, la estrella de la ruleta y la razón de su existencia. Por regla general, los Ruletistas eran reclutados de entre las hordas de infelices necesitados de pan como perros vagabundos, de borrachos o de presidiarios recién liberados. Cualquiera, con tal de estar vivo y de poner su corazón a prueba a cambio de mucho, muchísimo dinero (pero, ¿qué quiere decir dinero en estas circunstancias?), podía llegar a ser Ruletista. Era asimismo deseable que no tuviera, a ser posible, ningún tipo de vínculo social: familia, trabajo, amigos. El Ruletista tiene cinco posibilidades entre seis de escapar con vida. Recibe habitualmente el diez por ciento de la ganancia del patrón. Este debe disponer de unos fondos sustanciosos porque, en caso de que el Ruletista muera, tiene que pagar

las apuestas de todos los accionistas que han apostado en su contra. Los accionistas, por su parte, tienen una posibilidad entre seis de ganar pero, si el Ruletista muere, pueden reclamar su apuesta multiplicada por diez, o incluso por veinte, según el acuerdo establecido previamente con el patrón. Sin embargo, el Ruletista solo tenía cinco posibilidades entre seis de salvarse en la primera partida. Según el cálculo de probabilidades, si volvía a llevarse la pistola a la sien, sus posibilidades disminuían. En el sexto intento, esas posibilidades se reducían a cero. De hecho, hasta que mi amigo entró en el mundo de la ruleta, en el que llegaría a convertirse en el Ruletista con mayúscula, no se conocían casos de supervivencia ni siquiera tras cuatro intentos. La mayoría de los Ruletistas lo era, por supuesto, de forma ocasional, y no volvería a repetir esa terrible experiencia por nada en el mundo. Solo unos pocos se sentían atraídos por la perspectiva de ganar mucho dinero; aspiraban a contratar ellos mismos a otro Ruletista y convertirse así, a su vez, en patrones, algo que podía suceder ya con la segunda partida.

No tiene sentido continuar aquí con la descripción del juego. Es tan estúpido y atractivo como cualquier otro, aunque con la aureola, es cierto, de esa pizca de sangre que resulta del gusto de nuestra infamia. Vuelvo a aquel que acabó con el juego porque lo jugó a la perfección. A tenor de la leyenda que circulaba en aquella época en todas las tabernas de la ciudad, él no fue captado por un patrón sino que oyó hablar de la ruleta y fue solito a venderse. Imagino que el patrón que lo contrató después estuvo encantado de hacerse con un Ruletista de una manera tan sencilla, ya que habitualmente el proceso era largo e irritante, con penosos regateos con aquellos que sacaban su alma a subasta. Al principio, cualquier vagabundo pedía la luna y hacía falta mucha pericia para convencerle de que su vida y su sangre no valían el universo entero sino tan solo un cierto número de billetes en función de la demanda del mercado. Un Ruletista al que no fuera necesario convencer de que, de hecho, era un don nadie o al que no hubiera que amenazar con llamar a la policía, era un golpe de suerte inesperado, sobre todo si ese Ruletista aceptaba sin rechistar la primera cantidad, propuesta por el patrón con la boca pequeña y la mirada huidiza. Sobre aquellas primeras ruletas en las que participó mi amigo no he podido averiguar gran cosa. Supongo que los accionistas apenas se fijaron en él cuando escapó con vida la primera o la segunda vez, puede incluso que la tercera. Fue considerado, como mucho, un Ruletista afortunado. Pero después de la cuarta y de la quinta, se convirtió en la figura central del juego, un verdadero mito llamado a alcanzar proporciones gigantescas en los años posteriores. Durante dos años, hasta nuestro reencuentro en el restaurante, el Ruletista se había llevado el revólver a la sien en ocho ocasiones, por diferentes sótanos del sucio laberinto de los cimientos de nuestra ciudad. Me contaron (y más adelante pude convencerme por mí mismo) que cada una de las veces, en su rostro torturado, de frente estrechísima, asomaba una abrumadora expresión de

espanto, un pánico animal que resultaba insoportable para los espectadores. Era como si ese miedo reduplicara su suerte y le ayudara a escapar con vida. Su tensión emocional llegaba al punto culminante cuando apretaba bruscamente el gatillo con los ojos cerrados y una mueca sarcástica en los labios. Se oía un breve clic e, inmediatamente después, su cuerpo de huesos pesados caía blandamente al suelo, desmayado pero ileso. Permanecía unos días postrado en la cama, exhausto, pero luego se recuperaba rápidamente y retomaba su vida cotidiana, que se repartía entre el cabaret y el burdel. Tenía poca imaginación y, por mucho que se esforzara, no conseguía gastar todo lo que ganaba, así que era cada vez más rico. Se había librado hacía tiempo de la mediación del patrón y se había convertido él mismo en su propio patrón. Era un enigma que siguiera arriesgándose. Solo había una explicación posible, pero únicamente Dios sabrá qué había de cierto en ella: que lo hiciera por alcanzar un cierto grado de gloria, como un deportista que intenta superarse en cada carrera. Si eso fuera verdad, sería algo completamente nuevo en el mundo de la ruleta, donde se jugaba exclusivamente por dinero. ¿A quién se le iba a pasar por la cabeza convertirse en una especie de campeón mundial de supervivencia? Pero lo cierto es que el Ruletista conseguía, por el momento, mantener ese ritmo demencial en una carrera en la que solo había otro concursante: la muerte. Y precisamente en el momento en que esa cabalgada clandestina parecía hundirse en la monotonía (los que venían a presenciar las ruletas de mi amigo no lo hacían por apostar sino por el deseo de ver cómo perdía de una vez por todas, y es que tenían el sentimiento, cada vez más resignado, de que estaban apostando contra el diablo), el Ruletista hizo un primer gesto de desafío que prácticamente acabó con la ruleta porque pulverizó cualquier otra competición que no fuera entre él y aquello que supera nuestra pobre condición. En el invierno de aquel año anunció, a través del sistema de información inefable, seguro y rápido del mundo de la ruleta, que organizaría en Navidad una ruleta especial: el revólver tendría dos cartuchos en el tambor en vez de uno solo.

Las posibilidades de salvarse eran ahora de una entre tres, eso sin tener en cuenta la reducción progresiva de las posibilidades al cabo de tantas partidas. Muchos entendidos seguían pensando, incluso después de la muerte del Ruletista, que esa ruleta de Navidad fue de hecho su golpe maestro y que todo lo que vino luego, aunque más espectacular, fue tan solo la consecuencia de ese gesto. Yo estuve presente en la ruleta de Navidad. El sótano pertenecía a una destilería de coñac y conservaba el químico olor a bebida de mala calidad. Aunque la sala era la más grande de las que yo había visto hasta ese momento, aquella noche estaba llena a rebosar. Miraras donde miraras te encontrabas con rostros conocidos: militares y pintores, unos cuantos sacerdotes barbudos, industriales y mujeres mundanas, todos ellos sobreexcitados por la inesperada innovación en el juego de la ruleta rusa. La pizarra sobre la que dos jóvenes en mangas de camisa apuntaban las apuestas

ocupaba toda la pared detrás del cajón al que tenía que subirse el Ruletista. Este apareció al cabo de un rato, apenas visible a través del humo azulado de la cava. Subió al cajón y, después del ceremonial de la verificación minuciosa del arma y de los cartuchos —que duró mucho más de lo habitual porque nadie quería renunciar al placer de acariciar de forma casi voluptuosa el cañón del revólver—, cogió la pistola, la cargó introduciendo al azar los dos cartuchos en los orificios del tambor y lo hizo girar con la palma de la mano. Se oyó de nuevo, en el silencio de la sala, aquella risita afilada de siempre; el silencio no se vio perturbado por ninguna explosión y sobre las paredes encaladas no se abrió ninguna flor de sangre. El Ruletista se derrumbó en brazos de los que ocupaban las primeras filas, arrastrando los vasos en su caída y haciendo rodar los montoncitos de monedas que atestaban aquellas mesas improvisadas. Lloré entonces como un niño, de emoción y de desesperación, ya que había apostado una suma inmensa y la había perdido, como todos los que rabiaban al comprobar que era evidente que el Ruletista tenía una suerte monstruosa. Salimos de aquella madriguera serpenteante en grupos pequeños, como de costumbre y, en medio de la noche, en el silencio de aquel barrio de las afueras, nos sentimos a lo largo del camino como dirigidos por una mirada diluida en todo lo que nos rodeaba, en la capa deslumbrante, fluorescente, de la nieve que lo cubría todo, en los escaparates adornados con abetos y estrellas de papel de plata, en los escasos transeúntes cargados de paquetes y de niños arrebujados en sus bufandas hasta la nariz y la boca. Alguna que otra mujer, con el rostro enrojecido por el frío y tiritando dentro de su abrigo de piel, arrastraba a su novio o a su esposo hasta los escaparates de botas y pañuelos que arrojaban sobre sus rostros unos reflejos turquesas, azules, violetas. El camino a mi casa pasaba junto a un parque infantil; allí, todo un pueblo de chiquillos churretosos por culpa de las piruletas se detenía absorto ante las casetas de venta de limonada y pasteles. Un padre bien abrigado, que arrastraba por la pista un trineo ocupado por su hija, me guiñó el ojo. Era un patrón al que conocía de otra ruleta. De repente me sentí fatal.

Naturalmente, me prometía a mí mismo una y otra vez que tenía que abandonar el mundo de la ruleta. Pero en aquella época publicaba dos o tres libros al año y disfrutaba de ese éxito que precede a un largo silencio primero y al olvido después. Recuperaba con cada libro lo que había perdido en la ruleta y volvía a hundirme allí, bajo tierra, donde, al parecer, un presentimiento de nuestra carne y de nuestro esqueleto nos atrae mientras estamos vivos. Lo que más me sorprende ahora es el contenido «idealista», «delicado» de aquellos libros, el d'annunzianismo nauseabundo en que me regodeaba. Meditaciones nobles, gestos principescos, bordados de seda, *mots d'esprit* rutilantes y un narrador sabio, omnisciente, que hacía, con la sustancia insustancial de sus historias, miles de malabarismos primorosos. Cuando entré en la conspiración de la ruleta, era imposible que no me

golpearan inmediatamente, como una ola cada vez más impetuosa, más exaltada, las noticias sobre las nuevas reglas del juego impuestas tácitamente por la personalidad arrolladora del Ruletista. Después de repetir un par de veces más la ruleta con dos proyectiles, se hizo inmensamente rico y participaba como accionista en varios sectores de la industria del país. La idea de la ruleta como vulgar negocio, como fuente de ingresos o de riqueza, era simplemente absurda. Por otra parte, sus cuotas tendían a la baja a pesar de los fanáticos que se arruinaban al empeñarse en apostar contra él. Con un simple gesto del Ruletista, todo el sistema de apuestas se había derrumbado. Ahora era de mal gusto organizar ruletas en las que un pobre vagabundo se llevara la pistola a la sien. Ya no quedaban patronos ni accionistas, y el único que organizaba partidas de ruleta era el propio Ruletista. Pero todo se había transformado en un mero espectáculo con entradas en lugar de apuestas; un espectáculo con un solo actor que, de vez en cuando, como un gladiador en la arena, se enfrentaba al destino. Las salas alquiladas eran cada vez más espaciosas. Se renunció por completo a la tradición de las ratoneras, al olor a sangre y a estiércol, a los nombres de resonancias rembrandtianas. Hasta el sótano se hacían llevar ahora pesadas telas de seda de un brillo untuoso, se colocaban copas de fino cristal sobre unas mesas hundidas bajo oleadas de bordados holandeses, había muebles con repujados florales y candelabros con cientos de prismas y colgantes de cuarzo. En lugar de cervezas vulgares, se servían ahora bebidas finas de unas botellas de formas raras. Mujeres vestidas de noche se dejaban guiar hasta las mesas y desde allí contemplaban con curiosidad el escenario, donde por el momento actuaba una orquesta de la que sobresalían, por todas partes, los embudos dorados de las trompetas, los cuellos curvos de los saxofones y los tallos graciosos, en continuo movimiento, de los trombones. Creo que ese aspecto presentaba también la estancia en la que el Ruletista se decidió a cargar el revólver con tres cartuchos. Ahora tenía exactamente tantas posibilidades de sobrevivir como de jugar por última vez a ese juego demente. Porque el nuevo ambiente, el lujo ostentoso que envolvía como una crisálida el insecto terrorífico de la ruleta, no hacía más que incrementar la excitación de los espectadores ante el olor de la muerte. Todo era, por lo demás, absolutamente real. Es cierto que el Ruletista se peinaba con brillantina, que vestía esmoquin y los pantalones anchos de la época, pero el revólver era de verdad y las balas eran reales, y la posibilidad del tan esperado «accidente» era mayor que nunca. El arma pasó de nuevo por todas las manos dejando en los dedos un delicado olor a aceite. Ni las señoras más refinadas de la sala se cubrían los ojos; en ellos se leía el deseo perverso de ver lo que algunas conocían solo de oídas: el cráneo reventado como una cáscara de huevo y esa sustancia ambigua, líquida, del cerebro salpicando sus vestidos. Por mi parte, siempre me ha estremecido el deseo femenino de acercarse a la muerte, su fascinación por los hombres que huelen a pólvora de forma casi metafísica. El increíble éxito que tenía

entre las mujeres aquel chimpancé estúpido y apergaminado que de vez en cuando ponía en peligro su propia vida, debía de tener su origen ahí. Creo que aquellas mujeres nunca habrían amado con más pasión que después de haber asistido a su muerte: habrían llegado a casa con sus amantes y se habrían arrancado los vestidos ensangrentados, manchados de pegotes de una sustancia cenicienta y de líquido ocular. Pero el Ruletista subió al cajón cubierto por un tisú rojo, se llevó la pistola a la sien y, con la misma expresión de pánico paroxístico en su rostro, apretó el gatillo. Luego, en medio de aquel silencio que paralizaba todo durante unos segundos, se oyó tan solo el golpe sordo de su cuerpo contra el suelo. Tras unos días de delirio en el hospital, el Ruletista volvió a su vida cotidiana. Me cuesta olvidar su rostro torturado mientras yacía boca arriba sobre la alfombra de Bujara colocada a los pies del cajón. En otra época, los Ruletistas que se salvaban eran abucheados, algunas veces llegaban incluso a ser golpeados por los desesperados accionistas; ahora, en cambio, aplaudían a mi amigo como a una gran estrella de cine y rodeaban con veneración su cuerpo inconsciente. Las jóvenes se apiñaban en torno a él llorando histéricas y eran felices si conseguían tocarlo.

Aquella ruleta con tres cartuchos lubricados en el interior del tambor se confunde en mi cabeza con las que siguieron después. Era como si la soberbia diabólica del Ruletista lo arrastrara cada vez con más fuerza a provocar a los dioses del azar. Pronto anunció una ruleta con cuatro cartuchos clavados en los alvéolos del tambor y, más adelante, con cinco. ¡Un solo orificio vacío, una única posibilidad, entre seis, de sobrevivir! El juego ya no era un simple juego e incluso el más superficial de los asistentes que ocupaban ahora los sofás de terciopelo podía sentir, no con la cabeza, ni con el corazón, sino en los huesos, en las articulaciones y los nervios, la grandeza teológica que había adquirido la ruleta. Después de que el Ruletista cargara el arma e hiciera girar el tambor, provocando de nuevo la risita entrecortada de metal negro, bien lubricado, la pieza pesada y hexagonal de los cartuchos detuvo su único agujero ante el cañón. El clic del gatillo, que sonó seco, y la caída del Ruletista fueron envueltos por un silencio sagrado.

Sentado ante mi escritorio, me cubro con una manta y, sin embargo, tengo un frío espantoso. Mientras escribía estas líneas, mi habitación, mi cripta, ha viajado a tanta velocidad a través de la neblina negra exterior que me siento mareado. He dado vueltas y más vueltas en la cama durante toda la noche, soy un saco de huesos empañados por la transpiración. Fuera no hay nada, nunca. Por mucho que avances en cualquier dirección, hasta el infinito, solo encuentras esta niebla negra y densa, sólida como la pez. El Ruletista es mi apuesta y debería ser el trocito de masa en torno al cual podría volver a crecer el pan ligero del mundo. En caso contrario, todo, si es que existe un todo, es plano como una torta. Pero si ha existido, y lo ha hecho —

ahí está mi apuesta—, entonces el mundo existe y yo no me veré obligado a cerrar los ojos ni tampoco, con la piel arrugada pegada a los huesos y la carne por fuera como un abrigo de sangre, a avanzar así por toda la eternidad. Con esta historia me fabrico un acuario, el más mísero, porque no me interesa un acuario ornamental en el que él y yo, garantía cada uno de la realidad del otro, intentemos sobrevivir como dos peces semitransparentes, con los latidos del corazón visibles, arrastrando a nuestro paso un fino hilillo de excrementos. Me horroriza la idea de que el acuario tenga agujeros. Por Dios, tengo que hacer un esfuerzo, aunque ya no siento la columna...

Durante muchos años el Ruletista se aferró a su ángel de la guarda, luchando por hacerlo bajar y arrastrándolo consigo a todas partes. Llegó así la noche en que lo agarró del cuello con ambas manos y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, le miró directamente a los ojos. Pero el Señor, hacia la mañana, lo arruinó y le cambió de nombre... Aquella última velada de ruleta, prácticamente toda la elite de la ciudad se había congregado en la gigantesca sala refrigerada situada en los sótanos del matadero. La decoración de la misma podía resultar chocante a aquellos que se habían acostumbrado al lujo ostentoso de las salas anteriores, más propio de advenedizos. No sé si la intuición de alguien o una reminiscencia del *à rebours* nos había conducido a aquel híbrido nostálgico, a aquella mezcla en cierto modo perversa de promiscuidad y refinamiento, cuyo efecto era mucho más poderoso que el del fasto de unos meses atrás. A primera vista, excepto por las dimensiones de la sala, tenías la impresión de encontrarte en una de aquellas cavas miserables de los tiempos «prehistóricos» de la ruleta. Las paredes estaban llenas de dibujos obscenos y de inscripciones grabadas o toscamente trazadas con carboncillo, pero un ojo avisado no podía dejar de observar desde un primer momento el refinamiento estético, el trazo gráfico coherente y emocionante de un gran artista, cuyo nombre, por motivos evidentes, prefiero no recordar. Las mesitas de maderas preciosas y estuco dorado imitaban los barriles de arenques en torno a los cuales se colocaban los accionistas de otra época. Las jarras de cristal imitaban el aspecto primitivo de las de vidrio barato, incluso sus reflejos verdosos y sus mellas artificiales. Las pantallas sombrías esparcían una luz mórbida, como de antorcha de sebo, mezclada con oleadas de humo —azulado como el de los puros de antaño pero perfumado ahora con almizcle— que despertaban un sentimiento delicado, nostálgico. Sobre el escenario de la sala había una caja de naranjas auténticas, acarreadas desde el puerto, con las inscripciones de una empresa árabe. En la habitación, atraídos por la apuesta fantástica de aquella velada, podías reconocer, ataviados con sus chilabas blancas, a varios magnates del petróleo, a estrellas de cine y cantantes de moda, a industriales con la pechera almidonada y un clavel en el ojal. Todos habían aceptado, en la entrada, que les taparan los ojos con un pañuelo que no podrían quitarse hasta llegar a la sala. Yo

mismo era —lo digo con tanto disgusto que no puedo ser acusado de falta de modestia— una especie de vedette que atraía todas las miradas, incluso las de los que se encontraban junto a mí aquella noche. Nunca se había hecho tanta publicidad de mis libros, que eran cada vez más gruesos y más de su gusto: nobles, sí, ante todo nobles. Generosos, ante todo generosos. Así sonaba la justificación del jurado cuando me concedieron el Premio Nacional: «Por la humanidad noble y generosa de sus libros, por el pleno dominio del lenguaje expresivo».

Cuando el Ruletista apareció en la sala vestido con unos extravagantes jirones de tela que imitaban, con buen gusto, sus harapos, y cuando el propietario de la sala, disfrazado de patrón, abrió la caja que llevaba bajo el brazo y presentó ante el público un Winchester (que pertenece ahora a una colección particular) de puño de marfil y cañón reluciente, se nos cortó la respiración. No podíamos creer que fuera cierto lo que estaba a punto de suceder. ¡Porque el Ruletista había anunciado unas semanas antes que en la próxima ruleta cargaría el revólver *con las seis balas!* Entre la evolución de un cartucho a cinco —por muy inverosímil que fuera también esta— y la locura de ahora se abría el abismo entre una posibilidad o ninguna. La pizca de cordura que el Ruletista había conservado en sus experimentos se evaporaba ahora bajo el millón de esporas de la certeza. El examen de los cartuchos y del revólver nos llevó horas. Cuando se los devolvieron, el Ruletista, subido en su cajón, los agitó un instante en el puño como si fueran dados y luego los introdujo, uno a uno, en los agujeros del tambor. Con un movimiento brusco de la mano lo hizo girar. «Es inútil», recuerdo que susurró alguien a mi lado. En medio de un silencio aterrador, se oía con claridad la risita dentada que emitía el tambor al girar. Temblando, con el rostro convulso, con esa mirada de pánico que solo tienen los que agonizan, se llevó la pistola a la sien. La gente se puso en pie.

Yo lo miraba con tanta concentración que sentía cómo se me hinchaban las venas de las sienes. Veía cómo se elevaba despacio, tembloroso, el gatillo del revólver. Y de repente, como si aquella vibración se hubiera extendido por toda la sala, sentí que el suelo bajo mis pies se hundía. Volví a ver cómo el Ruletista caía del cajón y cómo el revólver se descargaba con un estallido apocalíptico. Pero el aire estaba ya saturado por un rugido sordo, hendido por los gritos de las mujeres y por el crujido de las botellas hechas añicos. Atenazados por el pánico al espacio cerrado, nos pisoteamos unos a otros mientras nos atropellábamos por salir cuanto antes. Las sacudidas duraron unos cuantos minutos y transformaron calles enteras en montones de escombros y de hierros retorcidos. Justamente en la entrada, un tranvía había descarrilado, se había empotrado contra el escaparate de una tienda de muebles y había destrozado los cristales. Una hora más tarde, el terremoto se repitió, aunque esta vez de forma más débil. ¿Quién tuvo el valor suficiente para entrar en su casa aquella noche? Vagamos por las calles hasta que la niebla del alba clareó el horizonte

y el polvo de los edificios derrumbados se posó en el asfalto. Apenas entonces recordé que el Ruletista se habría quedado probablemente abandonado allí, en el sótano del mercado, y volví para ver si seguía vivo. Lo encontré tendido en el suelo, al cuidado de unos cuantos individuos. Tenía una pierna dislocada a la altura de la cadera y gemía de dolor. A su lado estaba aún el revólver, que olía a pólvora y que tenía solo cinco balas en el tambor. El sexto había dejado un agujero negruzco en una de las paredes de la habitación, cerca del techo. Paré un coche que pasaba por la calle y llevé a mi amigo de la infancia al hospital. Se repuso rápidamente pero cojeó durante el año que le quedaba de vida. Esa noche fue el entierro de la ruleta, que se borró de la mente de todos tal y como olvidamos, habitualmente, cualquier cosa que hayamos realizado a la perfección. Las generaciones más jóvenes, las de después de la guerra, no han conocido ya semejantes Misterios. Yo me limito a dejar testimonio —pero para ti, nadie; para ti, nada.

Desde la noche del terremoto, el Ruletista se sumergió en unos barrios de dudosa reputación y dejó a su paso, como de costumbre, una cadena de escándalos apenas encubiertos. Al parecer, nunca más volvió a pensar en la ruleta.

Ya no puedo escribir siquiera una página al día. Me duelen constantemente las piernas y las vértebras. Me duelen los dedos, los oídos, la piel de la cara. ¿Qué habrá, qué existirá después de la muerte? ¡Me gustaría creer, cuánto me gustaría hacerlo! Creer que allí se abrirá una vida nueva, que nuestra situación actual es larvaria, un compás de espera. Que el yo, puesto que existe, debe encontrar una forma de asegurar su permanencia. Que me convertiré en otra cosa infinitamente más compleja. De lo contrario es absurdo, y no encuentro espacio para lo absurdo en el proyecto del mundo. Miles de millones de galaxias, campos imperceptibles, en fin, este universo que rodea mi cabeza como un aura no podría existir si yo no tuviera que conocerlo en su totalidad, poseerlo, ser él. Esta noche, acurrucado bajo mi edredón, he tenido una especie de visión. Acababa de nacer de un vientre alargado, sangriento, indeciblemente obscuro, que me había expulsado con un movimiento rotatorio. A una velocidad infinita, dejando atrás restos de lágrimas, linfa y sangre, me adentraba en la oscuridad. Y de repente, en el borde de la noche, se planta ante mi cara un inmenso Dios de luz, tan gigante que no cabía en mis sentimientos ni en mi entendimiento. Me dirigía hacia su enorme pecho y los rasgos de su severo rostro escapaban hacia arriba y se combaban en el límite de mi campo visual. Poco después no veía más que la gran luz amarilla de su pecho; lo he atravesado rodando y, tras una travesía infinita a través de su carne de fuego, he salido por su espalda. Al mirar atrás, mientras ascendía volando, he visto al colosal Jehová derrumbarse boca abajo hacia la derecha. Ha ido disminuyendo poco a poco hasta desaparecer, yo me encontraba de nuevo solo en aquella noche sin límites. Al cabo de un tiempo imposible de calcular (pero que yo

calificaría de eternidad), en el margen de mi campo visual se eleva otro Dios enorme, idéntico al primero. He atravesado también a este y he seguido adentrándome en el vacío. Luego, tras una eternidad, ha aparecido otro. La hilera de Dioses, al mirar hacia atrás, iba en aumento. Eran cientos, luego miles, se derrumbaban boca abajo, unas veces hacia la derecha y otras hacia la izquierda, como si fueran los dientes de una gigantesca cremallera de fuego. Y al abrir la cremallera en mi vuelo, he desvelado el pecho del Dios verdadero, un *raccourci* más grandioso que cualquier otra cosa de este mundo. Al darme la vuelta, carbonizado por su luz, me he elevado tan alto por encima de él, que me ha sido concedido poder verlo en su integridad. ¡Qué hermoso era! Su torso peludo, como de toro, tenía senos de mujer. Su rostro era joven, coronado por la llamarada de una melena peinada en miles de trenzas; las caderas, anchas, cobijaban su poderoso miembro viril. Todo él, de la cabeza a los pies, era solo luz. Tenía los ojos entreabiertos, sonreía de forma extática y triste, y justo a la altura del corazón, bajo el seno izquierdo, asomaba una herida terrible. Entre los dedos de la mano derecha sujetaba, con un gesto indeciblemente gracioso, una rosa roja. Flotaba así, tumbado, en un espacio que se esforzaba por abarcarlo, pero que parecía absorbido, abarcado por él... Me he despertado entre los muebles fríos de mi habitación, con un sollozo seco, senil. He querido destruir estas páginas que he ido amontonando aquí con tanta inconsciencia. Pero, ¿qué puede hacer un hombre que ha dedicado toda su vida a escribir literatura? ¿Cómo puedes abandonar los arcanos del estilo? ¿Cómo, con qué instrumentos puedes exponer en una página un testimonio puro, libre de la cárcel de las convenciones artísticas? Tengo que asumirlo y tener el valor de reconocerlo: de ninguna manera. Lo he sabido desde el principio, pero, con la astucia de un animal acosado, he ocultado mi juego, mi postura, mi apuesta, a tus miradas. Porque, finalmente, he apostado únicamente por la literatura. He seguido, en mi razonamiento masoquista, pascaliano, precisamente aquello que parecía estar en mi contra. He aquí todo mi razonamiento, eso que me hace llevar hasta el final (solo yo sé con cuánto esfuerzo) esta «historia»: *he conocido al Ruletista*. Eso no puedo ponerlo en duda. A pesar del hecho de que era imposible que él existiera, lo cierto es que ha existido. Pero hay un lugar en el mundo donde lo imposible es posible, se trata de la ficción, es decir, la literatura. Allí las leyes del cálculo de probabilidades pueden ser infringidas, allí puede aparecer un hombre más poderoso que el azar. El Ruletista no podía vivir en el mundo, lo cual es en cierto modo una forma de decir que el mundo en el que él vivía era ficticio, que era literatura. No tengo ninguna duda, el Ruletista es un personaje. Pero entonces yo también soy un personaje y aquí no puedo evitar mostrarme exultante de alegría. Porque los personajes no mueren jamás, viven siempre que su mundo es «leído». Aunque jamás consiga besar a su amada, el pastor pintado en una urna griega sabe al menos que la va a contemplar eternamente. Esta es mi apuesta y mi esperanza.

Espero con toda mi alma —y tengo un argumento poderoso: el Ruletista— ser el personaje de un relato y, aunque tengo ochenta años, no morir nunca porque, de hecho, no he vivido nunca. Quizá no viva dentro de una historia importante, quizá sea tan solo un personaje secundario pero, para un hombre que afronta el final de su vida, cualquier perspectiva es preferible a la de desaparecer para siempre.

Por lo que a la fantástica fortuna del Ruletista respecta, se han lanzado cientos de suposiciones. ¿Qué otra cosa puedo hacer que añadir otra, acaso más real o, al menos, más coherente que las demás? Conociendo al Ruletista desde niño, sé que, de hecho, no ha sido la suerte sino, por el contrario, la más negra de las suertes, una mala suerte sobrenatural diría yo, la que siempre lo caracterizó. Nunca experimentó la alegría de ganar siquiera el más pueril de los juegos en que interviniera el azar. Desde las canicas hasta las carreras de caballos, del lanzamiento de herraduras contra una estaca hasta el póquer, el destino parecía seguirlo como a un bufón, parecía contemplarlo con una mirada siempre irónica. La ruleta fue su gran oportunidad y es sorprendente que ese hombre, dotado de un pensamiento tan rudimentario, tuviera sin embargo la astucia de sacar provecho del único punto por donde podía atravesar, como un escorpión, la coraza del destino, y transformar la sempiterna burla en un triunfo eterno. ¿De qué manera? Ahora me parece simple, primitivo pero, al mismo tiempo, genialmente simple: *el Ruletista apostaba contra sí mismo*. Cuando se llevaba la pistola a la sien, él se desdoblaba. Su voluntad se volvía en su contra y lo condenaba a muerte. Estaba firmemente convencido, cada una de las veces, de que iba a morir. De ahí, creo, esa expresión de pánico infinito que afloraba en su rostro. Pero puesto que su mala suerte era absoluta, lo único que podía hacer era fracasar siempre en todos y cada uno de sus intentos de suicidarse. Quizá esta explicación sea una tontería pero, como decía, me resulta imposible considerar otra que se pueda sostener. Por lo demás, ahora ninguna de ellas tiene ya importancia...

Estoy agotado. Hago un ímprobo esfuerzo por escribir una página más. Será la última, porque los dados están lanzados y el acuario está listo. Tengo que cerrar la última fisura por donde escapa el agua; luego permaneceré durante largo tiempo inmóvil junto a él. Únicamente nuestras colas y nuestras aletas palparán de vez en cuando. Espero ese momento con tanta ansiedad que apenas me queda paciencia para referir hasta el final la historia del Ruletista. La muerte le llegó rápido, después de la ruleta de seis cartuchos a la que había sobrevivido de forma increíble. Poco menos de un año más tarde, al volver de la taberna en una mañana lechosa, fue bruscamente empujado hacia un callejón promiscuo. Un adolescente que no llegaba a los dieciséis le puso un revólver en la sien y le pidió el dinero. Fue encontrado muerto junto al revólver unas horas más tarde, el pobre chaval no había borrado siquiera sus huellas. El cadáver no tenía señales de violencia, y el análisis médico constató que la muerte

la había provocado un ataque al corazón. Por otra parte, en el interior del revólver, que no había sido disparado, no se encontró ningún cartucho. El joven fue localizado aquel mismo día, escondido en casa de unos amigos, y se aclaró todo. Su intención había sido simplemente la de atracarlo. La pistola estaba descargada y la había utilizado solo para intimidar. Pero el borracho al que había atacado sufrió una crisis de pánico y se desplomó pesadamente en el suelo; el chico perdió la cabeza, arrojó el revólver al suelo y salió corriendo. Puesto que no tenía amigos y nadie parecía conocerlo (yo mismo permanecí escondido unos cuantos días, hasta que todo hubo pasado), el Ruletista fue enterrado de prisa, con una cruz sencilla, de madera, en la cabecera de la tumba.

Así cierro yo también mi cruz y mi mortaja de palabras, bajo las que esperaré hasta mi resurrección, como Lázaro, cuando oiga tu voz clara y poderosa, lector. Concluyo, para que la losa tenga un epitafio y se cierre el círculo, con esos versos de Eliot que tanto me gustan:

*Concede el consuelo de Israel
A uno que tiene ochenta años y no tiene mañana.*

NOSTALGIA

*Să smulg un sunet din trecutul vieții,
Să fac, un suflet, ca din nou să tremuri
Cu mâna mea în van pe lira lunec.*

*Pierdut e totun zarea tinereții
Si mută-i gura dulce a altor vremuri,
Iar timpul crește-nurma mea... mă intunec!*

*(Por arrancar un sonido del pasado de la vida,
Por hacer, oh alma, que tiembles de nuevo
En vano acaricia mi mano la lira.*

*Se ha perdido todo en el horizonte de la juventud
Y muda es la dulce boca de otros tiempos,
El tiempo crece a mis espaldas... ¡me ensombrezco!)*

MIHAI EMINESCU

EL MENDÉBIL

Sueño muchísimo, en colores dementes, tengo en los sueños sensaciones que no busco nunca en la realidad. He anotado cientos de sueños a lo largo de los últimos diez años; algunos se repiten de forma compulsiva y me empujan a las mismas horcas caudinas de la vergüenza, la rabia y la soledad. Por supuesto, dicen que el escritor pierde por cada sueño un lector, que los sueños resultan aburridos en una historia, que no son sino un método anticuado de *mise-en-abyme*. Pocas veces, es cierto, resulta un sueño interesante para los otros. Además, los escritores abusan en ocasiones de esas falsificaciones, construyen sueños del calibre deseado para reflejar y ordenar la realidad difusa de la historia, al igual que, si colocas el capuchón de una pluma estilográfica en medio de un garabato anamorfo, ves reflejada en él la imagen de una mujer desnuda. Puesto que quiero comenzar esta historia con un sueño, intento defenderme en cierto modo de la acusación de pereza e ingenuidad que surgirá de inmediato.

Soy, como ya sabéis, un escritor ocasional. Solo escribo para vosotros, queridos amigos, y para mí. Mi verdadera profesión es aburrida, pero a mí me gusta y conozco muy bien sus trucos. Sin embargo, los trucos de la escritura me dejan frío. Desde hace algo más de un año, desde que asisto a vuestros encuentros dominicales, habría podido aprender muchísimo sobre la técnica a través de la cual se liga una historia. En cualquier caso, sin embargo, me temía que no tendría demasiado que decir. De hecho, hasta la noche en que soñé lo que quiero contaros, estaba convencido de que no había nada en mi vida que mereciera salir a la luz. Así que no pretendo llevar a cabo una *mise-en-abyme*, solo quiero comenzar porque estoy convencido de que, tanto en la vida como en la ficción, el comienzo da el tono. Incluso en la locura. Recuerdo cómo empezó a perder el norte un amigo mío. Llegó un día muy agitado a mi apartamento y me relató con una extraña coherencia lo que le había sucedido una hora antes: «He cogido el tranvía para ir a visitar a un conocido. Por culpa del frío, las ventanillas estaban empañadas. En el asiento de delante había una mujer como de pueblo, con una zamarra marrón sucia y un pañolón verde. No me había fijado en ella hasta que ha levantado una mano burdamente enguantada y ha limpiado una parte de la ventanilla empañada. Estaba precisamente mirando a través de la mancha transparente cuando el tranvía ha entrado en el túnel y la mancha se ha vuelto negra como la brea sobre el fondo blanco del resto de la ventana. Pues bien, la mancha reproducía perfectamente el famoso perfil de Goethe. Todo estaba ahí: la nariz recta que nace directamente de su frente oblicua, la peluca que acaba en una cola de caballo, los labios firmes, la barbilla redonda...».

En fin, no voy a alargarme más y voy a comenzar la historia del sueño que he mencionado. Hace unos dos meses soñé que estaba simplemente encerrado en un

frasco, pero en uno que parecía tallado en cristal de roca. Daba vueltas de aquí para allá por aquel frasco en el que, de vez en cuando, centelleaban arcoíris, y contemplaba encantado a través de sus paredes el mundo fluido, tembloroso, del exterior. Un pájaro venía aleteando desde las lejanas montañas y, a medida que se acercaba, se ensanchaba al combarse sobre las paredes curvas. Cuando estuvo bien cerca, vi su ojo almendrado, enorme, que crecía como dentro de una lupa y que de repente me abarcó por todas partes. Me tapé la cara con un sentimiento terrible de vergüenza y de placer. Cuando volví a mirar, observé que en las paredes del frasco — que lanzaban destellos demenciales— habían aparecido los contornos delicados de una puerta. Me lancé hacia ella espantado ante la idea de que pudiera estar abierta. Pero respiré aliviado: un candado enorme, blando, como de carne, colgaba en la puerta. Por el senderito que descendía desde las lejanas montañas y terminaba ante mi puerta, venía una niña. Parecía obediente y bien educada mientras avanzaba, con unos grandes lazos en las trenzas y la boquita húmeda, hacia la puerta. Las paredes del frasco se habían vuelto rectas y claras como si fueran de cristal y de repente sentí un miedo irracional, un terror que no he vuelto a experimentar jamás. La niña había llegado a la puerta y había empezado a golpear con sus puñitos nacarados el grueso cristal. Debido al pánico, me había tirado al suelo y me retorcía, pero no le quitaba ojo. Cuando agarró el candado, sentí que se me abrían las carnes, que me estallaba el corazón. Entonces rompió el candado y, con las manos embadurnadas de sangre, empujó la pesada puerta de cuarzo. Se quedó paralizada ante mí, en el umbral, en una actitud que me resulta imposible describir porque no existen palabras para ello. Y de repente vi la escena desde un punto situado a espaldas de la niña, mientras me alejaba por el sendero que conducía a las montañas lejanas. Empecé a abarcar con la mirada una superficie cada vez más vasta de las paredes macizas de vidrio o de hielo o de cristal del frasco, que no era en ningún caso un frasco, sino un gigantesco castillo, una construcción obtusa, con cornisas y estucados y volutas y gorgonas y claraboyas y balcones y almenas y torreones y canalones de una materia fría y transparente. Y en el centro de los miles de salones de paredes transparentes me encontraba yo, tirado en el suelo, y la niña en el dintel de la puerta abierta de par en par; a sus espaldas, desde la entrada en el castillo hasta la cámara central, había cientos de puertas abiertas con candados ensangrentados.

Me desperté con una sensación estúpida que me llenó de desazón durante toda la mañana, pero no recordé el sueño hasta después de comer; al principio fueron como unos destellos de pura emoción en el plexo, luego, en la escuela, mientras me escuchaban mis alumnos, como unas dolorosas secuencias ininteligibles. Necesité también el día siguiente para poder reconstruir todo lo que he contado aquí. Más aún, no sé por qué, pero tengo la impresión de que había recordado mucho más de lo que ahora sé y que, entre tanto, lo he olvidado. Sí, ahora, mientras escribo, me

relampaguea la idea de que supe qué gestos hizo y qué palabras pronunció la niña del sueño, pero siento que me resulta absolutamente imposible concentrarme sobre ellos. Espero recordarlos a lo largo de este relato...

Intenté, como de costumbre, después de anotar el sueño, realizar su anamnesia. Comencé al azar, esforzándome por recordar algún detalle que pudiera ligar a alguna secuencia del sueño. Tras una ensoñación de un par de horas ante la taza de café — durante las cuales miré fijamente el dibujo de la taza, una mariposa púrpura con dos manchas como dos ojos inmensos, azules, con un borde dorado en ambas alas y el cuerpo en forma de gusano claro, desagradable— apunté en mi cuaderno el siguiente texto, que se me ocurrió de forma espontánea: «Cuando sueño, una niña salta de su cama, se dirige a la ventana y, con el rostro pegado al cristal, contempla cómo se pone el sol sobre las casas rosas y ocres. Vuelve la cara hacia el dormitorio rojo como la sangre y se acurruca de nuevo bajo la sábana húmeda. Cuando sueño, algo se acerca a mi cuerpo paralizado, toma mi cabeza entre sus manos y la muerde como si fuera un fruto translúcido. Abro los ojos pero no me atrevo a moverme. Salto bruscamente de la cama y me dirijo a la ventana. Miro hacia afuera: el cielo es todo estrellas». E inmediatamente, como si hubiera pronunciado una fórmula sagrada, comencé a recordar algo. Algunas cosas las he olvidado, pero sé que de repente comprendí que la historia del tarro procedía de una conversación telefónica que había mantenido con mi antigua novia, la cual, entre otras cosas, me contó que se había comprado una pareja de hámsteres y que los tenía en un frasco con aserrín. Luego me vino a la cabeza mi recuerdo más antiguo: tenía como mucho dos años y vivía con mis padres en Silistra. El casero, que se llamaba Catana, me había regalado una campanilla. Recuerdo incluso hoy en día, con absoluta nitidez, cómo salí del jardín de la casa y me adentré, con mis botitas, en un charco turbio que se extendía por la calle. Dejé caer la campanilla al agua y, aunque tanteé con mis manitas el fondo del charco, de unos pocos centímetros de profundidad, no conseguí encontrarla. Recuerdo lo sorprendido que estaba. A partir de este recuerdo, comprendí que tenía que situar el desarrollo del sueño mucho más alejado en el tiempo. Me concentré en la niña, en sus trenzas anudadas con unos enormes lazos de tela blanca, almidonada. Pensé que se parecía a las campesinas retratadas por los maestros holandeses, mujeres con la cabeza cubierta por bordados grandes y envolventes. Pensé en las sábanas de Holanda sobre las que descansaban los desnudos soberbiamente cimbrados de Ingres y, de repente, arrinconé el recuerdo: la niña se llamaba Iolanda. Entonces vi ante mis ojos la puerta de cristal del portal número 1, que tanto costaba abrir, el molino Dîmbovița, las tacitas de juguete, de colores violentos y dolorosos, y la imagen de Bucarest desde la terraza, iluminada en la noche por anuncios rojos y verdes que se encendían y se apagaban. En un estado de exaltación difícil de describir, al cabo de unos minutos desenterré de mi memoria algunas cosas de las que estaba seguro no recordar ya

nada. Es más, me di cuenta de que aquel periodo de mi vida es el que concentró todo lo original y tal vez insólito que hay en mí. Cómo había podido resistir hasta entonces ese globo perfecto, nacarado, encerrado entre las valvas cenicientas de mi vida de profesor soltero y hastiado, que vive sólo porque ha nacido, es algo que no puedo comprender. Pero me sentí muy feliz porque, a decir verdad, quizá podría tener algunas cosas interesantes que contar a partir de mi propia experiencia. No estoy pensando en escribir un cuento, sino una especie de relato, una pequeña y sincera crónica del más (de hecho, del único) extraño periodo de mi vida. Y creo que el protagonista de esta crónica, si bien en la época en que «transcurre la acción» no tendría más de siete años, merece ser descrito, porque estoy convencido de que marcó para siempre, aunque fuera subterráneamente, como es mi caso, el destino de todos los niños que jugaban por aquel entonces detrás de mi bloque de Ștefan cel Mare.

El bloque tiene ocho pisos y en la parte trasera hay ahora un aparcamiento en el que los coches tiritan, uno junto a otro, en el aire gélido de este invierno. Hace ahora veintiún años, cuando nos mudamos aquí, mi madre acababa de salir de la maternidad, donde había dado a luz a mi hermana. Recuerdo cómo, en medio de una habitación completamente vacía y blanca, en la que la luz penetraba por una ventana sin cortinas, mamá estaba sentada en una silla e, iluminada cegadoramente por el sol primaveral, daba de mamar al bebé. Yo llegaba con la cabeza justo a la altura del fregadero de la cocina; con el tiempo, el esmalte del fondo se desportilló y se formó una mancha que reproducía con precisión el perfil de África, con sus desiertos y ríos principales.

El bloque estaba aún por rematar. Uno de los lados estaba adosado a una construcción que siempre me perturbó debido a sus almenas y torreones, a las perspectivas infinitas que luego volví a encontrar en Chirico; por toda la parte trasera, a partir del molino (otro edificio medieval, de un rojizo siniestro) se alzaban todavía unos andamios oxidados. Detrás del bloque, la tierra estaba excavada por las zanjas del alcantarillado, que alcanzaban en ciertas zonas una profundidad de más de dos metros. Este era nuestro campo de juegos, separado del patio del molino por una cerca de hormigón. Era un mundo nuevo y lleno de escondrijos, sucio y extraño, que nosotros, unos siete u ocho chavales de entre cinco y doce años, conquistábamos y recorríamos cada mañana, armados con pistolas de agua de dos *lei*, que comprábamos, azules y rosas, en «Caperucita Roja», la tienda de juguetes que estaba entonces en Obor, en el antiguo Obor, el verdadero, el que siempre olía a aguarrás.

La pandilla tenía una jerarquía estricta, basada en el principio de la fuerza física: se trataba básicamente de quién podía pegar a quién. Recuerdo a algunos de sus miembros: Vova y Paul Smirnoff (¡qué contrariedad cuando descubrí más adelante el vodka que se llama igual!), Mimi y Lumpă (no se cuál era su verdadero nombre), Luță, Dan, el del portal 3, Marconi y su hermano Chinezu, Luci, Marian-Martianu-

Martaganu-Taganu-Tacu, ese que se casó hace un par de años con una dependienta de la pastelería, Jean el del séptimo, Sandu, mi vecino, Nicusor el del otro portal. Cada uno de ellos me parece ahora era interesante a su manera. Paul comía alquitrán y sorbía la barriga de las mariposas porque decía que tenían miel. Su hermano, Vova, era obediente y vergonzoso, pero tenía la manía de hablar con todo el mundo del Titanic, que —decía él— era más alto que tres bloques de pisos colocados uno encima del otro y tenía mil hélices. Mimi criaba un erizo y coleccionaba paquetes de cigarrillos extranjeros, algunos de plástico fino. Era el mayor y nos podía pegar a todos. Por eso era el jefe, aunque era un poco gitano. Todo lo que Mimi tenía de grande, lo tenía su hermano Lumpă de debilucho: un morenito mocososo y llorón, que berreaba de tal manera que por algo le llamaban *Sinfonía en Do Mayor*. Debía de tener unos cuatro años y era un poco retrasado, apenas balbuceaba tres palabras. Luci, al que de hecho llamaban Luciosu, así como a mí me llamaban Mirciosu, era mi mejor amigo. Andaba con él de aquí para allá mientras escuchaba sus historias sobre caballos, solo sobre caballos que galopaban sobre arenas cubiertas de seda y llevaban los cascos calzados con zapatos de cachemir florido. Luță era un tanto macabro; de hecho, su hermano mayor, después de acabar el instituto, se subió a la terraza y desde allí se arrojó al asfalto. Estaba en mi habitación haciendo barquitos de papel cuando vi su cuerpo grande caer ondeando inesperadamente junto a mi ventana. Oí el ruido y salí a la ventana: yacía sobre el asfalto, junto a un Pobeda, con su uniforme de antiguo alumno de liceo. Su noble perfil se dibujaba sobre el fondo de una mancha alegre, de un púrpura claro, que se extendía lentamente.

Por supuesto, en la pandilla había otros miembros, menos interesantes o de los que no me acuerdo. Había, lo sé, en el portal 6, un chaval que había sufrido poliomielitis y que arrastraba una pierna aprisionada por un complicado mecanismo de metal, uno igual al que debió de tener también Harieta, la hermana de Eminescu. Su abuela lo sacaba a la parte trasera del bloque, y desde allí nos miraba cómo jugábamos a la Brujitoca.^[3] Pero era como si no estuviera. Y luego también estaba —casi se me olvida— Dan el Loco, al que Mimi había puesto un mote extraño; ni siquiera ahora podría decir de dónde venía y cómo se le había ocurrido a la mente torpe de Mimi: lo llamó el Mendébil. Dan solía encaramarse a la balaustrada que rodeaba la terraza y nos llamaba a gritos, desde una altura de ocho pisos, haciendo gestos y fingiendo que se tiraba. Nosotros, los demás, no podíamos siquiera acercarnos a la balaustrada, ¡como para subirnos a ella!

Las chicas de nuestra edad no entraban en la pandilla, por supuesto. Ellas se pasaban el rato dibujando en el asfalto infinitos paisajes de tiza azul, amarilla, roja o anaranjada, o jugando a sus juegos de pañuelitos, príncipes a caballo, besos, odi-odi-oda y «una piedra preciosa no hay en el mundo entero». Aun así mencionaré a unas pocas: estaba Viorica, la hija de los mudos, la única de la familia que hablaba, aunque

con sus padres se comunicaba solo por gestos; Mona, la hermana de Dan, tan psicópata como él, de ojos amarillos que brillaban de odio y la única a la que dejábamos jugar a la Brujitoca; Fiordalis, hija de unos griegos que se apellidaban Zorzon; Marínela, a la que Jan cantaba, con la melodía de *Marina, Marina, Marina*, «Rubia, rubia, rubia, alta como una sonda» y, por fin, Iolanda, la que se me apareció en el sueño.

No quiero abundar demasiado en ellos. Todas estas nubecillas coloreadas y perfumadas son solo pintorescas y yo no puedo permitirme aburrirme con una historia pintoresca. *Background* —eso es lo que fuimos todos para aquel que llegó y que dejó en nosotros una huella inexplicable, aquel que no podía pegar ni siquiera a Lumpă y que, sin embargo, fue respetado y secundado durante una temporada incluso por Mimi. Todo lo que he contado hasta aquí es tan solo la presentación de esta, digamos, *historia*, pero merece la pena realizar el esfuerzo, aunque solo sea tal vez por mi costumbre de profesor de rumano que repite, cada vez que tiene la ocasión, «toda redacción debe tener una introducción (en la que se plantea el tiempo, el lugar y los personajes de la acción), un desarrollo y una conclusión». Mi introducción se ha alargado bastante pero, aun así, no puedo pasar todavía al contenido. Debo mostraros previamente cómo nos divertíamos antes de que a nuestro bloque llegara el «personaje principal».

La mayoría de nosotros no salía prácticamente nunca del perímetro de la zona trasera del bloque. Pegado a la panificadora El Pionero, como si brotara directamente de ella, había un castaño viejo y retorcido que tenía un agujero relleno con cemento y un tralal clavado de forma oblicua en su corteza llena de hormigas. En él apoyábamos el pie Şandu, Luci y yo cuando trepábamos al árbol; ahí nos sentíamos a nuestras anchas, como los viejillos de Capote en *El arpa de hierba*. Había allí arriba, donde se bifurcaban las ramas, otro agujero en el que podíamos estar de pie. Justamente a principios del verano habíamos encontrado este hueco lleno de sacapuntas de plástico chinos. Tenían una variedad de colores que nos dejó sin aliento. Había más de cincuenta y representaban todo tipo de tiernos animalitos, ardillas de colas gruesas y ensortijadas, conejitos blancos, caballos en un balancín, bambis de Disney, ranitas de ojos azules. Había también cohetes rojos y verdes, toneles rosas-transparentes, tortugas y jirafas de cuello largo y cola móvil. La noche anterior allí no había nada y nosotros habíamos venido por la mañana temprano. Tampoco los días posteriores merodeó nadie por el castaño aparte de nosotros. Simplemente —concluimos— los sacapuntas habían crecido allí solos, se habían abierto como una mirífica florescencia del árbol, tal y como los cactus o el bambú florecen una vez cada cien años. Nos los llevamos a casa. Incluso bajo los más tiernos conejos o cervatillos se escondía el filo firme, implacable, de la cuchilla de acero. En el castaño, como unos viejos indios, deliberábamos. Cuando Luci se había saturado

ya de hablar de caballos, tras haberlos vestido con tantos hilos de oro, rubíes y pesadas sedas que ya no sabía qué más inventar (él afirmaba tener caballos semejantes en el pueblo), después de que Şandu, que jamás se convertiría en matemático, nos aburriera con la absurda afirmación de que había encontrado un libro de «artimética» en el que, en vez de con números, se realizaban sumas, restas, multiplicaciones y divisiones con letras, después de que yo, finalmente, jurara haber visto un fantasma, pasábamos a cosas más serias. ¿Sería verdad que esa palabrita que encontrábamos escrita sobre la valla de hormigón o arañada sobre la brea de algún tubo quería decir que todos los mayores...? Y, entonces, todas aquellas canciones que cantábamos con tanto entusiasmo: «*Selene-ene-a, corre en pijama la vieja / Selene-ene-a, y el viejo no la deja*», etcétera, ¿se referían a la misma guarrada? Pues claro, decía Luci, y añadía con cinismo: incluso tu madre y tu papi lo hacen. Luego empezaba a soñar: «Cuando tenían que hacerlo, se dirigían a una especie de hospital. Allí les daban una habitación sin ventanas, con el orificio de la llave taponado con algodón. En el centro de la habitación hay una especie de mesa de operaciones sobre la que la mujer se coloca boca arriba. Encima de la mujer hay una hamaca a la que el hombre se encarama con una escalera y se instala boca abajo. A continuación, un mecanismo acerca la hamaca a la mesa de operaciones de tal manera que los padres se despiertan uno sobre el otro, justo como en los chistes de Mimi. Todo esto duraba mucho, horas y horas, y mientras tanto la mujer leía un libro. Luego regresaban a casa». ¿Por qué lo sabes?, le preguntábamos y luego nos enredábamos en controversias escolásticas. Entendíamos más o menos aquella palabra breve pero respecto a otras palabrotas, que aseguraban al interlocutor que existían incluso variantes, no nos poníamos de acuerdo en absoluto. E incluso con aquella palabra me asaltaban las dudas: mis padres parecían demasiado serios como para hacer algo así, aunque fuera en el hospital.

Pensaba en esas cosas durante aquellas largas y atormentadas sobremesas en las que me obligaban a echar la siesta. La luz dorada-rojiza llenaba lentamente el dormitorio, se reflejaba en la puerta del escritorio y caía sobre mi rostro. Permanecía en la cama con los ojos abiertos y contemplaba a través de la ventana las maravillosas nubes que se deslizaban brillantes, caprichosas, por el cielo de verano. A veces me levantaba a hurtadillas de las sábanas almidonadas, rígidas como cristal blanco pero ligeras como papel, y me dirigía a la ventana. Veía hasta el horizonte el panorama de Bucarest, paralizada bajo las nubes, el montón de casas antiguas con sus tejas y claraboyas, con ventanas y puertas de roble macizo y, un poco más allá, unos edificios grandes y cenicientos, con muchas ventanas, el bloque del centro con el letrero de Gallus como un globo azul, los almacenes Victoria, hacia la izquierda el Torreón de Fuego, los bloques redondeados de Ştefan cel Mare y, muy lejos, las centrales térmicas con sus gigantescas chimeneas de las que salía el vapor en hilos de

estopa. Todo ello filtrado a través del follaje tembloroso de los álamos y los carpes, cuyas copas verde-claro o verde-esmeralda o verde-oscuro sobresalían aquí y allá entre los edificios. Nunca tenía sueño. Corría rápido a la cama en cuanto oía el más leve crujido, porque sabía que era mi padre que venía, con una media de nylon en la cabeza, a controlar si dormía.

Nuestros juegos eran, en ocasiones, crueles y bárbaros. Veo todavía hoy a Luță incrustar un clavo, de un solo golpe, en el pecho de un gato dormido. El clavo penetró a través de las costillas y alcanzó probablemente el corazón, pues el gato dio un respingo, agitó unas cuantas veces las patitas traseras, retorciéndolas espasmódicamente, y se quedó tieso. Y eso que dicen que estos animales tienen siete vidas. Luego humedecimos en la sangre la punta de nuestras flechas y las lanzamos hacia arriba. La flecha de Mimi llegó tan alto como el bloque. Otro día encontramos Şandu y yo una cría de gorrión bastante grande, con el plumón formado casi por completo. Lo perseguimos por las zanjas hasta echarle el guante. Luego jugamos a médicos con él. Nuestro juego duró varias horas y le metimos por el pescuezo todo tipo de porquerías, alcohol, esencia de almendras, orina, etc. Cuando ya no era capaz de resistir más, empezamos a jugar con él al tenis, con nuestras ordinarias raquetas de plástico. Finalmente lo enterramos, aún vivo, dentro de una caja de vino dulce, la cubrimos con tierra y la pisoteamos.

Hacíamos lo mismo entre nosotros. Nos perseguíamos todo el día por las laberínticas zanjas del alcantarillado. Bajábamos por ciertos sitios, avanzando entre tubos embreados y grifos gigantes, y luego se nos colaba en la nariz y en la sangre aquel miasma de tierra, de lombrices y larvas, de brea y masilla fresca. Aquello parecía volvernos locos. Armados de pistolas de agua, enmascarados con cartones del depósito de muebles que pintarrajeábamos en casa para que resultaran de lo más terrorífico —enseñando los colmillos, con los ojos desorbitados y las narices hinchadas— nos perseguíamos por los canales tortuosos mientras arriba veíamos tan solo una franja de cielo que se oscurecía a medida que el tiempo pasaba. Cuando, al girar en un recodo, nos dábamos de bruces con un enemigo, aullábamos y nos abalanzábamos el uno sobre el otro, arañándonos y rompiéndonos las camisetas de tirantes o las camisas estampadas. No sé quién inventó aquel juego que llamábamos Brujitoca, y que jugamos años y años sin llegar a aburrirnos, es más, creo que en octavo todavía jugábamos a aquello. Era una combinación de juegos menos agresivos: policías y ladrones, el escondite... Al principio había una sola Brujitoca elegida al azar. Era la única que llevaba careta y además blandía un palo en la mano. Contaba de cara a la pared y luego se lanzaba a la zanja en busca de sus víctimas. Podías salir de la trinchera pero no podías refugiarte en los portales ni saltar la valla del molino. La Brujitoca nos perseguía por aquellos agujeros apestosos y, cuando conseguía pegar a alguno con su palo, lanzaba un aullido terrible. La víctima tenía

que quedarse como paralizada. La Brujitoca lo arrastraba del brazo hasta su guarida; allí le daba en la cabeza un número determinado de coscorriones y, bautizado de esta manera, la presa se transformaba a su vez en Brujitoca. Se ponía una careta y se reanudaba la persecución. Al anochecer, cuando sobre las torres gigantescas del molino, en un cielo todavía azul, brillaban las primeras estrellas, quedaba normalmente un solo superviviente acosado por una horda de Brujitocas que proferían unos alaridos siniestros. Los vecinos esperaban horrorizados este momento y nos arrojaban, desde los balcones, patatas o zanahorias; las señoras de la limpieza salían amenazadoras escoba en ristre, pero todo era en vano. Las Brujitocas no se calmaban hasta que no capturaban a la última víctima, a algún crío que, al ver el cariz de la broma, se asustaba de verdad. Si por la noche era terrorífico darte de bruces con una Brujitoca enmascarada, qué decir de toda una banda. La última presa era conducida hasta el portal más cercano y todos los demás hacían muecas amenazadoras y fingían querer devorarlo, hasta que venían nuestras madres indignadas y nos llevaban a casa.

Cuando no nos apetecía jugar a la Brujitoca ni borrar con la suela desgastada de nuestras zapatillas de deporte —solo por oírles gritar antes de salir corriendo para sus casas— las casitas azules, los árboles amarillos y las madres verdes que las chicas dibujaban sobre el asfalto, nos juntábamos y, sentados en bloques de acera aún sin asentar, empezábamos a contar todo tipo de historias o a jugar a adivinar películas. Recuerdo cómo relató Țaganu una escapada que había hecho al patio del molino: «Salté la valla por la caseta de la calavera. Llegué a la altura del molino. Me vio uno de los molineros. Vinieron más. Eché a correr. Me lanzaron piedras. Las esquivé. Cuando se les acabaron las piedras, sacaron las pistolas. No me dieron. Dispararon con metralletas. Disparaban a mi cabeza y yo me agachaba. Disparaban a las piernas y yo saltaba. Trajeron cañones. Pero yo seguía corriendo. Empezaron a perseguirme con los tanques, pero yo me escapaba. Enviaron aviones y arrojaron bombas, pero yo llegué hasta la valla y salté por aquí, por la puerta». Lo contaba con tanta seriedad que a punto estábamos de creérmoslo. De vez en cuando se oía apenas un tímido «¡qué fantasma!». Cuando jugábamos a las películas, sabíamos de antemano las películas de cada letra. Tras *A fost cândva hoț* ^[4] seguía *A fost prietenul meu*, y el tercero tenía que decir a la fuerza Agatha, *lasă te de crime*. En la B, la primera película era siempre *Babette pleacă la război*. Cuando alguno de nosotros no sabía qué decir, los otros le chivaban: ¡*di Corabia de fier!* Y cuando él decía *Corabia de fier*, le espetaban con desprecio: ¡esa película no existe!

Un día, al primer piso del portal 3 se mudó una madre con un chiquillo. Yo acababa de cumplir siete años, en otoño empezaba a ir a la escuela (aunque Vova Smirnoff estaba ya en tercero, y Mimi estaba en cuarto y hasta había repetido un año). El chiquillo era más o menos de mi edad y al principio no me llamó la atención.

Su madre, sin embargo, era extraordinaria, completamente distinta a nuestras madres, que lo único que hacían era lavar y fregar a todas horas. Era una señora tan alta que apenas podía uno distinguir los rasgos de su rostro, perdidos como estaban en un horizonte azulado. Larga, delgada y lunática, se deslizaba entre los muebles depositados en el portal mientras daba órdenes a los mozos que tiraban de las cuerdas de cáñamo. Siempre la vi vestida de púrpura. Incluso estando en casa vestía una bata de satén rojo. Tenía un cabello muy negro y su rostro parecía siempre atravesado por una sombra azulada con unas finas huellas de nácar rosado. El crío estaba sentado apático en una butaca vieja que, por su tamaño florido, lo hacía parecer aún más flacucho. Era verdaderamente menudo y delicado, de ojos firmes, atentos y tristes. Abandonamos por un momento nuestras zanjas y nos acercamos a él. Le preguntamos si se mudaba a nuestro bloque y si aquella señora infinita era su madre. ¿Y su padre dónde estaba? «Mi padre es carpintero», nos dijo, como si así respondiera a nuestra pregunta. Al final lo dejamos en paz, porque no hacía otra cosa que mirarnos y responder secamente a nuestras preguntas. También nos dijo cómo se llamaba, pero lo olvidamos casi al instante. Ion, Vasile, algo muy banal. Nos internamos de nuevo, como unos diablillos, en nuestros agujeros y empezamos a jugar a la Brujitoca desde el principio.

El chaval se presentó unos días después. Iba muy limpio. Llevaba «pantalones con peto», como decía mi madre, amarillos, flojos, de tirantes largos. No decía ni pío. Le llamamos para que jugara con nosotros por las zanjas, pero no quiso bajar. Se limitó a mirarnos desde arriba. Se nos quitaron las ganas de jugar al ver que teníamos espectadores. A las chicas las miraba también con el mismo interés, lo que provocó nuestro desprecio. Llegó incluso a pedirle a Mona (¡precisamente a ella!) a ver si podía prestarle una tiza morada. Mona, que era una descarada, le mostró el trasero enfundado en un pantalón beige y se dio un azote. «¿Y no quieres que te dé esto?». El chico la miró indiferente y se alejó. Durante más o menos una semana lo vimos hablando cada día con el chaval que había sufrido poliomielitis. Al parecer, le explicaba todo tipo de cosas por medio de unos dibujos que trazaba en el asfalto con una tiza traída de casa y con unos gestos que, ahora, yo calificaría de *rituales*. Algunas veces parecía sacudirse de encima una telaraña transparente. Otras señalaba el cielo con el dedo, sonriendo enigmáticamente. En aquellas tardes, envueltas en una neblina púrpura que se tornaba imperceptiblemente marrón, el brillo metálico del aparato ortopédico del primer chaval y los gestos sibilinos del segundo adquirían ante nosotros, que acechábamos desde las zanjas protegidos por las máscaras de cartón, un aire extraño, enigmático, difícil de descifrar. Cuando ambos volvían a sus casas, invariablemente antes que nosotros, sobre el asfalto azulado permanecían algunos círculos torcidos y otras figuras que borrábamos con rabia.

El chaval «se las daba de listo», se hacía el importante; esta fue la conclusión de

nuestra pandilla. Así que decidimos, ya no recuerdo si de forma convenida o espontánea, obligarle a que adoptara una actitud respecto a nosotros. Si se hacía nuestro amigo, bien. Y si no, mejor aún, pues sentíamos la necesidad de tener un enemigo de verdad. Poco antes habíamos intentado llevar a cabo un hecho heroico, pero habíamos fracasado penosamente. Nos habíamos reunido todos y, en la parte trasera del bloque, a la luz cruel y amarilla como el azafrán de una hoguera hecha con cartones de envolver televisores, nos habíamos provisto de largos listones del almacén de muebles. En medio de un silencio absoluto, habíamos salido en manada para atacar a los chicos del bloque de la derecha de la alameda del Circo, donde estaba la floristería. Enmascarados, irrumpimos por detrás aullando y nos abalanzamos sobre los que estaban por allí jugando al tenis con los pies o lanzando contra la pared sus pelotas a rayas. Las chicas empezaron a gritar como locas y se precipitaron al portal. Logramos capturar a un solo prisionero; no era más que un chiquillo, como Lumpă; Dan el Loco y Paul estaban intentando obligarle precisamente a tragarse una lombriz, cuando salieron del portal tres padres en camiseta y, ante la terrible visión de aquellos machos de brazos y pechos velludos, lo dejamos todo y nos desperdigamos por las alamedas. Entonces pensamos que como el recién llegado no tenía padre (o al menos no había hecho acto de presencia hasta entonces), nos resultaría un enemigo más apropiado. Así que, una mañana, lo rodeamos delicadamente, como los senadores a César, lo agarramos y empezamos a arrastrarlo hacia la red de saneamiento. Nuestra intención era hacerlo Brujito. El chaval clavó los talones y se resistió con toda su alma. Contemplado de cerca, su rostro era completamente distinto al de cualquier otro crío que hubiéramos visto hasta entonces. Su cabello era castaño, ligeramente rizado. En la curva de cada rizo brillaban en todas direcciones unos reflejos dorados. Las hebras del cabello de la parte superior estaban ligeramente enredadas y formaban una pequeña telaraña rojiza. Bajo los rizos de la frente, unas cejas finas se arqueaban sobre los dos enormes óvalos de los ojos entreabiertos. Entre unos párpados sin pestañas, bordeados por una pielecita negra, se adivinaban las dos mitades de los discos violetas del iris. Las órbitas parecían más oscuras que el delicado bronce de sus mejillas. La nariz la tenía larga y fina, pero era armoniosa, y el hueco de las fosas nasales, simétricamente marcadas, era inusualmente profundo. Tenía los labios firmemente cerrados, no enseñaba los dientes casi nunca, pero a veces sonreía con una boca húmeda que expresaba algo a medio camino entre la astucia, la ironía y la simple bondad. Ahora, sin embargo, mientras lo arrastrábamos hacia el foso, mostraba una expresión de máxima concentración. Te cansabas con solo mirarlo. Yo lo estaba sujetando del brazo izquierdo cuando, al llegar al borde de la zanja, sentí de repente que sus sacudidas adquirirían una fuerza insólita. Había empezado a lanzar el pecho hacia delante como si quisiera sacarlo de la camisa y los hombros se le contrajeron con una

violencia tal que nos pilló por sorpresa. Entonces lo soltamos y abrimos, asustados, un cerco en torno a él. El muchacho permaneció de pie un instante, agitándose y doblando el espinazo como si quisiera rompérselo, y luego se dejó caer al suelo lentamente, gimiendo. Gemía y lloraba y unos lagrimones enormes empezaron a correrle por las mejillas. Echamos todos a correr en dirección al portal número 3 y nos subimos a la terraza. Estremecidos, vimos cómo del callejón del bloque salía corriendo, toda fruncidos y volantes rojos, la madre del chaval. Lo cogió en brazos y, también a la carrera, desapareció por el callejón.

Me fui a casa y, después de almorzar, fui sometido de nuevo, como siempre, a la tortura de la siesta, que era de todo menos siesta. Lo verdaderamente angustioso era que no tenía reloj, así que no podía saber cuándo acababan aquellas dos horas odiosas en que tenía que permanecer acostado en la cama, en el calor seco del verano. Por la ventana, nubes blancuzcas, brillantes, se devanaban hasta el infinito barridas por las copas de los álamos. Cuando volví a bajar a la parte trasera del bloque después de comer, me encontré a toda la pandilla reunida. Boquiabiertos, los chicos miraban hacia arriba, hacia algo probablemente sensacional que yo no podía ver aún por culpa de la esquina del edificio. «Ven para acá, Mirciosu», me gritaban. «¡Ven a ver al Mendébil dos! ¡Este está más loco que el Mendébil!». Incluso Mimi y Vova, que eran más mayores y no solían sorprenderse con facilidad, parecían hipnotizados por lo que estaban viendo. Se les había unido también Luță, con su cara cetrina sin cejas. Nicusor, gordito y vestido como un señor, con gafas estilo John Lennon, estiraba también el pescuezo con la expresión perpleja e irritada de los miopes. Cuando me acerqué, me quedé helado.

Junto al molino Dimbovita de paredes rojizas, al otro lado de la valla de hormigón, se encontraba la panificadora El Pionero. Es una fábrica vieja, de tejado en zigzag y ventanas redondas hacia las que se dirigen una especie de extraños bajantes blanqueados por la harina. Lumpă se pasaba el día encaramado a la valla, porque los trabajadores solían mandarle a buscar el periódico o a comprar cigarros, a cambio de algún panecillo o un bollo caliente, que el gitano ensalivaba con su boca desdentada, alargándolo incluso una hora entera. El edificio de la panificadora está dominado por una chimenea de ladrillo más alta incluso que nuestro bloque, que se eleva, gruesa y roja, hacia las nubes entre las moneditas ovaladas de las hojas de la acacia. No la había visto nunca de cerca pero, como dibujada a plumilla, pude distinguir entonces, creciendo hacia la cúspide, una escalera de incendios protegida por unos anillos parecidos a una tráquea. Como a tres cuartos de altura, más o menos frente al sexto piso de nuestro bloque, atisbé, aquella tarde, una mancha amarilla. Era el pantalón de tirantes del chico nuevo que, lentamente, con extrema cautela, trepaba hacia el vértice de la chimenea. El cuerpo, con una camiseta de manga corta de vivos colores, no cubría siquiera una cuarta parte de la anchura de la torre anaranjada.

Todos los vecinos, alarmados, habían salido a sus balcones repletos de encurtidos y le gritaban que bajara. Sin embargo, estribo a estribo, el Mendébil (porque al final así era como lo llamábamos todos, Dan se había quedado con el mote de «el Loco») ascendía hacia la cúspide de la chimenea. Al llegar arriba del todo, trepó a pulso hasta el borde y permaneció allí unos instantes, en cuclillas. Los gritos asustados de las mujeres de los balcones se habían redoblado en intensidad y un par de trabajadores en batas y mandiles blancos habían echado a correr por el patio en dirección a la chimenea. Como retando a los espectadores, el Mendébil, titubeante, se puso en pie. Se quedó erguido, fino como un clavo, a aquella altura abrumadora. Miraba hacia arriba pero saludaba hacia abajo, probablemente a nosotros. Luego comenzó a descender los estribos de metal atravesando todos los anillos de la escalera de incendios, hasta desaparecer en el follaje de la acacia. Al cabo de un rato, oteando a través de los rombos de la cerca de hormigón hacia la que nos habíamos abalanzado, lo vimos venir corriendo. Escaló la cerca con dificultad y aterrizó justo entre nosotros. Tenía las mejillas encendidas, pero el resto de su cara estaba pálida. Miró tan solo a Mimi y le dijo: «No me gusta jugar a la Brujitoca».

Es probable que algunos de vosotros, amigos escritores para quienes me esfuerzo desde hace unos cuantos días en escribir esta historia, no prestéis ya atención a lo que digo. Os parecerá, tal vez, que he penetrado en el transitado y manido filón del niño-héroe que se sacrifica por una idea o por una causa noble. El Mendébil, tal y como lo conocí yo, tenía en verdad algo de ese arquetipo. Pero básicamente, como espero demostrar, él no era ni de lejos un Ciresar^[5] ni un Nemecek de la calle Păl. Sus hechos y sus palabras, que recuerdo aún hoy con una claridad sospechosa, tras permanecer sumergidos durante más de veinte años en las brumas coloreadas de mi subconsciente, no tenían nada de infantil, parecían más bien unas fantasías extremadamente atractivas que nos atrapaban poco a poco en sus redes. Debo apuntar también aquí que esta noche he soñado con él, he distinguido los rasgos de su rostro y por ese motivo he podido esbozar, unas páginas más arriba, ese pequeño retrato suyo bastante exacto. Me pregunto si el Mendébil tenía verdaderamente el aspecto que he visto en mi sueño. Me obsesionan, en cualquier caso, sus ojos perfilados por ese pellejito negro, como si tuvieran rimel, su figura ambigua, firme y dulce al mismo tiempo.

A partir del día siguiente nos dejamos subyugar por el encanto del Mendébil. Por las mañanas, aunque el miasma a tierra nos provocaba nostalgia, no bajábamos a las zanjas sino que rodeábamos al chico y escuchábamos sus historias. Nos contaba, ahora lo sé, las leyendas de la Mesa Redonda, de Carlomagno y Arturo, de paganos terribles y de una espada que tenía nombre propio. Luego nos contó «El valiente de la piel de tigre»,^[6] pero en medio de la historia se detuvo y dijo que aquel sitio no era adecuado para contar historias. Las zanjas sucias, los montones de tierra, los tubos

con masilla, decía él, no le permitían concentrarse. «Conozco un sitio mejor», dijo sonriendo y nos llevó hasta el portal 1.

Para llegar allí había que atravesar un callejón extremadamente estrecho y oscuro, situado entre nuestro bloque y el edificio de un instituto, casi pegados entre sí. No habíamos sentido hasta entonces, en los casi dos meses transcurridos desde que nos habíamos trasladado, ninguna curiosidad por explorar aquel pasillo lúgubre. Siguiendo al Mendébil recorrimos en fila india, arañándonos y manchándonos con el cemento de las paredes, unos veinte metros de pasadizo, y salimos a una especie de patio interior; tres de sus lados estaban rodeados por el bloque y el instituto, y el cuarto lo estaba por la cerca de hormigón del molino. A través de sus agujeros escapaban ramitas y hojas de acacia. Era un patio pequeño, asfaltado, muy limpio en comparación con el de la parte trasera del bloque. A uno de los lados se abrían las puertas de cristal del portal 1. En el otro había unos escalones bastante empinados que culminaban en una pequeña plataforma con una balaustrada de piedra que daba a una de las puertas tapiadas del instituto. Solíamos referirnos a esta escalera de piedra como el Puente. Pegado a la valla había un cubo de hormigón que acababa en una especie de pilón metálico, con la superficie superior levemente ahuecada. Nunca llegué a saber para qué servía. Nosotros a este lugar lo llamábamos el Trono. Finalmente, la tercera «irregularidad» del portal 1 era un gran transformador de tubos doblados y fachada de hormigón, que recuerdo cubierto por la letra grande, coloreada, del Mendébil. Supongo que aquel transformador estaría estropeado porque permaneció allí abandonado un montón de tiempo.

Durante más o menos un mes aquel fue nuestro patio de juegos. No pensábamos en otra cosa que en seguir escuchando las historias del Mendébil, que nos dejaba en ascuas de un día para otro. Cuando no tenía ganas de seguir, jugábamos al tenis con el pie, contábamos chistes, hablábamos de fútbol. Él no participaba en esas conversaciones y a nosotros nos parecía natural su actitud. Al poco tiempo nos habíamos dado cuenta de que aquel crío, más pequeño que casi todos nosotros, nos sobrepasaba con mucho respecto a ciertas cuestiones en las que ni siquiera habíamos pensado hasta entonces. En casa volvía locos a mis padres con el Mendébil ha hecho, el Mendébil ha dicho... Con el tiempo, sin embargo, desde su trono de metal y hormigón, el chico empezó a hablar, entre historias y como si estuviera soñando, sobre algo más que caballeros y espadas. Interrumpía simplemente una historia y, con una voz diferente, firme y severa, imposible de contradecir, pronunciaba frases que a duras penas conseguíamos entender.

Aquí quería llegar. Me pregunto aterrado cómo ha sido posible que recuerde algunas palabras que no podía comprender entonces, y que creía olvidar en cuanto eran pronunciadas. Algunas de sus extrañas «teorías» contradecían de lleno todo lo que nos habían dicho nuestros padres o lo que habíamos escuchado en las emisiones

de «divulgación científica», *La rosa de los vientos* en la radio y la *Teleenciclopedia* en la televisión. Pero el Mendébil las llenaba de sentido y de magia, no sé de qué manera exactamente, gracias a su simple presencia, gracias a su voz y a sus gestos, sin perder de vista que sus palabras tenían, en sí mismas, algo perteneciente a otro mundo. Creo que apenas un fragmento de todo lo que he leído contiene el espíritu de lo que entonces nos decía aquel chico: la descripción de la tierra feliz del *Fedón*. Solo para que os hagáis una idea, anoto aquí, numeradas, las por otra parte escasas teorías que aún recuerdo, pronunciadas por el Mendébil en aquellas tardes rojas como el fuego, o en otras mañanas azules, arrojado por las paredes amarillo-brillantes del portal 1:

1. En mi cabeza, bajo la bóveda craneal, vive un hombrecillo idéntico a mí: tiene mis mismos rasgos, se viste igual que yo. Lo que hace él, lo hago también yo. Cuando él come, yo como. Cuando él duerme y sueña, yo duermo y sueño exactamente los mismos sueños que él. Cuando él mueve la mano derecha, la muevo también yo. Porque él es mi marionetista.

Pero la bóveda celeste no es sino el cráneo de un niño gigante, que también es idéntico a mí: tiene los mismos rasgos, se viste igual. Lo que hago yo, lo hace él. Cuando yo como, él come. Si yo duermo y sueño, él duerme y sueña el mismo sueño que yo. Para que él mueva la mano derecha, basta con que yo mueva mi mano derecha. Porque yo soy su marionetista.

El mundo de alrededor es el mismo para mí y para él. Y a mi marionetista y a mi marioneta lo rodean un Luțã y un Lumpã y un Mimi y vosotros, todos los demás, y los que son igual que vosotros. El tapón de cerveza del suelo existe también en el mundo muy, muy pequeño de mi marionetista, y en el mundo muy, muy grande de mi marioneta. Porque todo es igual.

Pero en mi marionetista existe otra marioneta, que está en el interior de su cráneo y que es idéntica a mí, y en su interior otra más pequeña y así hasta el infinito. Y mi marioneta maneja otra marioneta, mucho más grande, en cuyo cráneo vive, y que maneja a su vez otra marioneta, y así hasta el infinito. Su mundo es igual al nuestro.

Ni siquiera yo mismo sé qué lugar de esta serie ocupo yo. En el momento en que os cuento todo esto, un rosario infinito de marionetas y marionetistas hablan en sus mundos a un infinito rosario de niños, utilizando las mismas palabras que yo utilizo.

2. La tierra es un animal dotado de pensamiento y voluntad. Pero tiene una voluntad mucho mayor que la nuestra, la de los que estamos pegados a ella. Los pájaros y las mariposas tienen, sin embargo, una voluntad poderosa, y por eso son capaces de volar. Nosotros mismos, si tensamos la voluntad, nos volvemos ligeros como el aire. (El Mendébil nos hizo incluso una demostración práctica de esta teoría. Se sentó en cuclillas en medio del portal, se enlazó las rodillas con los brazos y echó la cabeza hacia atrás. Luego cerró los párpados y empezó a tensarse tanto que nos

asustamos. Su rostro carecía en aquellos momentos de rasgo humano alguno. Temblaba con los labios apretados y las mejillas literalmente inyectadas en sangre, que parecían sacos surcados por venas azules. Al cabo de un minuto, Martigan y Vova, sentados a ambos lados, lo alzaron hasta el techo con un solo dedo. Durante aproximadamente un cuarto de hora jugamos a soplar de una esquina a otra aquel ovillo vivo que, en posición fetal, se había vuelto tan ligero como un globo).

3. Las mujeres nunca se unen a los hombres. Ellas portan una célula en el vientre. Cuando alcanzan la edad adecuada, nace en ellas un deseo de dar a luz. Entonces ponen en marcha las fases del nacimiento. Son las siguientes: de la célula sale una pulga. De la pulga, una cucaracha. De la cucaracha, una ranita. De la ranita, un ratón. Del ratón, un erizo. Del erizo, un conejo. Del conejo, un gato. Del gato, un perro. Del perro, un mono. Del mono, un hombre. Las mujeres pueden detenerse en cualquier fase. Algunas dan a luz ranitas, otras, gatos. Pero la mayoría desea niños. Ellas podrían alumbrar a seres mucho más perfectos que un niño, porque las etapas del nacimiento no se acaban con el hombre. (Y el Mendébil concluye: «Yo he visto un ser así»).

4. Los hombres no son todos del mismo tipo. Los hay de cuatro tipos: los que no han nacido, los que viven, los que no han muerto y los que ni han nacido, ni viven, ni han muerto. Estos son las estrellas. (Estas palabras las pronunció el Mendébil al final, justo antes de su decadencia. Veo efectivamente la escena ante mí. Creo que eran como las nueve de la tarde y esperábamos que de un momento a otro nos llamaran nuestros padres desde los balcones. Apenas distinguíamos el brillo de nuestros ojos en la sombra de la tarde. Sobre el molino el cielo era de color índigo. A lo lejos brillaba una estrellita roja. Era la del tejado de la Casa Scânteii. El Mendébil parecía presentir algo, porque nunca había habido en su voz tanto sufrimiento y tanta añoranza y tanta nostalgia como cuando levantó bruscamente la mano y mostró con el dedo índice el trozo de cielo salpicado de estrellas sobre las chimeneas del molino)

5. (Estas palabras las pronunció el Mendébil después de escuchar una discusión entre Paul y Nicușor, que acababan de venir con unas cuantas banderitas de papel rojas y tricolores del desfile. «Mi padre me ha traído diez banderitas de la manifestación», decía Paul. «Mi padre me ha traído cincuenta», decía Nicușor. «Pues a mí mi padre me ha traído quinientas banderitas», decía Paul. «Y a mí me ha traído un millón», decía Nicușor. «A mí me ha traído mi padre un billón de banderitas del desfile», decía Paul. «Pues a mí me ha traído un requetebillón de banderitas», decía Nicușor. «A mí me ha traído cinco millones de cientos de requetebillones de banderitas», decía Paul. «Pues a mí me ha traído infinitas banderitas», decía Nicușor. «Y a mí mi padre me ha traído un millón de infinitos», decía Paul. «Eso es imposible, mi padre me ha dicho que el número mayor es el infinito. No hay un número mayor»). No, no existe un solo infinito. Existe un infinito de infinitos. En esta línea

de diez centímetros hay un infinito de puntos, así que en esta, de un metro, tiene que haber muchos más. A un determinado infinito yo lo llamo Toro, porque en esta bolsita que llevo al cuello hay bordado un toro y yo imagino que en la bolsita tengo un infinito, un universo entero en el que hay muchos mundos como el nuestro. Pero, ¿qué es esta bolsita comparada conmigo mismo, que estoy formado de un infinito de puntos? No es sino un infinito más pequeñito. Y este bloque es un infinito mayor que yo. En todo el mundo no hay sino infinitos grandes o pequeños: la silla es un infinito, el clavel es un infinito, esta tiza es un infinito. Infinitos que se amontonan unos sobre otros, que se devoran unos a otros. Pero existe un infinito que comprende todos los demás infinitos. Me lo imagino como una manada interminable de toros.

6. Cuando mueres, caminas por un sendero muy largo que sube sin parar. Caminas y caminas y poco a poco tus rasgos se van transformando. La nariz y las orejas se retraen en la carne del rostro como las patitas de un molusco. Los dedos se retraen en la carne de la palma y los brazos se reabsorben en los hombros. Del mismo modo, las piernas se retraen en las caderas y ya no puedes andar, sino que flotas a lo largo de una pared de ladrillo rojo, sobre la que lanzas tu sombra como un disco alargado. Eres tan redondo que te vuelves traslúcido y empiezas a ver por todas las partes a la vez. Cuando estamos vivos, vemos tan solo como a través de la ranura de un buzón, pero cuando morimos vemos con todo nuestro contorno, con la piel entera. Flotando y contemplando los muros de ladrillo cada vez más cercanos, a través de un ladrillo rojo, carnoso, llegamos a un lugar redondeado. Allí, en el centro, hay una célula porque nos encontramos en el vientre de una madre. Entramos en la célula y, a medida que se desarrollan las fases del nacimiento, miramos a través de los ojos de todos los seres, de la pulga, de la cucaracha, de la ranita, del ratón, del erizo, del conejo, del gato, del perro, del mono, del hombre y, con un poco de suerte, llegamos a mirar a través de los ojos de las maravillosas criaturas que siguen al hombre. Un muerto os mira a través de mis ojos.

7. (De hecho, este séptimo punto no es una «teoría», sino apenas unas pocas líneas escritas por el Mendébil en mayúsculas, con tiza de diferentes colores, sobre la superficie lisa, ligeramente inclinada hacia atrás, de cemento, del transformador del patio interior. Debió de levantarse temprano una mañana para escribirlas porque nos dimos de bruces con ellas en medio del verano, como tres semanas después de que el Mendébil se trasladara a nuestro bloque. Él no comentó nada sobre esa hazaña. Cuando se convenció de que todos habíamos leído las líneas en cuestión, se subió a su silla metálica y reanudó su relato allí donde lo había dejado la tarde anterior, porque había llegado a «Historias de los pueblos de Asia»).

NO REÍRNOS DE LUMPÄ

NO TORTURAR A LOS ANIMALES

NO MOLESTAR A LAS CHICAS

NO JUGAR A LA BRUJITOCA

NO ENSUCIARNOS

NO DECIR TACOS

NO MENTIR

NO CHIVARNOS

NO DISCUTIR

NO PEGARNOS

(En cuanto las vimos, sentimos que teníamos que respetar aquellas palabras, había incluso algo en nosotros que nos obligaba a no burlarnos de ellas. Durante dos o tres semanas, a ninguno se le pasó por la cabeza siquiera hacer algo de lo que estaba prohibido).

Ya no recuerdo otras «teorías» semejantes —las llamo así porque no sé cómo podría denominarlas de otra manera—, pero todas contenían más o menos el mismo espíritu que las de más arriba. A nosotros nos fascinaban porque eran la sustancia de la sustancia del niño. Tendrías que haber oído sus palabras y, sobre todo, haberle visto gesticular, tendrías que haber sentido la magia y el miedo de aquellas tardes. Era como si estuviéramos viendo una película extraña, en colores apagados, que fluctuara del marrón al gris y al granate del molino y al verde-oscuro de las hojas de la acacia. Por no insistir en que, al interrumpir cualquiera de sus historias, pobladas de árabes y carabelas, nos dejaba preparados para la revelación, envueltos en el perfume áspero de la ficción...

Así fue como pasamos, reunidos en torno al Mendébil, un mes entero del verano. No nos atrevíamos a hacer nada sin consultarle y nuestros padres, aunque estaban sorprendidos por lo limpias que estaban las camisetas de tirantes y las camisas estampadas, no veían con buenos ojos esa dependencia que, día a día, se tornaba lealtad. «¿Qué os hace este crío que os tiene a todos atontados?». Nosotros, sin embargo, no sabíamos nada más aparte de *El valiente de la piel de tigre*, *Ruslan y Ludmila*, *Tristán* y de otros protagonistas de las historias del Mendébil. Incluso las chicas dejaban de jugar al «puente de piedra»^[7] y aquellos dibujos intrincados que representaban mujeres verdes con piernas azules y casas anaranjadas, para congregarse alrededor del trono de hormigón y hierro. Empezaban a sollozar cuando las historias terminaban mal. Ni siquiera Mona le daba la espalda al Mendébil, bien al contrario, lo miraba con menos odio que a cualquiera de los demás, con sus ojos como dos grietas verdes. Iolanda era la más cercana a él y se les veía bastante a menudo intercambiando algunas palabras. Ella tenía unos lazos gigantes en las coletas y se dirigía a todo el mundo, incluso a las muñecas o a los gatos, con un

«querido». En una ocasión, se entretenía lanzando grosellas contra una araña enorme, inmóvil en medio de su tela, que colgaba entre dos árboles. Intentaba darle con los frutos rojos y, cuando aquel ovillo negro de garfios y patas echó a correr hacia el borde de la telaraña, ella le gritó: «Espera, cariño, ¿adónde vas?». Pero el Mendébil mantenía siempre una cierta reserva en sus esporádicas relaciones con las niñas, algo que ya era bastante, puesto que nosotros no hablábamos con ellas en absoluto. Naturalmente, también jugábamos al fútbol, llevábamos el ajedrez o jugábamos al fútbol con botones. Pero estos no constituían ya de ningún modo puntos de interés. En aquellas ocasiones, el Mendébil iba en busca del chico enfermo y juntos mantenían conversaciones interminables.

Hace cinco o seis meses, sería por febrero, y puesto que era día de metodología, di una vuelta por el centro. Acababa de salir de la librería Sădoveanu y pasaba junto al Ciclop, cuando relampagueó bruscamente en mi estómago una llamarada violenta, una emoción nostálgica, insoportable. En mi paseo, a la derecha de la entrada del Ciclop, que olía a alquitrán, había visto de reojo un escaparate repleto de mecheros de todo tipo y de galones militares de plástico. Fue la visión de uno de aquellos mecheros corrientes, de esos que se tiran a la basura cuando se consume el gas, la que me produjo esta emoción abrumadora. Este mechero en concreto tenía un color que trajo a mi memoria a la fuerza, como una suerte de magdalena proustiana, un recuerdo muy vivido de la época de la que os estoy hablando. El mechero era de un rojo extraño, casi morado, que hacía aguas blandas y carnosas y medias lunas amarillentas debido al plástico ligeramente rugoso. Exactamente el mismo color tenía el relojito de cincuenta céntimos que me compré el verano de ese año, el primer año de los veintiuno que viví en aquel bloque de Ștefan cel Mare.

¡Con cuánta precisión recuerdo aquella tarde en que, a través del callejón que unía el portal número 1 con el resto del bloque, se escurrió un individuo en camisa roja a cuadros! Se colaba como una lombriz entre los dos edificios y casi se atascó en el contador del gas. Hasta que finalmente llegó a puerto, resollando como tras una dura ascensión y sacudiéndose el cemento de los codos. Nos llamó y empezó a sacar algo de los bolsillos. Por mucho que me esforzara, no podría decir ahora qué aspecto tenía su cara. Veo simplemente un balón blanco. Pero en sus manos abiertas distingo, hasta los más pequeños detalles, las pastillas amarillas y crema de chicle envueltas en celofán, en las cajas había un dibujo en relieve, los relojitos de hojalata dorada con correas multicolores de plástico, veletas también en tonos pastel, dotadas de una hélice de dos aspas que se deslizaba por dos alambres retorcidos hasta que, girando y girando, volaba hacia el cielo. Nos arremolinamos en torno a él, preguntándole cuánto costaba cada objeto. Luego nos desperdigamos —cada uno a su portal— en busca de dinero. Por cincuenta céntimos me compré ese relojito del que os he hablado, con esa extraña correa rosa-violeta. El Mendébil, por su parte, se compró

una hélice coloreada. Cuando el hombre se marchó, lo siguió con la mirada mientras se escurría por el hueco del callejón, y luego dejó caer los párpados, soñador, hacia la hélice que estaba en la base de los dos alambres dorados, enroscados entre sí. Contemplaba sin aparente interés las dos aspas de cartón, que de repente empezaron a girar solas en sus alambres, cada vez más deprisa, y que se elevaron a una altura de un metro, donde permanecieron, girando sin descanso, unos cuantos minutos. El muchacho contemplaba la hélice como si estuviera pensando en otra cosa.

Antes de partir, sin embargo, aquel individuo en camisa roja a cuadros nos había mostrado algo más. Lo sujetaba en la mano con cuidado y lo acariciaba de vez en cuando. Nos apretujamos en torno a él y vimos que se trataba de una pluma estilográfica negra. En uno de los lados había una ventanita cuadrada en cuyo interior se adivinaba una mujer vestida con una especie de bañador negro, de una sola pieza. Si le dabas la vuelta a la pluma, eso que parecía un bañador negro resultaba ser un líquido que descendía poco a poco y descubría en primer lugar los pechos de la mujer y luego el cuerpo entero, hasta que esta quedaba completamente desnuda, tal y como ni había visto ni había imaginado jamás a una mujer. «Esto cuesta veinticinco *lei*; pero no es para vosotros», concluyó el hombre riendo.

Hacia las nueve de la noche, cuando casi todos se habían marchado a casa, me fui con Luci a la parte trasera del bloque y trepamos al viejo castaño en cuya cavidad habíamos encontrado los sacapuntas.

Durante un cuarto de hora más o menos, estuvimos comentando la llegada del vendedor de baratijas, y mientras tanto no dejábamos de mirar, a la pálida luz del neón del patio del molino, nuestros relojitos de metal dorado. Luci acababa de comenzar con una de sus historias de caballos vestidos de oro, cuando vimos al Mendébil. Salía despacio, tímidamente, de su portal y se dirigía a pequeños pasitos hacia las zanjas del alcantarillado. No podíamos dar crédito a nuestros ojos: el Mendébil descendiendo con cautela a uno de los socavones. Estuvimos a punto de caer del árbol de tanta tensión. El Mendébil se paseaba de aquí para allá por el sucio laberinto, haciendo gestos extraños, como si estuviera jugando a la Brujitoca. En un determinado momento, sacó algo del bolsillo del pantalón de tirantes. Cuando se acercó, comprobamos que se había puesto una especie de máscara terrorífica; debía de habérsela pintado con acuarelas y era más primitiva, más amenazadora que todo lo que conocíamos hasta entonces en materia de máscaras para la Brujitoca. Eran casi las diez cuando salió de la zanja y entró en el portal.

(Interrumpo aquí, por un momento, la narración. De vez en cuando yo también he sentido cierta necesidad de salir a la superficie para tomar una bocanada de aire. Pero nunca como ahora. Quizá haya intentado resistir demasiado tiempo con la cabeza sumergida y el cabello ondeando bajo las aguas, espesas como gelatina, de aquel verano, pero ahora me escuecen los ojos de tanto oro y tantos destellos. Creo, sin

embargo, que jadeo también por otro motivo, mucho más profundo. Creo, quiero decir, que no estoy tan seguro de querer leer este texto en el cenáculo. Es demasiado poco literario y mucho más otra cosa. Hace más de dos semanas que escribo y comienzo a sentir la necesidad de anotar también cosas que no tienen nada que ver con la «crónica» de la que hablaba antes. Veo, simplemente, cómo el hecho de escribir empieza a modificarme como persona. Cuando no escribo, en clase o en mi tiempo libre, me siento y me comporto como un alucinado. Esta semana no he podido terminar de corregir los exámenes porque, de repente, irrumpían en las capas exteriores de mi cerebro unas imágenes pálidas, unas imágenes que me atormentan incluso cuando estoy escuchando a mis alumnos. Por no mencionar el hecho de que durante todo este tiempo he tenido unos sueños horribles, imposibles de narrar. Y todo ha culminado —porque espero que haya culminado— esta noche, cuando me ha despertado un ruido fuerte y entrecortado. En el escritorio que está a los pies de mi cama, en la oscuridad, mi máquina de escribir tecleaba sola. Me he incorporado mecánicamente, he encendido la luz y me he inclinado sobre las hojas por donde el carro de la máquina paseaba de un lado a otro con el ruido de las teclas y de la campanilla. Las he leído. Unos dedos invisibles habían retomado mi historia desde el principio. Habían llegado al sueño del frasco de cristal y justamente estaban escribiendo la frase: «Cuando volví a mirar, observé que en las paredes del frasco — que lanzaban destellos demenciales—, habían aparecido los contornos delicados de una puerta». Al leerlo, he sentido el terror sagrado del cumplimiento de una profecía. El espanto ha crecido bruscamente, extendiéndose hacia el infinito, con un silbido amarillo-dorado, insoportable, en mis sienes. Sentía que mi cráneo se disolvía en las llamas del espanto. Solo entonces me he despertado de verdad, pero durante mucho rato, en la noche ligeramente azulada que precede al amanecer, no estaba seguro de no haber pasado a otro sueño. Así pues, si continúo escribiendo aquí, lo voy a hacer por un impulso interior y tan solo para mí).

Tras la visita de aquel vendedor de baratijas, la armonía de nuestra pandilla se fue yendo poco a poco al traste. Mimi, Lumpă, Luță y Mațagan escuchaban a medias las historias del Mendébil, el cual, a su vez, como pude observar poco después, había empezado a desatender a su auditorio. Seguía sentándose en su trono de hormigón, sí, pero ya no contaba historias nuevas, sino que había vuelto a empezar de cero con los caballeros de la Mesa Redonda. Se detenía con frecuencia, incapaz durante largos minutos de recordar alguna palabra. Entonces clavaba su mirada vacía sobre el muro ciego del bloque y en aquel silencio penoso se oía tan solo el rugido de los vehículos que descargaban trigo en el patio del molino contiguo. Creo, sin embargo, que únicamente Luci y yo notábamos que estaba sucediendo algo. Y después, en cada sobremesa, en mi lecho de tortura, contemplaba las nubes inmóviles y relucientes y pensaba solo en lo que había visto aquella noche: el Mendébil vagando y haciendo

magia, con su rostro puro cubierto por una máscara de cartón, entre la miseria de los tortuosos y fétidos canales...

El verano llegaba a su fin, puede que estuviéramos incluso en los primeros días de septiembre (pues mis padres se habían apresurado ya a comprarme la cartera y todo lo necesario para mi primer año escolar). Después de disertar de nuevo, durante una tarde entera, sobre Ruslan y Ludmila, el Mendébil pronunció aquellas palabras que a mí tanto me gustan: «Hay cuatro tipos de hombres: los que no han nacido, los que viven, los que han muerto y los que ni han nacido, ni viven, ni han muerto. Estos son las estrellas». Afirmación que acompañó con ese gesto que yo tan bien conocía, señalando las estrellas sobre las chimeneas del molino. De camino a casa, en el pasadizo estrecho, le pregunté por qué había pronunciado aquellas palabras. Calló hasta que llegamos a la parte trasera del bloque y allí, mirando las zanjas, me dijo que tampoco él lo sabía. Me pidió que fuera a visitarlo a su casa al día siguiente, porque su madre no tenía ni idea de qué comprarle para la escuela y quería preguntarme qué me habían comprado a mí.

A las nueve de la mañana estaba en la puerta de su casa. Su madre llevaba una bata púrpura y era abrumadoramente alta. Pero hablaba igual que mi madre y que todas las demás. Nos trajo un plato con pastel de manzana y nos dejó «jugar», como decía ella, en la habitación de Ionel, o Vasilică, o tal vez George, no sé cómo le llamaba ella al Mendébil... En su habitación había una sorprendente cantidad de juguetes, la mayoría desmontados. Encontrar un cochecito entero era una tarea imposible. De una ambulancia no quedaba más que la carrocería, mientras que el motor de rueditas dentadas y el volante yacían en el rincón opuesto de la habitación. Había una rana de hojalata abierta por la mitad y, como un intestino brillante, el muelle se había salido de su sitio. Una escopeta sin gatillo estaba tirada debajo de la silla de respaldo rojo, barnizado. En las estanterías también había libros, pero no tantos como yo habría creído, la mayoría eran delgaditos y de letras grandes, como para párvulos. Ya no sé de qué hablamos, pero ahora quiero ir al grano. Aprovechando que el Mendébil había salido de la habitación unos minutos, saqué algunos libros de su pequeña librería y entonces vi que algo caía de la balda de contrachapado. Creo que ni siquiera la escena del Mendébil paseando por las zanjas del alcantarillado me dejó tan estupefacto: detrás de los libros estaba escondida la pluma negra con la mujer vestida-desnuda. La dejé de nuevo en su sitio y, en cuanto el muchacho entró en la habitación, me apresuré a decirle que tenía que marcharme. Mientras me ataba en el vestíbulo las correas de las sandalias, pues al entrar su madre me había pedido que me descalzara, volví a mirarlos, a la madre y al hijo, parados en el umbral de la puerta, él abrazándola tiernamente por la cintura, y ella inmensa, brumosa, con su bata de satén rojo, apoyando una mano sobre su hombro. Sonreían ambos con la misma sonrisa, que podía significar tantas cosas... maldad, ironía o,

simplemente, ternura. Ambos tenían unos párpados sin pestañas, delicadamente bordeados de negro. Me marché muy alterado. Fuera me topé con Luci y le conté lo que había visto. ¿Cuándo había comprado el Mendébil la pluma pornográfica? En los tres o cuatro días que habían transcurrido desde que lo vimos por primera vez, el vendedor no había vuelto a aparecer por nuestro bloque. No, ni siquiera ahora, sé cómo se hizo el Mendébil con aquella pluma.

¡Dios mío, si fuera ahora capaz de escribir, de describir la imagen! Esa imagen que permanece, viva y dolorosa, en mi memoria. Quizá podría así librarme de ella pero, por mucho que me esforzase, ¿pretendo acaso librarme? ¿O quiero tan solo verla cada vez mejor, verla una y otra vez en cada segundo de mi vida? Apenas ahora llego, no sé si preparado o no, a la gran escena de la «crónica» que sigue. No me importa que pueda parecer inverosímil. Escribo solo para mí y yo la vi de verdad. Esta escena me espanta tanto incluso hoy en día, que tal vez se trate del huevo traslúcido que he incubado, sin saberlo, durante veintiún años. ¡Qué clase de pollo monstruoso podría salir de él! Pero no quiero pensarlo siquiera. Lo único que quiero ahora es reunir las fuerzas suficientes para describir esa escena de manera «realista», aunque me parece casi imposible.

Era como si el Mendébil se hubiera vuelto loco. Al menos esa era la opinión de casi todos los de nuestra pandilla, que no podían explicarse los episodios cada vez más prolongados de confusión, de desorientado vagabundeo que protagonizaba aquel chico de pantalones amarillos de tirantes por el portal. Comenzaba con algún cuento asiático, *La taza de madera y la taza de barro* o con *El espíritu de la botella*, pero invariablemente los dejaba a medias. Contemplaba durante toda una hora, perdido, los extraños dibujos que habían hecho las chicas, e incluso llegaba a entablar conversación con ellas. El papel de «consejero íntimo» y de confesor (tal y como imaginábamos nosotros) que había desempeñado junto al Mendébil el chico enfermo, el del botín ortopédico niquelado, lo había retomado ahora Iolanda, la de los lazos gigantes. El Mendébil hablaba con ella a menudo y le podíamos ver describiendo curiosas curvas en el aire con sus expresivas manos. La tarde anterior al día que supondría su hundimiento definitivo, el Mendébil, con Iolanda a sus pies y rodeado de todos nosotros, nos contó la más bella historia que habíamos escuchado jamás. Fue como una auténtica sesión de hipnosis colectiva. Estuvimos allí hasta las diez de la noche, hasta que no nos veíamos ya las caras, hasta que todo lo que quedaba del mundo era el cuadrado de cielo azul oscuro sobre nosotros, atravesado por el polvo estelar de la Vía Láctea. Era la historia de los *Once cisnes*. La voz del chiquillo subía, bajaba, giraba y nos hacía enloquecer de tristeza. La niña muda, que trenzaba trajes de ortigas para sus hermanos, transformados en pájaros reales, el vuelo de estos sobre el mar verde, hirviente, el niño con un ala de cisne... todo aquello estaba en nosotros desde mucho tiempo atrás, y el Mendébil tan solo nos lo recordaba. Cuando acabó su

historia, en el silencio de la noche solo se oía el rugido de los tranvías que circulaban por Ștefan cel Mare.

El día siguiente fue el último día. Por la mañana, cuando salí, hacía fresco. Me encontré con Luci y con Șandu, mis amigos, y nos subimos al castaño. Los frutos del árbol eran grandes y espinosos, y nos pasamos la mañana pelando las relucientes castañas. Șandu descubrió entonces —aún recuerdo su grito de sorpresa—, bajo la verde cáscara de espinas, un cristal grande y pesado, brillante. Era como un huevo de cristal a través del cual la luz se refractaba en extrañas formas. Cuando un castaño da semejantes frutos —pensé yo entonces—, es que algo no va bien.

Hacia las doce, como el Mendébil no había llegado al portal 1 y todo parecía languidecer, pensamos en jugar a un antiguo juego, anterior a la Brujitoca, llamado los Exploradores. En medio del bloque había una puerta de metal remachada, pintada de gris. Abrimos la puerta con cuidado, para que no crujiera, y empezamos a descender los escalones metálicos de la escalerilla de caracol, poniendo buen cuidado en no tocar las paredes embadurnadas de petróleo y repletas de cuadros eléctricos. A medida que bajábamos la escalerilla, la oscuridad se hacía más y más penetrante. Llegamos a una sala estrecha y larga, que olía a masilla y a cáñamo empapado en orín, en la que se distinguía una maraña de intestinos formada por tubos de diferentes tamaños, que salían de las paredes y giraban en los rincones, llenos de grifos y manómetros. En el suelo, el cemento húmedo temblaba apagado bajo la luz que se colaba por un ventanuco enrejado situado muy arriba, cerca del techo. Contemplábamos los tubos fascinados. Algunos eran más anchos incluso que nuestros cuerpos; otros, tan delgados como dedos e infinitamente largos. Atravesamos en silencio la sala de los tubos y abrimos otra puerta de metal, que desembocaba en la sala de las calderas. Decenas de tubos atravesaban la pared y se hundían ahora en enormes vientres de metal rojizo, rematados por remaches tan grandes como puños. Parecían cerdos de metal tumbados sobre pedestales de cemento. Aquí y allá, parpadeaban amenazadores unos manómetros con números negros impresos, tapados con cristales de color verdoso. Nos sentíamos como en un templo de deidades poderosas e incomprensibles. Tras pasar entre los monstruos barrigudos, nos acercamos de puntillas a la última estancia, la más profundamente escondida en las tripas del bloque: la sala del fogonero. La puerta entre la sala de las calderas y esta habitacioncita era también de metal, pero tenía un ventanuco a través del cual, estirándonos sobre la punta de los pies, pudimos mirar lo que había dentro. Nos quedamos helados.

La habitación estaba atravesada en diagonal por un ancho rayo de luz que venía desde muy arriba, de otro ventanuco enrejado. El rayo difundía también a su alrededor un halo luminoso, así que pudimos ver lo que no queríamos haber visto jamás. En la habitación vacía, como mucho de tres por tres, había dos niños cara a

cara, completamente desnudos. El rayo se filtraba a través del cabello del muchacho y dibujaba finamente sobre el cemento los tobillos y las plantas de la niña. Los niños eran de una belleza sin par. Parecían rubísimos en la luz dorada. En el cabello del niño ardían rizos dorados y rojizos, y la niña parecía iluminada por los ojos bordeados de un pellejito negro. El surco de debajo de la nariz se le marcaba más profundamente que nunca. Los labios estaban apretados y animados por una sonrisa extraña, inexplicable. Todo su cuerpo enjuto, de músculos apenas insinuados por una línea amarilla, de costillas finas, levemente visibles, de piernas delgadas y firmes, parecía un esbozo delicado y perturbador. Más baja, con las coletas prendidas con lazos de satín blanco, con los mechones de su flequillo ensortijándose sobre la frente, sonriendo un tanto azorada —como he visto después sonreír a todas las mujeres desnudas—, Iolanda le miraba a los ojos. Puedo ver con claridad el cuerpo de ella incluso ahora, mientras escribo. Era delgado y blanco, con las moneditas cobrizas de unos senos pequeños, con el sexo como una simple línea esbozada entre las caderas. Apenas se podían observar otras diferencias en los cuerpos de los dos niños. En el suelo, sobre el cemento, estaban sus ropas, dispuestas en un orden extraño. Vimos cómo ambos se miraban, pero no había ningún sentimiento que pudiera ser definido, pues sus rostros mostraban una expresión que podía ser cualquier cosa menos humana. Era la suya una expresión como de estatuas... y ni de estatuas siquiera. Cuando la niña levantó la mano y rozó el hombro del muchacho con la punta de los dedos, Şandu se apartó de la ventana y escapó corriendo a través de la sala de calderas. También nosotros, Luci y yo, echamos a correr espantados. Incluso ahora tiemblo, incluso ahora suspiro, al recordar la escena aquella en la sala del fogonero. Todavía hoy escucho, taladrando mis oídos, el grito de pánico de Iolanda cuando oyó nuestras pisadas, un grito que nos persiguió, reverberando entre calderas y tubos, hasta la calle.

No nos detuvimos hasta que llegamos al portal 1, desierto a aquella hora. No podíamos mirarnos, no podíamos hacer nada. Luci temblaba como un poseso. Llegó incluso a tener fiebre los días siguientes.

Al mediodía nos fuimos para casa, pero durante el rato de la siesta, con la cabeza debajo de las sábanas, empecé a delirar. El ataque me duró hasta la noche. No veía más que los dos cuerpos frágiles frente a frente en la sala del fogonero. No comprendía nada. ¿Por qué había cambiado el Mendébil tan bruscamente tras la llegada del vendedor de baratijas? Pero no conseguía siquiera hacerme preguntas. Şandu, sin embargo, había reaccionado de otra forma. Estaba indignado, presa de la furia. Aquella misma noche, en el portal 1, cuando se congregó la antigua pandilla, les contó todo e incluso añadió algo de su cosecha; de su historia se desprendía que el Mendébil nos había embobado a todos con sus estupideces pero que ahora por fin se había quitado la máscara. Vova y su hermano se dirigieron al transformador y

borraron con las manos las frases de colores que el Mendébil había escrito con tiza y que alguno de nosotros había retocado más de una vez desde entonces. Mimi se mostraba triunfante: se había encaramado al trono del Mendébil y dirigía desde allí, grande, barrigudo y moreno, la disputa sobre cómo debía ser castigado el Mendébil. Por supuesto, era incapaz de concebir algo más que «hay que zurrarle». Martagan propuso que le organizáramos una buena Brujitoca, porque hacía mucho que no jugábamos. Así que nos fuimos corriendo a la parte trasera del bloque y bajamos de nuevo a las sucias zanjas, a respirar una vez más nuestro amado olor a tierra y lombrices y larvas lechosas pero, sobre todo, el penetrante olor a miedo. Nos colocamos de nuevo las máscaras de cartón y nos transformamos en diablos y en monstruos, y en gigantes, y en unicornios, y en salvajes, y empezamos a perseguirnos por los canales sinuosos.

Hacia las ocho de la tarde apareció el Mendébil. No podíamos dar crédito a nuestros ojos cuando lo vimos acercarse al borde de las zanjas. Habíamos creído que se quedaría en casa, sin salir, por lo menos durante una semana, pero el hecho de que se atreviera a mirarnos a la cara nos parecía de un descaro increíble. Dejamos de jugar y, desde allí, desde abajo, lo observamos sonriendo maliciosamente. Él quiso decirnos algo, pero Paul cogió un terrón de tierra, se lo lanzó y le arreó un buen golpe en la pierna. Jean hizo lo mismo, y entonces el Mendébil echó a correr hacia el portal número 1 bajo una lluvia de terrones. Nos abalanzamos tras él, con las máscaras puestas, aullando. Nos habíamos llenado los bolsillos de terrones. Al salir del pasadizo estrecho, nos detuvimos en medio del patio interior. Una vez allí, no tenía escapatoria. Al principio no lo vimos, pero luego lo localizamos escondido detrás de la balaustrada del Puente, es decir, sobre la pequeña plataforma que conducía a la puerta tapiada. Estaba acurrucado en la oscuridad. Aullando, empezamos a lanzarle terrones con furia, pero el Mendébil gritaba casi más fuerte que nosotros y se defendía como un diablo. Llevaba puesta —entonces lo vimos, a la luz del neón del patio del molino— su horrible máscara, pintada con acuarela, y nos devolvía como podía los terrones que le llovían por todas partes. Estaba más arriba y lo protegían las dos balaustradas, mientras que nosotros estábamos en campo abierto, así que se pudo defender mucho rato, casi una hora entera, hasta que un terrón le dio de lleno en la cabeza. Entonces, en la penumbra, lo vimos dejarse caer lentamente al suelo, arqueándose hacia atrás y sacudiéndose con una fuerza espantosa. Nos acercamos a él, pero no parecía vernos. De sus ojos brotaban lágrimas a chorros. Gemía y gruñía brevemente, de vez en cuando, entre espasmos que contorsionaban su cuerpo en unas posturas imposibles. Nos asustamos tanto que Luță fue al portal 3 y llamó a la puerta del Mendébil. Escondidos en el portal 1, vimos a una mujer de rojo que vino corriendo y tomó en brazos al niño martirizado por los espasmos. A duras penas consiguió atravesar con él el pasadizo que conducía al otro portal.

Así terminó todo. Al Mendébil lo envió su madre a casa de los abuelos o a un internado, o puede que a otro sitio, pues no volvimos a verlo jamás. Al día siguiente empezó a caer una lluvia menuda y fría, hasta que toda la trasera del bloque se transformó en un auténtico cenagal donde no había manera de jugar a nada. Al cabo de una semana comenzaron las clases y para el final del verano la pandilla se había disuelto ya. Siguiéron más de veinte años anónimos. Acabé el instituto, hice el servicio militar, fui a la universidad y aquí estoy, hecho todo un profesor. Desde hace tres meses, sin embargo, desde el sueño del frasco y los hámsteres, soy una persona completamente distinta. No puedo más. Una noche tras otra, me asedian unas pesadillas que no me atrevo siquiera a consignar en mis cuadernos de sueños. Siento que se acerca algo, siento un olor a hielo envenenado que me eriza la piel. En ocasiones, lloro por las tardes, en un llanto sin lágrimas, nervioso, y me invade un sentimiento de inminente disolución. Una crisis así, de llanto desesperado, sufrí ayer tras describir la escena de la sala del fogonero. ¿Qué va a suceder ahora, cuando ya he terminado esta historia que brotó de mi memoria de forma tan milagrosa? ¿Se supone que tengo que empezar a recorrer las calles, entrar en restaurantes y tiendas, perturbar el silencio de los cines hablando a gritos sobre el Mendébil? Porque siento que no he dicho todo, porque no puedo controlarme para no gritar esta verdad que es mía y solo mía, porque no puedo más, no puedo controlar este dolor terrible, no puedo... Sí, no voy a leer estas páginas en el cenáculo, porque no son literatura, son más bien una profecía terrible; las leeré en medio de la ventisca, por las calles, a la luz de los escaparates y en los tranvías, y encontraré a gente que me entienda y que me siga y rastreamos toda la ciudad y encontraremos finalmente al Mendébil y sabremos que *él es* y lo comprenderemos y lloraremos y cantaremos, y él, cubierto por una piel de rayos, lanzando destellos azules, alzará los brazos y se elevará, iluminando la ciudad como si fuera de día, hasta las estrellas y hasta más allá de las estrellas, y nosotros seremos como de ceniza blanca, más puros, más puros... ay, no puedo más...

* * *

Esta mañana, mientras buscaba cinta adhesiva para pegar la portada de un libro, he encontrado estas páginas mecanografiadas que, por su aspecto, parecen haber sido escritas hace un par de años. Estaban en mi cómoda, debajo de unas fotografías colocadas en sus marcos. Las he leído y no puedo evitar comentar la sorpresa que me han producido. No hay duda, fueron escritas con mi «Erika», y se refieren a un periodo de mi infancia. Por supuesto, reconozco algunos datos de esta «crónica». Sí, viví en un bloque de la calle Ștefan cel Mare. El molino, el portal número 1, todos los decorados son reales y existen incluso hoy, excepto la sala de calderas subterránea,

pues nuestro bloque no tuvo nunca calderas de calefacción en el sótano. Los niños son reales, recuerdo incluso sus nombres, a algunos los sigo viendo hoy en día; pero toda esa historia del Mendébil me parece absurda. Jamás hubo un niño tan sabio en nuestro bloque. Vova Smirnoff es ahora ingeniero, Lumpă es *piccolo* en el Athénée Palace, lo sigo viendo por allí de vez en cuando; Martagan también anda por ahí, Şandu se ha convertido en ingeniero, y Nicușor no es otro que mi amigo, Nicolae Iliescu. Pero ¿dónde está ese tal Mendébil? ¿De dónde demonios ha salido esa historia? Querría releer el texto, pero reconozco que me da miedo. Hay en él algo nefasto. No sé qué hacer con este texto. No quiero tirarlo, pero tampoco quiero volver a encontrármelo. Lo pondré a buen recaudo, en algún sitio donde pueda permanecer oculto un siglo sin peligro de ser arrojado entre periódicos u otros papeles, porque mi mujer es toda una especialista en ese tipo de cosas y...

LOS GEMELOS

El afeitado le llevó mucho más tiempo de lo esperado. Se había rasurado alguna vez las axilas pero, desde hacía más o menos dos semanas, es decir, desde entonces, se había afeitado varias veces también la barba; sin embargo, ahora era otra cosa: ahora no podía permitirse un corte. Por eso, sujetando la Gillette de mango blanco-amarillento como el marfil con una torpeza pedante, se pasaba la cuchilla por el rostro abundantemente enjabonado y dejaba unas tímidas bandas de piel levemente enrojecida, en la que unas pocas hebras de vello cortado de raíz irradiaban, puntos minúsculos, un color verdoso. Aquellas bandas se llenaban inmediatamente del agua que chorreaba de su pelo mojado. Se contemplaba en el espejo del baño, devorado por la humedad, en el que se reflejaba también una pared mohosa, pintada, quién sabe por qué gusto caprichoso, en azul ultramarino. Se veía también el retrete, roto en una esquina y burdamente pegado con yeso. Como crema de afeitar había utilizado una pasta perfumada, azulada, de un spray húngaro, uno de los dos o tres tubos polícromos de la estantería de cristal sucio de debajo del espejo, sobre la que había también algunas cuchillas de afeitar usadas, abandonadas en un charquito y que, al oxidarse, se habían pegado unas a otras. El agua de la barbilla, mezclada con la crema de afeitar, había empezado a chorrearle por el cuello y por el pecho, fría como el hielo. Se miró divertido el pecho reflejado en el espejo. Si ahora viniera alguien a casa, podría salir a recibirlo a él o a ella tal y como estaba, en vaqueros y con el pecho desnudo, no había de qué avergonzarse. Mientras que antes... Se entretuvo un rato pensando qué habría sucedido en otra época, sin dejar de pasar lentamente la maquinilla, con ojos atentos, por cada porción de piel que se extendía sobre los largos huesos de las mandíbulas. Dobló después por debajo de la barbilla y empezó a retirar, franja a franja, la crema hasta la nuez. No podía quedar ni la más mínima huella de vello en la cara. La bombilla eléctrica le fatigaba los ojos, así que a veces veía los bordes del espejo atravesados por rayas moradas o lilas brillantes. Se secó con una toalla el agua del pecho y de la barriga. Se le había erizado la piel. En la puerta, hinchado y ennegrecido por la humedad, había un póster que representaba el perfil rosado de una mujer de melenas hiperbólicamente ahuecadas y divididas en mechones de colores: un rojo sangriento seguido de rojos más diluidos que daban la impresión de ser pinturas acrílicas. Justo bajo el busto cimbreado de la mujer ponía en letras finas CRISHAN SHAMPOON. La barba ya estaba lista. Quedaba todavía el bigote, una cuestión más complicada porque los pelos eran largos, de un par de centímetros por lo menos, y bastante tupidos. El desgraciado había llevado bigote, pensó con rabia, y le soltó un «qué cabrón» entre dientes. ¡Era lo que le faltaba! Apretó de nuevo el tapón del spray, se impregnó los dedos de la mano izquierda con la espuma espesa y perfumada, y se embadurnó bien el labio superior. Sentía que los

pelos se ablandaban como las patas de las arañas cuando caen al agua. No era, de hecho, tan difícil. Solo tenía que aclarar la maquinilla más a menudo, sacudiéndola bajo el chorro de agua vertical que brotaba del tubo curvado del lavabo. El agua caía tan silenciosa y decidida que tenías la sensación de que no manaba, de que era tan solo una columna de cristal paralizada entre el orificio del tubo y el agujero del lavabo, cubierto de espuma y de hebras de pelo. Se contempló en el espejo tras afeitarse la mitad del bigote. Se echó a reír. Luego, de repente, se echó a llorar violentamente, con sollozos histéricos, con la frente apoyada en el borde frío del lavabo. Con los ojos húmedos aún por las lágrimas, se afeitó la otra mitad del bigote, después se lavó detenidamente toda la cara. Por desgracia, no había agua caliente. Se secó, frotándose bien la cara con la toalla áspera, anaranjada, y volvió a mirarse en el espejo. Señor, ¿cómo iba a conseguirlo? Sin vello, aquel rostro alargado parecía aún más masculino, más difícil de domesticar. Antes de enjugar la maquinilla, se la pasó «en seco» a lo largo del esternón, sacrificando la tímida araña de pelo que había anidado allí. La cuchilla crujió terriblemente esa vez, como si quisiera protestar. Se estremeció. Se extendió por la cara la espuma ligera del *after shave* y, haciendo girar el pequeño tornillo de metal del extremo de la maquinilla, las alitas de esta se abrieron como un puente levadizo y dejaron ver la cuchilla reluciente. Lavó bien la cuchilla y la maquinilla, respetando el consejo de *Do not wipe blade*. Miró la cuchilla. ¡Qué poco familiar le había resultado hasta hacía poco ese objeto! Una ligera curva entre los dedos. En ella ponía «London Bridge» y parecía vivir una vida propia y muy intensa. Por un impulso incomprensible, besó la cuchilla, luego se la acercó al rostro y de nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas. La colocó de nuevo en la maquinilla y salió del baño.

No había nadie en el apartamento. Las puertas, abiertas de par en par, desplegaban hacia las habitaciones y los vestíbulos unas perspectivas siniestras. Las camas de los dormitorios estaban sin hacer y había algo indecente en el revoltijo de sábanas amarillentas y mantas bajo el que se veían franjas de la tapicería florida de los canapés. A través de la gigantesca ventana que cubría de pared a pared la habitación, se veía el cielo de verano, entretejido por los harapos de fuego de las nubes, que adquirirían las formas —en un patrón desordenado— de las pinturas renacentistas. Si hubieras abierto una de las tres grandes hojas transparentes y hubieras sacado la cabeza por la ventana, habrías distinguido, veinte metros más abajo, sumergida en una luz roja-anaranjada, la avenida Ștefan cel Mare que parecía, en su realismo detallado y, sin embargo, transfigurado, traicionado en cierto modo por filtros de color, la ilustración de una revista americana. Hacia la izquierda, la avenida, que se prolongaba por Mihai Bravu, giraba hacia Vitan, y hacia la derecha se afilaba como la punta de una flecha para clavarse directamente en el inmenso sol que se ponía a dos o tres centímetros del horizonte. La propia habitación, como un

parásito cúbico y alucinado, absorbía en bandas anchas, sobre las paredes, la sangre del exterior.

Entró en la habitación. ¿Cómo demonios había conseguido empaparse de ese modo los vaqueros? Se le pegaban, sencillamente, a los tobillos. Se los quitó y, en calzoncillos, se sentó en una silla ante el espejo del baño. Sonrió, pues sabía perfectamente qué contenían los cajones del baño y sabía que había sido una suerte inesperada que él tuviera una hermana. Abrió el primer cajón y por la habitación se extendió un olor a polvos y ungüentos. Sacó por el momento el neceser chino de maquillaje que incluía, en una caja plana, bajo una capa de esponja ahora manchada de azul y púrpura, una columna de barras de labios de distintos tonos, barras mezcladas entre sí, unos cuantos óvalos de maquillaje dispuestos simétricamente, algunos casi consumidos y otros intactos, un palito de plástico que tenía en el extremo un trocito de esponja manchado de verde, un óvalo grande de maquillaje rosa, un cepillito negro y grasiento de rímel, un lápiz de ojos barato, que no formaba parte del neceser y por culpa del cual la caja no se cerraba como era debido y, quién sabe por qué, unas cuantas piezas pequeñas de goma. Sacó también dos frasquitos cónicos de laca de uñas, uno con un líquido viscoso de color rojizo y el otro con un líquido nacarado, de un blanco brillante. Los colocó en los tapetes del baño. Encontró una pinza de depilar. En el segundo cajón había otro frasco de laca de uñas con pequeñas bolitas doradas en el líquido blanco (qué ordinariez, pensó) y otras tres barras de labios, una de ellas buena, de marca Dior. Le echó un vistazo rápido y pensó, instintivamente, que era justo el tono que utilizaba. Pero inmediatamente se dio cuenta de lo absurdo de esa idea. También encontró en el fondo del cajón una polvera coqueta, francesa, una caja de plástico en realidad, en la que estaban grabadas unas rosas con una línea sinuosa, dorada. La abrió al recordar que se vendían en nuestras tiendas. Se miró en el espejo haciendo muecas. ¡No acababa de acostumbrarse! La caja solo tenía dos cuadraditos, uno verde y el otro rosado, lo cual empezaba a ser interesante. Qué poco, mierda. Con todas aquellas celdillas tenía que improvisar, sí o sí, un *make-up* decente. Abrió una de las portezuelas laterales del baño. Estaba mareado por el olor a perfume barato, dulzón, nuestro (al menos no es búlgaro...), que emanaba de los siete u ocho frasquitos de diferentes formas y tamaños, apretujados en el armario de chapado. Uno de ellos, el colmo del *kitsch*, estaba cubierto por una especie de armadura de metal dorado. Otro tenía un tapón más grande que el propio frasco, como un carrito fanariota. Pero entre ellos, como una reina en el exilio, se encontraba también, quién sabe por qué milagro (¿quién se lo habría regalado?), un soberbio frasquito de Emotion. Lo cogió con ternura, liberándolo de aquella compañía insufrible, soltó el tapón y presionó suavemente el pulverizador sobre el dorso de la mano izquierda. Se olisqueó con voluptuosidad la piel así ennoblecida. Esto sí, pensó, e incluso dijo en voz alta: «OK». Lo colocó sobre

el retrete y cerró la portezuela del baño, dejando encerrados a los otros perfumes. Tras la portezuela de la derecha había amontonadas unas cuantas cintas AGFA y un micrófono con el cable enredado. Eso era todo. No tenía por qué desesperar, aunque no había tampoco ningún motivo de satisfacción. Con la ropa va a ser más complicado.

Empezó por arrancarse las cejas con voluptuosidad. Cada doloroso pellizco le producía una alegría nostálgica. Picoteó en ellas unas media hora y no lo dejó hasta no conseguir (de cola de perro las llaman ahora) dos arcos perfectos, finos, que daban a su rostro masculino la tristeza insoportable de los arlequines. Se maquilló los párpados con aquel rosa claro, apenas un toque, y se puso, para contrastar, abundante rímel en las pestañas, excepcionalmente largas, por fortuna, en un hombre. Se miró al espejo. No estaba mal el resultado. Se pintó los labios, también bastante gruesos, manejando con destreza la barrita de Dior, y luego se frotó los labios entre sí hasta que el carmín, aquella pasta perfumada con un cierto sabor a alcohol, se extendió de manera uniforme. Intentó corregir en esta ocasión el rictus amargo de su boca. Pero la amargura seguía allí, flotando en algún lugar por encima de sus rasgos, sin mucho que ver con ellos. Su rostro se mostraba ahora cadavérico, los ojos alargados por aquel negro brillante parecían haberse extendido por toda la cara, y la boca, por debajo, mostraba un desprecio en cierto modo indecente, un hastío cínico-sensual. Corrigió esta expresión con algo más de maquillaje y se retocó bien las cóncavas mejillas. Lamentaba profundamente no tener una base de maquillaje. Hizo unas cuantas muecas delante del espejo contemplando ese rostro inédito. Puesto que en la habitación el aire se había vuelto ocre, encendió la luz y pudo contemplar entonces, en todo su esplendor, los colores con que se había acicalado. El rostro había ganado en belleza, una belleza que ningún rostro de hombre o de mujer habría esperado alcanzar jamás. Se miró de perfil, contemplándose en el espejo grande gracias al espejito de la polvera. Aunque había pensando ya en el «arma secreta» y se había dicho que la utilizaría después de vestirse, no podía esperar un segundo más. Abrió la puerta de la cómoda de la habitación y sacó, de un viejo bolso, un par de pendientes de dos colores, romboides, muy a la moda, de esos que se prendían a la oreja con un clip. Se los puso, pero no era esta el arma secreta, sino aquel objeto que había descubierto unos días atrás también en la cómoda y del que había partido la gran decisión que le había llevado adonde estaba hoy. Extrajo ahora, con un suspiro de agradecimiento, el soberbio objeto de su cajón. Era una peluca rubia, excepcionalmente poblada, con bucles que caían majestuosos e increíblemente naturales y que se le derramaban hasta los omóplatos. Por dentro tenía un forro blando y muy elástico, así que, al cabo de un cuarto de hora, no te cabía duda de que llevabas en la cabeza tu propio cabello natural. Se puso la peluca y la peinó largo rato ante el espejo. Cada vez que pasaba el peine rojo por el cabello, los bucles se

deshacían, el pelo se estiraba y los mechones volvían a rizarse un segundo después, con un movimiento lento, gracioso. Como el peine chisporroteaba a cada contacto con el pelo, se le ocurrió apagar la luz. En aquella oscuridad casi total, unos chispazos verde-azulados, increíblemente delgados, cubrían el cabello formando una red efímera que brotaba por la habitación incluso a un metro de distancia. Bajo esta luz titilante, casi estroboscópica, lo que se veía en el espejo era una increíble mujer de hombros masculinos, de pecho plano y clavículas prominentes.

Encendió de nuevo la luz, pero aquella fascinación persistía. Se sintió mal. Se presionó fuertemente con las manos, las orejas, la peluca y las mejillas, y luego contempló largo rato las huellas romboides, pálidas, que habían dejado los pendientes en las palmas de las manos. Sentía que toda la sustancia viva que llenaba su pecho — la médula del esternón, los pulmones, el corazón— se le había enrarecido de repente y había sido sustituida por una red de emociones gelatinosas, por un sistema de tubos y filamentos cobrizos, púrpuras y violentamente rojizos, indeciblemente dolorosos. Se levantó de la silla y se puso a rebuscar en la gran cómoda colocada en la pared que había junto a la puerta. Sacó todo lo que identificó como ropa de señora. Una vez más se maravilló por la suerte de tener una hermana y, más aún, de que su hermana tuviera la misma altura que él. Así pues, su ropa le quedaría más o menos bien. Encontró en primer lugar un juego de bragas bastante graciosas, no completamente minis —eso las haría inservibles—, y bastante monas. Eran siete piezas de color blanco, cada una tenía impresos en la parte delantera unos pajaritos posados en una rama, bajo los cuales, con bonitas letras verdes escritas a mano, ponía *Lundi o Mardi o Mercredi o Jeudi o Vendredi o Samedi o Dimanche*. Se quitó los calzoncillos y se puso las bragas de *Dimanche*. Se probó después un par de medias negras de malla bastante fina, que atenuaron un poco la vergüenza instintiva por no haber encontrado nada con que depilarse, y dudó un buen rato si ponerse o no un sujetador. Pero, en parte porque no lo había utilizado tampoco antes, en parte porque le parecía grotesco, como en las películas malas de travestís vulgares, rellenar las copas con calcetines o con algodón, renunció. Hay bastantes chicas de pecho plano que resultan, sin embargo, increíblemente atractivas...

Ahora llegaba el momento de la verdad. Cómo vestirse. No tenía demasiadas alternativas. Debía eliminar de salida los vaqueros y los pantalones acampanados, que no pegaban con su idea de la máxima feminidad y con sus caderas estrechas y huesudas. Necesitaba algo románticón, vaporoso, tenía que parecerse a la chica de los sueños de todos, al tipo de rubias soñadoras de los anuncios de L'Oreal. Se probó en primer lugar una blusita de cachemir rojizo, de mangas abullonadas, que se cerraba en la espalda con dos bonitos botones de nácar. Pero eso iba bien con vaqueros, era una ropa de discoteca en la que no quería meterse. Encontró un vestido más pretencioso, de cuello cuadrado de blonda, en una tela de un amarillento descolorido,

con un cordón de lamé dorado y flores grandes, pálidas, colocadas en el vuelo, algo de la galería de arte, probablemente. Se giró y volvió a girar con él delante del espejo, luego se tiró en la cama, adoptó una postura rígida y se miró otra vez, levantando la cabeza. No le iba. Necesitaba algo más dulce, sensual pero a la vez inocente. Se incorporó y contempló de nuevo aquella figura maquillada, con bucles, de una belleza ambigua. Con una sonrisa extraña, dejó caer ligeramente la cabeza hacia adelante, elevó un hombro y —por qué— señaló directamente con el dedo al rostro del espejo. Con un gesto apresurado, se quitó el vestido y lo arrojó sobre la alfombra. Encontró entre el montón de ropa un vestido de verano, muy florido, de tonos lilas apagados, de corte simple, con pechera y dos tirantes en los hombros. Se lo probó y, aunque le quedaba bien, no iba con aquella cabeza de señorona que se había fabricado. Le daba miedo ceder a la tentación de seguir probándose todos aquellos trapos hasta el infinito y alejarse de su objetivo. Se quitó ese vestido y buscó algo más sofisticado. Encontró en una percha otro vestido, de noche, negro, con hilos plateados, muy escotado, que acababa —bajo un talle alto, romántico— en una espuma de volantes. La tela era barata pero la modista había estado a la altura de las circunstancias. Así sí, aunque el pecho... En fin, ya vería. Se quedó con ese vestido, que iba también con las medias pero que exigía unos zapatos negros en condiciones. ¡Cuánto le habían gustado siempre los zapatos! No había día, incluso cuando iba aún a la escuela, que no pasara por las zapaterías del bulevar. Botines fabricados con una sola pieza de piel, de tacón muy muy alto, de tal manera que el pie quedaba casi vertical y se pisaba solo con la punta de los dedos... se moría por ellos. Por muchos que tuviera en casa, siempre quería más. Ahora, sin embargo, tenía que conformarse con los zapatos como barcas —elegantes, es cierto— de su hermana. Ya no era lo mismo. Se quedó helado con la idea de que ella se hubiera llevado los zapatos negros al pueblo. Pero era, por supuesto, algo absurdo. Solo los sacaba de la cómoda los días de fiesta. Se abalanzó sobre la tercera puerta del armario: allí estaban, sobre una ondulada piel de conejo. Su pie era igual de largo, pero un poquito más ancho. Sin embargo, teniendo en cuenta que no tenía que caminar con ellos, estaba bien. En cualquier caso, sus pies cabían. El tacón tenía unos siete centímetros, nada comparado con lo que había acostumbrado a llevar. Había llevado hasta trece-catorce centímetros, tacones de todo tipo según las modas se habían ido sucediendo.

Sí, dijo en voz alta mientras daba unos cuantos pasos delante del espejo. Se colocó después al cuello, como un último toque de pincel, una cadenita de oro con chapitas y con una gran perla barroca, rugosa, y se perfumó, por fin, pulverizándose con el frasco fino, de tapón dorado, de Emotion, unas ráfagas frescas, sensuales. ¡Ah, Dios mío, recordó de repente, no se había pintado las uñas! Y tenía que empolvase un poco los hombros, donde los tendones de los músculos —aunque sabía que estaba lejos del tipo atlético— trazaban sin embargo, fastidiosas sombras viriles. Se retocó

el cuello y los hombros con la esponjita elástica y perfumada, y luego empezó con las uñas que, afortunadamente, había cuidado bastante bien durante los días que tuvo que permanecer en la casa de él. Pero, por mucho que se hubiera quitado las cutículas (él solía mordisquearse hasta hacerse sangrar esos pellejitos junto a las uñas) y aunque sus manos eran pequeñas y largas, no podía hacer de ellas unas manos de mujer. Las uñas eran mucho más anchas que largas. Había elegido el nácar. Desenroscó el largo tapón de rayas y sacó el pincelito embebido en aquel líquido espeso, con su familiar olor a éter. Se pintó cuidadosamente cada uña, primero las de la mano izquierda, luego las de la derecha, agitando y sacudiendo los dedos en el aire con gestos teatrales. Cuando acabó, sintió un leve cansancio en la espalda. Se levantó y se estiró. Qué hacer con el pecho, he ahí una cuestión fastidiosa. Probó al azar con algodón (había encontrado un paquete entero y otro a medias en una balda del armario, detrás de unas camisas apiladas); hizo dos bolas como manzanas y se las colocó en el busto. Como el escote del vestido tenía la cenefa superior muy ajustada a la piel, quedaba inesperadamente bien. Algo tienen de bueno las películas vulgares de travestis, se dijo riendo. La chica del espejo tenía ahora unas tetitas pequeñas y delicadas, de lo más monas.

Se sentó en la cama, quería llorar pero, debido al maquillaje, no se atrevió. No pensó en nada más. Comenzó a ordenar la habitación. Todo tenía que estar perfectamente limpio, en su sitio. Hizo la cama, colocó la ropa en el armario, los polvos de maquillaje y todo lo demás en los cajones del baño, ordenó los libros y el jarrón de la mesa, echó la cortina poniendo buen cuidado en ajustar el vuelo y recolocó los cortinones. Trajo del comedor unos cofres de madera tallada, dos palmatorias de cobre y unos cuantos cojines de fantasía con los que improvisó el decorado de un tocador bastante coqueto. Trajo también unas cuantas porcelanas de mal gusto, chinas, seguramente copias, y las alineó en las estanterías de la librería que ocupaba la mitad de una pared.

Se dirigió al baño. Las paredes azul-ultramarino parecían ahora, avanzada la noche, todavía más alucinantes. La bombilla amarilla lanzaba al espejo rayas ilusorias y más moradas si cabe que antes. Abrió el botiquín, colgado en la pared opuesta a la bañera. Cogió el tubo de Meproamat, le quitó el tapón y lo vació en la palma de la mano. Había unas veinte pastillas, exactamente las que necesitaba. Para no fallar, sabía que eran necesarios al menos diez gramos. Aquí había unos quince, tal vez más. Las pastillas eran pequeñas, no le daba miedo tomarlas. Sabía que tenía problemas a la hora de tragar las medicinas, pero esta vez iba a salir bien. Enjuagó el vaso que había encontrado boca abajo sobre la repisa de cristal y lo llenó de agua. Sobre el vaso transparente estaba impreso en tinta verde, en proporciones robustas, el signo de Géminis, dos niños agarrados de la mano. Por debajo ponía en grandes letras de imprenta: GÉMINIS y la fecha, 22 de mayo-21 de junio. Repartió las pastillas en tres

montoncitos y las tragó por turnos. Volvió al dormitorio y se acostó sobre el lecho bellamente adornado con cojines de seda. Cerró los ojos. Al día siguiente, más o menos al mediodía, cuando volvieran del pueblo, se encontrarían en el dormitorio que daba a la calle con una bellísima señora pálida, exánime y con el corazón frío y parado.

«Tras una noche de sueño agitado, un insecto terrible se despertó transformado en el autor de estas líneas». Más o menos así empezaría yo, dando la vuelta a la frase con la que empieza *La Metamorfosis* de Kafka, la historia que he pensado escribir aquí si es que quisiera publicarla usted. Sería un comienzo efectista, lo cual no eliminaría su veracidad si tenemos en cuenta que yo soy precisamente ese insecto. Más, mucho más que Gregorio Samsa, digamos que más o menos en la medida en que el insecto era Hoffmann o Nerval o Novalis. Como todos estos románticos, voy a escribir no para construir una historia, sino para exorcizar una obsesión, para proteger mi pobre espíritu del monstruo, de un monstruo horrible no por su fealdad, como en Kafka, sino por su belleza. Pienso también ahora en el ángel insoportablemente bello de Rilke, y querría leer algo de su primera elegía pero, desde que estoy aquí, parece haberse ofuscado —o al menos empañado un poco— el resorte de la memoria.

(Tengo miedo. Hace unos instantes estaba en el sofá contemplando al azar todos esos iconos de cristal, en los que predominan el rojo intenso y el azur, las teclas amarillentas, brillantes, del piano, el *secretaire* de puertas agrietadas en las que está pintado un personaje triste, de rostro cobrizo, bizantino, envuelto en una amplia toga azul que cae en decenas de pliegues mientras sostiene en la mano una rama reverdecida; a sus espaldas, el horizonte violeta se oscurece y unas nubes rojas se alargan melancólicas entre cipreses. Por debajo pone en letras doradas: AMOR OMNIA VINCIT. Contemplaba todo aquel espacio infinitamente alto, medido por los ricos cortinones que cubrían la ventana, y me preguntaba si su sangre, al irrigar los lóbulos de mi cerebro a través de miles de tubitos, no mutaría poco a poco su ser en el mío, si el pasado de ella, que emana de esta habitación de muebles tallados y cobre cincelado, no partiría en falanges cadavéricas en contra de mis recuerdos, como en *El Apocalipsis* de Brueghel. Me puse en pie de un salto ante esta idea, exactamente como hace una semana, cuando decidí no volver a mirarme jamás en un espejo. Y, así como entonces cosí esa funda de tela de estambre, burda, con la que cubrí las aguas del espejo, he decidido ahora escribir, hacer con estas páginas otra funda, otro tejido que me proteja esta vez no del cuerpo de ella, sino de su psique, de sus tristezas, de su locura, de su felicidad, de su estupidez y de su idealismo y de su bajeza y de su soberbia rapacidad). Querría leer pero, ¿dónde están los libros? Pequeña inculta, todo lo bueno que tiene en las tres o cuatro estanterías que ella llama librería son los libros que yo le regalé: un hermoso Huizinga, un Baltrusaitis sobre el arte gótico y poco más. El resto son diccionarios, libros de folklore, novelas malas, imposibles de leer.

Sin embargo —y no es sino una de sus contradicciones—, leía, incluso ella misma escribía versos. Llevaba también un diario en el que apuntaba sus sueños, coloridos y extraños, en absoluto psicoanalizables, más bien una especie de cuentos de hadas, una especie de jardines paradisíacos. Creo que la riqueza de luz y colores de sus sueños provenía del hecho de que dormía con los ojos abiertos de par en par, como no he visto dormir a nadie más. Contemplarla mientras dormía era espeluznante, era como velar a una muerta. No pretendo explicar aquí por qué la amé, un asunto inexplicable como todo lo natural. Tampoco quiero siquiera relatar aquí qué nos sucedió hace diez (¿tal vez once o doce?) días. Pienso tan solo en convocar a mi pasado, o tal vez en remodelar el pasado, o en inventarlo, o en hacer todo a la vez, pues me interesa tan solo tener un pasado, una serie de imágenes que sean o que sustituyan el caos en que me muevo ahora.

Ahora, desde que ellos, los pobres viejecillos abrumados por la preocupación, notaron algo raro en mí (toda esa historia de cubrir el espejo y mucho más), desde que ejercité mis nuevas cuerdas vocales gritándoles en un ataque de histeria, me dejan en paz, me dejan estar aquí tumbado, en esta habitación alta como una torre. Y hay algunas tardes doradas, nostálgicas, en las que fuera no se oye nada más que el crujido de algunas hojas al sol y la cantinela de alguna niña que juega sola, en el empedrado desierto de la calle Venera. Como antes, permanezco en la cama, confundido por la soledad y la emoción, y a mi mente vienen, dolorosos, desgarradores, fragmentos de recuerdos muy antiguos, desde la más lejana infancia. He pensado en anotar algunos de esos relámpagos violetas, de esas luminarias puntiformes que siento mientras, con la cabeza hundida en la almohada, contemplo las rayas gruesas, doradas, de la pared opuesta a mi cama. Pero no al modo proustiano, demasiado esteta para lo que yo pretendo. Por lo demás, el método proustiano me resulta, lo quiera o no, familiar antes incluso de saber quién era Proust. Es extraño que haya experimentado, de adolescente, todas las sensaciones aparentemente tan particulares, tan irrepetibles, de algunos escritores famosos: conozco el efecto de la magdalena de Proust —determinados caramelos en forma de disco, rosas y esponjosos, muy perfumados, o el brillo de una insignia en el pecho de un transeúnte me han hecho sentir varias veces la poderosa emoción del recuerdo de algunos lugares, de la reconstrucción de una atmósfera—; conozco la sensación de desmayo que experimentaba Blecher en los eriales; he sentido todo el complejo de manifestaciones kafkianas: los falsos reconocimientos, el *jamais vu* y todo lo demás. Tengo también sensaciones verdaderamente particulares, que no he encontrado por ningún sitio en la literatura, pero no quiero liarme con eso ahora. Quiero recordar, aunque sé que todo lo que voy a recordar se encuentra en el camino que me conduce directo a la catástrofe. Siento que no voy a ser capaz de escribir ni una palabra sobre algo circunstancial, algo que no esté implicado ya en la obsesión, en la quimera.

Desde que he empezado a escribir, la viejita ha asomado dos o tres veces la cabeza por la puerta, y me ha mirado con cara de preocupación. Le he hecho un gesto furioso con la mano, cada vez, para que me deje en paz. Me da miedo que llamen al médico y que me vea obligado a actuar en esa comedia llamada normalidad. Me miro ahora la mano que sostiene la pluma. La laca de uñas se ha levantado casi por completo. Mi escritura es en cierto modo distinta a la de antes; sin embargo, la domino.

Se despiertan en primer lugar unos recuerdos fulgurantes, creo que de cuando tenía dos o tres años. Veo, en una esquina de un callejón de barrio, a tres hombres en camisa blanca, perfilados sobre un cielo rojo como una llamarada, fumando y hablando tranquilamente. A lo lejos, los muros inmensos de ladrillo rojo, con ventanas ennegrecidas por el hollín, de unos talleres abandonados ya por aquel entonces. Era la zona de Obor, puesto que vivíamos por allí, y veo unos raíles de tren que reflejan el cielo rojo como una llamarada. No puedo asociar a esta película enigmática ni un sonido ni un olor. Me acerco a los tres hombres y los miro echando la cabeza hacia atrás. Me parecen inmensos, les llego hasta poco más arriba de las rodillas. Se inclinan hacia mí. Tienen unas caras monstruosas, solo carne y sangre. Ríen sin ruido, uno de ellos me coge de los sobacos y me lanza hacia arriba para volver a cogerme al instante. Empiezo a gritar pero también sin emitir sonido, y ellos me depositan en el suelo. Me doy la vuelta y echo a correr hasta nuestro portal, donde está mi madre, alta como una torre, con una blusa azul. En un momento le empapo el pecho y el cuello de la blusa con mis lágrimas y mi saliva.

Otro día volvíamos los tres del cine. Habíamos estado en un cine de verano en el que habían proyectado la película *Venecia, la luna y tú*. Recuerdo perfectamente ese título; en mi memoria evoca tintes mágicos. He olvidado cientos de títulos de películas, pero este no lo olvidaré jamás. Por supuesto, no recuerdo la película en sí, al igual que no sé de qué trataba el librito *Tardes azules*, que leí en los primeros años de escuela y que no he vuelto a encontrar en ninguna parte, pero cuyo título despierta en mí una penetrante nostalgia. Caminábamos por callejuelas oscuras, yo en el centro, agarrando de la mano a mi madre y a mi padre. Recuerdo una calle con casas pequeñas, de comerciantes, con balcones minúsculos, cuyo empedrado resonaba fuertemente bajo nuestros pasos. Ante nosotros, más grande de lo que la he visto nunca, iba la luna, llena, amarilla y anaranjada-ocre en ciertas zonas, pero resplandeciente. Digo iba porque parecía verdaderamente avanzar al ritmo de mis pasos, oscilando unas veces hacia arriba y otras hacia abajo, a medida que yo pisaba con mis botitas los adoquines violetas. Mis padres, terriblemente largos, susurraban por encima de mi cabeza, y yo miraba fascinado la luna, asombrado por no poder alcanzarla, porque iba siempre por delante de nosotros. En un determinado momento me vi arrastrado por un callejón custodiado por unas espantosas apariciones de

cemento. Atravesamos el callejón hasta llegar a una estancia grande, fuertemente iluminada. Estábamos en casa de unos desconocidos que recibieron a mis padres con grandes muestras de alegría. A mí me besa una gordita de labios muy pintados, de ojos verdes y unas cuentas verdes al cuello del tamaño de pelotas de ping-pong. En las paredes había espantosas máscaras de tela, un instrumento musical, una espada... Una lámpara de brazos de cristal sucio, con bombillas zumbadoras, iluminaba toda la estancia desde el techo. La mesa estaba llena de comida y de pasteles, pero tras mordisquear un trozo de *plăcintă* fui empujado a otra habitación, más pequeña en la que una niña que tendría unos seis años y un niño de unos ocho empezaron a enseñarme todo tipo de juguetes. Había carruseles que giraban solos, coloridos aviones de hojalata que colgaban de unos alambres, una especie de vagones de tren que corrían a lo largo de una zanja sobre una bandeja metálica, un motociclista amarillo y un par de pájaros, todo hecho exclusivamente de hojalata, que daban vueltas y zapateaban por el suelo, sobre el parqué encerado. Había también, lo recuerdo, un cochecito que se daba la vuelta él solo cuando llegaba al borde de la mesa. Jugamos juntos durante un rato hasta que, mientras seguían sacando y enseñándome juguetes que yo ni siquiera habría soñado tener, llegaron a uno que me cortó la respiración. Ante mí pusieron un muñeco chino: un mandarín con las manos cruzadas sobre el vientre. El juguete era de plástico y consistía en una esfera grande, el vientre, y sobre ella una más pequeña en la que estaban pintados los rasgos orientales, fieros y tiernos al mismo tiempo, del muñeco. El objeto era muy pesado y, al tener una base de plomo, se balanceaba hasta el infinito de un lado a otro. Lo sorprendente para mí era, sin embargo, que mientras se balanceaba, el mandarín cantaba, emitía una melodía fina, delicada, como si la produjeran decenas y decenas de minúsculos gongs de cobre, una música de reloj, provocada por el giro mecánico del eje interior. El balanceo y la música de minarete tenían algo de hipnótico, así que no recuerdo muy bien cuándo me sacaron de allí. Mis padres, aunque se lo pregunté docenas de veces, no supieron decirme nunca a quién habíamos visitado aquella tarde y tampoco recordaban haber visto *Venecia, la luna y tú*, a pesar de que la película había sido proyectada en la ciudad. ¿Quién era la gorda, quiénes eran los dos niños, el chico de rostro tumefacto y gestos lentos, con una mirada horriblemente fija, y la niña dulce, ligeramente pelirroja y llena de gracia? ¿Quién era el hombre espectral que nos acompañó a la puerta y que me llenó los bolsillitos de caramelos y, aunque era verano, de doradas monedas de chocolate? Sin embargo, veinte años después, vi en su casa el mismo muñeco. Mira, ahora, mientras escribo, está junto a mí: lo balanceo y, deslizándose somnoliento por el buró (ella decía siempre «biuró») el mandarín tararea su melodía metálica, irisada...

Hace un par de años rebuscaba yo un documento en el aparador. Mis padres guardaban las facturas, los resguardos y los carnés de todo tipo en un viejo bolso,

rojizo y rugoso, que mi madre había utilizado de soltera cuando trabajaba en las tejedurías Donca Simo. En un compartimiento, junto a unos fusibles y unos muelles que servían para no sé qué, di con un paquete envuelto en papel de periódico, cuya blandura me llamó la atención. Lo solté y encontré dos trenzas rubias de unos quince centímetros de largo, unidas con una goma por el extremo en el que habían sido cortadas y con un lazo azul de satén, en el otro, allí donde el cabello raleaba. A su lado había una fotografía un tanto amarillenta, con una esquina doblada, pero muy nítida. Representaba, desnudo, de pie en medio de un jardín, a un crío de unos dos años, como mucho tres, con un bucle sobre la frente y el pelo recogido, a ambos lados, en dos trenzas de un gris amarillento que le llegaban por debajo de los hombros. Tenía un puñito sobre los ojos y en su rostro se traslucía un sentimiento de miedo. Parecía hacer pucheros, como si estuviera a punto de echarse a llorar; de repente relampagueó en mí un recuerdo muy vivido, unas cuantas imágenes coloreadas como del comienzo del mundo: cuadros de tulipanes gigantes, soles estallando apocalípticos entre las hojas de un guindo, la tierra negra llena de unos grumos inusualmente grandes, como vistos a través de una lupa, una red con una araña verde y grande como un puño en el centro, tablones podridos y una mujer, con la falda inflamada por el sol, acercándose. Luego, un hombre desconocido, tenebroso, que dirigía hacia mí una maquinaria reluciente. Por supuesto, recuerdo al fotógrafo, al que había confundido con el médico que me ponía las inyecciones. Así que eran mis trenzas. Mi madre me había contado muchas veces que me vestía de niña, siempre con pichis blancos, así que las vecinas del barrio me llamaban Andriusa, o Andreea, y me besaban y me achuchaban hasta casi asfixiarme. Me puedo consolar, por tanto, por haber sido un niño guapo. Al cabo de tres años empecé a adelgazar y, en lugar de un retrato a color, me convertí en un rostro al carboncillo. Y, por llevar la ironía hasta el final, tengo que escribir que solo desde hace dos semanas he recuperado mi belleza de entonces —de hecho, la he superado con mucho—. Semejante desbordamiento de belleza sobre alguien no puede significar sino desastre y muerte. Los espejos y la paternidad no son abominables; lo es la belleza.

Una noche soñé con Marcela. Pero de ese sueño me acordé mucho más adelante, durante una de aquellas sobremesas mías pobladas de ensoñaciones. Soñé con ella tal y como era cuando se convirtió en mi compañera de juegos en el bloque de cuatro pisos al que nos mudamos cuando yo tenía tres años y pico; de hecho cumplía cuatro años aquel verano. Marcela, tal y como la vi en el sueño, y tal como imagino que es, era una niña tipo chico, un poco mayor que yo, de dientes horriblemente rotos; vestía con desaliño, la mayoría de las veces tan solo con unas bragas amarillas y una camiseta de flores manchada de jugo de albaricoques. Reía todo el tiempo como si estuviera endemoniada, pero probablemente resultaba simpática con su continuo regodeo, con el pelo rapado como en la cárcel y sus pendienteitos de oro con una

pedrita roja, de un brillo demasiado vulgar para ser rubíes. Con Marcela me gustaba vagabundear todo el día. Por la mañana llamaba a nuestra puerta con el morro ya sucio y, cuando mi madre abría, pronunciaba la pregunta estereotipada: «Tiíta, ¿qué hace su bebecito?». (Eso porque mi hermanito tenía unos pocos meses. Poco más adelante moriría de neumonía doble). Salía con ella y nos dirigíamos a veces al solar, un sitio con arena. Allí, hurgando en la arena cada vez más húmeda, encontramos una vez unas enormes ranas sarnosas, tan rebozadas en arena que parecían pasteles móviles, pero con grandes ojos claros, humanos. Jugábamos también a la rueda, nos agarrábamos el uno al otro por los pies y rodábamos, primero sobre su espalda y luego sobre la mía, y así sucesivamente, hasta que solo había surcos en aquel montón de arena que se nos metía en la boca, en la nariz, en las orejas. Por la tarde nos íbamos de expedición. Junto a nuestro bloque de Floreasca había una especie de depósito, un torreón melancólico. En su fachada colgaban, como harapos, los restos oxidados de una escalera de incendios. Grandes escarpas lanzaban sombras afiladas sobre los ladrillos, más rojos aún en el ocaso. Ella entraba la primera a través de la abertura de una puerta lateral en la que faltaba un tablón. Nos escurríamos fácilmente por aquella grieta por la que solo los gatos podían entrar. Marcela, con sus miembros finos como varas, entraba con un solo movimiento. Dentro reinaba una oscuridad cálida, marrón-rojiza, en la que los rayos de luz rosada, brillante, que penetraban a través de las grietas o de los agujeros de los clavos, estallaban con fuerza hacia el interior. Nos paseábamos entre maquinaria sin nombre, pesadas carcasas de metal con cadenas embadurnadas de aceite negro, ruedas dentadas más grandes que nosotros, apoyadas en mesas de trabajo forradas de hojalata. Marcela quería tocarlo y manosearlo todo, no paraba hasta que no estaba completamente pringada de brea y aceite quemado, hasta que no se colgaba del cuello collares de metal oxidado, hasta que no trepaba hasta lo más alto de los complicados engranajes de hierro. Por el suelo estaban desperdigados clavos tan grandes como mi antebrazo, rodamientos cubiertos de gruesas capas de óxido, cajas de madera llenas de láminas de serruchos, destornilladores, pilas, leznas, alambres de todos los tamaños. Cuando oscurecía del todo, empezaba a entrarnos el miedo. Una tarde, Marcela se quitó la camiseta y con ella frotó el cristal de una ventana hasta que, a través del cristal limpio, vimos el cielo azul oscuro, salpicado de estrellas. Después de estas expediciones, nos llevábamos siempre una paliza. Al menos Marcela venía al día siguiente llena de moratones, pero igualmente alegre y dispuesta a empezar desde el principio con nuestras andanzas.

Ella fue quien me enseñó a jugar a médicos. Nuestro bloque tenía un semisótano al que se llegaba bajando unos cuantos escalones. Antes de doblar hacia la puerta del apartamento, en el semisótano, había un nicho con un banco. Nos metíamos allí y jugábamos. Nadie debía enterarse de nuestro juego. Gracias a él descubrimos, sobresaltados, que Marcela y yo no éramos iguales, que, más allá de la ropa, hay

extrañas diferencias entre las niñas y los niños. Recuerdo cuánto me costó aceptar la evidencia. Docenas de veces nos escondíamos en la penumbra, en aquel banco, y nos contemplábamos con tristeza. En mí se insinuaba un comienzo de desprecio, y en ella un comienzo de humildad y veneración.

En otoño nos mudamos a otro bloque, en Ștefan cel Mare, y al cabo de unos años empecé la escuela. No me acuerdo de nada relacionado con los cuatro primeros años de escuela, aparte de lo sucedido en un campamento, al que fui de vacaciones entre tercero y cuarto. Estábamos alojados en unos pabellones largos, con dormitorios para treinta niños, y todo el complejo estaba situado en medio de un bosque. Aquel bosque, con su magia, con la ataraxia de la infinita vegetación, con las miles de formas de los troncos, de las raíces, de la podredumbre, con las cúpulas enrarecidas, con las rayas de luz que caían entre las hojas transparentes, es uno de los lugares más mágicos donde he estado nunca. Caminábamos todo el día por el bosque, tallábamos barquitos con cortezas de alerce, peleábamos y jugábamos al fútbol. Estábamos divididos en grupos, según la edad, por una parte los chicos y por otra las chicas. Ellas recogían campanillas y otras flores silvestres, se hacían coronitas de margaritas, recolectaban fresas entre la hierba soleada. Por la noche, nosotros, los chicos, nos reuníamos en el alféizar interior —inusualmente ancho— de las ventanas y allí, sobre la losa de mármol, detrás de los cortinones, nos daba por contarnos historias de miedo. Hablábamos sobre sonámbulos que andan toda la noche por la casa con los ojos cerrados; si los despiertas se mueren al instante y tú puedes volverte loco. Entre nosotros había un chico con un aspecto llamativamente más maduro que el nuestro, cuyo vocabulario parecía también de adulto, y que, a aquella edad tan inusual, se sabía de memoria *El cuervo de Poe*. El chico se llamaba Traian. Quién era, en qué se habrá convertido hoy, qué enfermedad sufría por entonces, no lo sé ni siquiera hoy en día. Lo que sé es que nos relataba cada noche, como si estuviera leyendo de un libro, un capítulo de *Los chicos de la calle Pàl* también tenía un gigantesco grillo topo, de unos diez centímetros de largo, suave como si estuviera recubierto de piel y con unos ojos redondos, límpidos como el rubí, que guardaba en un bote de cristal. Cuando volvíamos de la cena, entrábamos en tropel en la habitación y revolvíamos en nuestros armarios en busca de los pijamas; algunos de nosotros echábamos a un lado los grandes cortinones para cambiarnos por detrás, y dejábamos así que en la larga y blanca habitación penetrara el globo fundido del sol. Traian solía colocar el bote en el alféizar y, entre chicos desnudos o a medio vestir con sus pijamas de lunares, él permanecía vestido y soñador, mirando al gigantesco insecto como si quisiera hipnotizarlo. El grillo topo se levantaba entonces, apoyaba las patas delanteras sobre el vidrio rojo y permanecía inmóvil, mirando muy fijo a su amo. Ese diálogo sin palabras duraba largos minutos y parecía un poco más largo cada tarde. Traian nos decía que intentaba concentrarse tanto en el insecto como para poder entrar en su

cabeza y así poder mirarnos a nosotros desde el bote. Si sucediera eso, nosotros tendríamos que salir corriendo para evitar que nos mordiera en el cuello. Esas cosas nos llenaban de espanto. Una noche, tras habernos peleado con las almohadas hasta caer rendidos, dos o tres chicos decidimos matar al grillo topo. Traian lo tenía encerrado en su taquilla y llevaba la llave al cuello, colgada de un cordón. Pero nosotros teníamos otra llave que también encajaba y así, a la luz de una linterna, dimos con el bote, que vibraba por la agitación interior. Nos lo llevamos a los lavabos y contemplamos durante mucho rato, a la luz, el insecto monstruoso que escondía dentro. Nos daba miedo quitar la tapa de plástico en la que Traian había hecho unos agujeros con un clavo. Al final lo arrojamos, a través de la ventana superior de los lavabos, hacia los arbustos de la parte trasera de nuestro pabellón. Nos fuimos a acostar, pero apenas acababa de quedarme dormido cuando sentí que alguien me sacudía. En el dormitorio se había montado un gran revuelo. A la luz de tres o cuatro linternas enfocadas temblorosamente en todas direcciones, vi que todos los chicos se habían despertado y que se dirigían en tropel, silenciosos, hacia la puerta del dormitorio. «¡No lo despertéis, no lo despertéis!», susurraban con los ojos dilatados de espanto. Mi vecino de cama, un crío de rasgos tártaros, me dijo que Traian era sonámbulo. Para nosotros era lo mismo que ser un «espectro», o algo peor. Así que también yo salí al pasillo y, a unos veinte metros de nosotros, vi al chico rubio y fuerte dirigirse lentamente hacia la puerta de entrada. Sus pies descalzos alteraban el orden de nuestro calzado alineado a lo largo de la pared, zapatos o sandalias, todos con sus calcetines multicolores embudidos en ellos. Traian abrió la puerta y salió a la noche. También nosotros nos precipitamos afuera, algunos le tomamos incluso la delantera, así que pudimos ver su rostro inmóvil y sus ojos abiertos, llenos de los reflejos brillantes de las estrellas de arriba. Pues el azul intenso del cielo sobre nuestras cabezas se diluía hacia el amanecer, de tal manera que el horizonte se transformaba en una línea blanquecina. Arriba brillaban estrellas amarillas, afiladas, con grandes espacios vacíos entre sí pero, en la lejanía, las estrellas estaban cada vez más concentradas y se confundían con la neblina blanca del horizonte. Bajo esta alfombra de estrellas avanzaba Traian, que enfiló la parte trasera del pabellón, luego avanzó por la maleza junto al bajante y finalmente se hundió hasta el pecho entre los arbustos que invadían todo el patio, hasta la valla de alambre, tan lejana en la noche que ni siquiera podíamos verla. Nuestras linternas iluminaban el aire azul, humeante. El chico, al avanzar tozudamente en línea recta, se había enredado por completo entre los espinos... Titubeó un instante y luego se dio la vuelta sujetando en la mano, brillante como la plata, el bote del grillo topo. Volvió a entrar al vestíbulo, atravesó el pasillo sin prestarnos la más mínima atención, colocó el bote en su sitio y echó la llave. Luego se recostó a medias en la cama y permaneció un rato así, con la mirada en el vacío. Hasta que no se acostó y no estuvimos seguros de que dormía, no nos

atrevimos a acostarnos también nosotros. Todos teníamos colocada una manta sobre el cabecero metálico de la cama para protegernos de la luna. Por supuesto, no pudimos dormir más aquella noche. Y las noches siguientes hicimos guardia por turnos para ver qué pasaba con Traian, pero no volvió a suceder nada.

Traian afirmaba también que podía mover papelitos o cerillas solo con la mirada y, cuando no mimaba al grillo topo, al que alimentaba a diario con ninfas y lombrices, clavaba la mirada en alguno de los globos de cristal blanco, mate, que colgaban del techo con unas barras de metal. También nosotros mirábamos esas barras hasta que nos escocían los ojos y algunas veces teníamos incluso la impresión de que los globos empezaban a balancearse un poco, gracias a nuestro influjo. Pero solo Traian conseguía hacerlos oscilar de verdad, como cinco o seis centímetros a uno y otro lado. A menudo se quejaba de dolores de cabeza. Una vez, al «adormirlo», como era la costumbre, es decir, al sujetarlo por los brazos, hundirle la cabeza en el pecho y apretarle la yugular, estuvimos a punto de no poder despertarlo: su desmayo duró una media hora, hasta que dimos aviso y se lo llevaron a la enfermería. Volví a verlo a los dieciséis años, en el vestíbulo de la farmacia de la Policlínica 10 de la calle de las Rosas. Estaba a la cola para comprar no sé qué medicamento cuando lo vi entrar. Pocas veces he sentido una fascinación tan fuerte como en aquel momento. Traian había crecido muchísimo, medía tal vez un metro ochenta. Vestía una sudadera roja como una llamarada, camiseta y pantalones. Calzaba unas zapatillas de deporte, pero todo su aspecto físico contrastaba con esa indumentaria deportiva. Las manos y la cara estaban arrugadas, su caminar vacilante parecía el de un anciano. Solo por sus ojos brillantes podías reconocerlo. Estaba hecho, efectivamente, una ruina. No solamente yo, sino todos los que esperaban en los sofás, mirando ausentes los prospectos de la profilaxis de la gripe o de las enfermedades venéreas y la inefable jarra de agua sobre la mesita, dirigieron sus miradas piadosas y horrorizadas hacia Traian. No tuve valor de hablar con él, en cualquier caso habían pasado unos siete años desde aquellas vacaciones. Cogí mis medicamentos y salí rápidamente a la calle.

Pero Traian me interesa ahora desde otro punto de vista en estas páginas, en las que yo también intento «apuntar lo inexpresable», rehacer un camino que ya no existe en ningún mapa ni en ningún recuerdo. Pues Traian tenía asimismo una faceta diurna al menos igualmente extraña para nosotros, los de entonces. A Traian le interesaban las chicas, solo pensaba en ellas; él nos explicó por primera vez qué significaba amar. Nosotros nos reíamos al escuchar esas cosas y pensábamos tan solo en nuestras tonterías. Pero él insistía, se defendía diciendo que el amor no significa solo tonterías, sino que significa tener una amada y pensar única y exclusivamente en ella, prestarle atención, fabricarle cadenas de margaritas, perderte por el bosque con ella de la mano. «¿Y allí...?» completábamos nosotros, riendo más fuerte, porque durante noches enteras solo hablábamos de cómo son las chicas y de qué se podía hacer con

ellas. No, no, respondía Traian, amar a una chica puede ser muy hermoso, le puedes escribir versos, puedes sentarte frente a ella en la cantina... Nuestra osadía flaqueaba un poco ante sus apasionadas palabras, pero luego nos encarnizábamos y nos burlábamos de sus ideas con más saña si cabe. Las chicas y los chicos nos parecían dos especies diferentes y los dibujábamos simbólicamente en el polvo, con ayuda de un palo, como un circulito atravesado diametralmente por una rayita y dos circulitos y una rayita, respectivamente. Por supuesto, Traian enseguida encontró una novia. Se llamaba Livia Ante y era mayor que nosotros, estaba en quinto. Livia tenía el pelo cortado en redondo, «a lo tazón», de modo que se anticipaba unos cuantos años a la moda Mireille Mathieu. Tras el baño, su cabello castaño mostraba reflejos rojizos. Era esbelta, muy graciosa y bien educada. Con su vestido favorito, uno turquesa pálido, parecía una pequeña señorita. Traian la rondaba todo el día. Por afán de imitación, unos cuantos chicos guapos encontraron también una novia del mismo campamento que Livia. En el tiempo libre, todo aquel grupo se aislaba en el bosque, se alejaba por senderos bloqueados por árboles caídos, bajo las bóvedas de los árboles, en el silencio dorado, atravesado por los trinos agudos y el zumbido de las miles de mosquitas que brillaban en un rayo de luz. Los chicos se ataviaban con coronas de abeto y se armaban de palos macizos. Se hacían cinturones de corteza y corrían lanzando gritos agudos por el bosque ralo. Algunas veces arrancaban la corteza de un árbol caído, tan esponjoso que podías levantarlo con la mano, y miraban los agujeros, cada uno de los insectos que se retorcían al fondo de un largo y estrecho canal. Aplastaban con el pie manojos de setas y metían las manos en los huecos de los árboles en busca de huevos de pájaros. El grupito atravesaba el arroyo y se internaba en la zona más bonita y recóndita del bosque, hasta llegar a un calvero lleno de campanillas y acederas. Allí se sentaban en círculo. Me habría gustado saber qué hacían, qué se decían, lo deseaba (inconfesadamente) con toda mi alma, pero yo solito me había excluido de esos misterios. Me había convertido incluso en el promotor de otro grupo, hostil y despectivo, y consideraba aquella amistad entre chicos y chicas en el grupo de Traian, con un odio inexplicable, un verdadero crimen. Nos habíamos organizado en una especie de patrullas que los seguían, los vigilaban detrás de los árboles y que, de improviso, agitando palos torcidos y gritando, irrumpían en medio de ellos atacando a los chicos y ahuyentando a las chicas. Deshacíamos a patadas todas las cadenas de margaritas —algunas de varios metros de longitud— que encontrábamos, destruíamos los grandes y abigarrados ramos de flores silvestres que quedaban como trofeo. Nuestro odio era tan grande que no comíamos, sino que pisoteábamos con los talones los montoncitos de fresas que los niños habían preparado con antelación para su encuentro secreto. Ceñidos con cinturones de corteza y coronados de flores, nos sentábamos en su sitio y nos preguntábamos qué más podíamos hacer para borrar del campamento todas las

relaciones entre chicos y chicas. Cualquier chico que fuera visto jugando vóley con las chicas, o simplemente hablando con ellas, se convertía automáticamente en un enemigo nuestro. También pegábamos a los que cogían flores o buscaban huevos de pájaros, ocupaciones exclusivamente femeninas, según nuestro parecer. Una vez pillamos a un crío que apretaba en la mano un huevito con lunares, tan pequeño como una avellana. Se lo quitamos y lo tiramos al suelo. La cáscara voló hecha añicos y un charquito de sangre se extendió sobre la hierba. El pollo estaba casi formado, encogido y baboso, ahora empapado de sangre. Me pareció que movía un poco las alitas desnudas. Me sentí mareado toda la tarde.

Los del grupo de Traian, sin embargo, no se daban por vencidos y afrontaban el acoso con coraje. Traian urdía todo tipo de románticos mecanismos de defensa: había organizado, tanto entre los chicos como entre las chicas, una red en la que circulaban permanentemente notitas y signos secretos. A veces cogíamos uno de esos billetitos en los que decía, por ejemplo: «Ardillita, dile al caballo que vaya al castillo», y entonces nos torturábamos durante horas enteras para descifrar quién era el caballo, quién la ardilla y dónde estaba el castillo. Luego empezamos a encontrar en nuestros bolsillos y debajo de nuestras almohadas unas notas en las que decía, en letras grandes, VENGANZA. Las veo incluso ahora, aquellas letras extrañas, romboides, debajo de las cuales estaba dibujada una flecha roja. Los «otros» también atrapaban de vez en cuando a alguno de los nuestros y le pegaban, en la frente, un papel húmedo con un dibujo de colores pintado a rotulador, que representaba normalmente un burro, o bien directamente la palabra BURRO. Cuando se retiraba el papel, quedaba en la frente el «tatuaje», imposible de borrar en dos o tres días.

Nosotros, por nuestra parte, procurábamos burlarnos de Traian de todas las formas posibles. Y naturalmente, por instinto, dimos con la manera más segura de hacerle daño: ocuparnos de su novia, Livia Ante. Habíamos encontrado en la cantina unas seis cajas de caramelos «fondante» y habíamos recortado las tapas para que quedara solo ANTE. Por debajo escribimos con rotulador negro, verde y morado, Y TRAIAN. Por la noche, después de cenar, nos dirigimos a la parte trasera de la cantina, hasta la linde del bosque, y clavamos en seis árboles los cartones de los caramelos. El resultado fue terrible, los monitores del campamento se escandalizaron, hicieron un careo, sacaron al centro a unos cuantos chicos pero sin acertar con ninguno de mi grupo sino, por casualidad, con los cabecillas de las travesuras que tenían lugar en el campamento. Livia estuvo a punto de ser enviada a casa, y Traian se puso fuera de sí, dispuesto a pelearse con cualquiera que se le pusiera por delante.

El campamento llegaba a su fin sin que mi odio involuntario por cualquier tipo de relación amorosa se hubiera agotado. En los últimos dos o tres días, sin embargo, recibí una dolorosa sorpresa. Estábamos a comienzos de agosto y el resplandor del cielo azul salpicado de nubecillas blancas, amontonadas en formas densas y precisas,

la melancolía del bosque soleado, el gusto amargo de las acederas y el hedor de los erizos muertos por los senderos se mezclaban en un sentimiento extraño que comenzaba a apesadumbrarme. Me había sorprendido unas cuantas veces mirando a Livia a hurtadillas. Su cabello pelirrojo, tan distinto al de las otras chicas, la mancha turquesa —que adivinaba por el rabillo del ojo antes de mirarla— de su vestido, su forma de andar, todo ello, comprendí horrorizado, me atraía, me hacía desear verla más y más tiempo. En la hoguera del campamento, entre las chispas incandescentes de los abetos, veía de vez en cuando su perfil amarillo como el azafrán o rojo púrpura, según el color de las lenguas de fuego que se reflejaban en su rostro. El bochorno de la hoguera, el brillo de las lentejuelas y de las alitas de mariposa de las bailarinas del programa artístico, el rasgueo de la guitarra, todo ello se depositaba, capa a capa, en mis retinas, en mi mente, en mi piel, pero para mí lo único importante era verla a ella. Me daba mucha vergüenza, pero era una vergüenza dulce e inocente. Cuando, tras unas cuantas horas de viaje en tren, llegamos a casa, Bucarest me pareció desierto y nuestra casa, triste y estrecha. En la comida, delante de mis padres, me eché a llorar desconsoladamente.

Los años siguientes, en el segundo ciclo de la enseñanza primaria, me convertí en un niño espantosamente tímido. No era capaz de intercambiar dos palabras seguidas con una chica. Miraba con desesperación a los chicos y las chicas que jugaban juntos en las alamedas del parque junto al Circo. A cualquier intento de una chica por bromear conmigo, respondía invariablemente: «¡Déjame en paz!». O, simplemente, me iba, le daba la espalda y salía corriendo. Para mí, lo más vergonzoso del mundo era que alguien pudiera pensar que me había enamorado. Era una idea absolutamente insoportable. Aun así, seguía siendo un niño bastante guapo. Las chicas de mi clase habían elaborado, durante una hora libre, una lista de los chicos según su belleza y luego la rompieron en pedacitos. Pero unos cuantos chicos rescataron del cubo de la basura los trocitos de papel y reconstruyeron, con mucho esfuerzo, toda la lista. Recuerdo que yo ocupaba el cuarto puesto de diecisiete chicos. Me sorprendió, pero había que tener en cuenta también el hecho de que era buen estudiante, algo que todavía contaba en la balanza de los juicios estéticos. No podía mirar a ninguna chica a los ojos, y al final tampoco podía mirar a los ojos a los chicos. Me parecía probable, inconscientemente, que eso podría traicionar unos sentimientos ocultos, o que podría hacer al otro sospecharlos en mí.

De esa época recuerdo unos inviernos especialmente duros, con nieve que llegaba hasta las ventanas de la escuela, con ocasos que descendían en oleadas rojas-cenicientas sobre los castaños del patio y sobre el almacén nostálgico, de ladrillo, junto a la escuela. El aire se tornaba ocre y, en el aguanieve de la salida de clase, los chicos que esperaban con bolas en la mano y los guantes empapados a que pasaran por allí las chicas, tenían los ojos púrpuras, brillantes como los de los pájaros.

Aparecían en el aire duro las primeras estrellas mientras nosotros, a sexta hora, con la luz encendida, contemplábamos aturridos en el encerado la hilera grotesca de fórmulas químicas, las extrañas razones del número de Avogadro o las figuras de cristal torcido de la geometría espacial. Otras veces nevaba copiosamente y nosotros, mirando por las ventanas durante la clase de rumano, teníamos la sensación de que el aula volaba oblicua hacia arriba, a toda velocidad, como una nave espacial. Generalmente, la luz encendida del aula, que contrastaba con la inmensa oscuridad de fuera, nos ofrecía ese sentimiento atávico de intimidad, de refugio, que debieron de tener, en la cueva, en torno al fuego, los hombres de otras épocas. El mundo se hacía pequeño y era fácil vivir. De una de esas tardes conservo mi única experiencia alucinatoria en esa época, de la que no podría decir gran cosa ni encontrar ninguna explicación. Estábamos en un recreo y charlábamos de fútbol, o de algo parecido. Las chicas, más estudiosas, se habían arremolinado en el encerado y buscaban distintas ciudades en un mapa de Europa. Muchas de ellas eran más altas que los chicos, y sus bellos pechos redondeados se les marcaban bajo el vestido. A su alrededor, incordiándolas, daban vueltas los chicos con sus extraños nombres totémicos, Rata, Mamut, Cerdo, Pato. En el ruido difuso de la clase, en el aire ocre, rasgado por siluetas y rostros familiares, sucedió algo inexplicable. Miré de repente hacia arriba, como si alguien me hubiera llamado y, más o menos a un metro sobre mí, pero un poco más adelante, vi una esfera azul. Tendría unos sesenta centímetros de diámetro y era de un azul intenso, incluso fosforescente, hipnótico. Permanecía inmóvil en el aire, parecía una gigantesca pompa de jabón de una consistencia gelatinosa. Todo lo que pensé en aquel momento fue subliminal, del mismo modo que «piensas» cuando corres, por ejemplo, un serio peligro o cuando debes tomar una decisión repentina. Al principio creí que la esfera era de hecho una mancha en mi retina, es decir, una especie de fosfeno, pero al mirar hacia otro sitio ya no la vi, así que volví a fijar la mirada en ella y tuve que aceptar que o bien era un cuerpo real e inexplicable, o bien un producto no de los ojos, sino de mi mente. El gran globo azul flotó sobre mi cabeza más o menos medio minuto y yo lo contemplé incapaz de sustraerme a su fascinación. Es evidente que nadie más lo vio, pero igualmente extraño es que ninguno observara mi estado de ausencia y postración durante aquel medio minuto. El globo desapareció bruscamente: aparté la mirada un momento y, cuando la levanté de nuevo, no volví a ver aquello. Ni siquiera tuve miedo en aquellos momentos, a pesar de que volví en mí mucho más tarde...

Más o menos fue por entonces cuando me enamoré de Lili. Eso era para mí el equivalente a un desastre. Eso que había estado a punto de suceder en el campamento, estaba sucediendo ahora y comprendí que no tenía ninguna posibilidad de escapar. Veía todos los días a aquella chica que todavía hoy me parece guapa (tengo una foto de grupo en la que aparece también ella), con el pelo recogido en la

nuca, acentuando así una frente abombada, unas mejillas con hoyuelos, unos labios llenos e insinuadamente sonrientes y unos ojos negros, tal vez un poco saltones, dueños de una mirada muy cálida y, sin embargo, un tanto irónica. Por lo demás, nunca la miraba de frente y la evitaba siempre que podía. Pero veía su rostro reflejado a veces en las ventanas o en las vitrinas del laboratorio de física y química. Lili emanaba a su alrededor algo turbio. A veces, a las chicas que eran sus amigas les contaba algunas cosas que las inquietaban. También ella había traído a clase varios libros en los que, si rebuscabas bien, podías encontrar vagos paisajes eróticos; las chicas más atrevidas se juntaban entonces y leían juntas, ruborizadas, con una sonrisa extraña, contenida, sin el jolgorio con que habrían leído, en todo caso, los chicos. Además, las lecciones más penosas de todo el curso eran las de biología, cuando se abordaba la reproducción. Algunos profesores se las saltaban, pues no podías entenderte con treinta alumnos a los que les daba por reírse para sus adentros, a punto siempre de estallar en carcajadas. Pero nuestra profa era una viejilla muy seria que no se intimidaba fácilmente. Ya había tenido problemas con el conejo en la ineludible lección sobre la «multiplicación». Pero ahora era aún peor, pues habíamos llegado al hombre y esto presionaba con más fuerza, casi de manera insoportable, las paredes de los pantanos espirituales que nuestra familia se había esforzado durante años en construir. Habíamos aprendido en casa que tocar esos temas era extremadamente vergonzoso, pero ahora una mujer seria nos hablaba, desde el estrado, precisamente sobre «esos temas», algo que nos reconcomía por dentro, que hacía que nuestra vergüenza creciera hasta una tensión insoportable de la que brotaba una risa que no podíamos controlar. Durante la exposición de esta lección concreta sacaron a la pizarra a tres alumnos, entre los cuales estaba Lili, que no se mataba por estudiar pero que tampoco desatendía sus deberes escolares. Los otros dos, simplemente, se abstuvieron de decir una palabra y prefirieron sacar mala nota pero no pasar vergüenza. Lili, sin embargo, empezó la lección desde el principio y, con una calma meticulosa, con la misma frialdad que si estuviera hablando del sistema nervioso central o del aparato digestivo, llegó hasta el final sin omitir nada y sin provocar ni pizca de hilaridad entre sus compañeros. ¿Por qué nuestra psique herida no reaccionó entonces? Bien al contrario, todos la mirábamos con admiración, como si de una heroína se tratase.

Aunque tuviera algunas relaciones más serias fuera de la escuela, Lili no podía privarse de un novio que estuviera en nuestra clase. Este era Colorado, un chico muy alto con un rostro rubicundo que lo había hecho merecedor del mote. Él la acompañaba a casa todas las tardes, le enviaba notitas durante las clases y, en general, la aislaba cuidadosamente de otros posibles rivales. Cuando, a última hora, jugábamos a las prendas (de hecho yo no jugaba nunca, solo asistía con una risa falsa, con una indiferencia llevada casi hasta las lágrimas) y les tocaba ser pareja, se subían

a un pupitre en medio de la clase, tal y como exigía el «castigo» y, perfilados en marrón sobre el pesado ocaso de fuera, se abrazaban y se besaban. La delicadeza y la languidez con que ella se arrimaba entonces a él y que recordaban al gesto somnoliento de una niña que se abraza a su madre, me parecían actitudes en realidad inexistentes, mundos dorados, pesados, cargados de éxtasis y emoción y sufrimiento, mundos en los que no habría sido capaz de respirar ni un solo segundo. Y, sin embargo, sufría como un perro en aquellos momentos, me sentía en extremo excluido, al margen, privado de una experiencia terrorífica y, no obstante, cegadoramente bella. Creo que por entonces no era difícil observar que no podía resistirme a sus miradas, y que me perdía si ella me dirigía por casualidad unas palabras. La primera, naturalmente, en darse cuenta de este aspecto fue precisamente ella. Así que, divertida, empezó a acercarse a mí. Por aquel entonces habían aparecido también en nuestra clase los «oráculos» de diferentes tipos, es decir, listas de preguntas relacionadas con el amor, a las que tenías responder «sí», «no» o «tal vez». Eran unas cien preguntas sobre la «persona amada» que iban desde el color de los ojos, el pelo, la altura, si estaba o no en esa clase, hasta qué actores o cantantes le gustaban o si «os habéis besado alguna vez». Las respuestas se puntuaban de una determinada manera y el oráculo era capaz, sobre la base de esa puntuación, de decirte qué sentimientos tenía el otro sujeto respecto a ti. Por ejemplo, podía tocarte «te quiere» o «le gustas, pero no te quiere» o «te admira» o «no te puede ver ni en pintura». Cuando se le hacía el oráculo a alguien, nos arremolinábamos en torno al pupitre del medio de la clase, opinando sobre quién podría ser y haciendo chistes. Con cada detalle oías comentarios irónicos del tipo: «¡Ahí va! Le gusta Tedi...», «¡Que no, que es aska, que él tiene ojos azules!», «¡Qué va! ¿Es que aska es bajito?». Por supuesto, las chicas no siempre pensaban, mientras respondían al oráculo, en el chico que les gustaba, algunas veces se divertían eligiendo un «cliente» entre los repetidores o entre los más desastrados, para que pudieran regodearse también los asistentes. En cualquier caso, el juego tenía algo de insinuante, de meándrico, que te emocionaba tanto como las prendas. Uno de aquellos largos días, a finales del octavo curso, el oráculo lo estaba haciendo Petruta, una chica morenita y muy vivaracha, una especie de criada que, sin tener novio, era especialista en concertarle las citas a las demás. Después de que hubieran respondido unos cuantos —entre ellos también yo (justamente había pensado en Petruta, y me había salido «le gustas pero no te quiere») —, el oráculo había llegado a Lili. Sonreía con esa maravillosa boca suya, de labios gruesos, rojos-brillantes. Sus ojos eran enormes, negros con reflejos morados imposibles de soportar. La amaba desde hacía dos años, por lo menos. Conocía cada detalle de su silueta, el pelo estirado en las sienes, los pechos muy redondos y las piernas de tobillos fuertes. Lili respondía a las preguntas riendo. Me estremecí ya con la primera sospecha cuando le preguntaron por la estatura del tipo en el que estaba

pensando. Entonces ella clavó la mirada en mí y respondió: «Mediana». Escuché el resto de las preguntas como a través de un sueño. Sabía, mi instinto exacerbado no me podía engañar, que estaba pensando en mí, que se trataba de mí. Me parecía que todo el mundo lo sabía, que me habían descubierto y que todos iban a empezar a burlarse de mí, de mi ridículo sufrimiento. Quise marcharme pero me di cuenta de que eso me traicionaría aún más. Así que aguanté hasta el final. Entre los chicos estaba también Colorado, que se divertía de lo lindo. Cuando se terminaron las preguntas, se le consultó al oráculo, el cual dio una respuesta, en mi opinión, sorprendente: «Te ama pero lo oculta». En aquel momento, riendo a carcajadas, Lili me señaló de repente con el dedo, apuntándome con él durante varios segundos. Todos se reían, me tomaban el pelo y yo mismo procuraba reírme con ellos. El juego pasó al siguiente y yo, al cabo de unos minutos, me retiré a hurtadillas y me fui al baño. Quería lavarme la cara, que me ardía de vergüenza, pero allí me encontré con unos cuantos que estaban fumando a escondidas, así que desistí...

A partir de aquel día mi amor por Lili fue en aumento. Ella no dejaba pasar ninguna oportunidad para intentar hablar conmigo, pero yo le respondía secamente y me alejaba a trompicones. Por las noches sufría crisis de asfixia pensando en Lili, luego iba hasta la ventana y pegaba la frente al cristal frío. Sabía que ella vivía en Barbu Văcărescu, por eso me volvía en esa dirección y hablaba con ella, le decía cosas. En una ocasión oí con claridad cómo me respondía. Pronunciaba mi nombre, su voz resonaba allí, junto a mi oreja derecha, y no era ninguna alucinación. Aún hoy estoy absolutamente convencido de que, durante varias noches seguidas, nos comunicamos a distancia. Lo importante era que hubiera luna y que yo mirara hacia su casa. Entonces oía con claridad: «Andrei, ¿eres tú?», y luego hablábamos de tonterías durante una media hora. La escuela languidecía, el curso finalizaba; los alumnos y los profesores estaban, más que agotados, aburridos. Sindili, el griego, se traía el magnetófono y, al fondo de la clase, nos juntábamos a contar historias. Al día siguiente de la fiesta de fin de curso —con la sempiterna formación en grupos, con el reparto de premios y con toda aquella absurda ceremonia—, tenía lugar la fiesta de verdad para la que nuestra escuela alquilaba todo el Circo Estatal. Aquella sala grande, de gradas abruptas, con una arena circular, sobre la que se balanceaban toda clase de trapecios niquelados, de cables y redes, se llenaba de padres y de niños. Los pequeños, los de primaria, iban de aquí para allá, toqueteaban los reflectores macizos, metálicos, de discos verdes, amarillos, rojos y azules que se podían girar ante el foco principal, mientras los mayores se agrupaban por clases y hablaban sin parar. Nosotros, los que habíamos terminado la escuela, nos habíamos permitido venir «de calle», cada uno con las mejores camisas y pantalones de pata ancha que tuviera por casa. Las chicas se habían engalanado con lo más extravagante que tenían, faldas de vuelo, blusas transparentes a través de las cuales se adivinaba algún sujetador blanco

de blonda, las medias de sus madres. Se habían recogido el cabello con una fantasía enternecedora y, vestidas incluso como espantajos, estaban en cierto modo guapas gracias a la frescura de sus rostros. Algunas se habían pintado las uñas y un par de ellas —a las que, por otra parte, la directora envió a casa— se habían maquillado como auténticos loros. Estaban sobreexcitadas, se sentían como verdaderas señoritas. Pensar que solo tenían catorce años las humillaba, se sentían ya capaces de volver loco a un hombre. Con cuánto desprecio debían de mirarnos a nosotros, unos críos preocupados aún por marcas de coches y películas de acción...

Lili, a la que yo esperaba con el corazón en un puño, apareció tarde, mucho después de que hubiera comenzado el programa. Era una especie de musical ad-hoc, creado a partir de *Dumbrava minunata* ^[8] y a nosotros, a los chicos, se nos iban los ojos tras Lizuca, una chica altita y muy bien hecha, de octavo, vestida tan solo con unas mallas de ballet. Junto a ella daba volteretas Patrocle, un crío disfrazado de perro. El escenario estaba lleno de niños-mariposa, niños-flor y cosas por el estilo. Los viejos altavoces difundían en un repiqueteo continuo lo que en su origen debieron de ser unas dulces canciones infantiles. Creo que fui el primero en ver a Lili. Estaba vestida con sencillez, con una blusa blanca muy escotada, sin mangas, y una falda negra muy por encima de las rodillas. Si hubiera llegado al comienzo de la fiesta la habrían expulsado por culpa de la falda, que dejaba ver sus pantorrillas. En la mano llevaba una rosa de color rosa pálido. Caminaba con una gracia inconfundible y se escurría entre los asientos almohadillados. Se sentó lejos de nosotros y allí permaneció durante un rato, oliendo de vez en cuando la rosa. Luego se lo pensó mejor y vino hacia nosotros, hasta que encontró un hueco unas dos filas más arriba de donde yo estaba. Llevaba todo el rato, a hurtadillas, con los ojos clavados en ella. Cuando me di la vuelta para mirarla, fingiendo querer decirle algo a un colega, no me lo podía creer: Lili estaba con las piernas cruzadas, en una actitud que me pareció del todo indecente si no hubiera sido encantadora. Se le veían las piernas hasta arriba del todo, con su piel blanca y mate, y ella —me di cuenta al instante— me estaba mirando fijamente. No sé cuándo decidió venir a mi lado. Iba muy perfumada, sonreía y me miraba por el rabillo del ojo. Yo tenía los ojos fijos en la pantomima del escenario. De repente cogió mi mano. Volví la cabeza hacia ella asombrado y retiré mi mano de la suya: «Andrei, ¿por qué me evitas?», me dijo mientras volvía a coger mi mano. «Déjame en paz —le dije— nos están viendo los demás», pero no tuve la fuerza suficiente para volver a retirar la mano. Yo miraba hacia adelante, había empezado a temblar. En algunas zonas de la sala, junto a la orquesta y sitios así, no había nadie por culpa del ruido, demasiado fuerte, o por culpa de la altura, desde la que no podías ver nada. Hacia uno de esos rincones acabó arrastrándome Lili. Estábamos allí, uno junto al otro, ella jugueteaba con la rosa, yo sudaba y me sentía perdido. De hecho, no me prestaba atención, sabía que su presencia, que su perfume

eran suficientes para perturbarme. Todos nuestros compañeros se volvían hacia nosotros y se reían por lo bajinis. Cuando ya no pude soportarlo más, simplemente me levanté y escapé de la sala por la primera salida. Oí aún su voz irónica que me gritaba suavemente y luego, hasta llegar a casa, corrí castañeteando los dientes, con los hombros encogidos por los temblores. Me tiré en la cama y no fui capaz de moverme durante un buen rato. Tenía fiebre, y de hecho mi madre se asustó cuando vio el termómetro. Me trajo medicinas y llamó al médico. Durante unos cuantos días, los primeros de las vacaciones, estuve enfermo, no podía dormir, solo tenía sueños llenos de alucinaciones. Una y otra vez, dando vueltas entre las sábanas húmedas, abría los ojos y miraba a través del aire azul de mi habitación, decolorado por la luna, hacia el sillón junto a la cama. Allí veía nítidamente a Lili vestida con el uniforme del colegio, con el pelo recogido, los labios brillantes y una sonrisa rara, irónica. Me levantaba entonces de la cama y tocaba su pelo, sus hombros, hasta que me convencía de que todo era real. Sentía entonces cómo un fluido blanco recorría mi cuerpo desde el tórax hasta la punta de los dedos, y mis manos, como si supieran ellas solas qué hacer, intentaban desnudarla. Pero ella era toda una, una sola pieza, su ropa era una con su cuerpo. Ella no era sino una estatua con la consistencia del cristal, pero viva, móvil. Ella no podía ser desvestida.

Por un momento he levantado los ojos de estas páginas que se multiplican sin cesar ante mis ojos y, por instinto, he mirado al espejo. He sufrido un shock cuando mis miradas han topado con otro texto, de tela, el de la funda del espejo. Es un texto escondido, cifrado, a través de él no pasa nada. Sé que solo tengo que arrancarlo para que los rayos de la verdad me abruman, para que me destruyan. Se haría la luz pero, ¿a quién le serviría acaso esa luz? Sería una llama que me consumiría. Y, sin embargo, ¡cuánto me gustaría ahora echar al menos un vistazo al espejo! Pero no lo voy a hacer hasta que no termine esta historia que me apremia. Varias veces, mientras escribía y escribía, los viejos entraron de puntillas en la habitación, con la excusa de dar de comer a los peces beta del acuario, de coger un cofrecito con piedras y broches de todo tipo o de limpiar el polvo a los muebles antiguos y a los iconos con tallos de vid cargados de uvas que brotan de las costillas de Cristo. Pero al final acababan por acercarse a mí, por acariciar mis largos cabellos con un mimo mal disimulado. La viejecita lloriqueaba de verdad cuando yo, en un tono más dulce que al principio, les explicaba que no me pasaba nada, que tan solo quería escribir una historia y que podían llamar a cien médicos cuando la acabase. Les prometí que en una semana estaría lista. Ellos aceptaban resignados, pero tarde enteras se juntaban en el salón con otros viejos y cuchicheaban horas y horas. Sin duda, algo se había transformado en su niño y eso les llenaba de espanto. Me había negado a comer en el comedor, porque también allí había un gran espejo veneciano y no podía pedirles que cubrieran también ese. Así que ellos me traían la comida aquí, a mi despacho, y me vigilaban

mientras comía deprisa, apremiado por retomar el hilo de mi historia.

Me estaba convirtiendo en un adolescente difícil, con ideas y manías absurdas. Estoy convencido de que sin su aparición «en mi vida», en el cuarto año de liceo, habría perdido definitivamente el contacto con el mundo real. Leía todo el día y gran parte de la noche, y descubría —unos me llevaban a otros— familias enteras de poetas (porque leía más que otra cosa poesía) que exploraba luego de forma individual, tomando prestados los libros de una biblioteca a la que estaba abonado. Memorizaba con facilidad todo lo que me gustaba y, en los recreos, mientras mis compañeros jugaban al ping-pong sobre el estrado, yo llenaba la pizarra de versos de Verlaine o Eluard. En francés y en latín componía frases con ejemplos extraños. Si tenía que conjugar un verbo en una oración, escribía, por ejemplo, «La flor negra vio a la zorra transparente» o «Yo amo el verde con una vaca de albaricoques», poniendo buen cuidado en que, formalmente, el ejercicio fuera correcto. Naturalmente, los pobres profesores se quedaban de piedra. Pero estudiaba mucho y gané varios «concursos de creación», así que todos me dejaban en paz. Me consideraba un maldito y despreciaba profundamente a mis compañeros. Por supuesto, yo también emborrataba cuadernos enteros de versos, y había empezado asimismo un diario que releí tantas veces que casi me lo sé de memoria. Cada nueva lectura era para mí como una nueva vida. Fui, sucesivamente, Camus, Kafka, Sartre, Céline, Bacovia, Voronca, Rimbaud y Valéry. Apenas observaba lo que sucedía a mi alrededor. Mis compañeros venían siempre a clase con discos, generalmente en mal estado, con las carátulas pegadas con cinta adhesiva a lo ancho y a lo largo. En el brillo de las carátulas destacaban los rostros duros, grotescos, de unos barbudos vestidos de manera excéntrica, o paisajes con fábricas melancólicas, con chimeneas gigantes, sobre las que volaba un cerdito alado. Vocablos misteriosos se cruzaban en el curso de las conversaciones a las que asistía ausente: «Inagada Davida», «Led Zeppelin», «Samba pa Ti», «Imagine». Murmuraban estribillos hipnóticos y recitaban versos ásperos: «No creo en Hitler / No creo en Zimmermann / No creo en los Beatles / Creo solo en mí / En Yoko y en mí / Esta es la realidad / El sueño ha terminado». Traían magnetófonos a clase y los conectaban a los altavoces, que emitían unas modulaciones de guitarra tan chirriantes que no podía escucharlas ni cinco minutos seguidos sin enloquecer. Ignoraba todo lo que les gustaba a los jóvenes de mi edad. En aquellos dos años que duró esa crisis me acerqué tanto a la locura que incluso ahora siento cómo su hálito helado envuelve mi cráneo. Así como se desprende, poco a poco, la serpiente de la piel escamosa cuando muda, se desprendía mi mundo del mundo real, se transformaba en una película paralela con la consistencia del sueño. Puesto que no podía leer todo el tiempo y puesto que, si no tomaba aire, sufría por las noches ahogos y pesadillas, salía a diario a pasear antes de la caída de la tarde. Caminaba por Galați y Domnița Ruxandra, llegaba hasta la plaza Galați y me

adentraba después por las callejuelas silenciosas y doradas de más allá de la calle Otoño, hasta Moşilor. Contemplaba las casas antiguas, con balcones en forma de alvéolo peligrosamente suspendidos sobre las calles, con estucos, acanaladuras y mascarones, con atlas de yeso podrido bajo los arcos. A medida que el sol descendía por el horizonte, el dorado de los muros viraba al ámbar y luego al púrpura, las mejillas y las narices de las gorgonas de los frontispicios lanzaban sombras afiladas sobre una pared entera, las ventanas se llenaban de sangre, y una niña con un vestido azul, detenida en el umbral de la puerta de hierro forjado, con lanzas, de su casa, te removía viejos recuerdos, tan viejos que te parecían anteriores a tu llegada a este mundo. Llegué muchas veces, por aquel entonces, a la calle Venera, sin imaginar que allí, en una de aquellas casas grandes, vivía la chica llamada a ser la cosa más monstruosamente bella de mi existencia. Me fascinaba en esta calle el aspecto leproso de unos cuantos talleres y pequeñas fábricas alineados a lo largo de ella. Los habían pintado por fuera con pintura acrílica que en unos pocos años se habían descascarillado y dejaban ver por debajo, en grandes desconchones, el encalado amarillo de antaño. Largas tiras de pintura de un azul chillón colgaban aún como mondas. Más allá venían las cabañas de los caballos en el patio o las casitas de pueblo, coquetas, con emparrados de vid, en cuyo porche había jubilados que pintaban paisajes marinos o naturalezas muertas con lilas sobre un trozo de cartón. Cuando caía el ocaso sobre la calle Venera, las carcacas de los frigoríficos abandonados en el camino, junto a la escuela Silvestru, oxidadas por las lluvias y el rocío, se volvían de un rosa mate, inverosímil, y todo el paisaje parecía artificial. Regresaba a casa henchido de tristeza.

Mi erotismo había entrado en una fase de inhibición agresiva. Todo era paradójico, irresoluble. Buscaba en los libros y en los álbumes de arte pasajes eróticos y desnudos pero, por otra parte, algo en mí se oponía a estos impulsos primitivos. Llegué a creer que yo era completamente distinto a los demás, que el amor y todo lo que de él dependía no era para mí, que yo iba por un camino que me llevaría mucho más lejos de la banal condición humana. Más aún, a través de esa tendencia a absolutizarlo todo que sentía entonces con tanta intensidad, empecé a pensar que era precisamente el erotismo lo que impedía que los hombres se realizaran, que el amor —y por tanto la mujer— eran las causas de tal banalización, de tal fracaso. Durante un par de años, en aquel estado de extrañamiento que he intentado sugerir aquí, me fabriqué un monstruoso sistema de ideas a este respecto. Había decidido que yo no tenía derecho a conocer a una chica; estaba destinado a una misión más elevada. Estaba en cierto modo convencido de que la inmortalidad dependía de la castidad y que en el momento en que amas y haces el amor, te has manchado para siempre. No se trataba, de hecho, de razonamientos lúcidos, sino de impulsos a los que no podía sustraerme. Por supuesto, me atormentaba yo solo, pero

no podía evitarlo.

La mujer como entidad me parecía un monstruo. Veía en ella, de hecho, a un hombre modificado, lisiado. Los pechos, la grasa depositada en otras partes del cuerpo, las caderas anchas, el cabello diferente al de los hombres me parecían signos de una enfermedad vergonzante. Consideraba el comportamiento femenino, la gracia de algunos movimientos, la psicología diferente como puras afectaciones. Miraba con odio a cualquier chica que vistiera con elegancia, que se arreglara un poco o que coqueteara con los chicos. Para mí eso significaba simplemente que ella exhibía sus deseos eróticos, sin más. Había leído que hay arañas hembras que devoran al macho durante el acoplamiento y había empezado a escribir una historia fantasiosa en la que me imaginaba qué sucedería si, en el mundo de los hombres, las mujeres mataran a los hombres tras el coito. Imaginaba el dilema en el que se encontrarían los hombres, atrapados entre dos instintos fundamentales: saber con toda seguridad que la mujer te va a destruir y, sin embargo, no poder escapar a su fascinación... O pensaba en la curiosa mantis religiosa, que durante la cópula roe, simplemente, al amante, hasta comérselo. O la hembra del escorpión, que encuentra en unos segundos el único punto vulnerable del macho, la única fisura de la coraza de quitina, y clava en ella el aguijón venenoso de su cola...

Si en el bulevar Magheru o en la plaza Romana hubiera visto unas gigantescas y pegajosas telarañas prendidas de las esquinas de los edificios y si, en medio de ellas, acechara inmóvil una mujer desnuda, con los pechos tan parecidos a los quelíceros, la escena me habría parecido más natural que la realidad, en la que las mujeres parecen seres humanos como los demás, «nuestras madres, esposas, amantes o hijas», que tienden únicamente la red de sus gestos, de sus sonrisas, de sus debilidades. Cuanto más crecía mi delirio, más preguntas me hacía al respecto, hundiéndome en especulaciones de todo tipo. Me preguntaba entonces a través de qué rasgos distinguimos la femineidad de alguien. En los recién nacidos el sexo es tan solo una diferencia anatómica. Hasta los dos o tres años, se viste a los niños de colores distintos: los niños de azul y las niñas de rojo o de rosa. Pero luego, al mismo tiempo que aprenden a distinguir entre sus amigos a los niños de las niñas, aparecen en sus rostros unos rasgos casi imposibles de definir pero que el ojo percibe con una precisión cada vez mayor. Más allá de las diferencias creadas artificialmente (el cabello largo en las niñas, una ropa determinada: vestidos, falditas, adornos exclusivos como, por ejemplo, los pendientes) y de los caracteres secundarios que aparecen en la adolescencia, existen también enigmáticas referencias psíquicas y creo que, de hecho, estas son las más fuertes porque ellas determinan las pasiones. No amamos a una mujer por que tenga un cuerpo perfecto, sino por la forma única de los ojos o de la boca, en la que vemos (¿cuándo se ha formado? ¿por qué ha aparecido?) su personalidad profunda y sutilmente erotizada. Soportamos mejor la idea de que

nuestra amada nos haya engañado que el que haya sonreído a alguien levantando una sola ceja o que en su rostro aparezcan, alrededor de la boca, esas arrugas de una ternura irónica que tú creías fruto de tu influencia e imposibles de repetir para otro... Si el ojo femenino no está maquillado, es muy difícil distinguirlo del de un hombre. Tal vez las chicas tengan las pestañas más largas y más espesas, el ojo algo más alargado pero ¿quién podría explicar por qué los ojos de una mujer parecen inmensos, con una llama negra-morada, cuando la amamos y no vemos sino dos ojos corrientes cuando dejamos de amarla? Parece más fácil distinguir su boca de la de un hombre pero, ¿a través de qué? Sabes con seguridad que una boca, que unos labios son femeninos, pero no creo que esos rasgos distintivos se puedan expresar en un lenguaje racional. Como no podemos salir de nuestro sexo, vemos inevitablemente con ojos de hombre o de mujer esos rasgos infinitesimales.

Me transformaba a ojos vista. Mi rostro adquiriría unos rasgos ascéticos, en mis ojos brillaba una luz sufriente, un poco extraña. La boca seguía siendo sensual pero también ella estaba torturada por el sufrimiento interior. El bigote había empezado a perfilarse bajo los largos y finos orificios de la nariz, todas las líneas de la cara se habían alargado. Me regodeaba en la soledad, me enfrentaba con todas mis fuerzas a lo que tenía que suceder. Una tarde, al pasar por la calle Venera, oí una cancioncilla suave, mecánica. Recordé de golpe aquella escena de mi infancia, aquella casa extraña, los niños cargados de cientos de juguetes. Era la canción tintineante, con una gama oriental, del mandarín de celuloide. El sonido procedía de una ventana abierta, situada en la esquina de una casa, sobre una marquesina de cristales multicolores. En la veranda, a la luz incierta del ocaso, vi acurrucado un gato dorado-anaranjado, que miraba asustado hacia el interior de la habitación. Desde allí, cuando cesó la melodía del muñeco, se oyó la voz de una chica, con un timbre roto, que gritaba: «¡Pss, sinvergüenza, fuera de ahí!». El gato se escurrió a lo largo de la pared y saltó a una gran acacia que había junto a la casa. En la ventana, enmarcada por los cortinones de tela roja, apareció una joven que me pareció inusualmente pequeña y delgada. Tenía el pelo largo, rizado, castaño claro, del color de la madera de roble, y una cara redondeada, con las mandíbulas bien formadas y dos ojos dorados. Retuve vagamente, como de pasada, esa carita aristocrática y proseguí con mi paseo hasta que oscureció. Después de aquello, cada vez que pasaba por allí, miraba hacia la ventana sobre la veranda, pero en medio año no vi, unas cuantas veces, sino a una mujer mayor. A través de otra ventana, mucho más grande, podía ver desde la calle un globo terráqueo, muebles muy pretenciosos y probablemente preciosos y una lámpara de brazos con carámbanos de cristal y brillo de cobre. Ni siquiera en mi diario, que contenía versos, notas de mis lecturas, sueños extraños y unos pocos sucesos exteriores, escribí nada acerca de este «encuentro». Todo lo que apunté ese día en el diario fue que había comenzado *Aurélie*, de Nerval.

Pasaba al duodécimo curso y dentro de poco cumpliría dieciocho años. Empezaba a sentir cada vez con más fuerza el corazón encogido respecto a mi futuro. Tan solo un año antes había decidido renunciar definitivamente, y sin arrepentirme, a todo lo que en la vida tuviera que ver con «la alegría de vivir». Sentía asco por la gente que parecía satisfecha con su vida cotidiana. Yo me sentía universal, dispuesto a convertirme yo mismo en el cosmos entero. Pero ahora empezaba a no poder soportar físicamente esa forma de vida. Poco a poco dejé de sentirme un genio; era un lamentable fracasado. Ese cambio se producía bajo la presión de la soledad. En otra época estaba contento cuando me dejaban en paz, cuando podía encerrarme en casa durante semanas, leyendo hasta que ya no veía de lo oscuro que estaba. Juraba para mis adentros cuando tenía que responder al teléfono. En los dos primeros cursos de liceo, mis compañeros me invitaban a alguna fiesta, a los cumpleaños o a la discoteca en el vestíbulo del instituto pero, como nunca iba, se habían dado por vencidos y ya ni me llamaban. Sentían por mí un horror mezclado con la reticente admiración que se tiene por una crisálida de la que podría salir una mariposa o también quién sabe qué bicho espantoso. Incluso aquellos que me defendían, pues se hablaba mucho sobre mí, no podían imaginar que fueran posibles entre nosotros unas relaciones personales. Cuando cumplí diecisiete años, me prepararon un regalo, bellamente envuelto en papel y anudado con un lazo; sin embargo, nadie había tenido el valor de entregármelo; así que lo habían dejado en mi pupitre para que yo lo encontrara al llegar a clase. Estaban cohibidos y un poco asustados por su gesto, ahora lo veo, como si se lo hubieran hecho a un extraterrestre. Ni siquiera hoy en día sé qué contenía aquella caja, pues la dejé en el pupitre sin tocarla siquiera. Había perdido todo atisbo de humanidad, era consciente de ello, pero creía que así progresaría por el camino de la suprahumanidad. En las vacaciones entre el undécimo y el duodécimo curso viví en una soledad tal que llegué incluso a preocuparme por mi integridad psíquica. Durante tres meses sentí mi corazón cargado de un amor abstracto, un amor por nadie. No podía estar en casa un solo instante, salía y vagabundeaba por el Bucarest dorado-transparente bajo el sol, esperando siempre encontrarme con algún conocido. Miraba con envidia a las parejas que caminaban abrazadas, a las mujeres vestidas a la última moda, a los jóvenes de mi edad con sus sempiternos discos bajo el brazo, intercambiándose los delante de la tienda «Muzica»: *Sticky Fingers* más cincuenta céntimos por *Deep Purple in Rock*; *Caravanserai* más el *single My Generation* de The Who por *Ummagumma*. Regresaba a casa muerto de cansancio, pero por la tarde empezaba de cero.

Esperaba con ansiedad que empezaran las clases, algo que no me había sucedido jamás. Y eso era porque me sentía demasiado solo, como un ángel caído o a punto de caer. Pero sabía que seguir siendo un ángel significaba seguir negando lo que luchaba en mi interior, quizá algo maligno, pero que ejercía un poder cada vez más fuerte

sobre mí. Me despertaba muchas veces llorando de soledad. Finalmente empecé de nuevo las clases y, por vez primera, ver unas cuantas caras conocidas me resultó en cierto modo agradable. En el laboratorio de biología, donde tuvimos la primera clase, vi de lejos a Bumbac, consumado ciclista, con su cara ancha de buen hombre y sus ojos verdes siempre entornados, que había empezado a apuntar en un cuaderno cuántas veces decía «niñitos» la profesora. La cosecha era considerable (había trazado en el cuaderno más de doscientas rayitas), pero ella lo había pillado y lo había sacado a recitar la lección. Bumbac, con una desarmante expresión de inocencia, recitó razonablemente bien la lección sobre los paramecios, pero sacó un tres porque había llamado todo el tiempo a este pequeño animal *Paris Match*, en vez de «paramecio», a pesar de que la profesora le corregía cada vez. Luego estaba Dalu, de un metro noventa y tres, al que llamábamos, evidentemente, Calu,^[9] o incluso Hipohipus, según el nombre de un antepasado del caballo que habíamos estudiado también en la clase de biología. Y, por terminar con todo lo relacionado con esta asignatura, veía en un pupitre a Mera, con sus dientecillos torcidos y la mirada un tanto bobalicona del rubito que ha oído hablar de Mallarmé. A él lo había enviado un día la profesora para que trajera del laboratorio el esqueleto humano, en tamaño natural, que guardábamos allí, hasta nuestra clase situada en la planta baja. Mera se había tropezado en las anchas escaleras y había caído con esqueleto y todo hasta que los huesos, desprendidos de los alambres, se desperdigaron por todo el vestíbulo de la sala de profesores ante los ojos de «Tío Zambilă», el director. En otro pupitre estaba el Muerto, un chico de octavo, de cara increíblemente pálida, que solo había destacado una vez gracias a un poema épico que empezó a recitar —ni siquiera él sabía muy bien por qué— en una clase de matemáticas (mientras la profesora, la famosa Drânga, de la que se decía que podía escribir epopeyas semejantes, nos hablaba sobre su pekinés preferido), un poema que se componía finalmente de dos versos que se hicieron célebres: «En la penumbra de una lámpara / hay dos hombres altos con barba». Más insignificantes eran Grigorița y Negruța, hermanos gemelos, o una pareja más, Mihalache, que practicaba la lucha greco-romana, medía un metro cuarenta y ocho y llevaba tacones de siete centímetros, y Neagu, un coloso con la cabeza deformada por los fórceps, interesado por una sola cosa en este mundo: las locomotoras eléctricas de juguete. Y acabo con Lulu, una especie de bufón vulgar que, en el baile de disfraces de un campamento en el que estuvimos juntos, le dio por maquillarse y vestirse como una mujer; hecho que me causó trastorno tal que en cuanto lo vi me quedé pegado a la pared. Respecto a las chicas de la clase, ellas formaban para mí una masa casi indiferenciada. Sin embargo, había una tal Farçaș, que tenía cara de chacha, y a la que se veía siempre muy preocupada por las revistas de moda; estaba la alta que, no se sabe por qué, quería que la llamaran Vasile, y había otra, muy extraña, una especie de belleza de arrabal con algo naíf perverso, una

especie de cisne negro, llamada Dialisa, que se quedó embarazada en undécimo y abandonó el liceo y luego nunca más se supo. Por supuesto, había también chicas muy buenas y aplicadas, y otras bastante guapas y educadas de las que no se podía chismorrear nada. Pero ninguna de ellas me interesaba demasiado, y hoy no me acuerdo de ellas sino con mucho esfuerzo. Había también dos compañeras nuevas, una rubia, con cola de caballo a la espalda, que respondía al gracioso nombre de Pleşcoiu, y la otra, bajita y delgada, «una diva en miniatura», como la llamó alguien en el recreo, que venía del «Iulia Hadeu». Su rostro, con ojos dorados y aire de «señora», su voz de pato, algo rota, me resultaban vagamente conocidos. En todos los recreos, durante un mes del primer trimestre, la vi sin verla de verdad, en el vestíbulo, con su grupo de amigas, parloteando todo el tiempo. Era muy elegante, llevaba anillos con piedras preciosas, cambiaba a menudo sus pendientes de clip, pues no tenía, probablemente, agujeros en las orejas. Por supuesto, en las clases se quitaba los anillos pero se los dejaba si los profesores eran hombres tolerantes, como Tom, el de inglés, que cambiaba también de trajes y de corbatas con sorprendente frecuencia. La chica se llamaba Georgiana Vergulescu, pero sus compañeras le decían Gina o Ginuța, como la llamarían probablemente en su casa. Esos nombres no eran en ningún caso cariñosos, porque no era difícil observar que las chicas no apreciaban en absoluto a su nueva compañera; intentaban, por el contrario, minimizarla, que pareciera que no la consideraban sino una niña esnob y consentida. Ella las aventajaba en todo lo relacionado con la ropa, los maquillajes, los perfumes y los jabones que tenía y que utilizaba cuando no iba a clase. Cada dos o tres palabras pronunciaba vocablos tan vacíos de contenido para mí como los que escuchaba en boca de los chicos locos por la música rock. No había oído, por ejemplo, hablar jamás de *Burda*, Chanel, Miss Dior, Hélène Rubinstein, Ella, Obao, Lancôme, Lux, Rexona, no conocía las diferencias entre perfumes amargos y dulces, creía que todos los desodorantes y champús eran iguales, que no merecía la pena caminar medio día por un par de zapatos, que los vaqueros y los pantalones acampanados, por no mencionar las joyas, no estaban hechos para los simples mortales. La mayoría de mis compañeras no se diferenciaban demasiado de mí a este respecto, hablaban con ella con una cierta reserva, por miedo a no cometer errores, tal y como hablaban conmigo de literatura. Pero a ella la odiaban instintivamente por el mundo fantasioso en que vivía, por los accesorios exclusivos que poseía. Cuando tocaba el timbre para entrar, la nueva compañera se dirigía la primera hacia la puerta de la clase, con movimientos muy rápidos, «afectados», movimientos de chica vivaracha, acostumbrada a llevar tacones altos y aleccionada sobre cómo llevar la ropa. Sus zapatitos, del número más pequeño para señora, hacían siempre ruido, un taconeo característico por el que la reconocería más adelante, antes de verla, desde el fondo del pasillo de mosaico blanco y rojo. Me pregunto cuándo hablamos por primera vez. Creo que

intercambiamos muchas veces palabras banales. Ella se sentía en cierto modo atraída hacia mí porque le interesaba la literatura y, sobre todo, porque algunos me consideraban ciertamente «muy bueno», un auténtico valor, algo que siempre ejerció sobre ella un efecto hipnótico. Un día había comprado yo *Luceăfarul* y por el camino se me había mojado bajo las gruesas gotas de un chaparrón de otoño. En la luz cenicienta de la clase había desplegado las páginas como si fuesen sábanas y leía con atención una traducción de Sandburg. Ella se acercó entonces a mí (mi compañero de pupitre estaba fuera, jugando al fútbol) y, seria como un gato, empezó a leer a su vez aquellos poemas. «No me gusta —me dijo—. Esto no es poesía. Esto lo puede hacer cualquiera». Yo adopté un aire de profesor y le dije que Sandburg era un gran poeta, pero Gina siguió negándolo, indignada. Otro día la acompañé a casa, por Taras Shevchenko abajo. De los castaños, prácticamente desnudos, caían de vez en cuando los frutos brillantes y las casas cenicientas tenían las paredes mojadas. Olía penetrante, nostálgicamente, al humo de los jardines rodeados por cercas de hierro forjado. Ella llevaba un impermeable de una tela brillante, amarillo-limón, y se distraía desperdigando con la punta del zapato los montoncitos de hojas secas. Entonces me habló, con una expresión medio infantil, medio afectada, de «su amigo de la facultad de matemáticas», aquel Silviu que sería mi pesadilla durante varios meses. Pero aquella tarde yo sonreía divertido, distraído. Veía con tanta claridad sus defectos: mente de gorrión mimado, pretensiones culturales, gestos ligeramente amanerados. Su risa me hacía reír a mí también porque entonces mostraba unos dientecillos torcidos, graciosos, como de murciélago malicioso, entre unos labios bonitos, eso es verdad, de una forma absolutamente particular: el labio superior tenía un «piquito» vertical donde se juntaban las dos mitades, así que trazaba un arco en relieve, lleno de personalidad. Su boca no mostraba nunca una expresión pasiva, femenina al modo «típico», es decir, de ternura o de bondad: al contrario, era solo nervio, solo afectación, ironía, infantilismo, pero también un refinamiento de mujer madura, no asimilado aún por completo. Su naricilla tenía la punta un poco chata, lo que le confería un aire más voluntarioso. Solo sus ojos, dorados y luminosos, tenían algo de belleza convencional. Gina no me gustaba todavía, pero me pareció, ya desde el principio, distinta a todas las chicas que había conocido. Refugiada bajo mi paraguas, me contaba todo tipo de aventuras sobre cuyos protagonistas no sabía yo nada, y que ella se contentaba simplemente con mencionar. ¿Quiénes eran Maricu y Tanicu, quién era Penelopa? Solo de su madre decía siempre «mi mamá», con ternura. Me hablaba de Frau Else, del Kindergaraten, y del grupo de niños que se había formado en su calle, de las relaciones amorosas entre Fofu y Micheline, entre Ilieş y Simina. Solo cuando llegamos a su casa, aquella casa maciza, con veranda y una acacia en el jardín, en la calle Venera, relacioné a Gina con aquella niña que había visto una vez, por la tarde, en la ventana de cortinones encima de la veranda. Se

lo comenté y ella respondió airada que aquellos malditos gatos venían a hacer pipí justamente sobre los vitrales de la veranda. Estaba harta de batallar con ellos. Luego me invitó a tomar un café, «para calentarnos un poco», algo que me sorprendió. Entré, sin embargo por una puerta maciza, con un picaporte enorme de hierro forjado con hojitas y tallos. Después de un pequeño portal, oscuro, al que me unen aún tantos recuerdos que me dan ganas de dejarlo todo aquí, llegamos, subiendo unos escalones, a la puerta del apartamento. La casa me pareció laberíntica. Más vivida que la imagen del apartamento propiamente, tengo la página de mi diario en la que escribí sobre esta visita inesperada. Veo el diario con sus tapas de plástico rojo y veo cada línea escrita en esa fecha: «9 de octubre de 197...». Cada vez más lejos de la vida. El rostro más demacrado, leñoso, fatigado, los ojos como hundidos en espirales de juncos, la nariz negra con capiteles sobrios y frontispicios, algo renacentista y una juventud hendida y polvorienta.

He estado en una casa grande, antigua, de habitaciones altas y ahumadas (había una estufa Siena en cada una), con paredes cubiertas de iconos de cristal, multicolores y milagrosos, otros metálicos, crucifijos y muebles antiguos con realces de bronce. En esa casa se movían unas figuritas de cera: unas cuantas viejas idénticas entre sí, un viejo con el cabello completamente blanco. Todo pintado, contorsionado, poco natural. Una casa antigua sumergida en silencio (e incluso el silencio rezumaba música. Wajda habría paseado la cámara por las paredes agrietadas, con el estucado caído, por los rostros de los santos a caballo y de los Cristos escuálidos, de madera y yeso, por las teclas del piano con incrustaciones preciosas, por los macramés y los cuerpos inmóviles de las viejas en sedas verdes y rosas, con la piel brillante alrededor de la nariz y los ojos acuosos. Apenas perceptible, como un encaje, habría llenado la estancia una fuga concentrada y lenta de Bach). Yo callaba y contemplaba los iconos enmarcados con marcos negros y pútridos y pensaba en el monstruo que debía de ser (y el aspecto avejentado que había descubierto mucho antes en su voz ronca, en su cuerpo pequeño y huesudo, sus dientes de murciélago... Y, sin embargo, era una niña encantada de decir obscenidades e idioteces; no había nada naif-sentimental-femenino en ella. Decía que había llorado cuando su «amigo» la había llamado corriente y banal, o algo así, pero yo no me la imagino llorando, era demasiado seca) la chica de diecisiete años que se movía en aquel espacio seccionado y embalsamado en un color marchito y en sombra. Las alfombras habían sido retiradas, así que el brillo de cristal, sucio también, de las lámparas de brazos, una en el techo de cada habitación, no tenía dónde difuminarse. Terrible vida muerta.

Un fragmento que hay que anotar. De *Alteza Real* de Thomas Mann: «Tengo que confesar que no he tenido otra opción. Siempre me he sentido inútil para cualquier otra actividad humana. Me parece que esta incapacidad indudable e incondicional para cualquier otra cosa es la única prueba y piedra de toque de la profesión de la

poesía, tal vez, de hecho, no haya que ver en la poesía una profesión, sino precisamente la expresión y el refugio de esa incapacidad.

He ahí, finalmente, algo capaz de darte esperanzas».

Ahora, naturalmente, me causa risa esa forma estetizante que utilizaba entonces para escribir cualquier nadería. Los rasgos de Gina y de su entorno aparecen en esta página de diario doblemente deformados: por culpa de ese manierismo libresco y por los conocidos motivos psicológicos, es decir, por culpa de mi aversión hacia cualquier chica, por mi necesidad de protegerme contra las agresiones eróticas. Gina era ciertamente una chica educada en un entorno de ancianos y tenía, en consecuencia, bastantes tics y rarezas inducidas por ellos. Pero de eso a decir que estaba «avejentada» hay un mundo ridículamente grande. Es cierto que un año engordó de repente y se convirtió en una mujer de verdad pero, de nuevo, me resulta extraño que al principio la encontrara tan delgada. Ahora, mientras escribo, si procuro concentrarme en su rostro (qué fácilmente me gustaría tenerla de verdad ante mis ojos, aunque fuera por unos instantes), veo tan solo cómo aparece en una diapositiva a color que se había hecho el verano anterior en la playa. Está increíblemente guapa. Lleva una camisa fina, masculina, a cuadros, y tiene el pelo largo, liso, ligeramente ondulado, de color roble, peinado con la raya a un lado. Al fondo se ve el mar, verdoso, con olas de espuma, y el rostro de Gina, vuelto hacia el espectador, muestra un aspecto lánguido, dolorido. Los ojos están abiertos y la boca sonríe con amargura formando unas arrugas que derrochan sentimiento. Vi más fotografías suyas de cuando era adolescente. Todas me parecieron insoportables, como cuando quieres agarrar con la mano un hierro candente. Ni siquiera sabía de su existencia cuando se las hizo y el hecho de haber perdido unos momentos tan preciosos de su vida, de que ella haya malgastado tanta emoción por alguien más aparte de ti, aunque sea por nadie, no se puede comprender, no se puede vivir.

Entonces, cuando la acompañé a casa por primera vez, me hizo esperarla un rato en su habitación, es decir, precisamente en esta misma en la que estoy escribiendo ahora. Contemplaba con avidez las cosas de alrededor, sobre todo los famosos iconos. Vino con dos cafés y un disco que escuchamos en uno de los tocadiscos peores, de aquellos pequeños, forrados en plástico gris, que se vendían en los años cincuenta. Delante de mí, Gina amagó unos pasos de tango, luego se sentó a mi lado y comenzamos a hablar de literatura, porque conmigo, evidentemente, no se podía hablar de nada más. Al cabo de una media hora me fui. Esa tarde sentí que no me apetecía estudiar para el día siguiente. Sentado encima de mi mesa de estudio, con las piernas sobre el radiador helado, miré a través de la ventana unas cuantas horas. Tenía un sentimiento de predestinación, sabía, ya desde entonces, que estaba atrapado, que esa niña-mujer desarticularía sin duda todo mi edificio interior. Los días siguientes la acompañé a casa de nuevo y, poco a poco, nos fuimos

acostumbrando los dos a hacer juntos ese camino. Me esforzaba por no tomármela en serio, la trataba con dureza, le respondía siempre con ironía. A pesar de todo, observé rápidamente cuánto empezaban a dolerme sus alusiones a otros amigos, con los que me decía que se veía los domingos «para jugar a la canasta» o el sábado por la tarde, «para tomar el té». Tenía que soportar incluso, con una sonrisa condescendiente e irónica, todo tipo de confesiones más personales. Estaba al corriente del gran amor entre ella y Silviu. Gina, a este respecto, era de una crueldad increíble. Durante las clases escribía SILVIU, con grandes letras de imprenta, en el margen de todos los cuadernos. Una vez se puso a dibujar el interior de una habitación. Luego tachó con unos cuantos rayones la fotografía enmarcada que había esbozado encima de la cama. Venía algunas veces llorando a clase y un día se marchó, incluso, después de las dos primeras horas. Gina sufría, su amor no funcionaba, y el primero que tenía que soportar su infelicidad era yo. Una tarde (creo que era a mediados de noviembre, pues ya amenazaba nieve y fuera estaba oscuro) me cogió de la mano. Nos detuvimos en medio de la calle. Parecía transfigurada por el sufrimiento. Convirtió toda su desesperación, sin embargo, como haría más adelante en unas cuantas ocasiones, en un discurso exaltado y entrecortado en el que casi me gritaba todo lo que me quería. Me rogaba que la ayudara, que estuviera siempre a su lado. Me abrazó con pasión y entonces también yo la agarré por los hombros y llegamos, caminando de ese modo, hasta su casa. Nos detuvimos en aquel portal lleno de un aire ocre y nos besamos penosamente, más en las mejillas y en los ojos que en la boca. Su cara estaba mojada por las lágrimas y yo, repitiendo su nombre, abrazándola, acariciando su cuello y sus pechos a través del abrigo, intentaba con todas mis fuerzas evitar, aplazar las palabras de amor que se formaban solas en mi mente. Durante una semana se mostró igualmente cariñosa, pero la tristeza oscura de su rostro, su silencio obstinado me torturaban más que la felicidad que me procuraban los fugaces ratos en el portal. Ya no era capaz de escribir versos siquiera, esperaba que cesara el jaleo en casa para meterme bajo el edredón y dormir hasta la mañana siguiente de un tirón. Pero en sueños me invadía un desgarrador sentimiento de soledad. Así, soñé unas cuantas veces que caminaba por un parque, cuyas interminables alamedas se entrecruzaban sin cesar. Era un atardecer rosa-violeta, y todo lo ocupaba una niebla ligeramente luminiscente. En ese espacio crepuscular las cosas no pesaban, sino que tenían una gran densidad emocional. Todo aquel aire nacarado, aquella calima, se concentraba dolorosamente en mí. Sabía que el espacio es infinito, que no hay lugar para la esperanza. De repente, lanzando los tejados y las estatuas melladas a una altura vertiginosa, haciendo girar hacia el cielo la cúpula de color cobre viejo, apareció ante mí, en una plaza de una anchura inabarcable, un monumento colosal, una construcción medio en ruinas, con arcos y frontones cubiertos de líquen, con quimeras góticas, profundamente acanaladas, que reían en las paredes. Nada en este

edificio tenía proporciones humanas. Por una infinita escalera de caracol subí hasta la cúpula. No hay en este mundo, ni siquiera en sueños, palabras capaces de definir lo que sentí bajo esa cúpula gigante. Arriba, a más de cien metros de las baldosas romboides que formaban el mosaico, en el centro de la cúpula, se abría una ventana redonda a través de la cual se veía a las nubes flotar en las llamas del ocaso. Diversos grados de oscuridad cobriza-blanquecina llenaban un espacio en el que te sentías un insecto insignificante. Y de repente empecé a crecer, a dilatarme, a llenar el espacio geométrico, surcado de nervios y de rayos. A medida que crecía podía contemplar los pálidos frescos de las paredes curvadas, el aire cada vez más oscuro del exterior que atravesaba los agujeros de los lucernarios en cuyo óvalo, perfilada en púrpura, se apostaba alguna que otra paloma. Al poco tuve que encogerme, que arrastrarme por el suelo, llevarme las rodillas hasta la boca y cruzarme de pies y manos, pues había llenado por completo la gigantesca cúpula. De este sueño me despertaba siempre desconcertado por la soledad, con el sentimiento de que mi vida había llegado a su fin.

Ya había empezado a nevar y estaba oscuro cuando salía con Gina del liceo. Íbamos de la mano y a veces ella metía su mano en el bolsillo de mi abrigo, y allí la mantenía sin soltarme. Era terriblemente voluble, algunas veces estaba alegre, otras ausente y otras tan triste que apenas podía soportarla. Caminábamos despacio sobre la fina capa de nieve iluminada por la luz de los escaparates, y yo me sentía, al mismo tiempo, feliz y vacío de esperanzas. Veía, a medida que nuestra relación avanzaba, que pertenecíamos a mundos diferentes entre los que solo podía existir el puente irracional de un sentimiento unilateral, un puente que nadie podía atravesar. Me desesperaba cuando ella empezaba a hablarme del viaje a Leningrado que había hecho el año anterior, de sus paseos por las orillas y los puentes del Neva en amaneceres blancos como la leche. Me la imaginaba sola y soñadora paseando, con el cabello enredado por la corriente del agua, bajo las farolas de hierro forjado, junto a los leones de piedra, o sentada en el banco de un parque destruido por el otoño y el ocaso. Luego me contaba cómo, en la playa, había nadado sobre el rayo del sol reflejado en el agua. O retomaba las escenas de su infancia de niña de buena familia, o me mostraba, en una calle cercana a la suya, un patio bastante grande, con una cerca de barrotes, donde unos niños con abrigos azules y chaquetitas de fieltro verde jugaban con la nieve; me decía que allí había jugado también ella en incontables ocasiones cuando iba al Kindergarten. Se quedaba un buen rato mirando a través de los barrotes de la valla, con una expresión que me hacía retirar los ojos de su cara. Ya no hablábamos sobre Silviu, pero en todo lo que ella decía, en el tono de sus palabras, en su disposición, incluso en sus besos —pues se detenía de repente en la soledad de las calles nevadas, se apoyaba en un poste y decía «bésame»—, en todos sus caprichos, lo sentía presente. Sabía que Gina me estaba utilizando para protegerse,

para dejar respirar a su infelicidad, para no estar ya sola, para que alguien apretara su mano cuando se veía obligada a mirar de frente la agonía de su amor. ¿Quién era yo para poder ser su novio? Un crío feo y raro que había llegado al umbral de la esquizofrenia, que no sabía nada que tuviera lugar fuera de la bruma de la literatura, que no tenía ninguna experiencia de la vida. Me vestía de cualquier manera, nunca había montado a caballo, carecía de amigos. No podía ofrecerle sino mi miedo ciego a perderla. Para mí, Gina era mucho más que una novia, era un ser imposible de soportar, una droga demasiado fuerte que, sin que yo supiese controlarlo, se estaba convirtiendo en adictiva. Sabía que más pronto que tarde fracasaría, que Gina me abandonaría. Pero en el portal de su casa, en una oscuridad tal que apenas podíamos adivinar el perfil de las caras, nuestros gestos de amor eran cada vez más desinhibidos, cada vez más atrevidos. El cuerpo pequeño y fino de Gina había aprendido a no crispase con mis caricias más osadas. Yo aprendía poco a poco a tener a una mujer en brazos, aprendía el placer de acariciar, de marearme con su boca suave, con el sabor soso de sus labios y sus dientes y su lengua, con el olor a champú de su cabello, el aroma de sus pestañas. Aprendía, por debajo de su blusa, la forma de sus pechos. Cuando nos despedíamos, me alejaba caminando entre los copos helados y dejaba atrás a propósito unas cuantas paradas de tranvía. El aire del invierno me sentaba bien. Mis manos conservaban el olor de su piel hasta la noche, cuando me quedaba dormido.

Nos sucedieron muchas cosas extrañas mientras caminábamos en dirección a su casa. Una noche despejada como un cristal, al pasar por la plaza Galați, íbamos contemplando ambos la luna, que se alzaba sobre la parada del autobús número 40 y doraba en tonos fríos los raíles del tranvía. Hablábamos de la luna; ella me decía que en una excursión al monte con un grupo de amigos, se había sentido tan sola que habría querido comerse literalmente la luna. «¿Pero sabes cómo? ¡Literalmente!». Por supuesto, sentí un escalofrío de celos e intenté evitarlo, pero me quedé con la boca abierta porque, al mirar la luna, vi con claridad que la esfera no era perfecta, que una de las partes se había achatado y que una sombra, que no podía ser otra cosa que la sombra de la tierra, cubría cada vez más, lenta pero visiblemente, su superficie. Nos detuvimos, dejamos las carteras en el suelo y, abrazados y sorprendidos, contemplamos aquel espectáculo sobre los tejados. Al poco rato, el globo de ámbar estaba iluminado solo a medias, luego la sombra se extendió y solo dejó libre un cuerno cada vez más delgado. Mientras tanto, por la plaza Galați circulaban autobuses y taxis, pasaban transeúntes pero nadie se acercó a nosotros para mirar la luna, que empezó a crecer de nuevo poco a poco hasta que, en un cuarto de hora, volvió a ser el globo perfecto de antes. Más tarde, todo esto nos pareció un sueño a los dos, poco menos que inexplicable.

Los domingos Gina no quería que nos viéramos. La llamaba por teléfono pero no

la encontraba en casa. Me respondía habitualmente su abuela y me decía que Gina había salido a dar una vuelta. ¿Qué hacía los domingos por la tarde? ¿Qué hacía esas tardes en que no me dejaba acompañarla? Me imaginaba unas escenas de lo más inverosímiles. Pero hacía tiempo que ella había empezado a mostrar un cierto tono arrogante, aquel matiz de ironía un tanto vulgar que utilizaba siempre que se sentía superior a alguien o dueña de la situación. Entonces ponía una carita cínica, falsamente inocente y misteriosa a la vez, que me sacaba de mis casillas. Su lenguaje empezaba a cargarse de alusiones eróticas que profería compulsivamente fuera cual fuera el tema de discusión. Yo sentía que quería alardear de algo o que quería transmitirme algo y que su deseo era más fuerte que su cuidado por no herirme. «¡Qué sitio tan estupendo para hacer el amor!», me dijo una vez cuando pasábamos junto a una casa con torreón. Luego, puede que incluso aquella misma tarde, me dio a entender que ella sabía cómo es un hombre desnudo. Por supuesto, yo me burlaba de ella y derivaba la conversación hacia el absurdo, pero me sentía herido hasta lo más hondo. Esto me ayudó en cierto modo (aunque fueran ilusiones mías) en aquellas situaciones desesperadas, porque, sometido a semejante tensión, adquiría una elocuencia insólita. La tranquilizaba y la cautivaba por el momento con terribles alardes de imaginación. Pero no, ella quería que yo sintiera su alegría y su triunfo y, finalmente, al cabo de unos días, me dijo que había vuelto con Silviu, que había ido a su casa, que se había dejado desnudar por él pero que, «naturalmente», no había pasado nada. Me contaba todo esto en la penumbra del portal, sobre los escalones de mármol, coloreándolo con una especie de magia típicamente femenina: él la había llevado en primer lugar hasta el «Berlín», donde habían bebido Cinzano, luego le había comprado una rosa amarilla y habían ido a casa en taxi. Él tenía una motocicleta con la que el domingo iban a... Le grité entonces que se callara y me precipité a la calle. Descubrí que estaba llorando a moco tendido, menos mal que estaba oscuro.

Pasaba sollozando junto a los escaparates con ropa de esquiar, junto a los talleres de reparación de televisores, por delante de la luz verde de los muestrarios de las zapaterías. Sabía que la había perdido irremisiblemente y, sin embargo, no podía entenderlo. Era como si alguien me dijera que yo había matado a Gina o que ella había muerto. No podía imaginar cómo iba a superar verla todos los días en clase sabiendo que, sin embargo, ya no sería la misma. Cómo sería no volver a regresar a casa juntos, no soportar más sus caprichos y sus mimos y sus cinismos... Mientras caminaba, dejaba unos largos surcos sobre la nieve de la carretera, estaba acabado.

Aquella noche decidí que no volvería a tener nada que ver con ella. Escribí en mi diario: «Gina no quiere, NO QUIERE que estemos juntos. No puedo entender cómo es posible tamaña monstruosidad, tamaña estupidez en una niña tan perversa. Asisto a la propia disolución, columna a columna, escalón a escalón, pared a pared, de nuestro

edificio. Nuestra relación se diluye como un azucarillo en el agua. En cualquier caso, no hay nada que hacer, no puedo luchar contra su irracionalidad animal. Debo recordar quién soy, retomar mi vida de antaño, no importa lo triste que fuera. Yo soy alguien que escribe, no me puedo echar a perder por culpa de un ser infrahumano, obnubilado, por culpa de una desgraciada». Y seguía así unas tres páginas más, en un delirio en el que veía a Gina como la personificación misma de la miseria y de la vileza humanas. Tal vez más que la permanente obsesión por su cara, por su voz, me torturaban los aspectos puramente fisiológicos de mi pasión: los latidos del corazón acelerados hasta la palpitación, el dolor duro y cálido del pecho y de los huesos, el insomnio en el que tenía que combinar hasta el infinito amargos monólogos. Al día siguiente, en el instituto, su silueta se perfiló ante mis ojos: como de costumbre, parloteaba en medio de sus compañeras sin importarle que alguien le escuchara o no, y sin escuchar nunca las respuestas que le daban. ¡Qué afectadas eran sus florituras retóricas, las expresiones francesas y alemanas que dejaba caer a su alrededor con fingida indiferencia! Era el suyo un lenguaje de vieja coqueta, de preciosa ridícula; un lenguaje, no obstante, que a mí me resultaba de lo más atractivo, a pesar de mi teórico desprecio por el histrionismo y la afectación. A veces pensaba divertido en lo apropiada que era la palabra «perla» para definir cada palabra de Gina, pues expresaba la mezcla de magia y superficialidad que la caracterizaba. Aquel día me esforcé por no mirarla. Me mezclé con los chicos y conté chistes en el recreo; hablamos de fútbol, de las diferencias entre Mick Jagger y Robert Plant y de un millón de cosas más. Pero era como si todo el rato tuviera un radar interior que me dijera en todo momento cómo localizar a Gina, dondequiera que esta se hallara. La «veía» incluso cuando estaba de espaldas a ella, incluso cuando salíamos al patio nevado y nos perdíamos entre la gente. La oía hablar desde cualquier distancia, sabía lo que estaba diciendo, sabía que no se podía dominar para no pregonar por todas partes sus amoríos a toque de trompeta. Sus compañeras ya sabían que «su novio de la facultad de matemáticas» iba a llevarla de paseo en moto el domingo. Lo que más me dolía era que no me evitaba, que vino unas cuantas veces a mi pupitre, mientras leía algo en un recreo, y que me dibujó rápidamente en un cuaderno una florecilla junto a la que escribió GINA. La rapidez de sus movimientos era increíble; el ritmo de sus pasos, los movimientos de sus manos, la rapidez con que escribía me causaban estupor. El hecho de que me considerara un simple amigo, que no se hubiera operado ningún cambio en su actitud respecto a mí me humillaba, me hacía albergar oleadas de odio. Intentó entablar conversación conmigo en varias ocasiones pero la rechacé con brutalidad. Entonces sonreía, con aquella nota de burla, con un aire de indiferencia que aún hoy logra que me enfurezca. Había construido en torno a sí una verdadera erotopatía, una mezcla extraña de amor, odio, desprecio, admiración, idolatría y asco. Cada tarde regresaba solo a casa a través de la suave nevisca de la

luz de los faros de los coches, a través de aquel extraño bullicio, solitario, de los ocasos de las tardes de invierno, cuando parece, cada vez, que anochece para siempre.

Pero ella crecía a medida que yo me empequeñecía. De una niña rara y afectada, de ser una simple criatura educada entre viejos, se trocaba lentamente en un ser inmenso, hierático. Gina se convertía en el Todo. El domingo no pude quedarme en casa. Me puse la bufanda y el tabardo y me fui caminando hasta el centro. La mañana era cegadora. El fulgor de la nieve en las aceras de los bulevares, en los pasamanos de goma de las escaleras mecánicas del paso subterráneo, en los torreones de la universidad y en el tejado del Instituto de Arquitectura me provocaba un estado de exaltación. El aire helado y brillante entumecía, límpido como el cristal, mis sensores internos, borraba la imagen que, tenaz, intentaba adherirse a las paredes de mi cráneo: él y ella en motocicleta, con sendos cascos anaranjados y, por debajo del de Gina, un mechón de cabello castaño que escapaba hasta el hombro. Entré en la cafetería Danubio y me zampé despacio, con gran parsimonia, un pastel. Miraba afuera a través del escaparate amarillento. Había hermosas mujeres con pellizas blancas o abrigos estampados, había extranjeros, negros o árabes, arrebujados en sus zamarras con un gran cuello de piel. Intentaba inútilmente verme con objetividad, salir de mí, luchar contra la enfermedad psíquica de mi amor. Las imágenes interiores lograban intimidar a las exteriores.

El lunes Gina faltó a clase. Al día siguiente apareció a primera hora, aunque después de que hubiera entrado la profesora. Estuvo callada y aislada hasta el final de la jornada. No podía distinguir si en su rostro, que yo espiaba todo el tiempo por el rabillo del ojo, había un rastro de cansancio o de tristeza. Tras el último recreo, cuando volví a mi pupitre, vi en la esquina de un cuaderno que se había quedado sobre la mesa, la flor de cuatro pétalos que tan bien conocía yo y, a su lado, en letras de imprenta, su nombre: GINA. Dirigí la mirada hacia ella, pero no me prestaba atención: copiaba del encerado una lista de verbos irregulares ingleses. Es curioso cómo el más insignificante gesto suyo podía cambiar mi disposición de ánimo. De repente, y del mismo modo que desaparece un dolor de muelas gracias a una poderosa dosis de analgésico, aquella florecilla dibujada rápidamente en rojo instauró en mi cuerpo una calma que ya no esperaba alcanzar jamás. El relajamiento fue tan fuerte que por un instante me sentí inmaterial. Por la noche me llamó por teléfono. Me dijo que no había nadie en casa y que estaba a oscuras. Me la imaginaba, pequeña y nacarada, en aquella casa de muebles pesados y sólidos que, en la oscuridad, debía de tener un aspecto terrorífico. Me suplicó que la perdonara, me decía que entre ella y «él» todo había acabado (pero el mismo hecho de que evitara pronunciar su nombre y utilizara ese *él* tan significativo demostraba más bien lo contrario; del mismo modo, para mí existía una sola *ella*, y no necesitaba nombrarla para quererla). Luego retomó una de sus costumbres más queridas, los exasperantes discursos emocionales, en los

que expresaba el sufrimiento y la nostalgia de un modo impersonal y que podías tomar perfectamente por declaraciones de amor ligeramente veladas, aunque no fueran sino estallidos censurados de su infelicidad. Me decía que se sentía más sola que nunca, que me echaba de menos; proyectaba sobre mí, como en una borrachera, los fantasmas pasionales que, de lo contrario, la habrían asfixiado. Entre lágrimas, atropelladamente, me decía que me quería y que no podía concebir que nos separásemos. Después de colgar, me quedé pensativo por un instante. Me cegaba el hecho de que pudiera existir una mínima posibilidad de que todo fuera cierto, quería creer que Gina podía ser mía de verdad, olvidar bruscamente todas aquellas diferencias entre nosotros que yo había rumiado cientos de veces hasta entonces y que a esas alturas me parecían ya insalvables. No tenía elección. Tenía que creer, con todo mi ser, cada una de sus palabras. Pero, en algún rincón de las aguas freáticas de la mente, quedaba la certidumbre del desastre, la convicción de que Gina no iba a quererme jamás. Aquel sentimiento alternaba con una esperanza irracional y daba al traste con mi equilibrio interior. Mi psique caminaba hacia la ruina por esa permanente oscilación entre el amor y el odio, la esperanza y la desesperación, la admiración y el desprecio. Por el momento, sin embargo, era feliz; estaba dispuesto a creer en el final de la historia entre Gina y Silviu y me sentía liberado como si ese hubiera sido el único obstáculo que se alzaba entre ella y yo. Al día siguiente volví a acompañarla a casa, bajo una ventisca que hizo historia. Se acercaban las vacaciones de invierno y pensaba con pavor en el cotillón de Nochevieja. ¿Lo celebraríamos acaso con ella? Me parecía inverosímil. Caminábamos agachados por la nevisca que nos lanzaba agujas de hielo sobre los rostros y por el cuello. Las calles serpenteantes, iluminadas tenuemente de naranja, eran barridas de modo inmisericorde por el viento; en algunas partes aparecían los adoquines negros del empedrado y en otras partes, en lugares más protegidos, la nieve formaba ondas tachonadas de sombras azules. Ella se había quitado el guante y tenía la mano en mi bolsillo forrado con piel. Yo apretaba sus dedos pequeños e inertes, que solo respondían de vez en cuando con estremecimientos apenas perceptibles. Nos detuvimos varias veces para besarnos y a punto estuvimos de ser derribados por el viento. Aplastábamos un gorro contra el otro, intentábamos abrazarnos por encima de las gruesas pellizas, nos mirábamos a los ojos bajo aquella oscuridad helada que prendía estrellitas de hielo en nuestras pestañas. Gina estaba nevada, reluciente a la luz de los escaparates de los autoservicios decorados con espumillón, niños con trineos de cartón, bombillas y bolas de colores. Su pelo y su cara, bajo las espigas delicadas de su gorro de piel de zorro, enrojecían de repente por el estaño púrpura de algún Moș Crăciun^[10] que reinaba, con su barba de algodón, entre bebidas y botes de conserva. En el portal de su casa, cuando la tomé en brazos, me preguntó si no quería que subiéramos un rato a su habitación. Entramos juntos en la casa donde, delante del televisor del comedor, un

TEMP 6 de los primeros que habían aparecido por entonces, estaban los abuelos y la tía de Gina, tres viejecillos envueltos en mantas iluminados por la palpitante y mágica luz de la pantalla. Les dimos las buenas noches y, conducido por Gina, entramos en su habitación. ¡La recordaba tan claramente! La había soñado unas cuantas veces, aquella habitación tan alta, con su piano, su cómoda pintada de un modo vagamente renacentista, sus iconos de cristal repartidos por todas las paredes, su estufa de cerámica con hermosos dibujos azules, sus cortinas de satén, de un rojizo descolorido por el tiempo. Nos sentamos, desembarazados de nuestros abrigos, en el estrecho canapé, cubierto con un tapiz y unos cojines de colores. Ella desapareció unos minutos y regresó vestida con unos vaqueros y una camiseta amarilla fina, que ponía en evidencia sus hermosos pechos, aunque no demasiado grandes, pero redondeados y con los pezones visibles bajo la tela de algodón. Me traía un poco de confitura de nueces verdes y, en un vaso de cristal de una forma rara, un poco de licor de higos. La luz, frenada por los carámbanos de la lámpara del techo, caía sobre nosotros atenuada, ligeramente rojiza. Hablamos de todo tipo de tonterías hasta que se acabó el licor, luego nos quedamos en silencio, tragando en seco y mirándonos el uno al otro. Crecía entre nosotros una tensión que poco a poco resultaba insoportable. Ella cedió la primera, se dejó caer sobre los cojines de terciopelo. La abracé embriagado, le levanté la camiseta hasta los sobacos y arrimé mis mejillas a sus pechos desnudos, con sus moneditas cobrizas en el centro. Nos acariciamos mucho rato, hasta que desabroché los botones metálicos de sus vaqueros y bajé la cremallera. Aquel ruido nos despertó. Habíamos ido demasiado lejos: sus abuelos estaban a unos pocos metros y la puerta era de cristal mate. Gina se subió la cremallera y su cara se ensombreció de repente. Los ojos se le habían llenado de lágrimas y al poco estalló en sollozos. La escondí entre mis brazos, la abracé para sofocar sus suspiros. Sabía por qué lloraba. Gina se había enjugado las lágrimas y había tomado mi cara entre sus manos. Me miró a los ojos con una expresión atormentada y me dijo alzando la voz: «Ya no quiero a Silviu. ¿Lo entiendes? Ya no le quiero, me da asco. ¿Quieres que nos burlemos de él?». Y, de repente, se despojó de la camiseta y volvió a desabrocharse los pantalones hasta que, encima de las braguitas, aparecieron unos cuantos rizos brillantes. Nos abrazamos de nuevo, pero esta vez ella se movía con una voluntad de profanación que la hacía olvidarse de todo lo demás. Me incorporé a pesar de sus abrazos y me puse la chaqueta. Me arreglé ante el espejo la ropa revuelta. Mi pelo estaba húmedo y despeinado. Me lo peiné con unos movimientos rápidos. También Gina se había levantado, se había puesto la camiseta y, con su cabello rizado, suelto, se apoyó en mi hombro. Nos mirábamos ambos en el espejo reluciente. Mis ojos viraban al violeta sobre unas mejillas afiladas, mientras que los de ella, ambarinos, parecían más claros en aquel aire marrón-rojizo. Recuerdo aún nuestros rostros contraídos, inexpresivos, como máscaras extáticas, que brotaban una junto a la otra

en el cristal del espejo. Durante un rato nos miramos silenciosos e inmóviles, luego ella sonrió con aquella sonrisa amarga, fantástica, típica de ella, y apuntó al espejo con su dedo índice. Pero la imagen del cuadro del espejo no reprodujo ese gesto. La mano de Gina en el espejo estaba apoyada en mi hombro, mientras que la de la Gina real llevó su uña pintada con laca transparente, brillante, hasta tocar directamente sobre el cristal mi frente fría, bajó a lo largo de la nariz, se detuvo en los labios y siguió luego, morosamente, la línea del cuello hasta detenerse en el pecho. Una leve línea de vaho seccionó mi cuerpo, las gotitas de color rojizo temblaban. Aquella mano fantasma y, sin embargo, real se dirigió después hacia la frente de Gina en el espejo, se detuvo con el dedo clavado entre las cejas, luego descendió hacia los labios, que seguían mostrando una sonrisa extraña, omnisciente. El dedo se posó entre los pechos de Gina, luego se alejó del cristal, en el que había aún una línea empañada. A continuación, la mano se elevó y se colocó, con la palma abierta, entre nuestras cabezas del espejo. También allí quedó el sello diluido de una mano de vaho rojizo. A continuación, la mano de Gina bajó por mi cuello, identificándose con la imagen reflejada. Ya no había diferencia alguna entre nosotros, los seres reales, y los seres que vivían más allá del espejo. Con pasos titubeantes, ella volvió al sofá, colocó la cabeza sobre un cojín de seda a rayas y, al cabo de unos minutos, se quedó dormida. Hay que decir que Gina es la única persona que conozco que duerme con los ojos abiertos. La mirada fija, que contrasta con los movimientos del pecho durante la respiración, le confiere en esos momentos el aspecto de alguien en coma, de un alma que ve, que oye y que siente acercarse su muerte. Me incliné sobre Gina y me vi en sus ojos. Tenía las pupilas terriblemente dilatadas, encuadradas tan solo por un finísimo anillo color miel. Pero, en lugar de ver *mi* rostro en sus pupilas oscuras, ¡vi el *suyo*!

No he podido traer mi pluma y, en consecuencia, he tenido que pedir aquí un bolígrafo. Y encima me han dado uno de un estúpido color rojo que mancha más de lo que escribe. Mis manos se agitan en un estado indescriptible. En cualquier caso, es un privilegio seguir escribiendo; ellos probablemente esperan extraer alguna conclusión al leer estas páginas que he querido traer conmigo a toda costa. Por supuesto, han escrito por alguna parte «grafomanía» y están ansiosos por sacar provecho de ella. Por lo demás, no tengo nada en contra de entregarles mi manuscrito, al fin y al cabo alguien tendrá que leerlo y ellos tal vez entiendan mejor que otros lo que pueda ser entendido. Me pregunto cuánto tiempo habrá pasado desde que he interrumpido la escritura. Ya no sé si es martes o miércoles, agosto o septiembre. Por lo que veo a través de las ventanas del salón parece, sin embargo, que el otoño arranca tímidamente. Me paseo a diario por el jardín y más de una vez he recogido alguna hoja muerta del suelo. Entre los edificios blancos flotan oleadas de arañas que los enfermos se sacuden furiosos del pelo. Pero yo las dejo en mis bucles

hasta la noche y solo por la tarde, en la luz rojiza que se extiende por las paredes brillantes del salón, las retiro del pelo con el peine. Así que calculo que podríamos estar a mediados de septiembre. El cielo es de un azul profundo y, a pesar de la luz dorada que lo baña todo, hace frío.

Escribo sobre la mesilla blanca metálica. En la cama de al lado está Elisabeta, rubia y un tanto desaseada. Y ahora extiende sobre la sábana las cartas, que la vuelven loca. A mí también me ha echado las cartas, no se libra nadie. Tiene unas cartas antiguas, austriacas —dice ella—, en las cuales los ojos de todas las figuras están atravesados por agujas para que las predicciones sean infalibles. En aquella ocasión las había repartido primero en unos cuantos abanicos, luego en filas y cuadrados y, justo cuando iba a señalar una carta con el dedo diciendo «Este eres tú», se quedó paralizada. Yo no había prestado demasiada atención a sus juegos de manos. Miré la carta que Elisabeta seguía mostrándome con los ojos como platos. Era una sota, pero la parte inferior de la carta no era la imagen de la sota al revés, sino una soberbia dama de bastos con una flor de jazmín entre los dedos. Mezclé con rapidez las cartas, pero Elisabeta empezó a sufrir convulsiones. Cuando se le pasó el ataque, volvimos a repasar juntas todas las cartas de la baraja pero no volvimos a dar con aquella imagen ambigua. Elisabeta es muy cariñosa conmigo, pegajosa diría yo, incluso, dispuesta a cumplir cualquiera de mis caprichos si yo tuviera caprichos. Pero está muy sucia y sus ojos inyectados en sangre, como de epiléptica, me espantan. Me propuso hace unas cuantas noches que uniéramos nuestras camas. Le dije que se tranquilizara. No quiero que lleguemos a ser como Mira y Altamira, que duermen juntas y se acarician toda la noche hasta el amanecer. Algo de lo más romántico, si te paras a pensar que Mira tiene los dedos de los pies y de las manos deformados, tan torcidos en todas las direcciones que apenas puede sujetar un vaso, y Altamira (de hecho fue Paula la que la bautizó así, porque ella en realidad se llama Ștefania) es, ciertamente, una chica guapa y perfectamente normal, si exceptuamos el hecho de que una noche se acostó y durmió dieciséis días seguidos, tras lo cual se despertó ella solita como si no hubiera pasado nada. El médico nos visita todas las mañanas, pasa por delante de cada una de las diez camas y habla con cada una de nosotras. Se sienta en el borde de mi cama y me mira a los ojos. A veces se me olvida cubrirme el pecho y a él no se le escapa ese detalle. Luego contempla el taco de hojas de la mesilla. Ha prometido no cogerlas hasta que no haya terminado. Por lo demás, no tengo nada de qué hablar ni con él ni con nadie. Y no soy la única persona del pabellón que escribe. Junto a la ventana está la cama de Lavinia (Lavița, como se llama a sí misma), que garabatea febrilmente, ocho horas al día, unas cartas de amor dirigidas a un tal Doru. Sus textos están muy espaciados en unas páginas rosas, anaranjadas, azules o violetas, así que queda bastante hueco para los dibujos. Lavița, que se muerde la lengua como un niño pequeño, dibuja con tizas de colores flores, princesas de ojos

grandes y nariz formada por dos puntitos, palomitas y corazoncitos. Incluso los sobres en los que introduce sus cartas parecen automóviles pintados por artistas pop. Laviña transforma asimismo las sábanas, en cuanto mudan las camas, en grandes cartas dirigidas a Doru. En sus lienzos de lino escribe con lápiz marrón, traza unas letras de diez centímetros y llena los espacios blancos con sus pueriles dibujos de colores. Su cama es pistacho y muy pintoresca, pues duerme envuelta en las páginas de una carta gigantesca. Justo a su lado se encuentra Paula, una chica obediente y sensata durante el día a la que todas odiamos porque nos molesta cada noche. Paula habla una noche tras otra, en sueños, con su madre. Grita, se agita, recuerda cómo la trataba cuando era pequeña. Vivían las dos solas en un semisotano, una mujer sin marido y una niña que tenía que soportar los ataques de histeria de su madre, a la que retuvo, en el último momento, para que no se cortara las venas con una cuchilla. Esta noche Paula también ha delirado, la cama de Mira y de Altamira también ha crujido, y las enfermeras de guardia también han abierto la puerta para que me diera en los ojos la luz del pasillo. La noche de insomnio me provoca ahora una especie de frenesí y me apetece escribir. Así que retomo mi manuscrito aprovechando la siesta de mis compañeras, que leen o se liman las uñas.

Hace unos días, mientras narraba cómo Gina se había quedado dormida con los ojos abiertos en los que podía yo ver reflejado su propio rostro, reviví aquel momento de pánico helado. Sentí la necesidad de volver a ver, de *saber* de nuevo y de nuevo no entender. Me levanté de mi escritorio y arranqué con desesperación la funda del espejo. Miré. Luego empecé a gritar. Cogí el mandarín del escritorio y lo arrojé al suelo. Cuando entraron los viejos en la habitación (Maricu y Tanicu y luego Penelopa, lívidos, con la saliva escurriéndosele por la barbilla por culpa del miedo), me encontraron rodando por el suelo, envolviéndome en las cortinas púrpuras que había arrancado de las ventanas. Por el suelo estaban también desperdigados los libros arrojados de la librería y las figuritas del piano. No podía calmarme. Cuanto más me acariciaban para tranquilizarme, más fuerte me agitaba yo. Las lágrimas inundaban mi rostro y goteaban sobre el parqué. Mi consciencia estaba nublada y solo como a través del sueño pude sentir que dos hombres de blanco me llevaban hasta la ambulancia que había estacionada en la calle. El viaje de diez minutos hasta el hospital me pareció, no sé por qué, extremadamente largo. Aquí, los viejos me han visitado cada día, con unas sonrisas falsamente alegres, para traerme tarros de arroz con leche y canela, naranjas y zumo de limón. También se ha pasado su madre con su marido. Su madre se le parecía hasta en los más mínimos detalles solo que con una dosis superior de frivolidad parlante: una cabeza de chorlito dispuesta a contar en cualquier momento cosas graciosas. El hecho de que desde el primer momento me llevaran a un pabellón de mujeres me perturbó un poco al principio, pero me acostumbré bastante rápido. Me asusta un poco la pasividad con que he empezado a

aceptar la situación pero incluso este temor es, de hecho, más bien lo que *debería sentir* que lo que verdaderamente siento (lo que de verdad siento es un deseo de reír hasta las lágrimas, todo me parece un carnaval, una farsa cómica). Me colocaron aquí, entre Elisabeta y una viejita asilvestrada que sufre una parálisis facial. La tía Laura tiene un lado que le cuelga hasta la barbilla y parpadea con un solo ojo. El otro se lo cierra con el dedo cuando quiere dormir. Del lado caído rezuma siempre un hilillo de saliva. Por lo demás, es una vieja coqueta, maquillada de forma estridente, que no habla con nadie, que está siempre incorporada a medias, con los ojos clavados en un espejito de bolsillo y que sonríe con la mitad de su boca. Su cabello violeta se desparrama, como una arañita diáfana, por la almohada. Me hicieron falta unos cuantos días para acostumbrarme a aquel ambiente, que me inhibió por completo al principio. Al poco me di cuenta de que me habían llevado a neurología. Las chicas tienen todo tipo de neurosis, parálisis e histerias. Aquí nos encontrábamos, me dije, en una especie de limbo iluminado hasta la transparencia por el dorado otoñal de fuera...

Abandoné la habitación de Gina mareado, incapaz de pensar en nada. El *hall* del apartamento estaba a oscuras, los viejos habían ido a acostarse hacía rato y el televisor del rincón estaba devorado por la penumbra. El único brillo metálico, grasiento, rembrandtiano provenía del borde de una gran bandeja de cobre sobre la mesita. Salí a la calle y, a pesar de que era casi medianoche, fui caminando a casa en medio de una nieve apocalíptica, retirada con dificultad por los insectos metálicos de las máquinas quitanieves. A la luz de sus faros cegadores, azules, la nieve caía y caía, parecía querer cubrir el mundo para siempre. Los guantes se me habían mojado y unas costras blandas, heladas, se me habían colado también en las botas. Mientras pasaba por delante de los escaparates iluminados —con sus maniqués paralizados en sus esquíes, vestidos con pulóveres y cazadoras a la moda— con luces rojas y verdes, fluorescentes, vi a lo lejos a una pareja abrazada que avanzaba hacia mí. Eran alumnos de instituto, pues llevaban carteras en la mano. Cuando se encontraban casi a mi altura, me asombró el parecido de la chica con Gina: el mismo caminar a saltitos sobre unos tacones interminables, la misma chaqueta de piel. El gorro de piel de zorro de un rojo brillante que lucía la chica era también clavado al de Gina. Sentí que me volvía loco cuando me di cuenta de que Gina se acercaba a mí con un chico, que había introducido la mano en su bolsillo y se estaba riendo a carcajadas. Lo miré también a él cuando nos encontrábamos prácticamente cara a cara. Tenía un rostro alargado y pálido, con unos ojos hundidos en las órbitas y un bigote apenas esbozado, como una sombra marrón bajo unas largas fosas nasales. Nos miramos un instante a los ojos antes de que siguieran su camino hacia la calle de Gina: aquel joven era yo.

Desde ese día estuve muchas veces en casa de Gina quien, durante un tiempo, pareció haber olvidado definitivamente a Silviu. El invierno se nos pasó en la locura

de su habitación, donde todo era distinto cada vez, donde un matiz emocional diferente a todo lo que había vivido hasta entonces se me revelaba cada vez que la acariciaba, cada vez que íbamos un poco más lejos. Una noche, ella trajo de otra habitación unos veinte vestidos antiguos de su abuela o de su bisabuela, amarillos como el azafrán, con chales adornados con tiras de seda y cinturas bordadas con hilo de oro. Se había puesto unos pendientes de diamantes y luego se probó delante de mí, mientras bebíamos una especie de cóctel de naranja y Havana Club, todos aquellos vestidos, girando como una peonza. Con aquellos pesados vestidos, con un pañolón ruso en la cabeza, parecía una de esas muñecas que encajan unas en otras, o —como pensé entonces— la mismísima Grushenka, la de los Karamazov. Con otro vestido, de talle muy alto que nacía prácticamente del pecho, con un escote bien trazado y un sombrero de ala ancha, anudado debajo de la barbilla con un lazo ancho de un azul descolorido, Gina me recordaba a Adela. Pero estaba mejor de rusa gracias a su risa astuta y a sus ojos dulces sin ser empalagosos, dulces de forma casi cerebral. Estábamos ya bastante embriagados cuando ella se escondió tras la puerta del armario para ponerse una combinación traída «de París» por su madre. Cuando me dio permiso para mirarla, no me lo podía creer. La combinación era negra y brillante, con un bordado negro. Le quedaba bastante corta, así que se le veían las braguitas *caché-sexe*, también de seda negra. Esa indumentaria sexy contrastaba con su cara inocente, buena, infantil. La tomé en brazos y la deposité en el suelo. Nos acariciábamos llevados por una especie de frenesí desesperado. Jadeante, abrazándome con todas sus fuerzas, susurró a mi oído: «Andrei, ahora no puede ser, pero te juro, Andrei, te juro que seré tuya...». Yo había perdido la cabeza por completo pero tal vez tenía más miedo que ella. El acto sexual me parecía un rito lejano al que no creía que fuera a llegar jamás. Me daba miedo pensar que con los instintos no fuera suficiente, que no supiera qué hacer, cómo hacerlo... Resentía amplificado mi complejo de inexperto, sabía que yo debería saber eso que ya se sabe. Ese asunto me parecía un obstáculo que me iba a separar aún más de Gina. Más adelante pensé que, si hubiera tenido entonces la más mínima experiencia amorosa, Gina habría sido mía ya entonces y tal vez (¡tal vez!) habría sido mía para siempre. De esa manera malgastábamos, en exasperaciones temerosas, nuestras citas en la habitación de los iconos de cristal.

En clase también éramos buenos amigos, siempre estábamos juntos. Nos las habíamos apañado para coincidir en el mismo pupitre y nuestra relación era conocida por todos. Probablemente cotilleaban sobre nosotros porque, instintivamente, todas las chicas odiaban a Gina y, aunque a mí me respetaban, me consideraban un pobre monstruito caído en unas manos maléficas que no iban sino a estropearme más si cabe. Sí, a mí me miraban con pena y horror como si me dijeran: «¡Despierta de una vez, infeliz!». Por el pasillo del liceo Gina, agarrada de mi brazo, enternecedoramente

pequeña dentro de su uniforme, me relataba sus sueños laberínticos, poblados de mariposas multicolores que aleteaban por templos de mármol, o me pedía, con carantoñas, que fuera a comprarle un bollo. Muchas veces, en medio de la penumbra, adivinaba en sus ojos traslúcidos tanta tristeza que también yo me acongojaba al sentir que mi vida a su lado estaba asentada sobre arena, que todo lo que nos unía era ilusorio. Entonces no volvía a abrir la boca en todo el día, y ella, lanzando grititos y tirando de mí («Venga, Andrei... venga, no seas así...») intentaba hacerme reír. O me dibujaba rápidamente una flor en el cuaderno y escribía en una décima de segundo: GINA. Y nuestra historia seguía a pesar de mi presentimiento, que ya había hecho aparición por aquel entonces, de que no podría conservarla y de que deberíamos separarnos ya, porque más adelante sería mucho peor. Siempre que la veía aburrada, disgustada, siempre que me despedía en cuanto llegábamos, por la noche, al portal de su casa, tenía la sensación de que todo había terminado, que ella había encontrado otro amigo, que quería librarse de mí. Pero ella volvía siempre, a pesar de mi comportamiento muchas veces violento (no hablaba con ella un día entero, sin motivo alguno, hasta que se acercaba a mí y los ojos se le llenaban de lágrimas, más aún, en ocasiones, por el impulso suicida de acabar cuanto antes, le gritaba directamente a la cara que me dejara en paz). Aún hoy estoy convencido de que, en aquellos luminosos días de finales del trimestre, ella me quería de verdad.

Pero una vez llegaron las vacaciones, pasaron los días y no acabábamos de vernos. El invierno se había dulcificado y los carámbanos se derretían bajo un cielo luminoso, de un azul brillante. También la nieve había desaparecido tan súbitamente como había venido, y bajo la capa de porquería turbia empezó a adivinarse el empedrado de la calle Ștefan cel Mare. Pasaba tardes enteras asomado a la ventana, junto al radiador, contemplando Bucarest y pensando en ella. Por teléfono me había dicho que estaba enferma, que tenía gripe; luego, los días siguientes, respondió solo su abuela, que se negaba a avisarle de que yo la había llamado. Decía que no podía levantarse de la cama, o que justo en ese momento estaba bañándose. Que me llamaría en una hora. Pero la tarde pasaba y Gina no me llamaba. Es curioso que no se me pasara siquiera por la mente dudar de ella. Me había acostumbrado a que fuera sincera conmigo. Lo que me causaba un dolor cada vez más profundo era el hecho de ver cómo disminuían las posibilidades de que pasáramos la Nochevieja juntos. Unos amigos nos habían invitado, y todo indicaba que los íbamos a dejar plantados. La había visto tantas veces, en mi imaginación, brindando conmigo con una copa de champán, a la luz temblorosa de las velas y luego besándonos a medianoche... Me había hecho, en secreto, mi primer traje a medida, con chaleco, y estaba orgulloso de lo bien que me quedaba. No sabía bailar pero mi hermana me había enseñado unos cuantos pasos y, en mis momentos de mayor entusiasmo, pensaba que podría estar a la altura de las circunstancias. Me preparaba para ser otro, para mostrarle a mis

semejantes que había cambiado, que podía ser un chico «de mundo» y no solo un ratón de biblioteca.

Como en aquella época, por influencia de Gina, había empezado a abrir los ojos, a mirar con más atención el mundo a mi alrededor, me daba cuenta de la vida gris y anacrónica que llevaba. Hojeaba durante largas horas, cuando estaba en su casa, macizas revistas de moda, *Neckermanes* y *Burdas* de gruesas y brillantes páginas, repletas de fotos de mujeres elegantes. Me preguntaba si había hombres a los que les gustaran aquellos labios, aquellos cuerpos, si había en alguna parte interiores de nogal y terciopelo en los que una pareja así bebiera J&B y se amara. Habría querido tener una motocicleta, como el Silviu aquel, tener un aparato de música AKAI con altavoces redondos, metálicos, como el que había visto en casa de un compañero, habría querido llevar una vida hermosa y cómoda, como intuía que era la vida para la que Gina se preparaba. Había empezado a sufrir por mi aspecto, que me parecía penoso, por el hecho de no tener dinero, por no poder invitar a Gina a algún bar del centro, por no poder ir a la montaña con ella. Pero, en primer lugar, odiaba mi mentalidad de soñador negligente que —lo sabía— me impediría sin duda llevar la vida que me habría gustado. Se me encogía el corazón cada vez que Gina mencionaba sus inviernos esquiendo o sus eternas partidas de canasta (en la última época estaba aprendiendo a jugar al bridge y había empezado a pasar las tardes en los clubes, o al menos eso era lo que me decía su abuela por teléfono), porque sabía que ese espejismo de las distracciones esnobs la alejaba irremediabilmente de mí, de mi mundo. Por aquella época no podía leer un libro sin que sus personajes no me parecieran meros reflejos nuestros. Así leí, por ejemplo, *Ultima noche de amor...* y *Los juegos de Dana*. Ambos me decían, más aún, me *demostraban* matemáticamente, que hiciera lo que hiciera, al final no me quedaría con ella, que Gina se dejaría, poco a poco, atrapar por la vida para la que estaba hecha y en la que yo tendría el simple hueco, como mucho, de un recuerdo gracioso de juventud (me parecía oírla, imaginando una cita nuestra muchos años después: «Qué patético eras...»). Quería intentar, sin embargo, si no vivir, al menos imitar ese *way of life*, porque el miedo a perderla era más poderoso que mis propias costumbres, que la propia necesidad de conservar mi personalidad. Deseaba con toda mi alma adaptarme a ella, dejarme moldear por ella, dejar que «me echara el guante» y que hiciera de mí «un chico de mundo». Por esa razón había llegado a considerar la Nochevieja como una especie de punto de partida para una forma de ser en la que tenía que demostrarme a mí mismo y demostrarle a ella que yo podía ser como ella quería.

El 29 de diciembre, cuando volví a telefonar a Gina como hacía cada tarde, su abuelo me dijo que se había marchado de Bucarest a casa de unos parientes que la habían invitado a pasar la Nochevieja con ellos. El viejo parecía un poco azorado y estaba claro que no le gustaba mentir. Yo sabía que no tenía familia en provincias, así

que, o bien se había quedado en la ciudad, o bien se había marchado a las montañas, en cualquier caso, con *alguien*. Gina brindaría con champaña y se besaría con otro a la luz temblorosa de las velas. Ni siquiera tras aquella llamada pude creérmelo del todo, no podía imaginar que fuera posible que ella se hubiese ido y me hubiese dejado así. Esa Nochevieja me quedé en casa. Mis padres no habían preparado nada especial: un litro de vino y ya está. A partir de las nueve encendieron el televisor y se quedaron aturvidos mirándolo. A mi hermana la habían invitado unas amigas así que la casa, mezquina como siempre, parecía más fría que nunca. A medianoche apagamos las luces y, con los rostros azulados por la pantalla de la televisión, nos besamos y bebimos el vino peleón de la tienda. Luego me vestí y salí a tomar un poco el aire. No había podido evitar pensar en Gina justo tras el último segundo del año que había terminado, y seguí pensando en ella mientras caminaba arriba y abajo por la avenida Ștefan cel Mare, oscura, helada, iluminada tenuemente por las farolas anaranjadas. Aquello parecía un auténtico pasillo al infierno. En la esquina de mi bloque giré hacia la alameda del Circo. Nevaba tímidamente, pero de un modo tan constante que la nieve me llegaba ya hasta las rodillas; tenías que nadar, simplemente, en ella. Los bosquetes de tuyas y los abetos de la esquina, con las ramas dobladas por la nieve, resistían con dificultad el peso de la blanca materia. Podría haber sido perfectamente Siberia si en los márgenes no hubieran brillado cientos y cientos de cuadraditos coloreados que titilaban bajo la niebla: eran las ventanas de los bloques de cuatro pisos que se sucedían hasta el edificio, todavía escondido en la bruma, del Circo. Miraba a través de las ventanas cálidamente iluminadas, como un niño pobre en un cuento samanatorista^[11], los imponentes abetos cargados de temblorosas bombillas de colores, con sus juguetes y sus caramelos de salón, con sus bolas sofisticadas y su espumillón. Percibía los latidos verdes y rojos de las luces de algún órgano conectado a un aparato en el que la música vibraba. Atisbaba alguna colilla, roja-fosforescente, que caía desde algún balcón a oscuras. Con los ojos llenos de lágrimas, hablaba con ella todo el tiempo con la esperanza de que me oyera, tal y como había hablado en otra época con Lili. Hablaba incluso en voz alta, lanzando mi aliento al aire que olía a hielo. Me adentré entre los abetos nevados y, tras un recodo del camino, alcancé la cuesta que descendía hasta el lago. Aquí, en la bajada, la niebla era aún más densa. De vez en cuando, una luz de neón rompía su densa consistencia. Había humedad y hacía frío, pero a mí me daba igual. Al poco distinguí los sauces que rodeaban el óvalo del lago helado. Allí estaba la orilla. Caminé sobre el hielo cubierto de nieve blanda. Apenas veía mi mano extendida a través de la neblina. Caminé largo rato, con pasos menudos, sobre el lago helado, y luego, invadido bruscamente por una oleada de dolor, me agaché y aparté con las manos enguantadas la capa de nieve. Por debajo el hielo era liso y estaba oscuro como el demonio. No se veía nada más allá de dos metros. Estaba solo en medio del mundo

helado. Hechizado por aquel mundo nuevo y extraño, me había olvidado de Gina y de todo lo demás. Mirando en las profundidades del hielo, pude ver claramente, enredado entre las algas filamentosas, a un niño ahogado. Era rubio y tenía el rostro verde esmeralda. No pude contemplarlo mucho tiempo porque de repente escuché junto a mí un ruido entrecortado. Sentí un sudor repentino y cómo mi corazón se me licuaba, directamente, en el tórax. Me quedé paralizado y fijé la mirada en la dirección de la que procedía el ruido. Era un sonido de pasos, un taconeo de zapatos de señora sobre el hielo cristalino. Sabía que por la zona del Circo habían retirado la nieve para poder patinar, así que aquella persona tenía que aparecer necesariamente por allí. Al cabo de un rato el taconeo cesó y fue sustituido por un rumor sordo, apenas perceptible, que se acercaba. En un determinado punto, la niebla comenzó a colorearse con una gota marrón, pálida al principio y más intensa después. De hecho, al poco se podía distinguir el movimiento, a unos cuantos metros, de un cuerpo de silueta indefinida. Cuando estuvo tan cerca como para poder adivinar mi presencia, aquel ser también se detuvo, dudó un momento pero luego retomó su camino y se dirigió hacia mí, abandonando la niebla. Cuando se encontraba a un paso de mí, el vapor y la calina dorados giraban aún entorno a su cuerpo. Era una mujer morena, de unos treinta años, con los ojos fuertemente maquillados, alargados con un rímel negro grasiento. Llevaba una chaqueta de piel con capucha y unas botas grises. Nos miramos el uno al otro como dos seres que pertenecieran a reinos distintos. Nunca hasta entonces me había parecido más extraña la división de la humanidad en hombres y mujeres. Era una mujer y me parecía monstruosa, como una portadora de la muerte. No estaba hecha de la misma materia que yo. Entre nosotros no había comunicación posible, era como si fuéramos de una pasta diferente y como si respiráramos una mezcla diferente de gases. Me miraba con una expresión absolutamente impenetrable, como si expresara un sentimiento nuevo, desconocido para mí. Sé que ella quería decirme algo, pero las palabras, en medio de aquel silencio, habrían sido más que impúdicas. De repente, la mujer se echó a llorar como un bebé, berreando, sollozando y suspirando. Se abrazó a mi hombro, sacudida por el llanto. Avergonzado, volví su rostro hacia mí: estaba desfigurado y, como se había frotado los ojos, el rímel se le había corrido por las mejillas hasta los labios. Lo enjuagué con mi pañuelo mientras ella se aferraba a mi brazo con todas sus fuerzas, suspirando y gimiendo. La arrastraba hacia la orilla del lago cuando ella se detuvo bruscamente y me obligó a mirarla a la cara. Nos miramos a los ojos. Veía que se concentraba en mi persona, como si quisiera penetrar en mi cerebro y depositar allí su terrible mensaje. Pero nada se abría camino hasta mí. Supuse que podía tratarse, tal vez, de una mujer abandonada que había salido, como yo, a vagar por las calles invernales. La dejé en la alameda del Circo y, congelado como un témpano, volví a casa.

Durante aquellas vacaciones de tres semanas, Gina no dio señales de vida. Tampoco yo la llamé por teléfono. Mi orgullo me impedía dar el primer paso. Por las noches sufría como un perro pero por la mañana descubría que aquello no era tan grave: salía a dar una vuelta por la ciudad, iba con algún amigo al Estudiantil, a jugar al ping-pong, o al centro, a ver alguna exposición. Leía mucho, siete u ocho horas al día, y llenaba mi diario con delirantes fragmentos de versos y con apuntes de mis lecturas, entre los que intercalaba fragmentos de sueños y frases breves sobre Gina. Soñaba con ella casi todas las noches.

Había algo insensato en mi (paradójica) calma respecto a ella. No podía creer que no volviera conmigo. Hacia el diez de enero, más o menos, escribí esto:

«Vida orientada hacia el exterior. Encuentro con dificultad el camino que conduce hacia el centro, hacia mí. Una prosa volátil redoblada por la sensación de incapacidad, de indolencia, crisis emotivas que brotan sobre un fondo indiferente, atención difusa.

»Leo *Thanatos* de Biberi y *El sueño* de Popoviciu. He terminado *Orlando* de Virginia Woolf.

»De vez en cuando me acuerdo también de Gina. Se ha ido, desconozco si volverá a haber algo entre nosotros. Quizá mañana mismo, quizá nunca. Mis sentimientos respecto a ella han dejado de ser amorosos, se han transformado en una especie de tierna simpatía con estrías de resentimiento. He llegado a una conclusión, antigua y sana: ni aunque quisiera podría estar a su altura y, si retomáramos esta historia por algún absurdo motivo, acabaría del mismo modo. Prefiero estar a su lado en poemas, en sueños, en recuerdos, allí donde su imagen es estética e inofensiva. Si supiera que existe alguna posibilidad de que ella me quiera, me arriesgaría, pero es absurdo. Sin embargo, es verdad que sin ella no soy nada.

»He soñado con ella esta noche. Estaba en su casa, en el gran recibidor al que dan todas las habitaciones. No creo que hubiera nadie más; en la casa flotaba un aire rojo oscuro, un atardecer de una tristeza disolvente. En la pared, una puerta gigantesca, de al menos cinco metros de altura, rojiza e hinchada por la vejez. Yo estaba en el alféizar de una ventana y miraba calle arriba en busca de Gina, que se retrasaba. Fuera todo era igualmente triste: el mismo aire rojo a través del cual pasaban los tranvías, como a través de una niebla. La puerta rojiza me obsesionaba. Cuando comprendí que Gina no vendría, me fui a casa. Llegué, abrí la puerta y me quedé perplejo: seguía en el mismo vestíbulo y en la pared se dibujaba la misma puerta inmensa, rojiza, de madera astillada».

Analizaba mis sentimientos con atención: me alegraba y al mismo tiempo sufría si observaba que mi pasión por Gina decaía. Por las mañanas querría seguir amándola, olvidaba su comportamiento, solo tenía en mente su rostro en nuestros mejores momentos. Pero por las tardes, bajo la presión del sufrimiento físico, enloquecido por las palpitaciones del corazón, por el dolor intenso que atenazaba mi conciencia, pensaba que habría preferido no conocerla jamás. Le deseaba la muerte, y a la vez ansiaba su desaparición definitiva de mi cerebro. Sin embargo, incluso esta idea me hacía sufrir, porque no imaginaba cómo podría sobrevivir sin al menos pensar en ella. Esperaba el comienzo de las clases y el inevitable encuentro; me preguntaba en qué se habría convertido en el transcurso de aquellas semanas. Como por las noches no podía dormir, iba a la ventana, tras los visillos y, contemplando la luna sobre el cielo límpido, me imaginaba una y otra vez nuestro reencuentro.

El primer día del segundo trimestre fue dramático para mí. Gina no vino a la primera clase y creí que tal vez no volvería a aparecer. Aunque estaba nervioso, me uní también al grupo de los chicos que contaban chistes y continuaban con su monótono chismorreó sobre discos. Por billete y medio podías comprar cualquier disco indio. Mera, feo y repeinado, con dientes de cocodrilo, tenía a la venta dos *Rolling* y un *Santana*; Bumbac había traído, en una bolsa en la que ponía *King Size* y una caja con tres discos de Harrison. En la caja estaba probablemente la fotografía del propio Harrison, con una barba hasta el pecho y rodeado por unos enanos monstruosos. Vendía ese «triple», como lo llamaba él, por cuatro billetes. Nunca olvidaba mencionar, cuando se lo ofrecía a alguien, que en el primer disco estaba también *My sweet lord*, las palabras mágicas que encendían los ojos de todos. Pero el que causó sensación de verdad fue Radu G., un compañero nuestro con cara de armenio, de cejas gruesas como pintadas por Baba, que se ocupaba intensamente de las «músicas», como él las llamaba: había venido con un álbum rojo, brillante, en el que había una fotografía que representaba cientos de personajes colocados en grupo como si fuera un pólipo gregario; delante de ellos había cuatro jóvenes vestidos con una especie de uniforme antiguo con medallas. «¡Pero buenooooo —decían todos—, *Sgt. Pepper's!*». Y luego, como locos, empezaban a imitar a un grupo musical. Algunos se abrían de piernas todo lo que podían, doblaban las rodillas, se dejaban caer hacia atrás y, moviendo la mano izquierda por el mástil, aporreando con los dedos de la mano derecha unas cuerdas imaginarias, emitían unos sonidos extraños que querían recordar los *fuzz* de una guitarra. Otros golpeaban un pupitre siguiendo un ritmo ensordecedor. Todos practicaban en aquellos momentos una mímica exaltada, todos sabían qué cantaban porque se sabían los discos enteros de memoria, nota a nota, así que si uno lanzaba las primeras notas de una canción, los demás las completaban inmediatamente con un placer extraordinario. Cuando, tiempo después, vi *Blow-up*, el partido de tenis de la última escena me pareció menos conseguido que aquella imitación colectiva, vivida de forma extraordinaria, de un grupo de rock. Además Radu G. y Mera tenían sendas guitarras eléctricas y estaban pensando en formar un grupo. Y ahora, en el recreo, hablaban sobre un pedal «oa-oa» que querían adaptar a la guitarra solista de Radu. La profesora de química interrumpió la conversación, a la que yo asistía con evidente envidia y con un sentimiento, renovado, de que no valía para nada, de que no sabía nada de la vida. Casi al mismo tiempo que la profesora, se coló por la puerta, como un ratoncillo, también Gina. Lucía una sonrisa de oreja a oreja. Estaba tan encantada que uno de sus dientecillos, especialmente irregular, sobresalía por entre sus labios, dándole un aire malicioso, de bruja simpática. Con su uniforme azul marino y con una cadenita fina de oro que se veía a través del cuello de la blusa blanca, parecía aún más pequeña, casi un gorrión. Se dejó caer en mi pupitre, me lanzó un «bonjour» y comenzó a sacar los libros de su

cartera. Yo no respondí nada pero tampoco fui capaz, durante toda la hora, de seguir las explicaciones que se sucedían en la pizarra. La espiaba por el rabillo del ojo. Estaba muy tiesa, como afectada, con toda su feminidad puesta en evidencia, y se reía todo el rato, como un niño mimado que sabe que ha hecho una travesura pero que da lo mismo. Me sacaba de mis casillas que se portara con «normalidad», como si hubiéramos sido tan solo compañeros de clase, como si entre nosotros nunca hubiera habido nada. En los descansos me preguntaba qué teníamos en la hora siguiente, luego se unía a las chicas reunidas junto al radiador y todas cotilleaban contentas. Al poco se oía solo su voz rota, fantaseando sobre volantes y sobre moda, tan fuerte como si se dirigiera a unos vejetes sordos.

Después de la clase, Mera nos invitó a su casa, a mí y a unos cuantos amigos más, porque sus padres no estaban. Aparte de mí iba también Manea, un tipo un tanto maleducado, hijo de un camarero y bautizado *Little Tiger*, por el profesor de inglés, debido a su cabello rojo-anaranjado y a sus rasgos felinos, Radu G., una compañera amiga de Mera, llamada Mălina y a la que, en cuanto aparecía, todos empezaban a cantar esa canción de la *Creedence: Molina, where are you going to?*, el Muerto y su amiga Sanda, también conocida como *Calceola Sandalina*, por el nombre del foraminífero. Pero resulta que Sanda (Sanda era su apellido) era amiga de Gina, así que, aunque de hecho Gina no estaba invitada, al final se vino también con nosotros. En cualquier caso, la pandilla estaba encantada de la vida, porque se habían dado cuenta de que las cosas entre Gina y yo no iban bien del todo, y esperaban asistir a alguna escena fuerte. Yo me mantenía lo más alejado posible de ella y me esforzaba por cambiar apasionadas opiniones con los chicos, sobre todo porque estábamos hablando de cine y ahí me sentía seguro. Había visto *Eclipse* de Antonioni en la «Cinemateca» y me había entusiasmado la escena en que Monica Vitti y Alain Delon se besaban a través de una ventana de cristal. Todo nuestro grupo, que acababa de llegar al bulevar, había entrado primero en un autoservicio para comprar un par de botellas de vodka. Las chicas consiguieron provocar la indignación de la cajera con sus risitas y sus gritos sin motivo. Todas eran graciosas, traviesas, y les gustaba mostrar los dientes y las encías, hacer el tonto, sacar la lengua. Entramos por una callejuela lateral, con coches aparcados a ambos lados, y llegamos finalmente a casa de Mera. Vivía en un apartamento moderno, con muebles de madera y aluminio, con lámparas de cristal mate, amarillento. La librería ocupaba una pared entera y, en un rincón especial, tenía un soberbio tocadiscos japonés, con plaquitas de metal en el borde del eje y con un montón de potenciómetros niquelados y de lucecitas. Nos sentamos por donde pudimos, procurando no tirar de las mesitas y aparadores los delicados jarrones y otros objetos curiosos: un daguerrotipo, unos quevedos que se plegaban lente sobre lente, unas muñecas rusas... Los chicos se lanzaron a la sección de discos de la librería, donde había por lo menos doscientos, tanto de música clásica,

en grandes cajas elegantes, como de rock, destrozados y pegados por todas partes con cinta adhesiva amarillenta. Mera trajo unas galletitas, subió la música a un volumen insoportablemente violento y empezamos a beber vodca. Teníamos casi que gritar para poder entendernos. A pesar de todo, pillaba de vez en cuando algo de lo que contaba Gina en la otra esquina de la habitación. Se habían retirado a un rincón, ella y Sandalina, y entre risas, emocionada aunque fingía un aire de vampiresa, Gina hablaba de su «nochevieja»: aquella noche habían estado en dos casas; se habían besado todo el tiempo por el camino; habían bailado como locos hasta caer rendidos... Hacía esfuerzos por oír aunque todo lo que oía me hacía daño, sentía que no podía quedarme allí, que no podía soportarlo más. En un determinado momento no pude dominarme más y, mientras algunos se habían puesto en pie para bailar, yo empecé a mirar fijamente a Gina, que fingía ignorarme. Creo que la miraba como un loco pues, antes de perder la lucidez por completo, observé el rostro asustado de Sanda. A partir de este momento, guardo más sensaciones que recuerdos. Me contaron después que comencé a quejarme a los chicos sobre cómo se portaba Gina conmigo, la llamé de todo, y luego, tambaleándome y derramando el vodca del vaso, me acerqué a ella, tomé sus manos y deliré durante un cuarto de hora más o menos sobre todo lo que la amaba. «Repetías todo el tiempo como un chiflado: ¡Eres todo para mí... eres todo para mí! Estabas más pálido que el Muerto. No podíamos entender qué te pasaba. Asaltaste a la pobre Gina, bueno, pobre de mierda, a esa víbora, que intentó decirte algo con delicadeza, pero tú no escuchabas nada, parecía que lo único que te importaba era humillarte todo lo posible ante ella, llegaste a frotarte la cara contra sus rodillas...» «Querido, fue terrible, no sabía qué hacer contigo, si hubieras estado sobrio habría intentado explicártelo pero en ese estado no tenía sentido». «Después de que se marchara Gina (tú ni siquiera te diste cuenta de cuándo se fue, la mirabas desconcertado, estabas simpático de cojones) y después de que se fueran los demás, me encontré contigo en la cocina; me traías en una bandeja, con los ojos entornados, una tacita de café. Era asombroso que no se te cayera. Te ayudé a ponerte la ropa. Me pareció que estabas un poco más espabilado, de lo contrario no te habría dejado marchar». Recuerdo cómo salí al aire helado de enero, y cómo me desplomé en la nieve al intentar sujetarme a la barra del tranvía. En casa, afortunadamente, no había nadie. Me tiré en la cama con uniforme y todo y me quedé dormido. Me desperté en medio de la oscuridad y al principio me pegué un buen susto. Luego me acordé de Gina. En un duermevela que duró una hora más o menos, mientras escuchaba distraído el ruido de los tranvías por Ștefan cel Mare, imaginé pormenorizadamente toda la Nochevieja de Gina hasta que sentí que me ahogaba. Me lavé la cara y luego, mirando a través de la ventana, me prometí que aquello no volvería a suceder bajo ningún concepto. No podía destruirme así por... ¿por quién? Cogí mi diario y escribí con letras torcidas y muchos tachones: «Decepcionado por

Gina, por la imposibilidad de estar juntos. Ella no lo desea, congela cualquier atisbo de afectividad y la sustituye por simple afectación. Es un ser inferior, no le puedes pedir que supere su condición de frívola irresponsable, egoísta y sosa. Supongo que el desprecio y el odio son recíprocos. Esto es una jungla». Esperaba que me llamara por teléfono porque aquella tarde me había dejado en un estado deplorable, pero nadie me telefoneó aquella noche. Al día siguiente por la mañana me preguntaba cómo podría ir al instituto, cómo iba a enfrentarme a las caras de Mera, a las ironías de *Little Tiger*, a las miradas alusivas de Sanda. En ella no quería ni pensar siquiera. Pero esta vez mis compañeros se portaron estupendamente bien conmigo, si exceptuamos el hecho de que difundieron por todas partes los penosos incidentes de la casa de Mera. Sin embargo, no se burlaron de mí, al contrario, comenzaron a mirarme con más atención, con un plus de consideración. La compasión de las chicas para conmigo aumentó hasta alcanzar niveles desconocidos; no en vano, todas tenían lo suyo contra Gina. Una amiga mía, tal vez la chica más inteligente de la clase, Loreta Bedighian, habló conmigo en el pasillo del liceo, cuando coincidimos ambos como responsables de la entrada. Me dijo que todo lo que hacía Gina era tan solo espectáculo, que le gustaba que la miraran, ser el centro de atención estuviera donde estuviera. Es curioso que todos vieran únicamente ese aspecto frívolo en ella. Incluso entonces, cuando estaba tan enfadado con ella, sentía —en definitiva— que no podía estar de acuerdo con estas difamaciones sobre lo que Gina significaba. Yo sabía lo encantadora, lo buena e incluso lo inteligente que podía ser algunas veces, sabía que, entre decenas de tonterías, era capaz de soltarte una réplica sorprendente, sabía lo obsesionada que estaba por la muerte, por la vejez... Naturalmente, yo sufría y la odiaba porque pertenecía a otro (me preguntaba si se trataba de Silviu o de alguien más), pero precisamente por ello me parecía también un ser más complejo de lo que parecía. Cuanto más me alejaba de ella, más deseable me parecía. Aunque me había cambiado de pupitre, aunque estaba decidido a no volver a tener nada que ver con ella, nuestra relación no se rompió ni siquiera con aquellas. Al cabo de unos días, Gina volvió a llamarme por teléfono. No me lo podía creer cuando oí su voz, en la que sospechaba una risa culpable. Colgué el teléfono, pero al día siguiente se acercó a mí en cada uno de los cambios de clase. Sonreía, picara, con su naricilla chata y su hociquillo de murciélago, endiabladamente guapa, con su cabello ligeramente ondulado del color de la madera de roble. Permanecía a mi lado sin decir nada, solo me miraba, luego me cogía un dedo o un mechón de pelo con fingido temor y timidez. Yo me cambiaba inmediatamente de sitio pero no podía evitar sonreír al verla acercarse. «¡Qué víbora estoy hecha!», me susurraba algunas veces. Al cabo de una semana más o menos nos volvíamos a hablar de nuevo, pero en adelante ambos evitábamos las intimidades. La acompañaba nuevamente a casa, nos pasábamos incluso las horas muertas en su habitación, a veces nos besábamos, pero lo hacíamos de forma distraída, sin un ápice

de complicidad. Ella me enseñaba álbumes con fotos de su infancia —una niña excepcionalmente dulce, un tanto retro, tal vez debido al amarillamiento de las fotografías—, o proyectaba en una pared algunas diapositivas, que también representaban fotos suyas, en color. ¿Por qué salía tan triste en todas las fotos? Incluso cuando reía a carcajadas, incluso cuando era verdaderamente feliz y se divertía, irradiaba una enorme tristeza. No, Gina no era una simple «mundana», como había escrito yo en mi diario. No habría sido capaz de amar a una frívola. La habían maleducado, cierto, había tenido todo lo que había deseado, pero seguía siendo un ser inquieto, predisposto, más allá de las apariencias, al sufrimiento y la insatisfacción. Una de las diapositivas que, en la oscuridad de su habitación, proyectaba en la pared (yo estaba en penumbra, con mi rostro pegado al de ella) la mostraba en el patio del Museo del Pueblo, adonde iba a menudo, pues su abuelo se dedicaba al estudio del folklore. Sorprendida en un plano americano, vestida con un traje verde claro, con pendientes verde esmeralda en las orejas, Gina nos miraba con franqueza. Tal vez el tamaño natural en que se proyectaba su imagen sobre la pared, bajo la primera línea violeta de iconos de cristal, inspiró mi gesto inesperado: me levanté del sofá y me coloqué contra la pared. La imagen de Gina se proyectaba ahora sobre mi cara, nuestros rostros se mezclaban. Con los ojos centelleando en la oscuridad, junto a la bombilla deslumbrante del proyector, Gina me dijo divertida que ese era el aspecto que podría tener nuestro hijo. Luego retiró la diapositiva y me dejó deslumbrado en el centro de un cuadro de luz vacío.

Le dije muchas veces que la quería, pero ella parecía entonces contrariada, así que al final ya no me atrevía. Había perdido toda iniciativa, si es que la había tenido alguna vez. Tenía que hacer todo lo que deseaba Gina, sin excepción. Era ella quien compraba entradas para el teatro, era ella quien proponía ir al cine y, si íbamos a alguna cafetería o, llegada la primavera, a algún restaurante, no me dejaba nunca que pagara yo por los dos. Rechazaba invariablemente cualquier cosa que propusiera yo, incluso las más prosaicas. Ahora nos veíamos a veces los domingos, pero solo cuando le apetecía. Si yo proponía algo para el domingo siguiente, por ejemplo, ella se mostraba en principio de acuerdo, pero podía estar seguro de que el sábado por la noche recibiría una llamada telefónica en la que se retractaría de todos sus compromisos. Por supuesto, de vez en cuando notaba que no soportaba más esa dependencia que ella me imponía, y reaccionaba con violencia, la abandonaba incluso en medio de la calle, profería palabras ofensivas para acabar de una vez con toda aquella miseria que se iba acumulando entre nosotros. En aquellos momentos, sin embargo, ella, hasta entonces fría y despectiva, rompía a llorar, y me decía que no quería que nos separáramos, que me quería más que a nadie. No era capaz de resistirme a aquella presión emocional y cedía siempre con una especie de sentimiento de culpa. Pero, una vez llegados a este punto, el ciclo volvía a empezar

de cero, y su desprecio, su indiferencia y el aburrimiento que mostraba respecto a mí se convertían de nuevo en el ingrediente básico de nuestra relación. Todo era más desolador aún si cabe, pues yo esperaba la primavera como un renacimiento tras el infierno invernal. Habíamos abandonado los abrigos y, bajo un sol húmedo y deslumbrante, envueltos en aquel aroma a verdor, nos parecía que incluso la lepra de los talleres de la calle Venera y el amarillo de váter de la escuela Silvestru poseían el encanto de un mundo nuevo y limpio. Desde el patio nos llegaba el trote de los cascos de los caballos, y el granito brillante del empedrado empezaba a reflejar, irregular, el azul del cielo. En lugar de la oscuridad, a través de la cual había acompañado a Gina a casa durante todo el invierno, avanzábamos ahora los dos por un crepúsculo denso, rodeados de un olor a hierba y a yeso antiguo, con ventanas púrpuras y cornisas azules. Y era precisamente entonces, cuando Gina resultaba tan femenina con sus blusitas color pastel y sus falditas escocesas prendidas con un alfiler grande que tenía una piedra estriada, cuando paseábamos por nuestros recorridos de Pitar Moş, del Bulevar, de la Plaza de los Cosmonautas, y cuando yo me sentía capaz de olvidar y de comenzar de nuevo, cuando ella se mostraba más fría, casi irreconocible. Parecía que todo lo que hacía era solo parte de una rutina, de una rutina cada vez más relajada. Solo cuando bebía comenzaba a mostrarse más afectuosa, lo cual me ofendía sobremanera. He aquí uno de mis escritos del mes de abril: «Encuentro cada vez menos cosas que merezcan ser reseñadas aquí. Ayer, en medio de la lluvia, con una Gina irritada conmigo que mostraba esa máscara de vampiresa desenvuelta que tan bien conozco, recorrimos bares llenos (¿por qué los conoce todos: vamos al Unión, vamos al Capşa, vamos a acercarnos hasta el Salón Español...?), esperamos media hora en el Continental para que nos dijeran que no servían bebida sin comida (Gina volcó el salero y yo le afeé su comportamiento), luego, en el Muntenia, cerveza negra, dulzona, música, yo parlotteando sobre cualquier cosa, cada vez más excitado, ella poniendo caras, paseando la mirada por aquellos individuos encorvados sobre las mesas llenas de vasos, botellas, mecheros, manos con cigarrillos, y luego otra vez a la lluvia, ella más dócil bajo el paraguas, agarrada a mi brazo con ambas manos, haciendo mimos, luego al portal (*Never change your love*) y a continuación, sentados uno junto al otro en los escalones, hablamos con exquisita seriedad sobre el amor; de repente un golpe inesperado en el plexo: “¿Sabes? Estoy enamorada...”, y yo al principio creí —creyéndolo con incredulidad y esperando sin poder esperar más— que se refería a mí, pero al cabo de un momento: “Hoy hemos bebido por nuestro divorcio, ¿vale? Ya sé quién va a ser el próximo...”. Aunque sabía que estaba hablando en serio, intenté tomármelo a broma. Agarré su rostro entre mis manos. Tenía ese aire de malicia somnolienta: *je m’en fiche*. La miré a los ojos, concentrado como no había estado jamás. La obligué a permanecer así unos cuantos minutos...».

Antes de que sobreviniera la catástrofe lo único que recuerdo es la escena de

cuando volvimos a vernos una vez más, coincidiendo con las vacaciones de primavera. Era por la mañana, y habíamos quedado en el Jardín del Icono. El aire era frío y el cielo, muy azul entre los árboles aún desnudos. Gina llegó vestida con un poncho de lana de vivos colores, y con unos vaqueros que le cubrían hasta la punta de los zapatos. Nos sentamos en un banco junto al borde de piedra que separaba el parque de la calle Pintor Verona. En el parque no había nadie, solo una mujer mayor, a lo lejos, que tiraba de un perro marrón con abriguito. Yo abrazaba a Gina por los hombros y ella, tierna y delicada, sabía, como yo, que aquellos eran los últimos momentos de una relación a fin de cuentas hermosa, y saboreaba aquella melancolía del saber llegado el final. Le hablé con calma, le dije que no podía renunciar a ella, que la amaba profundamente. Ella respondió que podíamos seguir siendo amigos si yo quería, y que la amistad es un sentimiento más bello que el amor y todas esas zarandajas. Que ella misma tampoco era feliz, que se sentía en grave peligro. «Creo que él solo quiere pasárselo bien conmigo. Es bastante mujeriego». Y yo sentía el pánico que manifestaba cuando lo que decía era verdad. Estuvimos un rato mirando ausentes los carteles del teatro Bulandra, y al perrillo, que correteaba de acá para allá entre los árboles negros... Entonces ella me pidió que la besara. Sus labios, quizás debido al carmín, sabían a perfume. Cuando le dije, acariciándola, que no volviera a mencionar a Silviu, ella se bloqueó y luego se echó a reír a carcajadas: «¿Silviu? No estás a lo que estás. Mi novio se llama Șerban... Míralo». Y, desembarazándose de mí, tan contenta que se le olvidó incluso que en tales circunstancias tenía que tratarme con delicadeza, se sacó de debajo de la camisa una cadenita de oro con un medallón, lo abrió con la uña y me enseñó una foto pequeña que representaba el rostro en blanco y negro de un joven flacucho con el pelo rubio muy corto. Era la primera vez que yo estaba ante la prueba fehaciente de que ella tenía un novio aparte de mí. Hasta entonces, aunque lo había sabido todo el tiempo de manera racional, había confiado sin embargo que fuera una exageración, que quisiera tan solo darme celos. Pero ahora me veía ya al margen de su vida, insignificante, y no pude evitar mostrarle bien a las claras mi enfado, mi humillación y mi dolor. Intenté herirla con todas mis fuerzas, de todas las formas posibles, hasta que nos pusimos en pie sin decir una palabra y partimos en direcciones opuestas. Me eché a llorar en la parada del trolebús de la iglesia, sin importarme que me miraran. En el trolebús, lloré silenciosamente, las lágrimas goteaban directamente de los ojos al tabardo, y en casa, delante de mi madre, me sumí en una verdadera crisis de histeria. Me tiré al suelo del recibidor y, arrugando la alfombra a mi alrededor, empecé a llorar como un crío, con gestos de furia desesperada. Mamá intentó calmarme maldiciendo a esa «sinvergüenza de Gina, que le había hecho algo así a su hijo...». Solo al cabo de una media hora fui capaz de sentarme en una silla, pero no podía comer nada. Tenía que destruirme, no podía seguir viviendo. Apenas podía respirar. Una hora más tarde sonó

el teléfono. Era Gina, que me pedía perdón. Aquello hizo que me sintiera mejor de repente. Pero esta vez no esperaba nada más de ella; al contrario, tenía la certeza de que era absolutamente necesario que la olvidara, que o la olvidaba o no lograría sobrevivir. Creo que aquella noche soñé de nuevo con el parque infinito, con sus alamedas brumosas, crepusculares, que se cruzaban hasta el horizonte, con el gigantesco monumento, más grande que cualquier otra cosa de este mundo, construido en ladrillos ancestrales. Subí una vez más a la cúpula por la escalera de caracol, de escalones rotos, y avancé después por las losas de mármol, minúsculo bajo una cúpula llena de ecos y sombras. Me sentía infinitamente solo mientras el cuerpo me crecía monstruosamente, como si fuera una masa informe, y veía cada vez más cerca la ventana circular —como un ratoncillo púrpura— que se alzaba en el vértice de la cúpula. Crecí, encogido, hasta que sentí con las costillas, con las caderas, con la coronilla, la presencia de las paredes blandas y elásticas de la bóveda. Bruscamente, con una tensión y un alarido desgarrador, atravesé con la cabeza el lucero de la bóveda y me encontré de repente en el exterior. Avanzaba por encima de una extensión de hielo en la que se reflejaban las estrellas, por la superficie de un espejo infinito, por el borde acristalado del mundo. El frío me silbaba en los oídos y se alejaba girando hacia las estrellas, hasta que estas estuvieron cubiertas por una fina película de hielo. Pero la soledad era más penetrante si cabe que el frío. De sus brumas se desprendió una figura que avanzaba hacia mí caminando sobre el brillo del espejo con los pies descalzos. Era una mujer, pero la imagen reflejada en el espejo inferior era la de un hombre. Se acercó a mí y tomó mi cara entre sus manos. Me miró largamente a los ojos, como si su vida dependiera de aquello que me tenía que decir. Yo también intentaba ayudar a aquella mujer, comprenderla, vaciaba mi cerebro para que pudiera entrar ella y cobijarse. Sabía que no se podía esperar nada, que ella era una mujer y que, por ese motivo, no podría entenderla jamás.

El tiempo ha empeorado. Esta noche no he podido dormir por culpa de los relámpagos y los truenos. Y eso es porque ni siquiera tenemos cortinas en las ventanas. Cuando la habitación se llenaba de ese azul eléctrico, centelleante, y seguía luego un trueno que parecía dislocarte los huesos, todas las chicas empezaban a chillar de un modo tan histérico que al final ha venido la enfermera de guardia y se ha quedado con nosotras, nos ha contado historias y nos ha cantado canciones, como si estuviéramos en *Sonrisas y lágrimas*. Mira y Altamira estaban abrazadas y miraban asustadas a su alrededor, cara contra cara, como monitos; Laviña, en su cama multicolor, con la cabeza debajo de las sábanas, aullaba como una hiena. En la sábana había dibujado un sello como de un metro de largo, con sus correspondientes bordes dentados, que representaba una iglesia de madera del Museo del Pueblo. Es normal que Elisabeta, cuyo estado ha empeorado bastante últimamente, haya considerado oportuno arrojar al suelo y echar espumarajos por la boca entre convulsiones de

loca; la enfermera ha encendido la luz, le ha colocado una almohada bajo la cabeza, le ha tapado la boca y la nariz con la mano y ha apretado unos treinta segundos hasta que las convulsiones han cedido. Hoy por la mañana, cuando ha entrado la enfermera con el carrito de los medicamentos, Elisabeta, con la mirada perdida, se ha tragado sumisa los tranquilizantes y se ha hundido de nuevo entre las almohadas. No le han servido el desayuno, lo cual ha despertado nuestras sospechas, y cuando ha aparecido el médico acompañado de dos enfermeras, una de ellas con una bandeja metálica, hemos comprendido que se disponían a practicarle a Elisabeta esa operación espantosa, que yo solo conocía de oídas, llamada punción lumbar. Nada asustaba más a las chicas que esas dos palabras. Paula y Maia, una mujer de cincuenta años, con enuresis y automatismo ambulatorio nocturno, hablaban, por ser las más veteranas del pabellón, de una enferma a la que le habían punzado la médula espinal ante sus propios ojos y cuyo cuerpo había quedado paralizado de cintura para abajo a resultas de aquella operación. Si te inyectaban aire en el cerebro para un encefalograma, se te quedaban unos dolores de cabeza —contaban ellas— que te volvían loca hasta que se reabsorbía todo el aire y entonces podías descansar. Por eso mirábamos fascinadas el martirio de Elisabeta que, drogada, no parecía entender lo que le estaba pasando. Una enfermera le ha quitado el pijama y la ha colocado, con los pechos al descubierto, apoyada sobre los codos, en una de las camas de metal blanco; luego le ha hecho bajar la cabeza hacia el pecho y le ha arqueado bien la espalda sujetándola de los hombros y la nuca. Las vértebras, como nudos de piel brillante, y las costillas sobresalían bajo la piel amarillenta; nos ha parecido que recordaban más bien a una espalda masculina, por lo demás bastante poco agraciada. El médico ha buscado un sitio en la parte inferior de la columna, lo ha palpado con un movimiento rápido y la enfermera lo ha embadurnado con un trozo de algodón embebido, supongo, en yodo. Luego, de la bandeja esterilizada, de debajo de un trozo de gasa, ha sacado una jeringa larga y estrecha, con el émbolo introducido hasta el fondo, a la que ha fijado una aguja larga y gruesa como una de ganchillo, con la punta oblicua. Me ha parecido extraño no advertir ni rastro de sadismo en sus rostros; se estaban preparando para torturar a alguien y lo afrontaban con una frialdad inhumana. En todos los cuadros de mártires y santos con cuerpos atravesados por flechas lanzadas de cerca, con pechos amputados y depositados sobre bandejas de oro, con cabezas colocadas bajo el brazo del cuerpo decapitado, con intestinos sacados del vientre y envueltos en un rollo gigante, con vírgenes cortadas en canal, de la cabeza a los pies, por una sierra, los verdugos aparecen en poses aterradoras, están demacrados, se ríen y se divierten ante la visión del sufrimiento. Tienen bubas, lepra, astigmatismo, les faltan las uñas: se ve perfectamente de qué parte está cada uno. Pero ahora, aquí está Elisabeta, la pobre Elisabeta, fea, epiléptica, sucia, a expensas de esos seres con batas blancas, que sin embargo manejan unos instrumentos propios más bien del diablo, puesto que

provocan el dolor y el pánico de sus víctimas. Jamás he creído que los dentistas, los cirujanos y otros seres de esa especie te torturen por tu bien: todo lo que provoca dolor físico o moral es malo, es malo y humillante. La enfermera más corpulenta, que lucía unas sombras verdosas bajo la bata que te permiten imaginar la combinación, agarra la jeringa y acerca la aguja hacia el hueco entre las vértebras, reluciente de yodo como si lo hubieran escupido encima, y la clava empujando a través de la piel. Se detiene un instante y luego empuja de nuevo hasta que se oye un pequeño crujido. Elisabeta lanza un gemido extraño, casi sensual y luego empieza a sollozar. La enfermera suelta rápidamente la jeringa de la aguja justo en el momento en que, del extremo más ancho de esta, comenzaban a brotar las gotas doradas del líquido cefalorraquídeo, que han recogido en una probeta relucientemente limpia. La chica jadea y gime cada vez más fuerte hasta que, al sacar la aguja, también con esfuerzo, lanza un grito ronco. La mantienen arqueada unos cuantos minutos más, con un tampón de algodón húmedo apretado sobre la zona de la punción; luego la tumban lentamente de espaldas y vuelven a ponerle el pijama. Durante las siguientes veinticuatro horas por lo menos no puede apenas mover la cabeza. La mayoría de las enfermas ni siquiera ha podido mirar, y Lavița se ha tirado todo el día llorando desconsoladamente debajo de las sábanas; Paula se ha puesto de cara a la pared y allí se ha quedado, tan tranquila. Únicamente yo y la señora esa de la parálisis facial hemos presenciado todo, yo jugando nerviosa con uno de mis rizos, ella, con una expresión de arlequín, sonriendo con la mitad del rostro y llorando con la otra mitad, parpadeando con un solo ojo. Así me he entretenido toda la noche y toda la mañana...

El médico ha pasado hace un rato por mi cama y me ha preguntado si ya he terminado de escribir. Ay, Dios mío, todavía no. ¿Qué contienen estas páginas que he colocado en la mesilla y encima de las sábanas? ¿Son obra mía o de ella? ¿Puedo distinguir acaso qué es suyo y qué es mío? Vuelvo a tener miedo. Me pierdo en el paisaje de su cerebro, piso tierras movedizas, zonas rosas y marfileñas, me hundo en los valles de sus circunvoluciones, en las cisuras laterales. Avanzo por senderos estrechos en el bosque oscuro de su paleoencéfalo, me reflejo en las aguas de la epífisis (¿pero viendo a quién?), paso sobre las fosas de recuerdos que aúllan en la brea fundida, me retuerzo bajo lluvias de copos de fuego, subo purificado al mesencéfalo lleno de reptiles y de pájaros dentados, perdido allí, entre helechos arborescentes. Y arriba, exploro las seis capas extasiadas del neocórtex, sobre el que se impresiona pintado el rostro de Gina, deforme como el de un feto, sobre los hemisferios: la frente plana, la boca de labios gruesos y lengua enorme, el cuerpo minúsculo, pero las manos dotadas de unos dedos tan grandes como el cuerpo, abiertas de forma grotesca. Y, por todas partes, el cónclave de los gusanos, de los insectos, de los reptiles, de los mamíferos, reuniones de gala de los ramapitecos, de

los australopitecos, de los pitecántropos, luego los hombres de Cromañón, de los romanos, de los celtas, de los dacios, de los eslavos, de los tártaros, de mis antepasados, de mis abuelos (Maricu y Tanicu), de mis padres, de mis parientes, de mis amigos, de mí mismo encontrándome allí conmigo mismo, en su cerebro, y sin ningún Virgilio, ninguna Beatriz y ninguna salvación y ninguna ascensión a las estrellas. Vago por el laberinto de su mente, piso los pedales que mueven sus rodillas. Miro mis dedos pequeños y blandos, con el esmalte de uñas levantado. Con ellos he sujetado el bolígrafo. Así que ¿quién ha sido quien ha escrito esto?

No me falta mucho. En unos pocos días termino. Y luego dejaré este taco de hojas sobre la mesa, pues no tengo mucho más pudor que Lavița. Tal vez lo lea cualquiera, tal vez ese cualquiera se imagine cualquier cosa. Tal vez encuentre ese cualquiera cualquier interpretación para esta funda del espejo, para este texto, para esta textura, para esta tela. Para este trapo, perfecto solo si a través de él no se ve nada. No quiero tejer hasta el infinito ni deshacer por la noche lo que teje durante el día, al contrario, voy a seguir adelante con todo ello, voy a entrar en la cueva del dragón, o en el interior del insecto de Kafka, o en el del terrible ángel de Rilke (estoy seguro de que él, de una forma u otra, acabará poseyéndome).

Escribir, por fin, que tras la separación de Gina, tras esa escena horrible del Jardín del Icono, no volvimos a hablar en tres semanas, puede que incluso en un mes entero. Fue para mí una época negra de la que ni siquiera sé hoy cómo salí. No podía leer ni estudiar, precisamente entonces, cuando se acercaba la reválida de bachillerato y, más aún, el examen de ingreso en la facultad. Había perdido el norte, no sabía qué hacer para sobrevivir. Ya no soportaba pasear solo por las calles de la ciudad, como solía hacer antiguamente para remediar mi soledad; tampoco me gustaba ya jugar al ping-pong o sentarme a ver películas. Unos cuantos compañeros más cercanos (pues aquí ya no hablamos de amistad) percibieron mi llamada de ayuda y se esforzaron por sacarme de aquella erotopatía. Ella se iba volviendo más y más opaca ante mis ojos, como si, indescifrable, se revistiera de una coraza de nácar. Ya no me hacía el menor caso en clase. Tras las primeras semanas del tercer trimestre, me cambié de pupitre y ella no mostró ninguna reacción en absoluto. Estaba muy cambiada, como si hubiera madurado de repente unos cuantos años. Su actitud había adquirido una especie de orgullo desafiante. Mostraba, ahora que ya no titubeaba, que, por fin, sabía lo que quería, que era madura y fuerte. Ya no se hacía la melindrosa cuando hablaba con sus compañeras sino que, en todo lo que decía, mostraba una cierta suficiencia enunciativa —una señal de la experiencia, según su propia opinión—. Era una mujer, no tenía tiempo de hacerse preguntas, de meditar, ella ya *sabía*. Debido a ese «estilo elevado» que se había arrogado, es probable que no se fijara ya en mí, ella había dado el salto y se situaba entre los fuertes, mientras que yo seguía boqueando perplejo en el agua estancada de la adolescencia. Si hubiera tenido más fuerza para soportarlo, es

probable que, al finalizar el liceo y dejar de verla hubiera conseguido olvidarla, aunque no podía imaginar —y ni siquiera ahora lo imagino— cómo sería mi mundo sin Gina. Desgraciadamente, no fui capaz de quedarme quietecito y una noche me senté y empecé a escribirle una carta. Le escribí dieciséis páginas y fui yo mismo a echar el sobre en el buzón del portal de su casa. No había vuelto a entrar en aquel portal de escalones de piedra blanca desde hacía un tiempo indecible. Nuestra ruta — la calle Venera, donde estaban derribando los talleres leprosos, Moșilor, que también estaba en obras, luego Eminescu, Otoño, Futuro, por donde la acompañaba a casa en invierno y por donde regresaba después con las manos en los bolsillos— me parecía una zona viva, psíquica, diferente al resto de calles anónimas de la telaraña bucarestina. Porque allí había estado al acecho la propia araña y los hilos conservaban aún la vibración de sus miembros peludos y el calor de su pálido y esférico vientre. Sé que hice una estupidez al escribirle, pero fue un gesto que nació de una lógica subliminal, afectiva y, por tanto, muy poderosa. Hice lo que se imponía en aquella situación. No era una carta lacrimógena; cierto que el tono era triste pero también era seco, contenido, cínico en ciertos pasajes. Ya no recuerdo una sola línea de aquella carta, pero lo que sí que sé es que, a grandes rasgos, le señalaba lo mal que me sentía por no haber podido seguir juntos y cuánto me habría gustado penetrar en su cerebro, en sus nervios, en sus venas, en todas las células de su cuerpo, para comprender por fin quién era ella, para poder comunicarme con ella, de un modo completo, de una vez por todas. Dos noches después, ya sería casi de madrugada, me llamó por teléfono. Se la oía muy emocionada. Me dijo que había leído mi «cartita de amor». «Si hubieras sabido cómo tratarme, si hubieras sabido jugar un poco conmigo... Yo te he querido mucho, pero no había nada que hacer, tú no entendías nada... Pero ahora haría cualquier cosa por ti, pídemme CUALQUIER COSA...» Le dije que no quería pedirle nada y que aquella carta no tenía nada que ver con ella, que tenía que ver solo conmigo, ni siquiera me interesaba que la leyera. Comprobé, con cierta alarma, que estaba temblando mientras hablaba con ella, pero conseguí mostrarme frío porque ahora ya la conocía. La conocía bien.

Sin embargo, al día siguiente (no quiero acordarme de la fecha, tampoco tendría mucho sentido hacerlo, pues desde entonces me resulta absurdo hablar del tiempo) fue cuando sucedió todo. Al pensarlo ahora, en profundidad, me doy cuenta de que ya por la mañana, desde que me despertó un sol verdaderamente insoportable, algo no iba bien. Mi madre había lavado los visillos y los cortinones de la triple ventana panorámica de mi habitación, que ahora era atravesada, en todas direcciones, por los rayos acuosos del levante, luminosos como una apoteosis. Había tanta luz que al principio no pude abrir los ojos siquiera, me demoré un poco más en los valles de turba, en los efluvios de la charca y en el rocío celeste de los sueños intrincados del amanecer. Me deslicé un rato por un tobogán húmedo, por una mucosidad rojiza

salpicada de grandes excrecencias azul-transparentes, nadé con movimientos de delfín a través de un líquido espeso como la gelatina, que se densificaba aquí y allá con unos dibujos dorados de dedos, omóplatos, vértebras, labios, cráneos, las venas y arterias del antebrazo, el sistema linfático, la estructura del riñón, todo brillaba cegadoramente y se disolvía en cuanto cuajaba. Un pabellón auricular, un músculo orbicular, una muela con cuatro raíces afiladas, una chica haciendo muecas que gritaba como en el día del juicio final.

Flotaba en aquel líquido fantasmal a través de un pasillo resbaladizo, hasta que salí al ancho mar y, en aquella sala llena de gelatina, en el centro, divisé el gran sol crepuscular que giraba lentamente, como la yema sangrante de un huevo. Me lancé de cabeza y atravesé la membrana, me hundí en un inmenso, indecible esplendor...

En clase, por la tarde, ella se me acercó de nuevo. Hacía tanto tiempo que no «conversábamos», como decía ella, que casi no podía establecer un vínculo entre ella, tal y como era en realidad, una chica de dieciocho años, y la forma como aparecía en mi mitología, una mujer inmensa, sin contornos precisos, sin una realidad objetiva, más bien un campo de fuerzas que dotaba de orden a mi mundo interior. En cierto modo había olvidado, diciendo siempre —sin pensarlo ni pronunciarlo— *ella*, a la Gina graciosa, de sonrisa falsa, a la chiquilla entre las demás chiquillas del duodécimo curso. En los recreos hablamos de un par de tonterías y, después de la segunda clase, nos sentamos de nuevo en el mismo pupitre.

Durante la clase de historia nos pusimos a escribir versos, «un verso yo y otro tú», como solíamos hacer antes; nos reímos tanto que a punto estuvieron de expulsarnos a los dos. Era un mero armisticio, yo no me hacía ilusiones, procuraba tan solo verificar, como Kierkegaard, si la repetición existe. Pero mi Regina Olsen parecía dejarme creer que sí que existía, aunque solo fuera por su amor al juego. Por la tarde (pero ahora había luz como si fuera pleno día y en el cielo azul, suspendido, no se desprendía aún ni un atisbo rosa del nácar de las nubes) la acompañé de nuevo a casa, con el corazón cada vez más encogido, por las calles tranquilas, sonoras, de nuestro recorrido ya tantas veces ensayado. De vez en cuando se abría una plazoleta vacía en cuyo centro había una rotonda de flores o una iglesia. Alguna que otra niña con un vestido blanco lanzaba contra una pared una pelota a rayas, multicolor, luego se detenía y nos miraba cuando pasábamos junto a las cercas de barrotes de hierro forjado. No esperaba volver a entrar de nuevo en su habitación, circundada por las dos filas de iconos de cristal, con su piano empañado, con la cómoda pintada y los cortinones rojizos, brillantes, de la ventana estrecha que llegaba hasta el techo. En la proximidad del verano, me parecía que seguía haciendo un calor agobiante junto a la estufa de terracota fría, que ese espacio era elástico y que se estrechaba en torno a mí y en torno a ella. A veces nos sentíamos como dos gemelos apretujados el uno contra el otro en un útero coloreado en tonos alucinantes, carente de abertura, unos gemelos

a los cuales se les hubiera negado el derecho a nacer. Por lo demás, tanto Gina como yo hemos nacido bajo el signo de Géminis, en junio, con unos pocos días de diferencia. Había consultado innumerables horóscopos, unos absolutamente vulgares y otros con pretensiones científicas, y todos coincidían en lo mismo: ninguna relación amorosa puede durar entre dos géminis, pues son bastante suyos y necesitan a su lado un signo del zodiaco más fuerte que ellos, un Tauro o un Escorpión, que pueda arrancarlos de ese narcisismo. Aquel día, sin embargo, no pensaba ni de lejos en las implicaciones astrológicas de mi relación con Gina. Ella estaba de nuevo a mi lado en el sofá, comiendo con una minúscula cucharita de plata la misma confitura de nueces verdes y animándome, como en otro tiempo, a beber de la copa de cristal el licor ligero que desprendía un aroma a canela. La repetición era posible: Gina era de nuevo la chiquilla mimada que yo conocía, de ojos dorados y piel brillante, de labios en los que solo se podía leer una alegría casta. Estuvimos charlando hasta que oscureció; yo jugueteaba con los rizos de su cabello, ella cotorreaba y reía, jugueteando con los dedos de mi mano izquierda. Era como si todas mis visitas a aquella habitación, desde el otoño hasta aquel momento, se hubieran apilado unas sobre otras como capas sucesivas de un barniz denso y policromo, de tal manera que nuestro mundo devenía, al menos para mí, cada vez más real, hasta la realidad que está más allá de lo real de la alucinación. Cada momento con ella era *todos* los momentos con ella, cada objeto que miraba se superponía a *todos* mis recuerdos sobre aquel objeto hasta que no podía distinguir ya los objetos reales entre las docenas de superposiciones en mi mente. Su voz se superponía a su voz de la última vez, y esta a la anterior, y esta a la anterior. Ya no sabía si era otoño o primavera, si era la segunda o la enésima vez que visitaba su habitación. Ya no sabía cuántas veces la había tendido de espaldas en los cojines del sofá, cuántas veces había acariciado sus pechos y había pasado mi mano por sus omóplatos, que apenas sobresalían bajo su piel cálida y seca y resbaladiza, bajo la que se notaba una capa elástica de grasa, cuántas veces le había quitado el jersey y había enrollado hasta la cintura, recogéndola en pliegues superpuestos, su falda escocesa. Cuando introduje los dedos de mi mano derecha bajo la goma inferior de sus bragas y los hundí entre su vello áspero y rizado... Ella se incorporó, tomó mi rostro entre sus manos y me dijo con esa expresión tensa, imperiosa, que quería hacer todo por mí: «Esta vez sí que quiero, ¿me entiendes? Pero no aquí. Ven, voy a enseñarte algo». Nos pusimos en pie abrazados y Gina me mostró una puerta rojiza, con un picaporte de hierro forjado, situada entre el armario ropero y el piano, una puerta en la que no recordaba haber reparado hasta entonces. Gina la abrió y entramos los dos en un pasillo estrecho, con paredes de piedra húmeda, irregulares como las de una cueva. Cuando cerró la puerta, no reinaba una oscuridad total aunque no hubiera por ningún lado ninguna fuente de luz. Distinguía perfectamente los contornos y los colores, y veía la silueta de Gina, que caminaba a dos pasos por

delante de mí, como a plena luz del día. Cada hebra de sus cabellos desprendía un brillo dorado. Ella había tendido su mano hacia atrás para que pudiera agarrarla del dedo índice y así avanzábamos por aquel espacio estrecho, a trompicones. No me pregunté ni un solo instante adonde conducía aquel pasillo; una extraña fascinación guiaba mis pasos. De vez en cuando descendíamos unos escalones bastamente tallados en la roca húmeda. El frío de la cueva empezaba a dejarse sentir como una corriente que nos despeinaba y nos erizaba el vello de los brazos. En el suelo, la tierra comenzaba a ser pegajosa y, entre los charcos, se veían desechos de todo tipo: tarrinas de helado de plástico, cajas de cerillas rotas, papeles encerados con restos de embutido, trozos de algodón sucios. En un recodo del pasillo distinguí dos bolitas rojas unidas con una goma, de esas con las que las niñas se sujetan el pelo. A medida que el pasillo se hacía más sinuoso, con unas paredes por las cuales el agua caía en torrentes cada vez más caudalosos, regando las flores pálidas de los líquenes y el musgo ralo por el que, a nuestro paso, se escabullían una especie de garrapatas, los desechos se multiplicaban: hilos de lana de colores, fotografías rotas en pedazos, billetes de tranvía, brazos de muñecas de trapo, metros y metros, empapados, de papel higiénico. Un cubo en uno de cuyos lados se veía una cola de pavo y, en el otro, una ubre de vaca. Cuerdas de guitarra oxidadas y deshilachadas. Gina se volvía de vez en cuando hacia mí, con una sonrisa sensual y falsa. El aire se espesaba y en los charcos, que nos llegaban ahora más arriba del tobillo, nadaban unos proteos ciegos de piel transparente y manitas humanas. Por encima de nosotros se escuchaba claramente el ruido de la circulación, el traqueteo de los tranvías que luego se alejaban, los motores de los coches acelerando. Los cimientos de Bucarest extendían aquí y allá, hasta nuestro pasillo, unos cofres de hormigón de los que sobresalían unos cables retorcidos. A veces el pasillo se bifurcaba e incluso Gina se detenía confundida, volviendo hacia mí unos ojos indecisos. Luego sonreía triunfante y me señalaba, unos pocos metros más lejos, en uno de los corredores serpenteantes, una bolita de chicle rosa o medio hojaldre de queso cubierto por una capa de moho. Nos dirigíamos hacia allí, adentrándonos cada vez más en la ciudad que flotaba sobre nuestras cabezas como una nube. Después de caminar durante un rato con el agua hasta las rodillas, llena de larvas que se enganchaban a nuestras piernas, subimos unos cuantos escalones y el camino se tornó más recto y más seco. Aferrado al dedo de Gina tal y como, en la infancia, agarraba la falda de Marcela cuando jugábamos a trenes, recorrimos el último tramo del pasillo que ascendía por una rampa lisa. Al final distinguimos una puerta rojiza más grande que la de la habitación de Gina. Antes de abrirla, Gina se detuvo y apoyó la espalda en la madera húmeda. La abracé y entramos así, a trompicones, en la sala, sumida en la oscuridad, a la que daba la puerta.

En la oscuridad brillaban apagadas, verdosas, grandes superficies de cristal detrás

de las cuales el verde parecía coagularse en formas indistintas. Gina había cerrado la puerta y tanteaba la pared de la derecha, donde había un cuadro de luces. Levantó una pequeña manilla en forma de horca y empezó a hacerse la luz, aunque no se distinguía el origen de la misma. Simplemente, poco a poco, todo lo que podíamos ver adquiría por sí mismo forma y colores, cada vez más vivos y más precisos, como si cada punto del espacio fuera su propia fuente de luz. Al poco rato, toda la sucesión de salas, a lo largo de las cuales se alineaban vitrinas repletas, se hizo visible como si estuviera bajo unas potentes luces de neón. ¡Conocía tan bien aquel sitio! Cuando era niño —e incluso más adelante— había ido allí docenas de veces, aquel me parecía el lugar más fascinante de cuantos había visitado, el centro enigmático del mundo. Es cierto que no me entretenía demasiado en las salas del sótano, las atravesaba apresuradamente para llegar arriba, adonde los animales y los pájaros, adonde los esqueletos gigantes y la cueva llena de murciélagos. Los pálidos cadáveres de los frascos, los seres disecados con ojos de cristal y unos costurones evidentes, toda esa necrópolis del Museo Antipa me parecía un ovillo de ensueño en el centro banal del cosmos. Resultaba normal, en aquellos momentos, que la habitación de Gina comunicara directamente con el Museo Antipa. De hecho, estaba tan encantado con el descubrimiento que, aunque seguía aferrado al dedo de Gina y le sonreía, casi me había olvidado de ella. Estábamos solos en el museo, ¡podía verlo como nadie lo había visto jamás! Ella me arrastraba con una cierta impaciencia pero, durante todo el rato que deambulamos por sus salas, no pude evitar detenerme a contemplar con avidez las colecciones que allí se albergaban. Pues en la primera sala, brillando con todos los matices posibles, en las baldas de las vitrinas negras o sobre las mesas cubiertas con una tapa de cristal, había trozos de materia sólida, bolas y placas de minerales. Vi silvanito, cinabrio rojo, blenda con galena y blenda con mica en bolas cóncavas, bismuto, azufre amarillo como terrones de azúcar sobre los que hubiera orinado alguien, gneis estriado, gres. Había zonas especiales reservadas a las piedras semipreciosas de un brillo mate o claras como el agua: aventurino de un verde traslúcido, como estaban representados en el mapa de Piri Reis los mares de la China, ágata de miles de colores, del marrón brillante al rojo brillante y del azul brillante al naranja brillante, calcedonia azulada, cuarzo ojo-de-tigre —quien lo mira se muere ese mismo año—, piedra Moka, de un color desconocido, sin nombre, sardonita, el heliotropo, también llamado matostato, malaquita de color veneno, serpentino y prasópalo, colocados sombríos uno junto a otro, irradiando soledad. Mil veces más grandes, creados (¿por quién?) en enormes burbujas subterráneas, yacían sobre el grueso cristal las geodas de cuarzo y los erizos color violeta de las geodas de amatista. Las piedras preciosas, pulidas, formales, falseadas, parecían individuos anodinos, civilizados, junto a estas divinidades de un *mundus subterraneus* revelado por la ciencia de Athanasus Kircher. El ópalo, el zafiro, la turquesa, el berilio y la

turmalina intentaban rivalizar con las grandes imitaciones de diamante de vidrio barato: el gran Mogul, el Koh-i-noor grande y el pequeño, la fascinante «piedra de la luna», llamada también diamante Stewart, el inmenso Cullinan, mayor que una pelota de tenis, la Piedra del Sur. Veía el rostro de Gina reflejado en todas y cada una de las vitrinas. También ella se había picado e intentábamos encontrar cosas cada vez más raras. La había abrazado por la cintura y a veces pellizcaba suavemente, con los labios, el lóbulo de su oreja, pero ella seguía arrastrándome por un paraíso taxonómico. Atravesamos rápidamente los pasillos oscuros en los que se abrían las ventanas de los pequeños dioramas que representaban, a través de reproducciones toscamente pintadas, la vida en el cámbrico, en el siluriano, en el devoniano (tan solo unas formas subacuáticas, difíciles de identificar, una especie de moluscos de caparazón cónico, liso, con tentáculos en el hocico, luego una especie de mazorcas de maíz de un amarillo sobrenatural, sujetos al fondo del mar con un pedúnculo delgado), el carbonífero, el permiano, el triásico, el jurásico, el cretácico con sus ridículos reptiles (Gina se moría de la risa al ver al «gran» *Tiranosaurus rex*, de unos quince centímetros de altura), en el mioceno, el plioceno, el cuaternario (mamuts cubiertos de nieve en paisajes apocalípticos, frente a los cuales el Antártico es un patio de colegio). En el pasillo de los fósiles Gina se mostró desobediente: desatornilló la tuerca que sujetaba la articulación del ciervo gigante, cuyo esqueleto estaba coronado por unos cuernos amarillos, mohosos, se encaramó a la cúpula petrificada del mamífero con caparazón e intentó abrir la vitrina tras la que, como una especie de avestruz esquelético, se encontraba el dinornis. Junto a sus garras, en la arena, descansaban dos huevos fosilizados. La ventana de la vitrina se deslizó a un lado y Gina levantó en brazos, sujetándolo a duras penas, un huevo del tamaño de un balón de rugby. Me apresuré a cogerlo para depositarlo de nuevo en su sitio, pero como ella se había dado la vuelta y reía como un ratón, tiré de su mano y el huevo cayó sobre las baldosas de cemento con un sonido ahogado, como de pedrusco. El huevo se resquebrajó y, mientras lo hacía rodar por la arena hasta su sitio, vimos cómo a través de la grieta se escurría un fino hilo de sangre oscura. Cerramos la vitrina y salimos de allí corriendo. Nos recuperamos al contemplar con ojos como platos, entre carcajadas, los dioramas de los hombres primitivos, negros, encogidos y desnudos alrededor de una hoguera de astillas. Aunque estaban desnudos, los atributos viriles de los hombres de Neandertal o de Cromañón brillaban por su ausencia, las mujeres, en cambio, podían presumir de unos saquitos mamarios esplendorosos en un pecho enjuto. No resultaba difícil comprender el matriarcado. El sótano terminaba en una cueva artificial, minuciosamente reconstruida con cera, con murciélagos momificados colgados de las paredes. En el recodo nos detuvimos y nos besamos. En el lago cristalino, lleno de reverberaciones, el agua goteaba de una estalactita con un tubo de metal interior. Subimos las escaleras hacia la planta baja.

Todo el vestíbulo estaba iluminado. A través de las estrechas ventanas de la entrada se adivinaba, en medio de la noche, el chispazo azul de algún trolebús. Se me pasó por la cabeza que la luz del museo tenía que verse desde fuera a través de todas las ventanas, pero Gina volvió a tirar de mí, como si tuviera un recorrido y un horario por cumplir.

Entrábamos en la gran locura de los invertebrados. Salones enteros repletos de vitrinas con monstruos. Diablos y ángeles de carne pálida, conservados en frascos de alcohol. «¿Es asco o muerte lo que viene?»^[12] Gina se estremeció. De hecho, en las primeras vitrinas se conservaban ejemplares más bien graciosos: espongiarios como encajes blancos, tubulares, o como las hojas agitadas de un alga, o como una copa, más bien un cáliz, un Grial de esponja con un pie de medio metro. En las celentéreas se exponían medusas en recipientes planos, seres alucinantes, oleadas verdes sobre oleadas rosas sobre oleadas azules, y también corales: corales en arbolitos retorcidos, brillantes como el plástico, la gorgonia como una rama torpona llena de sangre y de algo azulado, madréporas blancas y esféricas como terrones de sal. Cuando pasamos junto a los gusanos, Gina fingió vomitar aunque algunos resultaban hermosos: púrpuras y ambarinos, con incontables pliegues y ondulaciones. Los moluscos tenían como estrella principal al pulpo, pálido y asqueroso dentro de un recipiente tan ancho como una tubería; a su lado se encontraba el nautilo con su concha anaranjada de estrías negras, con su manojito de tentáculos que nacían de los mismos ojos. Y luego incontables insectarios, ante los cuales pasamos lanzando todo tipo de exclamaciones, como si estuviéramos inspeccionando una extraña fauna propia de otro planeta. ¿Cómo era posible que la materia existiera bajo formas tan espantosas? En primer lugar las termitas, pululando en su nido esférico como de un metro de ancho; luego las avispas, algunas negras y tan largas como un dedo, la *Vespa crabo* dorada; cicadas como moscones feos y mantis que devoran al macho. Gina se detuvo encantada ante las mariposas exóticas, las mismas que aparecían con frecuencia en sus sueños (también yo empecé a soñar, a partir de entonces, con mariposas gigantes, multicolores), y me señaló unos ejemplares con las alas más grandes que la palma de la mano, de un azul eléctrico o un amarillo pálido, sedoso, que terminaban en una cola de golondrina o una cabeza de cobra: gusanos de alas somnolientas. Algunos eran peludos como la felpa, otros traslúcidos como el cristal. Gina abrió un insectario y sacó, con alfiler y todo, la mariposa más grande —recuerdo que se llamaba *Polyphemus*— y se la prendió en el pecho. Luego se volvió hacia mí para que pudiera admirarla. Sobre su pecho izquierdo, que cubría casi por completo, la mariposa empezó a batir suavemente las alas y a empujar su camiseta con las patitas para librarse de la aguja. Los escarabajos gigantes en forma de semilla —pesarían un cuarto de kilo cada uno y estaban adornados con toda clase de cuernos y mandíbulas— no nos interesaron demasiado. Nos costó separarnos, en cambio, de la gran vitrina

en la que, en toda su monstruosidad, yacían, con las patas extendidas, las arañas. Es curioso que estos rostros del horror no aparezcan nunca en los cuadros medievales sobre las tentaciones de san Antonio, sobre las bocas del infierno o como encarnación del diablo en medio del Hades. A su lado, el dragón de cuernos y pezuñas resulta una criatura ridícula. ¡Y qué nombres tenían, alineadas en sus frascos: todas sugerían, en sentido latino, el estremecimiento, el horror! Algunas eran gruesas, de cuerpos robustos y patas cortas, con garras visibles; otras tendían unos quelíceros rojos como embadurnados en sangre. Algunas eran delgadas y secas, como las tarántulas, con vientres negros o pálidos, con cruces siniestras o manchas púrpuras, como jeringas; otras, esféricas y con los alambres de las patas diez veces más grandes que el cuerpo. Entre ellas, la araña pajarera, del tamaño de una rana, negra y peluda como un sexo grotesco, era la imagen misma del espanto. Gina no conseguía apartar la mirada de aquel cuerpo de quelíceros también peludos, extendidos hacia delante. Desplegó los dedos de la mano izquierda y los pegó al frío cristal de la vitrina, sobre las garras mismas de la araña. En el cristal quedó impresionada la huella empañada de su mano. Los escorpiones eran más fáciles de soportar. Eran todos idénticos, desde los imperiales hasta los que cabrían en una caja de cerillas: ambarinos, traslúcidos, una sola raya negra verdosa se transparentaba a través del caparazón de ópalo, era el trayecto del veneno, que atravesaba los segmentos de la cola y llegaba hasta el aguijón del extremo. Las pinzas grandes no provocaban terror, eran las pinzas del inofensivo cangrejo. Pasamos rápidamente —como si nuestro alto en las arañas hubiera sido excesivo y ahora estuviéramos retrasados— junto a los crustáceos (una langosta del tamaño de una liebre, un cangrejo rojo en un frasco), los miriópodos y las escolopendras, nos detuvimos un rato ante las estrellas de mar, los ofiúridos de brazos largos y enredados y las estrellas de cinco puntas, como de coral, bañadas ahora por la palidez de la muerte. Yo me fijaba en Gina, reflejada en las vitrinas verdosas. Estaba cada vez más rara, más transfigurada. Su sonrisa se volvía estereotipada, como una especie de promesa, de insinuaciones que yo no conseguía descifrar. Me remolcaba más allá tirando de un dedo y, algunas veces, cuando me demoraba demasiado, se colocaba a la altura de mi hombro, me empujaba y me arrastraba hasta que conseguía moverme del sitio. ¡Con cuánto placer deambulaba yo entre peces de piel reventada, artificialmente pintados, a través de la sala dedicada a ellos! Puesto que no cabían en las vitrinas, los tiburones, el narval con el cuerno de dos metros que había dado lugar a la leyenda del unicornio y el diablo marino, rómbico, de cuatro metros de ancho en diagonal, como una cometa de piel negra, estaban colocados sobre ellas. Y, en su interior, en docenas de tubos de cristal, se pudrían en un líquido azulado unos peces pálidos, de ojos saltones: el pez-globo, el pez-erizo, el pez-luna, el bejel con alas como las de los pájaros, rojizas, con estrías anaranjadas. Las salamandras y las ranas, desde el renacuajo hasta la tinsa de ojos

humanos y la gran rana negra del lago Titicaca, que pesa un kilo, había innumerables reptiles: tuátaras, varanos y camaleones (pero de colores desvaídos) parecían salidos de oscuros tratados de demonología, del *Malleus Maleficarum*. El veneno chorreaba de estos seres de pesadilla. Gina huyó rápidamente hacia las salas acristaladas en las que, enroscadas al tronco de un árbol, esperaban la pitón y la anaconda. Entró en la sala y, con un gesto que me sorprendió sobremanera, acercó el rostro al cuerpo grueso y escamoso de las gigantescas serpientes. Cogió entre sus manos la cabeza triangular de la anaconda y la miró concentrada. Aunque fueran de vidrio, los ojos rojos, claros, del reptil eran fascinantes. Esta vez fui yo el que tuvo que arrastrar a Gina entre serpientes venenosas y cocodrilos aplastados, de barrigas blandas, tumbados en grandes pedestales de madera. El gavial tenía un hocico largo y fino, como de pato, con dientes de sierra. Roja como el coral, con anillos anchos, negros, la serpiente surucucú estaba enroscada en la vitrina junto a una cobra un tanto famélica y víboras con y sin cuernitos. Las tortugas de la salida de la sala de los reptiles eran, por supuesto, los seres más «presentables» de aquel infierno. La tortuga de sopa, la tortuga gigante y el Carey de mar, con su tristeza gerontófila, nos animaron un poco, pero Gina se enfurruñó porque, al estar colocadas de lado, no se podía cabalgar sobre ellas.

En la planta baja había unos pocos mamíferos en las salas pequeñas más allá del pasillo de los reptiles, se trataba sobre todo de mamíferos primitivos: perros voladores de Java con garras y con unas alas de piel negra y brillante, que parecían untadas con betún, sujetas a los hombros por unos huesillos neumáticos; por supuesto, los marsupiales: canguros troncocónicos, más pequeños de lo esperado, un lobo de Tasmania y unos cuantos australes excéntricos más. El castor sonriente, dispuesto a dibujarte el triángulo masónico en la palma si le estrechabas la mano, el oso hormiguero —sin Dalí— y el puerco espín, mucho más espinoso que el cerdo, hacían muecas en la vitrina de la izquierda, mostrando los zurcidos y los remiendos artificiales. A la derecha estaba la familia cilíndrica de los topos, de las ratas, de los ciegos y los erizos, devoradores de gusanos y de crisálidas lechosas. Y así, a través de estas horcas caudinas de unos antepasados un tanto dudosos, podías acceder a la sala de los verdaderos mamíferos, aprisionados en jaulas de cristal, agrupados por parejas como en el Arca de Noé y gravitando en torno a enormes esqueletos: el amarilloroso, de colmillos torcidos, como de morsa, del Dinoterio, o el otro, más pequeño, morado, del Mastodonte. Tras dejar atrás una reata de lobos, nutrias, zorros, leopardos, leopardos de las nieves, antílopes, jabalíes, jirafas, hipopótamos, tejones, osos blancos, focas, leones, visones, facóceros, gatos salvajes, todos con pelo ondulado, del color de la tierra o de la nieve, o calvos, con una piel de tres centímetros de grosor, todos corriendo paralizados sobre sus patas cortas o gráciles, todos con caras familiares o quijadas misántropas o expresión de miedo y perplejidad,

pequeños como un ovillo o altos hasta el techo, con manchas de camuflaje, a rayas o monocolors, todos con ojos de cristal, Gina se apresuró a colocarse debajo del Dinoterio. Justo a dos metros sobre nuestras cabezas comenzaban a formarse sus costillas amarillentas, los huesos redondos de la columna que sujetaban la cabeza, tan grande como nuestros dos cuerpos juntos. Entre las patas del monstruo, gruesas como postes, veíamos los tornillos y las varillas disimuladas que lo sostenían en pie. El gigante de pies de barro. Ella no me dijo nada, fue algo telepático lo que nos llevó a ponernos febrilmente manos a la obra. Incluso ahora me pregunto, entre muchas otras cosas, qué nos había hecho aquel pobre fantoche de cinco metros de altura. Creo que nos afanamos una media hora aflojando las tuercas, quitando los tornillos y las barras, hasta que el viejo esqueleto se derrumbó sobre sus rodillas. No ambicionábamos nada más. Triunfantes como cornacas indios, trepamos por la columna vertebral hasta el cráneo y nos sentamos allí, sobre el hueso duro y limpio, contemplando con desprecio los cadáveres disecados de alrededor. Por un instante me pareció que de ellos provenía un bufido de enfado, como si todas las pieles de los cientos de especies se hubieran erizado a la vez. Aquí ya no había nada más que hacer. Al pasar junto al diorama de la pared, con el elefante marino y la foca en un paisaje ártico, subimos al primer piso por la escalera vigilada por todo tipo de cornamentas y cráneos. Allí, en la galería cuadrada en torno a la sala del Dinoterio, el aire estaba lleno de pájaros. Todos volvían los ojos redondos hacia la gran mariposa aterciopelada del pecho de Gina, que todavía aleteaba suavemente. Por lo demás, permanecían inmóviles, cada uno en su trocito de madera. El verso «*Son manes tucanes y lares hilarantes*»^[13] me venía a la cabeza al contemplar todos aquellos cuervos teñidos, cuya paja escapaba por los desgarrones, con los picos torcidos, gruesos como los de los tucanes y los pájaros-rinoceronte, o en forma de aguja, como el de los colibríes, algunos tan pequeños como abejorros. Los plumajes también estaban estropeados, descoloridos: lo que en otra época había sido azul de Prusia y verde esmeralda en las colas de los pavos reales, rojizo en los faisanes, lo que había sido irisado en el plumaje de los papagayos y de las aves del paraíso, se había transformado ahora en el mismo marrón ceniciento y se notaba que lo habían retocado de forma tan estridente que era como contemplar esas fotos de boda coloreadas a lápiz o esas mejillas engañosamente encendidas de los tísicos a los que se maquilla para que no lo parezcan. Decidido: no nos gustaban, así que entramos en la sucesión gloriosa de la antropogénesis, recogida en unas cuantas salas estrechas con vitrinas y dioramas que representaban monos, desde los pequeños macacos y cercopitecos, que andaban con las colas enrolladas en busca de naranjas, unos rostros humanos en cuerpos de gato, hasta los babuinos, los mandriles, los aulladores, los monos de culo rojo (claramente recreado con masilla y pintado después), los pavianos, ancestros de los pigmeos, de narices alargadas como apéndices caudales. Gina, por supuesto, estaba disfrutando de lo lindo. En un

determinado momento arrancó de los brazos de su madre a una cría de chimpancé de aspecto cómicamente amenazador y comenzó a acunarlo junto a su pecho, mientras le acariciaba el flequillo. Siguió avanzando y dio unos golpecitos en el hombro, con camaradería, a un gran gorila, un macho feo como el demonio, con una cara brutal de criminal reincidente. Luego se colocó delante de él y le dio un puñetazo en el pecho: «Tarzán». Luego se golpeó también ella: «Jane». Luego otra vez: «Tarzán». «Jane». «Tarzán». «Jane». Yo me reía como hago por costumbre, sin ruido, por lo bajinis, atragantándome. El orangután rojo, de patas tan largas como Popeye el marino, tenía, sin embargo, un rostro melancólico de payaso blanco, enamorado *sans espoir* de una Colombina que había correspondido a otro. Pero enseguida se nos quitaron las ganas de reír.

Habíamos entrado en una sala circular que pretendía mostrar el proceso de la ontogénesis —al principio en paralelo— en los peces, los reptiles, los pájaros y los mamíferos. Y al final en el hombre. En las láminas sumergidas en alcohol se presentaba la evolución de un embrión en diversas fases, todas difíciles de distinguir a simple vista: mórula, blástula, gástrula, hasta la diferenciación definitiva de los órganos. En su evolución, los embriones pasaban por fases arcaicas, les brotaban branquias, caracteres reptilianos, formaciones atávicas que luego se reabsorbían, una verdadera metempsicosis, un karma, una rueda infinita de la existencia. En una pared había un molde seccionado que presentaba la posición del feto en el útero de una mujer embarazada. Recordé las atrocidades que nos contaban acerca de las guerras con los tártaros: los bebés arrancados del vientre de sus madres. Más allá, a lo largo de toda la pared, estaban alineados sobre un estante decenas de frascos en los que flotaban fetos con malformaciones: macrocéfalos, acéfalos, bebés con un solo ojo en el centro, con una sola fosa nasal sobre los labios, con tres piernas, una de ellas sin pie, con unas palmas minúsculas que brotaban directamente de los hombros, sin brazos, como alitas. ¡Qué extraños eran, arrugados y de un amarillo pálido, de un amarillo de molusco, con los pellejos demasiado largos colgando sobre ellos! ¡Qué miradas perezosas tenían aquellos ojos de párpados desollados! Parecían sabios y, en cierto modo, satisfechos por no haber llegado a vivir. A medio camino entre las ranas y los genios, resultaba imposible contemplarlos en su carnalidad cínica. También ellos parecían mirarnos, nos perforaban con la mirada mientras agitaban sus cordones umbilicales en el líquido asqueroso. Gina los contemplaba no con horror, como yo, sino con una especie de serenidad y resignación, como contemplas los feos muebles de una casa en la que has vivido toda la vida y que nunca se te ha ocurrido cambiar. Atravesamos aquella sala contemplando atentamente cada uno de los abortos. Tal y como había hecho con las serpientes, Gina tomó uno de los frascos de paredes curvas y miró fijamente a los ojos, con una concentración dolorosa, a uno de aquellos gnomos pálidos. Entramos a continuación, a través de una puerta estrecha en la que

no había reparado, en una habitación como abuhardillada, una especie de «armario» como aquel en el que vivía Rashkolnikov, con carteles ajados por las paredes, con un sofá viejo que ocupaba más de la mitad del espacio, con una pequeña estantería de libros repleto de tomos viejos, entre los que recuerdo *El libro tibetano de los muertos*, *Las hijas del fuego* de Nerval, *Netochka Nezvanova* de Dostoievski y un álbum de William Blake, con las láminas del *Libro de Urizén*. Una de aquellas láminas había sido arrancada del álbum y colocada con chinchetas en la puerta de madera: representaba a una mujer arrodillada, de espaldas, que miraba el interior de un pozo. Sobre ella, gigantesco, brillaba un sol negro. Nos sentamos en el sofá y Gina sacó de debajo del sofá una caja de zapatos llena de cosas: bolas del árbol de Navidad, muñecas de cabeza aplastada, fotos antiguas, billetes y postales, una jeringa oxidada, un estetoscopio. «Cuando era muy muy pequeña, descubrí el camino que conducía hasta aquí. Aquí traía yo todo lo que me divertía, todo lo que me gustaba: mis muñecas, los regalos de la familia, aquí venía con los pasteles para comérmelos tranquila. Creo que no hubo una sola noche en que no me paseara por el museo, sola entre mis animales. Así imaginaba yo que se pasearía la hija del viejo en las historias de Penélope entre aquellos dragones ridículos. Los conozco a todos, es un encantamiento que los incluye a todos y también a mí. Pero lo que más me gusta es esta habitacioncita, aquí, en lo más profundo, profundo, profundo de todo. Aquí me siento yo misma». Mientras hablaba, Gina, transfigurada hacía rato, se había transformado simplemente en otra, en una hechicera extraña, en una monja en éxtasis con las manos entrecruzadas. La tomé en mis brazos y la tendí en el sofá. Hicimos el amor por primera vez en nuestra vida. No es por pudor —algo que no tiene espacio en estas páginas— que apenas hablaré de aquellos gestos, de aquellas sensaciones, sino porque, de hecho, no tuve en ningún momento conciencia de lo que me estaba sucediendo. Ella, aunque estaba completamente desnuda, aunque estaba más viva que nunca, parecía tener un contorno infinito, irreal. Era, sucesivamente, una boca con la piel de los labios sosa, un pecho pequeño, oleadas de cabello extendidas en el cojín, una respiración agitada. Cuando entré en ella, todas estas impresiones en mosaico se fundieron como si hubieran empezado a destilarse, blandas como la plastilina e igualmente coloridas, con el mismo olor como de semillas de lino. Tuve de repente el sentimiento del todo. Era una luz pálida, una tensión sin límite, una intuición sin comunicación. Permanecimos un instante así suspendidos y luego, como las lagartijas por la mañana, nos desentumecimos poco a poco, volviendo a nuestra vida limitada.

Me desperté transformado, transferido a Gina. Me resulta imposible demorar la descripción, la vivencia de ese momento indescriptible e invivible. Yacía de espaldas y me veía en las pupilas de un ser borroso inclinado sobre mí: veía allí el rostro de Gina, levemente deformado por la esfericidad del ojo. Cuando el cono de mi conciencia aumentó, me di cuenta de que aquel ser tenía mis rasgos y de que me

miraba con un terror infinito. Miré mi cuerpo, que era el cuerpo de la mujer que amaba: tenía sus mismos brazos, sus pechos, su cabello, sus caderas, sus piernas. Tenía su misma piel y sus huesos, y en los labios el sabor a éter de su carmín. En una oreja tenía también un pendiente verde esmeralda, era suyo, el otro brillaba en la cama, entre nosotros, entre la ropa amontonada. Y ella era yo, un cuerpo largo y enjuto de hombre, el pecho huesudo, las caderas estrechas, el sexo como un gusano entre los muslos peludos y, sobre todo, tenía mi cara, mis ojos, mi mandíbula larga, mi bigote sobre unos labios sensuales y sufrientes. Era yo inclinado sobre mí mismo como no me había visto nunca antes, ni siquiera en sueños, como si hubiera salido de mi cuerpo después de muerto y me contemplara desde todos los ángulos a la vez. Su transformación en rinoceronte o en insecto no habría sido más espeluznante. Nos contemplamos largamente sin hablar y sin acercarnos. Estábamos demasiado cansados y aturridos como para poder pensar. Nos vestimos maquinalmente, confundiéndonos de ropa e intercambiándonosla unas cuantas veces. Nuestros gestos vacilaban, los movimientos titubeaban, la mano no conseguía agarrar. Nos mirábamos como unos seres de mundos diferentes, basados en químicas, biología y psicología completamente distintas. De repente, el que estaba frente a mí se dejó caer sobre la cama y, con el rostro hundido en la almohada, se echó a llorar violentamente, hipando y suspirando. Golpeaba la almohada con el puño y se retorció como si estuviera poseído. Pero entre aquellos accesos de llanto, comenzó a distinguirse otro sonido. Venía del otro lado de la puerta y parecía un susurro, una mezcla de rumores débiles: silbidos, crujidos, un chasquido como de escobillas o maracas. Al oírlo, el que estaba a mi lado (le llamo así porque no podía creer que «aquel» fuera Gina) se calló, luego, con una expresión perpleja, me agarró de la mano y me arrastró con una fuerza inusitada fuera de la habitación. Al pisar el suelo, aplasté con el zapato la mariposa gigante, que batía aún sus alas andrajosas.

Aquel murmullo selvático, sofocado, iba acrecentándose paulatinamente. Al irrumpir en la sala de los fetos, vimos que las criaturas tenían los ojos abiertos de par en par y hacían gestos extraños dentro de sus frascos verdosos. Uno de ellos había conseguido incluso encaramarse al borde del recipiente y desde allí se disponía a saltar al suelo, arrastrando a su paso un cordón umbilical de medio metro. Me habría quedado paralizado de espanto si Andrei no me hubiera empujado afuera. Siguió una carrera agotadora. Las salas se despertaban. En las vitrinas comenzaba el movimiento, los hocicos se abrían y los ojos daban vueltas en sus órbitas. Las aves habían empezado a cacarear y a chillar, batiendo las alas para escapar de la barra a la que estaban sujetas; eso levantaba un polvo sofocante que apestaba a pintura y a algas. Bajamos las escaleras a la carrera, seguidos por el grito desgarrador de los pavos reales, y atravesamos corriendo la sala de la planta baja. El esqueleto del Dinoterio, de huesos como troncos, hacía terribles esfuerzos por ponerse en pie de

nuevo, lo cual provocaba que toda la sala temblara. Alrededor, en todas las jaulas de cristal, los animales, herbívoros y carnívoros, habían empezado a desperezarse como después de un largo sueño. Los leopardos ondeaban la cola y ronroneaban, el ñu daba golpes con la pezuña, la jirafa había estirado su largo cuello de manchas. En el diorama de «La vida en el Ártico» el gigantesco elefante marino, con unos colmillos tres veces más grandes que los de la morsa, estaba ya bramando, y la grasa temblaba bajo la piel brillante. Huíamos desesperados y oíamos cómo, a nuestras espaldas, estallaban las vitrinas. Nos lanzamos al sótano, que parecía un terrorífico hervidero de criaturas. El aire estaba atestado de mariposas de colores, langostas, cicadas, escarabajos, murciélagos, perros voladores. Un pez volador había escapado de su frasco y cruzaba la sala por los aires golpeándose contra las paredes. Las cucarachas gigantes, los grillos-topo, las arañas y los escorpiones hormigueaban por el suelo, configurando una terrorífica alfombra viva. A cada paso los aplastábamos por docenas. Los gusanos se arrastraban junto a las cobras, la pitón había empezado a soltar sus anillos del tronco del árbol y el crótalo chasqueaba amenazador su cola. Todos estos seres parecían aún aturcidos, pero se espabilaban a ojos vista. Como corazones perezosos, las medusas palpitaban en el alcohol y los peces más pesados, tal vez de unos diez kilos, se habían sacudido hasta volcar los recipientes y ahora golpeaban con la cola húmeda las baldosas del suelo, abriendo sus fauces dentadas. Jadeantes, llegamos finalmente a la sala de los minerales, que lanzaban sombras de colores sobre las paredes. Encontramos la manilla con la que habíamos encendido la luz ¡pero ni rastro de la puerta! La puerta rojiza que daba al corredor subterráneo tenía que estar allí, pero no la encontrábamos. Tanteamos todas las paredes, casi llorando de desesperación, pero sin resultado. Comprendimos que no nos quedaría más remedio que salir por la puerta principal del museo. Si estaba cerrada, aquella sería nuestra perdición. Deshicimos el camino enfrentándonos a las oleadas de insectos que ahora estaban vivos y agresivos. Era evidente que ya no se movían al azar, sino que se dirigían en masa contra nosotros: los escorpiones clavaban los agujones de la cola en nuestros zapatos, las mariposas nos golpeaban la cara para aturdimos, las hormigas rojas habían empezado a treparnos por las piernas. En la planta baja, todos los animales, que ahora rugían, mugían, gruñían, chillaban y ladraban, venían hacia nosotros como un muro de colmillos y de cuernos afilados. Estábamos casi acorralados. A duras penas dimos con la puerta del museo. Nos pareció una eternidad hasta que la abrimos y nos escabullimos en el aire fresco de la noche. Cuando cerramos la puerta a nuestras espaldas, oímos como un terremoto la oleada de animales, pájaros, reptiles e insectos chocando contra la pesada puerta atrancada. Descendimos los escalones de la entrada. La plaza Victoria, débilmente iluminada por unas cuantas farolas anaranjadas, estaba desierta. A lo lejos se distinguía a un soldado que caminaba despacio, aburrido. Era una noche preciosa,

como solo pueden serlo las noches de verano. Nos cogimos de la mano y nos miramos a los ojos por última vez. No teníamos nada que decirnos. Sabíamos que todo estaba perdido, que de ahora en adelante cada uno tendría que arreglárselas como pudiera. Nos fuimos hacia las casas a las que nos conducían las nuevas piernas, los nuevos cuerpos. Nunca sabríamos qué había que hacer sino *haciéndolo*.

Esto es todo. Desde aquel día, no volví a saber nada de Gina. Quién es, cómo puede sobrevivir. No lo sé y no quiero saberlo. Ya no reconozco en aquel cuerpo extraño a la chica que constituyó mi obsesión y mi locura durante un año entero, tal vez el último año de mi vida. Intentar seguir viviendo en estas condiciones me parece algo absurdo ahora. He protegido mi conciencia de la visión de su cuerpo cubriendo los espejos con la textura engañosa de la tela. Pero no me puedo proteger de su interior, que me agrede a través de unos vericuetos psíquicos mucho más péfidos. El monstruo me posee, se ha encaramado sobre mí con sus patas y me tiene preso. Me voy mezclando con él a cada momento que pasa, como los condenados en la fosa infernal de los ladrones. Incluso estos mismos pensamientos, me pregunto, ¿son míos o suyos? ¿De dónde procede la edulcoración de muchas de las páginas de mi confesión? ¿De dónde ese estilo un tanto patético que no va conmigo? ¿No son acaso los venenos de la fiera, el jugo que chorrea de sus encías? Me equivoqué al comenzar a escribir, al retirar este toldo, al representar este psicodrama con el patio y los palcos vacíos. ¿Para quién he escrito esta comedia? ¿Estás tú, ahora, a mi lado? ¿Puedes tú, ahora, ayudarme? ¿Puedes?

Por desgracia, junto a mí, ahora, mirando lánguidamente por encima de mi hombro, está tan solo Laviña, que espera a que le cambien las sábanas. Hasta que llegue el momento sigue escribiendo cartas de amor con rotuladores de distintos colores, incluso sobre su cuerpo, que ha cubierto, hasta donde ha podido alcanzar, de letras y dibujos ingenuos. Ahora está escribiendo sobre su pecho, con tinta verde: *Te suplico que me escribas también tú*, y junto a ello pintarrajea la cabeza de una niña de cabellos castaños, ojos azules y boca roja. Esta es mi situación. En cualquier caso, tendré que salir de aquí, donde no hago otra cosa que aplazar hasta el infinito la lucha con la bestia. Mi obsesión no se deja exorcizar, escribiendo no vuelvo a ser yo y no quiero, Dios mío, no quiero quedarme así. Por ello aplazo toda decisión hasta regresar, en cierto modo, al «mundo». Allí veré qué hacer y sobre todo *cómo* hacerlo. Estas hojas, amontonadas en un taco sobre la mesita de noche, son un fracaso mayor que lo que estoy narrando. Estoy resuelto a quemarlas esta misma noche, he decidido no dejárselas al médico ni a nadie más, porque si ellos las leyeran no podría escaparme nunca de aquí, o tal vez llegara incluso a limbos peores. Simularé, con asco, la normalidad, seré una Giniña obediente, dispuesta a hacer felices a sus abuelitos, de vuelta a sus cabales tras una crisis de histeria.

¿Por qué sigo escribiendo estas líneas si sé que voy a destruirlo todo? ¿Por qué

sigo trazando una letra y otra letra y otra letra? ¿No es acaso para tomar una bocanada de aire y otra más?

No, tengo que acabar de una vez. Ya está. He terminado.

Desencajó la puerta del espejo del armario y la dejó caer. Un crujido ahogado le hizo saber que el espejo se había resquebrajado al estamparse boca abajo sobre el suelo, del que había retirado previamente la alfombra. Esta se encontraba enrollada a lo ancho en el sofá, sobre los cojines estampados de terciopelo y seda anaranjada. Arrastró el piano, que tenía ruedas, hasta el centro de la habitación y apoyó en él la alfombra persa. Con un esfuerzo terrible, puso el sofá en pie y lo apoyó también sobre el piano reluciente. Se ajustó a la perfección entre los candelabros de bronce soldados a la tapa del piano. Se detuvo para recobrar el aliento y se pasó las manos llenas de polvo por la camiseta amarilla que cubría sus pechos. Se dirigió a la ventana. La calle Venera brillaba apagada, los adoquines del empedrado lanzaban destellos púrpuras, bajo un pesado ocaso de otoño. El sauce, con una rama muy larga que llegaba hasta la veranda, temblaba mecido por las suaves ráfagas de viento. En la unión de dos de las ramas dormitaba un gato atigrado de rayas naranjas y otras de un rojo oscuro. Dejó la ventana abierta, pero corrió los cortinones de damasco púrpura. En la habitación se hizo una penumbra rojiza. Un rayo de luz que se colaba entre las cortinas, se estrellaba contra la esquina brillante de la librería, justo donde estaba el pequeño crucifijo metálico, que lanzó bruscamente un destello blanco. Empezó a sacar los libros de la librería y a colocarlos, tras pensárselo un poco, alrededor del piano y del sofá. Extrajo el gran Baltrusaitis de su caja de cartón y leyó la dedicatoria: «*A Gina, con amor, para que recuerde que, bajo el rococó obscuro de nuestro mundo y de nuestra carne, nuestros huesos son góticos y nuestro espíritu es gótico. Andrei, febrero 197...*». Hojeó por encima las páginas llenas de quimeras. Colocó el libro en el suelo, junto a los otros. Imitó de repente a un guitarrista desahogado, echado hacia atrás, sujetando espasmódicamente el mástil de la guitarra. «*Into the fireeee!*», gritó en sordina, y se echó a reír. La tal librería no constaba más que de un solo módulo barnizado en negro, así que, sin libros, era fácil moverla hacia el centro de la estancia. Pero se fatigaba enseguida y tenía que tomarse un largo respiro después de desplazar cada mueble. Menos mal que no había demasiados en aquella habitación, que había empezado a parecer aún más alta; la lámpara del techo parecía elevar cada vez más arriba sus centelleantes carámbanos de cristal. Después de empujar y arrastrar la librería, agarró el sillón, preciosamente tapizado en satén de flores verdes pálidas sobre un fondo rosa-palo, lo puso patas arriba y lo dejó caer sobre el sofá, apoyándolo en el extremo ligeramente doblado de la alfombra. Luego abrió de par en par las puertas del secretaire, en las que estaba pintada una escena renacentista sobre la que decía en bellos caracteres latinos «*AMOR OMNIA VINCIT*». Las sacó de las bisagras y las dejó caer al suelo con descuido. Dentro, en los estantes que olían a sándalo, había

incontables botellitas policromadas, transparentes o mates, talladas en cristal reluciente o modeladas en cristal maleable. Los líquidos amarillentos o verdosos como el veneno ondeaban suavemente las velas en su interior. Tomó uno de ellos. Leyó la caligrafía sofisticada, dorada, del medallón: *Soir de Paris*. Se puso en pie y, agarrándolo como si fuera una granada, lo arrojó bruscamente contra el suelo. El gracioso perfume estalló en cientos de añicos y dejó una mancha húmeda con gotas que se escurrían por todas partes. Un sensual aroma inundó la habitación. Uno tras otro, todos los frascos fueron corriendo la misma suerte. Leía sus nombres, Sensation, Fidji, Magie noire y luego los lanzaba furibundamente contra el suelo, cubriéndose los ojos con el brazo izquierdo para evitar los fragmentos. Conservó los últimos dos o tres frasquitos de colonia y el medio litro de alcohol azul, medicinal, que había encontrado en uno de los compartimientos, y no los rompió, sino que vació en cambio su contenido sobre los muebles amontonados en medio de la casa, murmurando: «Vierte en la alfombra perfumes raros, / Trae rosas, para cubrirte con ellas» y volvió a reírse con ganas. Se dirigió a la ventana y la cerró, dejando las cortinas echadas. En la habitación el olor se había vuelto más real que los objetos, lanzaba al aire un humo denso, casi visible. Se dedicó a pisar los charquitos de perfume francés, a aplastar con la suela de los zuecos los tarros de crema y los tubos de maquillaje. Un aturdimiento voluptuoso impregnaba su cuerpo ya fatigado. Habría querido acostarse como un *des Esseintes* en su paraíso artificial. Pero sabía que tendría tiempo suficiente para dormir. Tras subirse a un taburete, comenzó a descolgar de la pared, uno a uno, los maravillosos iconos de cristal, con sus mundos rojos como la sangre y dorados y azules como el azur. San Jorge, en su caballo alado de rostro humano, atravesaba con una lanza ridícula el reptil verde, temible solo porque lanzaba por el hocico dos o tres delgadas lenguas de fuego. Un Jesús esquelético mostraba la llaga del costado, de la que brotaba el tallo retorcido de una vid, llena de racimos morados y zarcillos como tirabuzones. La Virgen María se adormecía sobre un tapiz púrpura, custodiada por ángeles de alas y nimbos dorados. Lázaro, envuelto en vendas como una momia, se incorporaba en el ataúd verdoso de su tumba, mientras Jesús le mostraba un pergamino enrollado en el que probablemente decía: «Levántate y anda». El arcángel san Gabriel, protegido por una coraza, con la lanza apoyada en el hombro, portaba también una especie de pergamino. Cada uno de los iconos, una vez retirado de la pared, dejaba tras él un cuadrado pálido, sobre el que se agitaban unas finas telarañas. La madera de los marcos, podrida, estaba surcada por miles de agujeros de carcoma. Quitó primero la fila superior de iconos, luego la segunda, en total por lo menos quince o dieciséis figuras en total. Bajó del taburete y a punto estuvo de caerse. El aire se iba haciendo difícil de respirar. Reía a lo tonto, con unos lagrimones que brotaban de sus ojos irritados por el éter. Tras permanecer un rato con la espalda apoyada en la pared,

empezó a colocar los iconos entre los libros, alrededor de los muebles. Todo comenzaba a adquirir el aspecto deseado.

Quedaba todavía el armario. Tambaleándose, hundió los brazos, hasta los hombros, entre las baldas y comenzó a sacar grandes brazadas de ropa interior, de blusitas, camisetas, pantalones escoceses, faldas de las telas más variadas, combinaciones brillantes y crujientes, chalequitos de discoteca, cajas enteras con maquillaje y calcetines amarillos, a rayas, rojizos, unos cuantos pares de vaqueros auténticos, algunos nuevecitos, otros ya desgastados, vaporosos vestidos de gasa, pañuelos negros con moneditas brillantes. Lo colocó todo, aplastándolo con las manos, sobre la tapa del piano hasta que este, entre los otros muebles más altos, cobró el aspecto de un nido atractivo, polícromo, de una molicie deliciosa. A continuación, del otro compartimiento del armario sacó perchas enteras con vestidos de noche, algunos antiguos, con bordados minuciosos, gruesos como brocados, otros de seda ligera, luego unas cuantas prendas más y gorros de piel. Eran la pelliza blanca con adornos negros y rojos, las gabardinas, una amarillo-limón y la otra crema, otra chaqueta de piel de zorro que Gina no llevaba al instituto y tres tabardos largos y acolchados, con capucha. En la parte inferior había incontables pares de zapatos, naturalmente los más caros: minúsculos, de piel brillante, algunos con pequeños adornos de metal. Renunció a arrastrar también la cómoda, no habría sido capaz con aquella infinita somnolencia en los huesos.

Todo estaba listo. La habitación parecía recogida para ser pintada. Rompió a reír a carcajadas histéricas, arrastrándose por las paredes desnudas y asombrándose del eco de su risa en la habitación devastada. Apenas se tenía en pie. Cogió el vestido amarillo, el más pesado y más arrugado y se lo puso. Se abrochó con desidia los cordones del cuello y de los puños. La falda le llegaba hasta los tobillos. Se pasó las manos por los pechos, por las caderas, se acarició, con la mirada perdida en el vacío, el cabello que le caía en rizos hasta los hombros. Se dirigió a la gran estufa de terracota y sacó el bidón que había escondido detrás de antemano. Regó a conciencia aquel montón de muebles y trapos y después, volviendo la cabeza para no inhalar los vapores del líquido amarillo-marrón, se lo volcó sobre el vestido. «Esto es todo», gritó. «¡Todo, todo!». Le entraron ganas de devolver y de hecho vomitó en una esquina de la habitación. Pero consiguió conservar la lucidez durante un rato más. Hizo una bola de papel con un periódico del suelo y se encaramó, colándose bajo la alfombra enrollada, a la tapa del piano para acurrucarse sobre la gruesa capa de ropa perfumada. Encendió con un mechero la bola de papel y la arrojó al suelo, entre el piano y el sofá. Cuando oyó el chasquido de las llamas, se colocó boca abajo, hundiendo el rostro entre las olas de telas embriagadoras.

Se durmió al instante.

REM

Cortázar, un Márquez descosido (*Eréndira*, en formato grande), *El manuscrito hallado en Zaragoza* encuadernado en pasta dura y rojiza, un metro más o menos de Novela del siglo XX y series más largas aún, en tonos pastel, de libros de la colección BPT^[14] y Universo, volúmenes brillantes, en blanco y negro, de la Biblioteca de Arte (distingo de un vistazo *La inteligencia de las formas*, de Sendrail, *Arte fantástico*, de Brion y todo tipo de palabrería sobre el gótico, el manierismo, el barroco, el rococó y el arte moderno, nacida toda ella del gótico, del manierismo, del barroco o del rococó). Pesados, con la consistencia y casi las dimensiones de plantillas de dibujo, los álbumes de arte comban una balda entera, en la que yacen oblicuos, acharolados y apestando a productos químicos. Pero uno está ligeramente vuelto hacia este lado. Puedes ver en la portada una especie de *roulotte* de madera, con las puertas abiertas de par en par, en un paisaje de edificios rosados, con bóvedas y almenas que se pierden en perspectivas infinitas. Creo que es el ocaso, pero no demasiado tarde. La sombra de una niña que juega con un aro se alarga sobre el macadán. Del resto de los álbumes ves solo el lomo, con los nombres blancos, claramente resaltados, de los pintores: Tintoretto, Guardi, Da Vinci, Degàs, Harunobu, Pontormo, Mantegna. En otras estanterías, solo libros de poesía: la colección de rayas abigarradas de *Las más bellas poesías* (¡qué bien le va el color café a Eliot, el verde chillón a la poesía americana, el color ladrillo a Iannis Ritsos! Ni siquiera puedes imaginártelos de otra manera), la colección Orfeo con sus portadas de papel secante de un tono azul ceniciento (aquí tenemos que recordar al bueno de Dylan Thomas, «Cuando era joven y libre bajo las ramas del manzano»), y al final la colección cuadrada pero estética Poiesis, con el negro sombrío de Wallace Stevens y el verde intenso de Rimbaud. Una pared de libros, hasta el techo, sobre unas baldas casi invisibles. Una confusión armoniosa, un auténtico cosmos. ¿Eres filósofo? Pasa con tu toga beis, con un rectángulo azul en el lomo, al sitio donde está apuntado tu nombre y lo que has escrito. ¿Eres ensayista? Tu sitio está ahí, entre Petros Haris y Camus, y tienes que vestir trajes oscuros. ¿Eres politólogo, atomista, un biólogo con ideas originales, sociólogo o antropólogo? Pues derecho a «Ideas contemporáneas». Tienes derecho a elegir el color, del amarillo limón al violeta pensamiento. ¿Eres algo indefinido, un novelista desconocido o quizás demasiado conocido, un pedagogo? Volumen separado, con todas sus ventajas y sus desventajas. ¿Eres ingeniero, profesor de resistencia de los materiales, calderero, matemático? Lo sentimos. La señora que vive en este apartamento no te comprará jamás.

Un piso minúsculo en las afueras de la capital. Llegas hasta aquí haciendo varios trasbordos de autobús y atravesando callejuelas cenicientas. La escalera del bloque está pintada de verde pálido y huele a basura. Alguna esparraguera lacia en un tiesto

sobre un soporte de hierro forjado, alguna fotografía abarquillada con la imagen del monasterio de Voronet, algún oleandro^[2d] en una caja de madera de la que salen cucarachas enanas de cocina... eso es lo que ves por los rellanos, al fondo de las filas de puertas numeradas, que imaginas increíblemente delgadas. Un bloque de apartamentos de tercera. Sin embargo, su habitación está arreglada y es bonita. Bajo las interminables estanterías (ahora veo unos tratados grandes, pesados, de oncología, un libro sobre adenopatías, otro con un título púrpura, agresivo: Leucemia) se extiende un sofá doble, cubierto con una manta de lana roja, que parece extremadamente cálida. Tendría sentido. El calor apenas debe de llegar hasta aquí, a la periferia. En el suelo, sorpresa: ¡gres! Y sobre él, dos alfombrillas grises de piel de conejo. Apenas se puede pasar junto al sofá. Pero en ese espacio angosto cabe aún una mesita sobre la que hay un cesto de manzanas y un cenicero. Bajo la mesita hay periódicos y revistas, sobre todo *Luceafarul*, *Orizontul* y, por debajo de ellos, un ejemplar amarillento de *România Literară*. Junto a la ventana, a la izquierda, un hueco con una fregadera y una rudimentaria mesa de cocina. Junto a la puerta de entrada, el baño con wc y ducha. En las paredes de la habitación, bellamente pintadas, hay unos cuantos tapices en tonos suaves: una puesta de sol, una niña con una oca y una mujer leyendo una carta junto a una ventana (copia, probablemente, de un Vermeer). Naturalmente, los hizo ella misma cuando era pequeña.

La habitación está, por el momento, vacía, pero siento que ella se acerca. El hilo que me une a su vehículo, con una matrícula que no puedo retener (¿trescientos sesenta y cuántos? ¿Ciento veinticuántos?), a sus calles bordeadas de escuelas y talleres, vibra. Estiro mis patas transparentes en la habitación. Tiemblo de deseo, de esperanza. Acecho en la ventana y luego, ágilmente, salto hacia la puerta. Me deslizo entre libros, dejo fuera tan solo mis mandíbulas, de las que se destila veneno. Trajino por el baño y hurgo entre las cazuelas de la cocinita. Es un hambre antigua, un antiguo acecho que no termina jamás. Sobre un sillón, en la parte de la cama que queda junto a la puerta, un dossier atado con un cordón. A su lado, un mini televisor, con una pantalla del tamaño de una postal y una antena larga, niquelada. Yace recostado. Abro el dossier para que el tiempo pase más rápido. Es un zodiaco fotocopiado en gruesas hojas de papel. Los signos están representados en viñetas difuminadas, sofisticadas. Empiezo a leer al azar sobre la gente nacida bajo el signo de Géminis, pero me aburro enseguida y ato de nuevo los cordones del dossier. Echo otro vistazo alrededor y mi mirada recae en una pila de discos colocada sobre una estantería pequeña. Saco uno que tiene en la portada una fotografía grande, a color, de un joven que sujeta por los cuernos a un carnero inmenso y lanudo. En ese preciso momento oigo unos pasos en el rellano, una llave gira en la cerradura y entra ella.

Trae en la piel de zorro el olor de la nieve de fuera. Tiene aún agujas de hielo en las pestañas y su gorro de lana, rematado también con piel de zorro, es blanco como

la nieve. En la entrada se sacude los botines, en los que ha embutido sus pantalones de punto, ajustados a la pierna. Se quita los guantes, la chaqueta de piel, que le llega a las caderas, y se queda con un jersey del mismo color que los pantalones: un castaño oscuro. Se arranca el pañuelo colorido del cuello, con dibujos orientales, muy finos, y se quita los botines de cremallera. La miro con atención para poder describírosla. Parece tener unos treinta y cinco años. No tiene un rostro bello, es más bien extraño. Ahora está sonrojada por el frío de la calle, pero en otros momentos está pálida como la muerte. Y a veces tiene unas mejillas rojas como las figuras de yeso de los escaparates, porque utiliza una base de maquillaje poco habitual, de un rojo caramelo, que contrasta con los rasgos más bien severos de su cara. Y ahora lleva los ojos perfilados con un lápiz demasiado negro y alargados en un rabillo grasiento. Su boca sería bonita sin esa sombra de bigote, bastante visible. Con unos pómulos prominentes, con el pelo corto y ondulado a la altura de las orejas, con el cuello erguido, de una cierta majestuosidad inútil, recuerda en cierto modo a la figura bizantina de un mosaico dogmático y minucioso. No se está quieta ni un solo instante, de lo contrario la descripción me saldría mejor. Creo que ya he dicho lo esencial. Ahora se saca el jersey por la cabeza, así que puedo distinguir mejor su cuerpo, increíblemente hermoso, casi adolescente. Solo la doble papada y una pequeña curva de grasa en torno a las caderas atenta contra la gracia de este cuerpo. Para quien no busque los tres pies al gato, es un cuerpo estupendo. Al cuello lleva una cadena con una crucecita que ahora le cae sobre la espalda, entre los omóplatos, y en los dedos, ciertamente secos y pellejados, un montón de anillos con turquesas, su color zodiacal. Ahora se ha sentado sobre la manta de lana, se saca los pantalones y se queda con sus medias de color café con leche. Se quita también el suéter negro, bajo el que aparece una camisa de algodón. Se levanta y revuelve en un armario minúsculo que curioso ahora también yo. Es la ocasión para poder admirar de nuevo su grácil silueta, que nada tiene que envidiar a la de cualquier jovencita. Coge una toalla y entra en el baño, en cuya puerta hay una placa de plástico blanco-amarillento que representa a un niño sentado en un orinal. Se oye, al cabo de un rato, el ruido de la ducha, que no durará demasiado puesto que sospecho, por cómo refunfuña y se queja Svetlana, que no hay agua caliente. Porque se llama Svetlana, un nombre que, en primer lugar, no le va en absoluto y que, además, suena como raro, no demasiado cómodo para mí. Sin embargo, le llaman Nana y, como los que le llaman así o bien no han leído a Zola o bien les trae sin cuidado, todo resulta normal.

Doy vueltas por la estancia cada vez más agitado. Mis patas, mis garras, mi vientre transparente ocupan toda la habitación, que resplandece cada vez más en el ocaso invernal. Hace rato que no se oye la ducha en el baño, pero ella no sale. Se siente de vez en cuando el chasquido de algún frasquito al ser depositado en la balda, después otras vibraciones más ahogadas, difíciles de descifrar, el agua del grifo y los

ruidos del lavado de dientes. Se ha agotado mi paciencia. Me cuelo por debajo de la puerta y aquí estoy, a unos pocos centímetros de ella. Está desnuda hasta la cintura y, con el pelo revuelto, teñido de ese negro artificial como el del aduanero Rousseau, muestra, por fin, su edad. El rostro sin maquillaje, que empieza a maquillar ahora de nuevo, tiene algo de masculino, de barbilampiño, de asiático. Sus pechos, maravillosos, son la parte más joven de su cuerpo. La crucecita se ha enganchado de la punta de uno de ellos y brilla allí, en la almohadilla cálida del músculo. Tanto se ha agitado, tanto se ha secado el pelo con el secador, tanto se lo ha peinado ante ese espejo —manchado en una esquina y al que se le ha caído un tornillo— que, ya ves, se han hecho las seis y él tiene que aparecer de un momento a otro. Distingo en su rostro, precisamente bajo el maquillaje, una palidez que no tiene que ver con el matiz de su cara, una palidez de los rasgos, una palidez psíquica diría yo. Se siente mal, es evidente, está confundida. Debería estar nerviosa e incluso contenta, pero hay algo en sus vísceras o en su cerebro que la ha perturbado. Sus labios están rígidos y tristes. «Una sonrisa hipócrita en sus labios de coral.»^[15] Labios de oriental triste, de criolla triste, de ídolo triste.

Sale del baño y empieza a vestirse. Me resulta poco interesante y además tengo prisa, así que abandono el apartamento, salgo por la puerta del bloque y me arrastro, horrendo, con mis patas peludas que ocupan toda la acera, por las callejuelas encharcadas, oscuras y nevadas en torno a su casa. Unos cuantos transeúntes se pasean de aquí para allá en el ocaso, pero él no está. Sigo caminando, llego a la carretera y avanzo en paralelo acechando cada autobús que, rojo y pesado como un escarabajo, avanza entre montones de nieve, sucio hasta las ventanillas por las salpicaduras de nieve embarrada. Lo distingo, por fin, dentro de uno de los vehículos y me subo también yo, en marcha, en medio de las viejas, de los estudiantes, de los trabajadores estrujados entre los que, casi sobre una pierna y sujetándose con una mano enguantada a la barra cubierta de plástico ceniciento de la ventanilla del chófer, se encuentra él. A este joven se le pueden echar unos veinticuatro años. Es bastante alto, rubio, con unos mechones especialmente largos que escapan de su gorra de piel. Los pelillos dorados de su barba y su bigote apenas consiguen endurecer su rostro infantil. La crueldad que muestran la línea de la boca y la de la barbilla no es, sin embargo, maliciosa, sino más bien sombría, melancólica. Algo te dice que, si tuviera que salvar de una casa en llamas a un niño de teta o un cuadro de Giorgione, sacaría el cuadro sin titubear. Tal vez, en realidad, se trate tan solo de un jovencuelo desvaído y desorientado, que desde hace unos días vive con una mujer once años mayor que él. Me apresuro, en cualquier caso, a hacerme un hueco bajo su piel, a deslizarme por sus capilares, a nadar en su sangre a través de sus arterias cada vez más gruesas, entre las islas de los hematíes y los erizos blancos de los leucocitos, con sus miles de dedos, hasta llegar, junto con todas las margas y aluviones del mundo, al inmenso

delta de su cerebro, donde me acomodo confortablemente, recogiendo las garras a lo largo del cuerpo.

Con cada metro que el autobús avanza en dirección a la habitación donde espera Nana, mi hambre aumenta, mi deseo insaciable se acerca al apogeo. Lo que me faltaba, esta majadera no tenía nada mejor que hacer que subir al autobús con un cesto y apoyarlo sobre mis piernas. Menos mal que me apeo en la segunda parada. Queda demasiado lejos, tengo que ir con el frío que hace, en estas condiciones miserables, hasta el fin del mundo. Y no me apetece caer enfermo solo por mostrarme irresistible ante ella. Nana está colgada de mí —o eso parece— y yo no necesito complicaciones. Sin embargo, tiene algo interesante, creo que en primer lugar es la edad, que me hace sentirme ligeramente cohibido en mis relaciones con ella, culpable, me hace ruborizarme, y eso me gusta. Estar con una mujer madura debe de ser el sueño de cualquier chaval. Pero en mi caso es otra cosa. Ella me interesa menos como iniciadora en el erotismo que como simple concepto o idea de lo que es una mujer hecha y derecha, de una mujer verdadera. Las alumnas de instituto y las universitarias no son, la mayoría de las veces, otra cosa que gatitas presuntuosas, envueltas, eso sí, en la luz ambarina de la mirada y en una especie de inconformismo bobalicón. Sin pasado, o sin ser aún conscientes de él, son anexos de discoteca cuyo erotismo, cuando existe, es uno puramente social y estético, ellas provocan dentera en la imaginación como la fruta aún verde. La mayoría no madura jamás: desaparece su encanto y se suman a la multitud de esposas decentes, con una sincera vocación de normalidad. Ingenieros, marinos, contables... ellos eligen a sus queridas tigresas que ondean bajo la llama de los estroboscopios, bajo las embriagadoras manchas luminosas del globo con espejitos.

El tierno jovenzuelo que piensa en estos términos, cerrando unas veces un ojo y otras el otro, se apea del autobús en la oscuridad del barrio Dămăroaia y se dirige despacio hacia los cuadraditos (débilmente) iluminados de las casas.

Creerás que, cuando pienso en las chicas, hablo sobre unas uvas demasiado agrias para mí, y tienes razón. De hecho, para ser sincero, no he tenido mucha relación con esas mujeres esculturales y bien emperifolladas a las que me refería antes. Tuve a mi primera mujer a los veintidós años y era también una «vieja» de unos veintinueve. Luego ha caído alguna que otra de vez en cuando. Pero les tengo manía a esas adolescentes ñoñas que te dejan, que te dejan pero no te dejan. Perdí el tiempo inútilmente, durante varios meses, junto a una de esas, así que estoy saturado. No he vuelto a intentar convivir durante mucho tiempo, en serio, con una mujer. Nana es para mí una oportunidad inesperada: puedo dormir en su casa, algo que no he hecho, nunca, con nadie. Creo que esta es la cuarta o quinta vez que vengo aquí desde que la conocí en casa de Șerban, en aquella fiesta tan sosa. Nana es su prima y estaba ocupada en la cocina. Fue sencillo. *Una vez tuve una chica o, mejor dicho, fue ella la*

que me tuvo a mí. Me enseñó su habitación: ¿a que es bonita? Es madera de Noruega... Pero, como decía, lo peor es que está lejos, que no puedes salir con ella por ahí. En el cine o en el teatro la gente puede creer que estás con tu madre pero, ¿y los amigos? Todos se burlarán. Seguro, soy malo, pero así está la cosa. Me aprovecho, esto es lo que hay. Espero que lo único que hagamos sea aprovecharnos el uno del otro durante una temporada, sin problemas, sin complicaciones. A veces me la imagino como Ingrid Bergman, asomándose a la gigantesca balaustrada de la escalera de caracol y gritándome a mí, Anthony Perkins, que ya he desaparecido: «¡Pero soy vieja! ¡Soy vieja! ¡Soy vieja!». Esta es la perspectiva que más me preocupa, mira tú, en cuanto imagino su figura de animalito, apaleado sin ser culpable de nada, me siento desbordado por la compasión. Creo que no podría dejar nunca a alguien si supiera que sufre por mí, no importa quién sea o qué aspecto tenga. Espero, sin embargo, que todo salga bien.

Ajá, en el portal ya se nota más calor y al menos no se te meten esos copos en los ojos. Subo la sórdida escalera. ¿Por qué demonios huele siempre a crematorio? Aquí está su puerta de tono azul violáceo, con mirilla. Llamo y me abres tú y, como siempre, me dejas boquiabierto porque ansío, con un cierto embarazo, ver tu figura, y tú apareces guapísima: tienes una sonrisa que realza aún más tus pómulos, y la línea de tus cejas es menos circunfleja y autoritaria de lo que me esperaba. Tu cabeza es altiva y orgullosa; su aspecto, ligeramente viril, te confiere esa ambigüedad que me fascina. Me ayudas a desembarazarme de mi ropa de abrigo, con rastros de nieve en las costuras, y me quedo con mi jersey rojo, de cuello vuelto. Me siento en la cama, sobre la manta roja, así que el camuflaje es perfecto. Estoy un poco nervioso, porque ninguna chica se ha arreglado así para mí jamás, Nana. Hay en ti una mezcla de ternura, cariño y timidez que me anima. Pero, si me fijo mejor, hay algo más. Te acaricio el pelo y te pregunto si estás triste. No es exactamente tristeza eso que observo, es otra cosa, pero así se pregunta. Titubeas ligeramente y luego me lo cuentas. Tienes una voz desagradable, de profesora pedante, con un respeto desmedido por la expresión correcta. Hablas como un libro abierto. Pero ahora ya te conozco. Dentro de un par de horas, te dejarás de distinciones artificiales e incluso te burlarás de todo. Solo así resultas simpática. Pero aún nos queda un rato antes de la cama. Aguantaremos algo envarados y conversaremos sobre asuntos literarios. Así que me cuentas que volvías del trabajo (ni siquiera ahora sé muy bien a qué te dedicas, algo con números, números y más números, un instituto con muchas siglas) y que estabas justamente esperando al autobús en una parada llena de nieve. De esto hace una hora y media, como mucho dos horas. Casi no podías mirar en la dirección por la que tenía que aparecer el autobús porque precisamente de ese lado venían también las ráfagas de nieve que te cegaban. Por la calle, en medio de la tarde que empezaba a caer, delante de todos los que esperaban como tú, se paseaba, con la cola

entre las patas, un perrucho. Su pelo amarillento estaba salpicado de nieve y los mechones traseros se habían enredado unos con otros formando carámbanos. Tenía el hocico negro y miraba fijamente a los ojos de algún que otro transeúnte. Daba vueltas sin parar por el centro de la calle. Parecía aterido de frío. Y, de repente, del aire oscuro ha surgido un coche y lo ha embestido de pleno, haciendo un ruido como el de un tambor golpeado con algo pesado: ¡bang! Era increíble lo fuerte que puede gritar un perro. No eran ni gemidos, ni ladridos, ni aullidos, era puro dolor arrancado de un trozo de carne. Un alarido, podrías decir, «incánido», como se dice a veces «un grito inhumano». El coche ha desaparecido pero el perro se ha quedado en medio de la calle, dando vueltas rápidamente alrededor de la cola, gritando y arrastrándose solo con las patas delanteras. Las traseras estaban paralizadas, inertes. Aullaba sin cesar hasta que se ha acercado otro coche, en la misma dirección. Lo ha golpeado de nuevo, pero esta vez lo ha enganchado y lo ha lanzado volando panza arriba. El aullido del animal mientras (un segundo o dos) se encontraba bajo el coche, ha superado el límite de lo soportable. Algunas mujeres se han tapado el rostro con las manos, una ha apoyado la cabeza en un árbol mientras los hombres gritaban en dirección al coche. El perro se ha arrastrado hasta la acera y se ha tumbado junto a una valla. Ya no emitía sonido alguno, se limitaba a boquear de vez en cuando con su hocico negro. Después ha llegado tu autobús y, en la aglomeración, has estado a punto de marearte. Yo te creo, tú te has limitado a contármelo y a mí también me han dado escalofríos. Tomo tu mano y contemplo el anillo con la turquesa. Me gusta mimarte, con otras soy un tipo imposible. Te levantas y sacas del bolso un paquete dorado de café en el que tintinean los granos. Café austriaco, unos dicen que es el mejor, otros que es el peor. Lo pones en el molinillo, ajustas la tapa de plástico transparente y mientras el motorcito vibra, la sujetas con la mano. Yo coloco mi mano sobre la tuya. Te agarro por la cintura y ya no quiero portarme bien. Sé que tenemos toda la noche por delante y que hay que respetar un cierto orden porque, de lo contrario, puede ser feo, humillante, desagradable, pero me temo que no tengo la experiencia suficiente como para poder esperar. Cuando estoy contigo, que me atraes tanto, me dan ganas de dejarme de conversaciones (en cualquier caso no tengo nada en la cabeza) y cogerte en brazos. Lo intento, tú también te has dejado llevar, pero habría que soltar la tapa y todo el café se desparramaría por la habitación. Me contengo y, mientras tú pones agua a hervir, hablamos tranquilamente sobre nuestras últimas lecturas. Tú lees un libro insignificante, lo has elegido sobre todo por el título y lo has paseado en el bolso por el trabajo. El libro se titula *Profundidades* y te has imaginado que no puede ser otra cosa que profundo. Seguro que se trata de las profundidades insondables de una mujer. Te digo con sarcasmo que, habitualmente, los autores que escriben sobre esas profundidades no tienen con qué sondearlas. Yo he terminado, de hecho he devorado, los dos libros que me prestaste la semana

pasada. *Nueve cuentos* de Salinger (todos son excelentes, pero me ha gustado especialmente *El hombre que ríe*, porque yo también tuve, cuando era pequeño, un amigo que me contaba maravillas de todo tipo. Se llamaba Mugurel y le daba por explicarme que habían existido varios Hitler. En cada episodio, uno de nuestros soldados mataba a uno) y *Nuncle*, de John Wain, nada especial, pero a ratos, como tú dices, «profundo». Rifirrafe, rifirrafe... *Café*. Lo sorbemos en tus tacitas con una raya azul. He empezado a temblar, se me ha acabado la paciencia. Pero, ¡ay!, tengo que seguir esperando. Porque otra vez me torturas con tu zodiaco, solo con verlo se me ponen los pelos de punta. Te empeñas en comentar que si esto que si lo otro. Cómo soy yo en los negocios, en el amor, qué tipo de inteligencia tengo, qué enfermedades debo prevenir. Dios mío, una mujer es capaz de volverte loco toda la noche. Por supuesto, durante este rato no pierdo el tiempo, te acaricio con las dos manos. Pero el resultado es que unas veces lees con voz más ronca y otras veces te detienes y cierras los ojos. Pierdes el hilo pero no te das por vencida en absoluto. Al final no llegas a ninguna conclusión. Me reconoces en algunos párrafos del zodiaco pero otros no me van para nada. Lo dejas y empezamos a hacer la cama. Luego nos desnudamos (tú, como siempre, te cambias en el baño y apareces, púdica, con el albornoz de flores rojizas bajo el que, para mi siempre renovada decepción, no llevas nada). Para cuando tú te metes en la cama, yo llevo ya un rato bajo el inmenso edredón y te pegas inmediatamente a mí.

Aquí, querido lector, me temo que, sin querer, te voy a dejar a dos velas. Es decir, no voy a contarte nada de lo que veo que sucede en la cama rectangular; ahora que he salido del cerebro ardiente de Vali —he olvidado decirte que así se llama el joven rubio de barba dorada—, la veo en todo su esplendor, con sus formas en relieve, sus cráteres y sus seísmos. Estoy encaramado en la balda superior de la librería, frotando mi barriga con *El museo negro* de Mandiargues. Agito torpemente mis patas, que llegan hasta la lámpara del techo. Veo a mi víctima atravesada, paralizada, incapaz ya de resistirse. Sin embargo está viva, con su memoria entera, gelatinosa, perfecta para ser ingerida. Al final de la noche, de esta mujer que ahora tiene el rostro contraído de placer (¿o de sufrimiento?) quedará tan solo un caparazón seco que se columpiará en mi red reluciente. Pero no me gusta ocuparme del aspecto técnico de la captura y el apuñalamiento. Supongo que conoces muy bien estos aspectos gracias a tu propia experiencia. Te puedo sugerir que, ahora que has llegado hasta estas líneas, cierras los ojos durante cinco minutos y que recrees en tu mente todos los detalles de la más hermosa (o de la última) noche de amor que hayas vivido...

Abre ahora los ojos. Todo está en orden. Si no describo esas dos bellas desnudeces —y no lo voy a hacer porque se acerca ya la hora de las historias—, nada ofenderá, lector hipócrita, tus preceptos morales. Ella se encuentra ahora en la postura convencional, inevitable: con la cabeza apoyada en el pecho de él, que la abraza por

el hombro. Me apresuro a instalarme de nuevo en su lóbulo parietal izquierdo, ahí donde la más mínima lesión provoca afasia, agrafía y alexia.

Cuando, inmediatamente después de apagar el televisor, pasas la palma de la mano por la pantalla de cristal, sientes en los dedos miles de cosquilleos y oyes unos chasquidos inesperadamente violentos. Pero si vuelves a pasar la mano por segunda vez por esa superficie lisa, ya no percibes tensión alguna: la pantalla está inerte. Así también te acaricio yo ahora, Nana. Tus pechos, los músculos de tus hombros... ya no me dicen nada, como si fueran unos objetos parecidos a la silla o a la superficie áspera de la sábana. Al mismo tiempo, tu mente, tu naturaleza, tu ser más profundo aflora a la superficie como si del agua intensamente azul del océano se elevara una isla boscosa, con animales, pájaros, flores y libélulas. Al dejar de ser mujer, te haces mujer. Empezamos a charlar. Eso es lo que haremos hasta las ocho de la mañana. Nunca, desde que estoy contigo, he podido pegar ojo en toda la noche. Te he contado películas, te he contado chistes y luego he pasado a las confesiones amorosas. Me vuelve loco que tú sepas escuchar, que estés siempre atenta aunque no siempre te perciba indulgente. Había empezado la noche anterior (hace ahora cinco noches) con mi estúpida historia de Maria, «Bloody Mary», como te empeñas tú en llamarla cuando te enfadas. Ahora quieres saber a toda costa si al final estuve en su cumpleaños. Este asunto me resulta humillante. Si no te hubiera encontrado, no sé qué habría sido de mí. A Mary Bloody la conocí hace algo más de un año y se enamoró de mí casi de inmediato. Me conocía de la facultad, había leído algunos de los relatos que yo había publicado en revistas y me consideraba, como me decía siempre, un gran no sé qué.

No me la tomé en serio ni un solo instante. Era una chica-bulldog, hinchada, con ojeras y con un maravilloso cabello negro. Estaba loca de remate. Cuando se sentía feliz, era todo un espectáculo: cantaba y gritaba por la calle, me abrazaba con tanta fuerza que casi me rompía los huesos y me mordía en la mejilla hasta hacerme sangrar. Después de mis citas con ella, volvía a casa lleno de moretones. Había reunido todo tipo de baratijas que le recordaban nuestros primeros días juntos: las etiquetas de las botellas de cerveza que habíamos bebido, los muguets que yo le había regalado, un palillo de plástico —con una figurita en un extremo— de la comida que ella me había ofrecido ceremoniosamente, una vela de fantasía a medio consumir, que le recordaba la velada transcurrida bajo su luz, la muestra triangular de la tela escocesa con la que se había hecho el traje que llevaba cuando fuimos por primera vez al Athénée Palace... y muchas cosas más. Lo había pegado todo con cinta adhesiva en un cartón con forma de M que me regaló por mi cumpleaños. Era emocionante y grotesca con sus rosas y sus verdes, te impresionaba su aspiración atormentada a un mundo diferente al suyo. Me asustó lo loca que estaba por mí. Nos pasábamos noches enteras paseando por la ciudad. Pero su carencia total de gusto, el

kitsch exuberante de sus preferencias (que se inclinaban por la música popular de mala calidad y los melodramas de segunda), una falta de tacto que la llevaba a entrar en una sala de hospital gritando *hello everybody!* convencida de que así animaba a los enfermos, me sacaban de mis casillas por aquel entonces, así que después de tres o cuatro meses le dije con un cierto cinismo que no la quería y que teníamos que separarnos.

Aquella noche dejé que se fuera sola a su casa (vivía en el quinto pino, en Berceni) y, a las tres de la madrugada, me llamó su madre porque no había llegado aún. Me asusté y me imaginé toda clase de disparates. Estaba tan agitado que hacia el amanecer rezaba como un idiota: «Señor, no me importa que nunca llegue a ser escritor, pero que ella esté bien. Que no le haya sucedido nada malo...». No tenía mucho más que ofrecer. A las cinco de la mañana apareció por mi casa. Se había tirado la noche deambulando por las calles. (Aquí tú pones una cara de pena tan hipócrita, que comprendo cuánto te fastidia esta historia. Tienes celos de Maria. Me dices: «Eres increíblemente ingenuo, Vali. ¿De verdad crees que estuvo paseando toda la noche?». Te explico una vez más que ella era así pero tú insinúas que, de hecho, Maria había estado en casa de alguien. ¿Y por qué me había mentido entonces diciéndome que era virgen? No, Maria no solo era virgen, sino que era verdaderamente inocente, virginal y pura a su manera, sin reservas, como un niño. A este respecto no tengo ninguna duda. Desde entonces me ha mentido muchas veces, pero respecto a ese asunto no puedo dudar de ella. Así que ahórrate el sarcasmo, tú no la conoces). Luego no volvimos a vernos durante mucho tiempo. Nos encontramos en la calle, por casualidad, en otoño, por octubre. Charlamos un rato y cada uno se fue por su lado. Aquella noche llegué, para mi sorpresa, muy alterado a mi casa. Sentí por primera vez que la quería, que la echaba de menos. Al día siguiente fui a la facultad. Esperé a que saliera al pasillo y le pedí que se casara conmigo. Me sentía feliz, daba el asunto por zanjado porque sabía que ella me había querido siempre y estaba convencido de que nada había cambiado, que todo había dependido siempre de mí. Pero ella se opuso sin saber muy bien qué terreno pisaba. Yo me imaginaba una feliz vida de familia junto a Bloody Mary. Un par de días después nos vimos en el parque junto a su casa. Yo le había llevado una pera gigante, jugosa. La mordía y se hacía la remilgosa, la tía. Ya veremos, ya hablaremos... Tal vez dentro de dos años... Por supuesto, durante todo este intervalo, la pequeña bulldog tenía que permanecer intacta como la mismísima Inmaculada Concepción, porque ella quería merecer su coronita y todo lo demás. Y yo que había creído hacerla inmensamente feliz con mi propuesta... Lo di todo por perdido y nos separamos enfadados. Le dije además que tendría que buscarse un retrasado mental que aceptara esas condiciones.

Durante unos cuantos meses la telefoneé de vez en cuando porque tenía remordimientos. Imaginaba que la pobre chica quería que estuviéramos juntos, pero

que tenía miedo, que mi comportamiento la había asustado. Me invitó a su casa en un par de ocasiones y se portó como una cerda. Me recibió en pleno invierno con las ventanas abiertas de par en par, mientras hacía las labores de la casa con un pañuelo en la cabeza. Me trató con ironía y me despachó al cabo de media hora, aunque solamente llegar a su casa me llevaba una hora. Me ofreció un bizcocho que estaba un poco amargo, creo que había puesto zumo de limón en la masa. Estaba claro que se estaba vengando, que se burlaba de mí y yo me marchaba cada una de las veces terriblemente furioso, decidido a cortar con ella para siempre. Pero en cuanto llegaba a casa las dudas me asaltaban de nuevo, no era capaz de aceptar la evidencia: ella había conocido a otro y no quería nada conmigo. Ya sabía, gracias a sus alusiones, de quién se trataba: un marinero estúpido que le había traído unos tejanos talla 58 para su imperial trasero, que le había endosado un magnetófono niquelado para que pudiera escuchar a Frank Sinatra y a Cleopatra Melidoneanu, que se dejaba caer por su casa de vez en cuando para burlarse juntos del pobre escritorzuelo que la había pedido en matrimonio.

En verano, a Mary se le habían bajado los humos, incluso había venido a visitarme y yo la había desnudado. Colocarte encima de ella era una hazaña de rodeo: se retorció como un mustang. Al día siguiente, sin embargo, ya no me conocía: había regresado su marinero de América del Sur y estaba muy orgullosa. Al cabo de un mes partía de nuevo el remero, ella volvía a pasar por mi casa o me llevaba a la suya y otra vez lloraba desconsolada sobre mi hombro: que nunca sabré todo lo que ella me había querido, etc. Cuando lloraba, enrojecía como una remolacha, parecía la esposa de un transilvano, olía a cebolla, lloraba a lágrima viva, resultaba ridícula. Y yo seguía confiando que la historia con aquel tipo del paquebote fuera solo eso, una invención suya para atraerme más, anhelaba que me quisiera y así me volvía también yo un lánguido y un bobo sentimental. Pero en cuanto asomaba el barco Mărășești o Mărăști desde las Antillas, en cuanto llegaba Popeye con su collar de cuentas baratas, empezaban de nuevo los sarcasmos. Aguanté con esta tontería un año y unos meses, algo increíble. El amor propio, motor de la paranoia, es capaz de negar la realidad por completo, de inventar un teatro de marionetas en el que él es el príncipe que viene con el zapatito de plata y en el que Cenicienta le espera siempre, considerando la posibilidad de vivir con el jornalero del corral, más sucio, es verdad, pero más seguro. Hasta aquí había llegado con *the continuing story*. Ahora quieres saber (y con cuánta atención tu rostro extraño, mogol, tu cabello húmedo, se pega a mi clavícula) si estuve en su cumpleaños, al que me invitó inesperadamente tras un mes de distanciamiento. Estuve. Estuve, qué demonios... Me piré, es cierto, al cabo de una hora, en un estado de perplejidad absoluta. Ya no sabía si reír o llorar. Marine Boy estaba por las Filipinas, en cambio se habían juntado en casa de la bulldog algunos bribones de la peor calaña, amigos de él, que tenían unos motes deliciosos: Mielu,

Şobo, Hahamu...^[16] A Hahamu, por simpatía, me presenté yo mismo como Bardamu.^[17] Era, sin embargo, un tipo duro y la broma no funcionó con él. Ni siquiera me miró cuando le di la mano. No sé por qué me había invitado. Lo que sí sé es que me dejó completamente perplejo el aspecto de la casa. Mary había colgado, en todas las paredes, algunas citas en griego, copiadas quién sabe de dónde, relacionadas todas ellas con el mar, con el agua: *Thalassa! Thalassa!, Pantarhei* y otras maravillas. Como lámpara de mesa tenía un barquito con velas blanquecinas y una bombilla por detrás. En la puerta, un cartel inmenso que decía «La sabiduría de la tierra»^[18] y que probablemente se refería a ella misma. Sobre el baúl del estudio,^[19] en un óvalo de celofán, un campesino y una campesina chipriotas; él con faldita y fez, ella con un *ilic*^[20] y no sé qué en la cabeza, de un *kitsch* miserable, de esos que hay también por nuestras tiendas de artesanía. Se escuchaba en un silencio religioso a Nat King Cole.

Y mira a mi Cenicienta, a la mujer de mis sueños, con que la yo quería casarme, mírala cotorreando sobre cartones de Kent, mírala hablando sobre buques de carga, mírala obsesionada por si el Mărăseşti regresa el diez o el quince. Mírala en éxtasis ante una porquería de postal en relieve, recibida desde Valparaíso, que representa, como las cajas de caramelos, a una niña de bucles dulces y faldita azul, corta y fruncida, que espera a un joven apuesto que se acerca en una barca, remando con ímpetu. Al mover la foto, el joven remaba y su dulce amada saludaba con la mano. Aquello me daba vergüenza, créeme, Nana, y me la sigue dando aún. Además me siento desgraciado, estoy triste por haber llegado hasta ese punto; habría preferido creer que había amado a una chica digna en cierto modo de mí. Pero esto es humillante.

Dios mío, pienso ahora qué habría significado una boda con ella. ¡Qué jaleo, qué miseria! Bloody Mary con el velo y el azahar y el ramo de novia en ristre, gritando y gesticulando de felicidad. La charanga aporreando los tambores, los grupos de bailarines apareciendo a la vuelta de la esquina: ¡arriba, arriba! Gritos y buenos deseos, ella en la cabecera de la mesa, bañada en lágrimas, y su madre con un moño triple poniendo delante de cada uno el sobre para el dinero. Y luego, hacia el amanecer, ¡llevar a la bulldog a la cama y esforzarme por desvirgarla! Te has dejado caer un poco, tienes ahora la mejilla pegada a mi cintura y me rodeas el talle con los brazos. Después de esta historia, permanecemos los dos bastante rato en silencio. Estoy enojado, aunque mucho más tranquilo que unos días atrás... Tú... tú callas. No sé qué estás pensando. La bombilla del techo ilumina violentamente esta habitación alucinante: las pilas de libros, la mesita con el cestito, los tapices. Sobre el sillón, nuestras ropas amontonadas en desorden. «Qué delgado eres, pareces una niña», dices finalmente. Y luego, sin venir a cuento: «¿Has observado qué llevo al cuello?». Te incorporas hasta que tu rostro queda a la altura del mío. Miro tu cuello levemente arrugado. El cuello de una mujer es el que mejor señala su edad, creo haberlo oído en

algún sitio. Tu cuello es el de una mujer de treinta y cinco años. En la almohadita de carne de debajo de las mandíbulas, en uno de los lados, tienes una cicatriz pequeña, no un corte, es más bien un pliegue, un arreglo plástico. «Aquí tenía un lunar», me dices. Dios mío, qué castaño maravilloso el de tus ojos. Pero ahora es lo único bello de tu rostro. Un hombre con ojos de mujer. Tal vez incluso con boca de mujer. Siento de nuevo una oleada de deseo, te muerdo el labio inferior. Tú, en cambio, te has cerrado tras la aspereza de tu rostro. Ese lunar, me explicas, tuvo que ser cauterizado. Y luego sueltas unas palabras angustiadas, entrecortadas, como si suspiraras. Tuviste miedo, mucho miedo.

Hace un par de años, en otoño, despertaste de un sueño horrible gritando. Encendiste la luz y viste sobre la almohada unas gotas de sangre. Te llevaste los dedos al cuello y los miraste: sangre. El lunar sangraba. En cuanto amaneció, fuiste corriendo a la sección de oncología. Ya conocías al médico porque habías estado allí tiempo atrás, cuando creíste tenerlo en el pecho. Desde entonces leías todo lo que caía en tus manos sobre este tema, que se había transformado en una fobia persistente, angustiada. Sabías que si los lunares sangran o cambian bruscamente de color, si se vuelven violetas o rojos o si empalidecen, puede ser una señal. Sobre todo si tienes, con anterioridad, unos sueños determinados. Existen estudios sobre los sueños premonitorios de los tuberculosos, de los enfermos de corazón o de cáncer. «¿Y qué soñaste entonces?», le pregunto. Te quedas con la mirada perdida. «Luego te lo cuento». El doctor era un tipo más bien excéntrico; su esposa había muerto y, por supuesto, se rumoreaba que precisamente había sido de cáncer. Antes de que llegara el resultado de la biopsia, el tipo te pidió que te casaras con él. Me echo a reír. Por otro lado, no me gusta que parlotees sobre un asunto como ese. No es por nada, pero después resulta difícil, un poco embarazoso, volver a hacer el amor. Te quedas como una isla de zafiro surgida del mar. Cuéntame otra cosa. La última vez me dijiste que tú no vives, sino que existes; sé que, cuando avanzas de espaldas por el pasillo de tu memoria, te tropiezas, te arañas, te golpeas, pero no puedes evitar encontrar algunos sitios transparentes en los que tú eres verdaderamente tú y no una pobre mujer madura, una funcionaria solitaria sin futuro alguno que vive bajo la tierra, a millones de kilómetros de profundidad bajo los cimientos de la ciudad, en este cubo luminoso de tu apartamento. Háblame de tu marido.

¡Bravo, chaval! Empiezas a gustarme. La has rodeado con unos hilos más fuertes que el cobre. La has embaucado con la gota de Bloody Mary que tiembla aún en su estómago. Has perforado exactamente su ganglio nervioso. Ya puedes sorberla, ya la tienes atrapada con mis ocho patas. He clavado los colmillos en su carótida y siento en la boca el sabor a uva de su sueño. ¡Qué tiernos sois el uno junto al otro! Antes de que diga algo más, empiezas a acariciarla. Su rostro, que no tiene nada en común con el nombre de Svetlana, se vuelve hacia arriba, no finge el éxtasis, el labio superior se

contrae y deja ver sus dientes en una sonrisa forzada, te abraza con todas sus fuerzas, ama a su exterminador. Esto se alarga tanto que, querido lector, me siento obligado a llenar tu espera con algo. No creo que te venga mal que te cuente algo más sobre Vali. Su biografía es estándar: guardería, escuela primaria, liceo, facultad. Está en el cuarto curso de Filología y no se le pasa por la cabeza pensar qué hará después. Si alguien le dijera que va a ser profesor en una escuela minúscula de la periferia de la Capital, lo miraría con lástima. Lo mismo haría si le auguraran un brillante futuro en el mundo de las letras rumanas. Por el momento vive con sus padres, lee, lee y vuelve a leer. Su trabajo es entusiasmarse. Escribe poco. Él escribirá, por ejemplo, dentro de dos años (desvelo esto solo para que os hagáis una idea de sus posibilidades como novelista principiante) la primera historia de este volumen, *El Ruletista*. Si, siguiendo una buena costumbre de lector, habéis empezado el libro al revés, leed ahora mismo *El Ruletista*. Es lo mejor que podéis hacer en este paréntesis en el que ellos se aman. Y, en términos objetivos, se tarda más o menos lo mismo. De publicar, no ha publicado más que dos o tres rúbricas en *Amfiteatru* y unas cuantas poesías, bastante malas, en *Echinox*. No me gustan las sustancias de las que se nutre la poesía: demasiado olor a éter, a laca de uñas. Tienes que comer de ti mismo, como Nastratin Hogeá. El verdadero narrador se alimenta de los otros.

Dios mío, no me saturo de ti. Nos hemos despegado otra vez. Tú le levantas y vas al baño. Llevas solo una camisa de hombre que te llega hasta las pantorrillas. El ruido del agua del baño enturbia cualquier atisbo de pensamiento. Tú eres dócil, eres dulce en nuestros momentos de pasión, no quieres imponer tu personalidad, no tienes ningún gesto de iniciativa, pero respondes con ternura y firmeza a todos mis gestos. Cojo una manzana del cestillo y empiezo a mordisquearla. Vuelves a mi lado, con tu vestido como la vela de un barco. Apagas la luz y te metes en la cama. Tienes las manos húmedas, heladas. Yo sigo comiendo la manzana a oscuras y, de repente, te oigo hablar. Tu voz sustituye a los objetos de la habitación, tan presentes hasta ahora junto a nosotros, y de los que no ha quedado más que ceniza.

No insistas, tampoco me importa demasiado lo de tu marido. Dices que era alcohólico y que lo abandonaste tras siete años de matrimonio. Siete años de infelicidad. Arrojaba por la ventana tus novelas y tus libros de poemas. Al final te divorciaste de él, hace cinco años. Recuerdas que el divorcio se firmó más o menos por estas fechas, por diciembre. Te costó asimilar el impacto. En Nochevieja te sentías tan sola, tan absurda en tu apartamento de la calle Ștefan cel Mare, el primero al que te mudaste, que saliste a medianoche a pasear por la alameda del Circo. Bajaste hasta el lago y allí, en un mundo extraño, envuelto en la niebla, encontraste a un adolescente que, de rodillas, contemplaba el fondo del lago a través de la gruesa capa de hielo. Te echaste a llorar. Incluso ahora te entran escalofríos cuando recuerdas aquella escena. Él, muy serio, te acompañó hasta la carretera y te dejó allí.

Desapareció después, lentamente, engullido por la niebla. No has vuelto a verlo nunca más y tampoco a tu marido.

Te pregunto cuándo hiciste el amor por primera vez y noto cómo sonríes en la densa oscuridad. Rozo tu cara con los dedos y estás sonriendo de verdad. Nos echamos a reír los dos. Me dices que no tiene ninguna importancia cuándo y con quién lo hiciste la primera vez. Pero, si tengo un poco de paciencia, me podrías contar algo mucho más interesante, a saber, cuándo te besaste con alguien la primera vez. «¿Es que puedes besarte de otra manera que con alguien?», te pregunto mientras mi mano continúa recorriendo sin prisa, con la voluptuosidad de un ciego, el contorno de tu cara. «Por supuesto», me dices, y noto cómo se mueven tus labios. Atrapas con los dientes, suavemente, uno de mis dedos. Después: «Cuando era pequeña me besaba en el espejo». Luego me haces una pregunta rara, con una voz neutra, contenida: «¿Has oído alguna vez hablar de *REM*?». «No, no creo —farfullo sin demasiada atención o curiosidad—. Pero, venga, cuéntame cómo te besaste por primera vez. “Háblame de Enigel y de Crytpo, el rey de los hongos”»^[21] Y tú, querida Sherezade, empiezas con tu maravillosa historia. La isla esmeralda se eleva ahora varios miles de metros por encima de las aguas, en las que se reflejan los acantilados. Solo un sendero conduce hasta arriba. Allí se extiende un campo cubierto con dientes de dragón amarillos, chiribitas y bocas de dragón silvestres. Mariposas y libélulas de ojos nítidos, inmensos, giran en torno a las flores. Un poco más allá hay un soto de árboles jóvenes en flor. Incluso desde aquí huele a corteza de árbol.

Voy a contarte algo que sucedió por el año 1960 o 61, cuando era aún una niña, no tendría más de doce años. Vivía con mi familia por la zona de Moilor, en una de aquellas casas raras en las que el segundo piso sobresalía sobre el resto, con dos columnas finas que vigilaban la entrada y con todo tipo de máscaras grotescas, de yeso, colgando por todas partes. Arriba, justamente sobre la entrada, flotaba el balcón, en cuya base había un canalón que desaguaba, como los sifones antiguos, por el pico abierto de un buitre de metal. El balcón era minúsculo y, sin embargo, en verano se transformaba en mi lugar de juegos, en mi residencia casi permanente. Allí botaba una pelota grande con rayas anaranjadas, azules y rojas púrpura, o contemplaba, horas muertas, entre las rejas cubiertas de hiedra, la cabeza del buitre, cuyos ojos y cuyo pico de narices abultadas —así como cada una de las plumitas que cubrían su cabeza— estaban minuciosamente cincelados en el metal oxidado. Cuando, después de acunar a mis muñecas y de cantar yo sola horas y horas, a pleno sol, entraba en casa, conservando aún en los ojos los reflejos brillantes de la hiedra, las habitaciones me parecían oscuras como cuevas. Después de cenar salía otra vez para contemplar las estrellas. No sé por qué, pero creo que entonces había muchas más estrellas en el cielo de las que se pueden ver ahora. Además, había también muchos más eclipses, casi cada semana había un eclipse de sol que yo seguía a través

de unos cristales previamente ahumados. ¿No te acuerdas? Tú eras muy pequeño por aquella época... Entonces había unas nevadas terribles y aquel año, en verano, apareció de repente en el cielo un cometa con siete colas extendidas que se perdían en el éter. Yo contemplaba desde el balcón cómo permanecía inmóvil una mancha blancuzca entre las estrellas amarillas brillantes, con miles y miles de puntas afiladas. Desde la calle, en aquella época empedrada y bordeada de otras casas como la nuestra, pintadas en toda la gama de rosas y anaranjados, decoradas con figuras de yeso, con el revoque descascarillado, con las ventanas cubiertas con persianas polvorientas, se oían lo ecos empalagosos de las canciones de entonces, que todavía hoy provocan en mí una nostalgia idiota: «Entra la luna por el balcón / Entra en nuestra habitación...». Si subía al desván y miraba a través del lucero (de hecho, una especie de ventanuco vigilado por otras dos representantes de aquel pueblo de gorgonas de Moşilor,^[22] a una de las cuales le faltaba un brazo y blandía hacia el cielo tan solo la vara de hierro que había sujetado el estuco) veía, sobre los tejados de alrededor, los anuncios luminosos de Bucarest, rojos y verdes, intensos, encendiéndose y apagándose en intervalos regulares. Había sobre todo uno de color zafiro sobre un bloque del centro que hoy ya no existe. Cuando se apagaba, yo cerraba los ojos y contaba hasta once. Cuando los abría tenía que ver, en ese preciso instante, que el letrero se encendía de nuevo. Este arrojaba sobre la cara brillante de mi muñeca de cartón una luz azulada que se apagaba para dejar sitio a una sombra rojiza y a unas rayas y manchas verdes. Me quedaba en el desván, contemplando los contornos negros de la ciudad hasta que oía a mi padre repiquetear en las escaleras. Subía como un monstruo, era una estatua enorme de carne roja que ocupaba la puerta del desván. Le tenía mucho miedo aunque no me pegaba: muy al contrario, me cogía en brazos y se acercaba también él al ventanuco. Una cabeza enorme, una cabeza más pequeña y otra aún más pequeña (la cabeza de cartón, con coletas de lana marrón, de Zizi, mi muñeca, porque me gustaba escuchar en la radio a Zizi Şerban), tres cabezas, seis ojos redondos se apretujaban por ver las estrellas. Luego descendíamos a nuestros cuévanos.

Raramente, muy raramente, salíamos de casa. No teníamos amigos y mis padres eran muy solitarios. Mamá, la pobre, salía solo a las compras, y papá iba solo a su misterioso trabajo, de donde nos llegaba el dinero. Cuando decidían llevarme de paseo yo era feliz. No olvidaré jamás el día en que fui con mi padre al parque de atracciones, en la Plaza de las Naciones, tenía cuatro o cinco años entonces. El parque me pareció inmenso. En el centro había un abeto que llegaba hasta el cielo, lleno de bombillas coloridas, de guirnaldas de todos los colores, grandes paquetes de cartón envueltos en papel de estaño dorado, púrpura, azul, globos del tamaño de una cabeza, hilos dorados del grosor de una mano. En la cresta del abeto había una estrella de cinco puntas que conseguía enrojecer con su luz la nieve de todo Bucarest. Por los

paseos había espejos deformes y hombres de tres metros de alto, hechos de nieve artificial, en cuyo pecho se abrían escaparates con complicados mecanismos. Se vendían por todas partes pirulís, limonada en botellas mates, bellamente torneadas. Había unas cajas grandes que tenían bajo el celofán extrañas formas de azúcar de colores: eran figuras de Moș-Crăciun de bollo dulce, había otras de verdad, en torno a las cuales se reunían los niños para que les contaran historias. Al entrar en el laberinto no podías perderte porque en cada pared encontrabas una flecha que indicaba la salida. Una casona alargada y pintada en colores chillones albergaba a la ballena Goliat, que también nosotros vimos estrujados en medio de la multitud: un cilindro infinito, morado, como de yeso teñido, con inmensas aletas de pez y, en la boca, unas tupidas barbas. Ballenas también se llamaban las láminas flexibles de plástico que papá llevaba en el cuello de las camisas. Las vendían los gitanos por las esquinas. Pero lo más bonito del parque de atracciones, aparte del abeto, me pareció el cohete Vostok, en tamaño natural, al que te podías subir como si fuera una torre. Arriba, en la cabina, veías a las perritas Strelka y Belka, fabricadas en tela y lana rizada. Luego tenías que bajar deprisa por el otro lado porque subían otros niños que también querían ver a las perritas, sujetas con sus complicados arneses de miles de hebillas. Papá me decía que con anterioridad a ellas había estado otra perrita en el cosmos, Laika, y que se había quedado en la luna. A veces miraba las manchas del cristal ahumado de la luna, cuando estaba despejado, pero allí no veía nada por mucho que me esforzara. Un poco más allá había un telescopio pintado sobre un trípode, pintado de todos los colores. Papá pagó algo y pudimos mirar a través de él. Creía que podría ver las estrellas con sus bosques y flores y las niñas que vivían en ellas, pero a través de la lente redonda no vi nada más que miles de trocitos simétricos de cristales de colores que formaban diferentes imágenes si girabas levemente el tubo. Parecían enormes copos de nieve, relucientes. Me fui llorando de aquel derroche de luz y colores que no había visto nunca antes.

Pasábamos junto a un edificio que tenía arriba un panel con miles y miles de bombillas por las que desfilaban las noticias, letras que huían hacia la derecha, formadas por el encendido y el apagado de las bombillas amarillas. La gente, cargada de regalos, seguía durante minutos enteros aquella sucesión de palabras. Volvimos a casa a través de la ciudad dominada por la luna llena, enorme. No teníamos teléfono, ni siquiera sabíamos que existiera algo así. Nuestras visitas a la familia eran, por ello, muy raras, porque teníamos que presentarnos sin avisar y a mi madre le daba vergüenza. Además, solo teníamos unos pocos familiares: el hermano y la hermana de mi madre, a los que se sumaba mi madrina. Al tío Lăzar lo veía muy poco, quizá una vez al año porque, divorciado, cambiaba bastante de pareja, lo cual suponía un motivo de enfado para mi madre, que había sido amiga de su mujer. Incluso hoy en día, cuando tiene más de setenta años, el tío Lăzar conserva sus costumbres, que

parecen mantenerlo en forma. Tampoco frecuentábamos demasiado a mi madrina, porque era una mujer desaliñada. En su casa, rebosante de niños pequeños —un corderito al año—, olía siempre a sucio, a rancio. A pesar de eso, yo siempre insistía en ir (vivía en Ferentari, en una callejuela de gitanos, serpenteante y ruidosa, con una iglesia amarilla, horrible, y un aseo público que apestaba a un kilómetro) porque, casualmente, mi madrina tenía un televisor, un TEMP 6 con una pantalla minúscula, pero en la que podía ver los primeros episodios de *Robin Hood* y películas para niños como *El eslabón mágico* y *El soldadito de plomo*, que me gustaron mucho. Por eso aguantaba a los mocosos en pañales zurcidos con retales estampados y los morretes sucios; les encantaba tirarme de las coletas y torturarme de todas las maneras posibles. A casa de la tía Aura íbamos más a menudo. El camino hasta allí y todo lo que sucedía cuando íbamos adonde mi tía era para mí una aventura rara, la exploración de otro mundo. Las cosas más importantes de mi vida tuvieron lugar en aquel barrio de la periferia de Bucarest. Allí, por lo demás, ocurrió *lo único* por lo que creo que vine a este mundo, la razón por la que fui elegida: mi entrada en *REM*. Y también allí, que de esto estábamos hablando, me besé por primera vez con alguien... Más adelante, más de diez años después, también hice el amor por primera vez con no sé quién, después de no sé qué fiesta, pero no fue entonces cuando me hice mujer, porque lo era ya mucho antes, psicológicamente hablando.

A veces sucedía que mi madre irrumpía en mi habitación y me decía que íbamos adonde la tía Aura. Yo saltaba de alegría, elegía rápidamente un vestido elegante, me ponía medias blancas y vestía a Zizi con un vestido de terciopelo color verde claro, que hacía aguas y que le quedaba muy bien. Por debajo le ponía unas braguitas de tul rojo y una combinación de batista blanca, estaba impecable. Salía al balcón, al frescor dorado de la mañana, y contemplaba los tranvías y los coches que traqueteaban en la calle. A veces, entre ellos, pasaba también algún camión arrastrado por caballos, con las cartolas bellamente teñidas de azul o verde, y decoradas con dibujos de flores, sirenas o ciervos. A su paso, los caballos dejaban de vez en cuando unos globos amarillentos de estiércol humeante. Olía a humo y a caballo, no resultaba nada desagradable. Para cuando mi madre se preparaba y comíamos algo, se hacían las once. Salíamos al bullicio callejero y caminábamos lentamente hasta Obor. Volvía la cabeza al pasar delante de cada quiosco de refrescos, con sus máquinas de arroje y sifones, con sus bollos rellenos de crema y roscos «con sal y semillitas / no te duele la tripita». Cuando era pequeña, me tiraba al suelo si mi madre no me compraba lo que quería y berreaba como una loca. A veces se acercaba una vieja y, haciendo muecas espantosas, me decía: «¿Quién es esta niña tan descarada? ¡La voy a meter en el saco!», y yo gritaba todavía más. En la radio, había siempre anuncios cantados en varias voces como «Gominolas y pastillas / Confites y peladillas» o «Limo-limo-limonada». A partir de los siete u ocho años, desde que empecé a ir a la escuela, me

hice más moderada. Pero siempre he sido muy golosa. Me asombra no haberme convertido en una ballena.

Obor era un lugar mágico. Aún hoy lo recuerdo con nitidez, simplemente lo veo ante mis ojos. Un cruce de calles sin más, no demasiado ancho, pero con un aire balcánico, mercantil, que ya no encuentras en ningún sitio. Si te acercabas desde Ștefan cel Mare, te asaltaba una multitud de letreros de todas las formas, dimensiones y colores, escritos en vidrio o madera, a mano, con una bella caligrafía, o bien con los más variados caracteres de imprenta. Fabricantes de estufas, de edredones, sastres, «Cristales y espejos», relojeros, «Pompas fúnebres» (aquí había siempre un féretro apoyado en la puerta, forrado por dentro con oleadas de satén), una gigantesca llave de madera colgada en perpendicular a la pared y sobre la que ponía YALE, un reloj de cristal, tan grande como el de la estación, pero con las agujas pintadas y el nombre del propietario escrito en su interior. A la izquierda había una tasca de la que salía siempre un humo azulado con olor a rollitos de carne a la brasa. A su alrededor pululaban borrachos, gitanos húngaros seguidos por sus mujeres vestidas con faldas fruncidas, campesinos con ristras de ajos y sacos a medio llenar que olían a cáñamo. Al otro lado de la calle estaba la juguetería «Caperucita Roja», con la que soñaba yo por las noches. Era para mí un lugar mágico. En cuanto llegábamos a Obor, arrastraba a mi madre a su interior. Entrábamos en una estancia alargada, de techos bajos, que olía espantosamente a aguarrás. Los tablones del suelo eran de un marrón rojizo y la luz que se colaba desde los escaparates era insuficiente. Solo cuando te adentrabas bastante en aquel espacio vacío encontrabas el mostrador y las baldas de juguetes. Miraba perdida a las muñecas de todos los tamaños, vestidas con bastos retales de tela. Casi todas eran de trapo, solo la cabeza era de una especie de yeso que se desportillaba enseguida, y tenían el pelo de lana negra, amarilla o marrón. Había también muñecas de goma, que representaban a una negras con cabellos rizados. Había caballitos blancos, con silla de tela barnizada, roja como una llama, osos amarillos y marrones, pájaros mecánicos de hojalata. Siempre había sobre el mostrador cinco o seis juguetes que andaban, saltaban, tocaban un tambor, cochecitos que corrían por fricción, cohetes que echaban chispas por la cola. Mamá me compraba generalmente juguetes baratos, de esos para reproducir escenas de *Blancanieves*, *La Cenicienta* o *La Reina de las Nieves* combinando trocitos de cartón de formas raras. Me aburría enseguida de ellos porque había aprendido cómo construir aquellas láminas incluso al revés, sin mirar los dibujos, siguiendo tan solo la forma de las piezas de cartón. También me compraba plantillas para coser, con colores y agujeritos. Solamente había que pasar por los agujeros la aguja enhebrada con hilo marrón, azul, verde, amarillo o rojo. Delineaba así el pastorcillo con su oveja, el tractor, un niño y una niña de la mano, bellamente dibujados, maripositas. Siempre salía llorando de «Caperucita Roja». Un poco más arriba, en Mihai Bravu,

había un «Ferometal» enorme donde se podía comprar hojalata, clavos, cadenas, y también jarrones y vasos sobre los que estaban impresas pegatinas con pájaros de colores. Más allá, después de una estancia minúscula en cuyo escaparate, fuertemente iluminado, una mujer gorda vestida de verde zurcía medias de nylon, había una cava siniestra donde se vendían telas de lino y esparto y alfombras de yute. Allí, sobre los mostradores y las baldas, yacían inmensos rollos de tela que olían fuertemente a naftalina, a fibra vegetal, a yute. Olían sobre todo a yute. En una columna colgaba un espejo en el que me veía reflejada: desde la densa penumbra me miraba una niña asustada, con el rostro deformado por las aguas del espejo. Enfrente, en el interior de la plaza, se encontraba (sigue igual hoy en día) el mercado. Pero entonces me parecía monstruosamente grande. Dentro siempre hacía frío. Mientras mi madre compraba algo a los campesinos alineados a lo largo de los mostradores de azulejo, yo estiraba el cuello para mirar hacia arriba y ver el mosaico medio borrado de una de las paredes y el ajeteo del primer piso, donde sabía que se vendía la miel. Separados del recinto del mercado estaban, a un lado, los infinitos pasillos de las carnicerías. Me fascinaban los cerdos partidos por la mitad, los cuartos de vaca que colgaban de casi todos los ganchos, los carniceros —con sus batas llenas de sangre— que, sin cesar, partían a machetazos las cabezas de los corderos —de las que extraían unos sesos lechosos— o cortaban gruesos filetes. Desolladas, con los ojos fuera de las órbitas y los globos oculares llenos de venitas, las ovejas, despanzurradas, yacían directamente sobre el mostrador. Para salir teníamos que pasar junto a unos bidones inmensos que apestaban a suero y de los que unos hombres sin afeitar, de rostros sombríos, sacaban grandes trozos de queso. Estaban empapados hasta los codos de aquel líquido lechoso. En el cruce de Obor todo el mundo atravesaba como quería. No había semáforo y los policías que rondaban por allí estaban ocupados en charlar con el lisiado que ofrecía una balanza de precisión o con el vendedor de boletos de la suerte. Era un enjambre que olía a piel, a tabaco, a trapos, a boñiga fresca, a carne a la brasa. Mi madre y yo, vestidas de domingo, tomábamos el tranvía, que avanzaba a duras penas entre carros y pobedas, haciendo sonar la campana con desesperación. Los tranvías eran de madera, con muchos marcos exteriores, con ventanillas pequeñas y un único faro frontal, sobre la reja metálica. Junto con las puertas que se despleaban chirriando —estaban toscamente embadurnadas con una sustancia negra con la que me manchaba siempre—, descendía un escalón sobre el que te apoyabas para subir. Pero era tan alto que mamá tenía que cogerme en brazos para que yo pudiera sujetarme a la barra de latón reluciente. Normalmente subíamos por delante, porque había menos gente, así que a menudo nos colocábamos detrás del conductor, que en aquellos tranvías no se encontraba en una cabina de metal y cristal, como ahora, sino que estaba simplemente sobre un asiento del que escapaba el relleno, en la parte delantera del tranvía, en medio de la aglomeración de viajeros. Me gustaba mirar

cómo hacía girar y rotar la manivela de níquel, coronada con una gran bola metálica, que manejaba a lo largo de la placa dorada. En la placa decía algo en alemán. Los asientos de los vagones eran unos tablones de madera amarilla, reluciente, y del techo colgaban unos asideros ovalados a los que se sujetaban los que llegaban hasta ellos. Cuando el tranvía cogía velocidad y corría derrapando sobre los raíles, los asideros golpeaban rítmicamente contra el techo: trosc-trosc, trosc-trosc, algo que, al anochecer, te provocaba una sensación de somnolencia. Si te subías en el vagón trasero, podías ver un freno de mano, una especie de manivela con un tornillo, níquelada.

Mi madre se sujetaba a un asidero, yo me balanceaba a su lado y así desfilaba ante nosotros una ciudad tan bella, tan misteriosa, que apenas cabía en nuestras pupilas. Por las mañanas, la ciudad estaba envuelta en una aurora como de agua fría. Estaban de moda los dondiegos, que abrían sus corolas azules, con venas violetas, casi detrás de cada valla. Al mediodía el tranvía iba lleno. Campesinos alegres, con boinas, gorras y pantalones cómodos, y mujeres con faldas floridas y pañuelos a la cabeza llenaban el vagón riendo, armando jaleo, discutiendo con la cobradora. Algún gracioso decía en tono grueso: «¡Billetes, por favor!», y te quedabas helado aunque tuvieras billete. Por las tardes, el tranvía estaba casi vacío, la cobradora dormitaba entre las paradas con la cabeza apoyada en su mostradorcito, mamá también cabeceaba en su asiento, conmigo en brazos, mientras yo contemplaba las nubes púrpuras que ardían sobre las casas de tejados negros, en zigzag, irregulares. Así, bamboleándonos, evitando a los borrachos, apartándonos de su peste a chabola o a ajo, llegábamos hasta la Barrera Vergului con el cine Munca y, sobre todo, con la estatua cardenilla del centro del estanque. Representaba a una mujer medio desnuda de cuyo cántaro brotaba un hilillo de agua. Una estatua negra, triste, con rayas verdes como la hierba. «*Más verdes que las serpientes hermanas / de las fuentes municipales*».^[23] Seguíamos unas cuantas paradas más, pasábamos junto a fábricas con gigantescas chimeneas de ladrillo, con grandes maquinarias grasientas en el patio, junto a vías muertas con vagones melancólicos, rojizos, que se oxidaban bajo la nieve, junto a tiendas de buñuelos donde aún se vendía *bragă* ^[24]. A lo largo de las calles se sucedían secas, huecas, unas moreras viejas, cuajadas a finales de verano de moras blancas, agusanadas, o negras índigo; unos algarrobos en cuyas vainas marrones, que olían a crudo, a dulce y a amarillo, zumbaban las semillas, algunos tilos y acacias. Finalmente, al cabo de unas cuantas paradas, nos apeábamos en la Rotonda. Ya no queda en Bucarest un sitio como la Rotonda. Era una plaza redonda, no demasiado grande, siempre como brumosa debido al yeso de colores pálidos, mezclados, que se desprendía de los enlucidos de las casas de alrededor. Rosa-verdoso, violáceo, el polvillo revoloteaba por la plaza y se te posaba en capas finas sobre los hombros, sobre las mejillas. Las casas tenían las fachadas cóncavas y eran

tan deformes, tan ridículas, que te provocaban una predisposición macabra. Leones de yeso, con la pata sobre una bola, vigilaban la entrada a un estanco. Buitres con las alas extendidas y grifones con la columna vertebral nudosa asediaban a las farolas. Los tejados tenían unos bulbos ovalados de estaño, como las iglesias rusas. Columnas antiguas, algunas destruidas, complicadas acanaladuras, monogramas enrevesados, encuadraban negocios con escaparates miserables. En todas las cercas había porquerías escritas con tizas de colores. En el centro de la plaza, aplastándola, se alzaba la estatua de un guerrero, sobre un pedestal, que era el más grande que yo había visto hasta entonces. Tenía que echar la cabeza hacia atrás para abarcar la imagen total del colosal soldado con el arma a sus pies. Las casas más altas eran más bajas que el pedestal de la estatua. Unas nubes color ladrillo rodeaban sus hombros. Era todo de piedra. Mientras yo lo contemplaba boquiabierto desde la acera, mamá entraba en diferentes cuchitriles a buscar algo para su hermana y para mi primo Marcel. Solía comprar un agua de lavanda muy barata que se vendía en unas botellas en forma de cochecito, unas cajas de cartón con chocolate Piticot o monedas doradas de chocolate. Algunas veces compraba caramelos de praliné, con forma de muñeco, rosas, rellenos de café. Otros caramelos, los anaranjados, estaban rellenos de miel. Cuando había (pero se encontraba cada vez menos), mamá me compraba azúcar caramelizado en trozos rugosos. También allí me compraba un sirope: agua muy fría con sabor a frambuesa. Desde la Rotonda tomábamos otro tranvía y bajábamos en la tercera parada. Ya estábamos en el barrio de Dudești-Cioplea. Recuerdo cómo me esforzaba por seguir el paso de mamá, que caminaba muy rápido. De su vestido se desprendía un aroma de almidón, pero el carmín estridente que utilizaba en ocasiones como esta (por lo demás no se maquillaba nunca), una barra de labios de las más baratas, olía a lavanda de mala calidad. Sin embargo, a mí me gustaba porque me recordaba al aroma perfumado de ciertos caramelos en forma de disco, rosas, harinosos, llamados «pendientitos». Llevaba a Zizi en su bolso de piel de cocodrilo de imitación. Después de dar muchas vueltas por callejuelas desconocidas, después de pasar junto a escuelas ocre y achaparradas, con bastidores verdes en las ventanas y tejados marrones, junto a centros de distribución de bombonas de butano, en los que siempre había cola, y sifonerías dominadas por una gigantesca rueda azul, en movimiento, nos adentrábamos por fin en la calle donde vivía la tía Aura.

Era una calle larga y recta, con cercas de madera y fachadas bajitas a uno y otro lado. Si la recorría en verano, la reconocía siempre por las cometas de papel enredadas en los hilos del telégrafo, entre los postes de madera grasienta. Muchas de las cometas estaban hechas con papel azul de envolver. Otras, en cambio, estaban pintadas con acuarelas o tiza, así que se recortaban, como unas manchas pistacho, de arlequín, sobre el cielo blanquecino. Teníamos que atravesar toda la calle para llegar a la casa de ladrillo sin enlucir que tan bien conocía yo, la penúltima de la acera y, en

aquella dirección, la penúltima de la ciudad. Detrás de una casa agazapada al fondo de un huerto, se extendía el campo lleno de malas hierbas desde el pueblo de Dudeti. ¡Qué raro me parecía que una calle acabara en el vacío en lugar de dar en otras calles!

En cuanto llegábamos a la puerta, entre cuyos listones se veía el interior del huerto, con el camión abandonado entre cuadros de cebollino, con el guindo y los geranios, los crisantemos y los rosales de los bordes y, más atrás, la casa roja, cuadrada, con tejado de zinc, Chombe, renqueando, venía a recibirnos a toda velocidad. A mí me daba un poco de miedo porque, cuando tenía unos tres años, me había mordido en la cara. Era, a pesar de todo, un perro inofensivo, viejo, de ojos legañosos, con unas patas demasiado cortas para su cuerpo gordo y un pelo áspero, rizado. Apestaba de forma más penetrante que cualquier perro que he conocido nunca. Chombe ladraba tan fuerte que, mientras nosotros avanzábamos por el sendero empedrado, entre cuyas baldosas brotaban florecillas de color pastel, la puerta se abría antes de que llegáramos al umbral y la tía Aura, con las mangas de la bata arremangadas y sonriendo de oreja a oreja con una alegría exagerada, nos invitaba a entrar.

Un pasillo largo, siempre sombrío y fresco, nos conducía hasta el comedor. Mientras mamá y la tía charlaban, yo miraba los peces de cristal de la vitrina, los cuadros de tul y seda amarilla de las paredes que representaban a unos cisnes flotando en un lago azul, pero lo que más me gustaba era la máquina de coser. Sacaba de sus cajones retales de todos los colores, trapos floreados, trozos de felpa morada con los que envolvía a mi muñeca. Se me unía inmediatamente Marcel, mi primo, que empezaba a vendarle los ojos a Zizi o a atarle las manos a la espalda. Se protegía de mis manotazos entre risotadas y, cuando menos me lo esperaba, me tiraba de las coletas. Era un crío revoltoso pero muy simpático, rellenito, de ojos castaños. Algunas veces, cuando decidía quererme, iba corriendo a su habitación y volvía con una cajita de Cavit 9. Me ofrecía una tableta amarilla y aromática, de una textura como de cera. Podíamos pasarnos así, jugando en nuestro rincón bajo la máquina de coser, un día entero. Él colocaba sus cochecitos estropeados en fila y paseaba a Zizi por todas partes en su remolque. Fingía volcarla hasta que me hacía llorar. Fisgaba debajo de su falda. Entre tanto, sobre nuestras cabezas se deslizaban la conversación de las dos mujeres, los ladridos de Chombe, las melodías dulzonas de Angela Moldovan: «*El sendero es largo, la hierba es verde / lo que hemos amado ya no se tiene*»^[3d].

Mi recuerdo más antiguo no se remonta a la casa en la que nací, sino a esta, a la casa de mi tía. Tenía dos años cuando celebramos la Nochevieja con ella. Lo recuerdo extraordinariamente bien. En el comedor había unas mesas largas y las bombillas estaban envueltas en papel rojo. Todo, todo era púrpura en aquella habitación. Los rostros de la gente eran de un púrpura brillante. Los platos y los cubiertos de la mesa

eran púrpuras. Marcel nacería cuatro años después pero a mi lado había otra primita, de tres años, Niñeta, que más adelante sufrió un ataque de poliomielitis y se quedó con una pierna más delgada que la otra. Sin embargo, la recuerdo entonces riendo feliz y alargando las manos hacia los regalos que habían colocado ante nosotras, sobre la mesa: unos caramelos y un cervatillo de goma, envueltos en celofán. También, creo, una chocolatina rectangular. Las mujeres, enojadas con collares de cuentas que imitaban perlas, y los hombres en camisa me parecían gigantes. Elevaba los ojos hacia sus rostros, perdidos en la luz roja. Eran crueles, terroríficos. Pero en verano no me quedaba en la casa, me escapaba inmediatamente al patio, seguida por Marcel. Chombe, cojeando, con su olor a perro mojado, daba vueltas a nuestro alrededor con la lengua roja asomando entre los colmillos. Avanzábamos con cuidado entre las filas de verduras y llegábamos hasta el camión. Cuando conocí la casa y el patio de la tía Aura, el camión aquel pintado de azul, sin ruedas, ya estaba allí, en medio del huerto, maltrecho y con la carrocería hundida. Sobre la cabina dormía de costumbre, enroscada, Gigi, la última representante de toda una dinastía de gatos bautizados con ese nombre. No sé cómo soportaba el calor del metal, porque nosotros no podíamos tocarlo con la mano. Abríamos la portezuela y nos subíamos a la cabina, donde el bochorno desprendía un tufo a goma caliente o a hule chamuscado. Marcel se sentaba al volante y yo a su lado. Cuando cerrábamos la portezuela, el mundo se hacía más pequeño, íntimo, desearías quedarte allí para siempre. El asiento con la piel rota a través de la cual escapaba el relleno, las ventanillas sucias sobre las cuales se habían fosilizado los limpiaparabrisas con las escobillas destrozadas, el volante que Marcel hacía girar a tope y que, al soltar, volvía a su sitio pero, sobre todo, el olor aquel, que percibo incluso ahora, nos transportaban a un mundo sin relación alguna con la realidad. Por supuesto, Marcel se imaginaba en un camión militar, cazando alemanes a diestro y siniestro. De vez en cuando pisaba los pedales que, según él, ponían en funcionamiento la ametralladora. Pero yo, moviendo hacia adelante y hacia atrás la barra coronada por una bola de ebonita, estaba lejos de esas fantasías. Creía que podría vivir toda la vida en esa cabina, cuidando de Zizi y contándole todo tipo de historias y poemas. El salpicadero del camión estaba roto, suelto. Uno de los indicadores colgaba de dos cables aislados con bandas de plástico amarillo, otro tenía el cristal roto y podíamos mover la agujita con el dedo. Solo el cuentakilómetros estaba en su sitio, aunque se movía en todas direcciones porque le faltaban los tornillos. Por lo demás, era la única pieza del camión que aún funcionaba.

Después de permanecer en la cabina más o menos una hora, es decir, hasta que nos aburríamos, el kilometraje se modificaba y mostraba una cifra nueva, siempre mayor, como si hubiéramos recorrido efectivamente cientos y cientos de kilómetros. A Marcel no le impresionaba este detalle, pero yo llevaba conmigo un cuaderno de

matemáticas en el que anotaba la cifra del principio y la que marcaba al bajar. Aunque nunca me daba cuenta de cuándo se modificaban los números, estos no eran los mismos. En vano vigilaba la esfera minúscula hasta que se me saltaban las lágrimas. El cuentakilómetros encontraba siempre el momento de cambiar. Cuando salía de la cabina, aquel cielo azul, tumultuoso, campestre, me parecía gigantesco. El sol bañaba todo en un agua amarillenta. Las sombras eran negras y precisas. Subíamos al remolque y cogíamos a Gigi por la cintura. La gata era blanda como un trapo pero si la depositabas en el suelo, sobre las patas, se estiraba bruscamente, con los ojos aún cerrados, somnolientos, doblaba el espinazo como si fuera un arco y bostezaba abriendo una boca rosa tan grande que nos moríamos de la risa. Empezaba a lavarse y se tumbaba de nuevo sobre el capó ardiente. Solo por la noche se iba a cazar pichones. Después de incordiar un poco a Chombe, tras abrir la tapa del motor para ver el nido de avispas que estaba pegado allí, entre los tubos y la hélice grasienta del interior, trepábamos al guindo que se alzaba tieso en medio de las hileras de rosales. Desde arriba podíamos divisar toda aquella zona de la ciudad. Por la parte de atrás, callejuelas sinuosas con casas como de pueblo, alguna que otra antena sobre los tejados, y la torre enana, de hojalata, carente de dignidad, de alguna iglesia. En el horizonte, surgiendo entre las casas como un nadador entre las olas, distinguía la estatua del guerrero de la Rotonda, terrorífico. Había visto en el cine la película *Godzilla*, sobre un monstruo inmenso que destruía toda una ciudad. Así era la estatua del soldado, ligeramente azulada ahora debido a la distancia. En la dirección contraria, veíamos el campo, cultivado hasta un lindero de árboles más allá de los cuales se alzaba la torre de otra iglesia, brillando al sol.

A pesar de todo, hasta el pueblo de Dudeti el campo no carecía completamente de interés. Al contrario, había allí, en el mismo centro, algo que me había fascinado siempre desde que lo viera por primera vez encaramada en la copa del guindo. A unos ciento cincuenta metros de donde acababa la calle y comenzaba el campo, se alzaba, en medio de los sembrados, completamente aislado e inaccesible a simple vista, una especie de torre melancólica y extraña, una casa excéntrica, rojiza, construida antes de la guerra para quién sabe qué propietario insomne. Parecía una casona^[25] de Oltenia, así de sólida, con poderosos contrafuertes y muros macizos; se estrechaba a partir del segundo piso y terminaba en una torrecilla cilíndrica, almenada. La luz amarillo-verdosa del verano caía tan incisiva sobre ese edificio inesperado que, cuando aclaraba hasta el rosado el color de una de las paredes, oscurecía la otra hasta el matiz de la guinda podrida. Solo hacia la mitad de la torre brillaba un ventanuco. No se veían más pero era posible que estuvieran en el otro lado. En torno a aquella torre no se vislumbraba ningún árbol frutal, ninguna otra sombra a excepción de un cobertizo de madera, ceniciento, que se encontraba a unos metros de distancia. ¿Quién iba a decirme a mí que aquel barracón iba a convertirse en el centro de mi

vida, en lo único por lo que merecía la pena vivir? Cuando regresan de uno de sus «viajes», los heroinómanos tienen la sensación de que en el mundo han desaparecido los colores, de que viven en una película en blanco y negro en la que nunca sucede nada, que el tiempo no pasa y que la vida real es tan solo un limbo de la muerte. Esta sensación tengo también yo desde que estuve en *REM*.

Puesto que iba adonde mi tía Aura cada dos o tres meses, me había hecho amiga de otras niñas de mi edad que vivían en aquella calle. Cuando se enteraban de que estaba allí (ya se ocupaba Marcelino de dar una vuelta por sus patios para decírselo), se presentaban en la puerta, en grupos de dos o de tres, y yo iba corriendo a abrirlas. Traían también sus muñecas con cunitas y todo, con colchas de satén, botiquines de juguete, estetoscopio y jeringa de plástico, chupetes y sonajeros de bebé. Subíamos al remolque del camión e improvisábamos allí una guardería. Aleccionábamos a las muñecas, les enseñábamos a portarse bien, las desvestíamos y las vestíamos. Cuando nos aburríamos, las abandonábamos y nos íbamos a la parte trasera de la casa, adonde daba la puerta de la cocina. Allí había una plataforma de cemento, bien pulida, como de tres metros cuadrados o quizá algo más, en la que, en verano —la sombra del tejado caía de pleno— la tía Aura colocaba una mesa con patas en forma de equis y jugábamos al remy o comíamos. Pero nosotras dibujábamos en ella, con tizas de colores, unas rayuelas complicadas, laberínticas, algunas con la clásica forma humana y los brazos extendidos a ambos lados; otras con la forma espiral del caracol. Pintábamos cada una de las casillas en colores diferentes, colores puros, colores mezclados, filiformes: rosa palo, azulado-anaranjado, amarillo limón... Los números y los nombres de las casillas los hacíamos en blanco o púrpura, según fueran buenos o malos. Recuerdo con tanta claridad cómo se reflejaban en el brillo de la plataforma las nubes blanquecinas que se deslizaban por el cielo...

Pasábamos allí agachadas casi toda la tarde. Mientras una de nosotras jugaba y lanzaba el trozo de vidrio en la casilla numerada, las demás dibujaban por las esquinas casitas con cortinas en las ventanas, con cercados amarillos que casi no se veían y con árboles, unos rectángulos marrones de los que brotaban ramas cargadas de manzanas rojas. También dibujábamos princesas de ojos azules, con trenzas y largas faldas de colores fantásticos. Utilizábamos el color pistacho para las hojas de la rosa que sujetaban entre sus dedos anaranjados. Las gemelas Ada y Carmina las dibujaban deformes, les ponían unas piernas cortas y toscas y unos brazos que les llegaban hasta más allá de las rodillas. Lo gracioso era, sin embargo, ver cómo dibujaban: empezaban las dos el mismo dibujo al mismo tiempo y terminaban ambas a la vez, haciendo rigurosamente los mismos gestos y eligiendo los mismos colores. Solo que sus dibujos eran especulares. Si la primera dibujaba un árbol a la izquierda de una caseta, la otra lo dibujaba a la izquierda. No se podía encontrar ninguna otra diferencia entre los dos cobertizos. Eran pequeñas, unos tres años menores que yo, y

llevaban siempre la misma ropa: unos pichis con erizos en la pechera, tan cortos que se les veían las bragas al menor movimiento. A mí me caía mejor Ada porque era limpia y tranquila, a la otra le moqueaba siempre la nariz y, si le decías que se sonara con el pañuelo, se enfadaba, cogía su muñeca y se marchaba a casa. Ada la veía partir. Tenía unos rizos marrones, brillantes, y unos ojos tristes, de párpados hinchados. Se quedaba un rato más con nosotras pero se iba enseguida tras su hermana porque no soportaban estar separadas. La gitanilla, Garoafa, las maldecía entre dientes porque algunas veces las gemelas venían bien temprano a su puerta y empezaban a gritar «¡Garoafa, *scroafã*! ^[26] hasta que hacían salir a todo el clan echando pestes. Por lo demás, sin embargo, cuando venían a casa de la tía Aura o cuando jugábamos en la campa y mirábamos cómo los chicos sacaban a los tábanos de sus agujeros, con una bola de pan enganchada en la punta de un alambre, las chicas se llevaban bien. Pero todas le tenían envidia a Puia, hija de un camarero, a la que nunca vi dos días seguidos con el mismo vestido. Al mirarla, parecías estar en otro mundo y no en aquel arrabal miserable de Dudeti-Cioplea. Su madre, una mujer bastante chiflada que andaba desnuda por casa (incluso a nosotras, cuando nos atrevíamos a ir a buscar a Puia para jugar, nos recibía con esa indumentaria edénica y nos asombraba y nos asustaba con su piel perfumada, con sus curvas como trazadas con un compás), le había hecho toda la ropa y la vestía y desvestía con imaginación como si fuera una muñeca, con plisados y volantitos, con vestidos de tul rosa, de cachemires floridos de seda que hacía aguas azuladas. Sus manitas, increíblemente blancas, tenían las uñas pintadas de rojo sangre y su cabello, de un rubio claro, estaba siempre peinado de forma diferente: dos trenzas enroscadas sobre las orejas como los cuernos de un carnero; decenas de trencitas, como las de las negras, o bien sujeto en una coleta rizada, ondeante. Pendientes sofisticados, desproporcionadamente grandes, anillos con una piedra roja como el vino y collares de perlas falsas adornaban su silueta funambulesca. En cambio, no tenía juguetes y sentía incluso una vaga repulsión ante nuestros ositos pringosos o ante las muñecas que perdían el relleno de paja. Por mucho que se lo pidiéramos, no nos dejaba adornarnos con sus joyas. Sus movimientos eran glaciales y fantasiosos, sus gestos y poses estaban codificados como en el ballet clásico. La única de nuestro grupo con la que jugaba era una niña mucho más gorda de lo normal y tonta como un haba, de movimientos lentos y piel fría, como de lagartija. Tenía un nombre bonito, lo único bonito en ella: se llamaba Crina. Pero nosotras la despojábamos de este último vestigio de gracia y la llamábamos, por supuesto, Ballena.

Ballena y Puia estaban siempre juntas. No es difícil adivinar qué relación había entre ellas. Participaban en un delirio a dos bandas, fascinante y odioso, en el que Puia era la instigadora que dominaba por completo la vida de la otra. Ballena era el público de Puia. Escuchaba boquiabierta las fábulas mágicas de la niña coqueta, sus

historias sobre princesas con zapatos de plata que descansan junto a estanques de cristal, llenos de peces rojos y dorados. Princesas que pasean por jardines con miles de flores perfumadas, con árboles raros, higueras y naranjos por cuyas cortezas trepa un lagarto. Princesas con miriñaques finos como telarañas, harapientos y preciosos, buscando entre la hierba la gema que protege del amor. Princesas con hilos dorados, con cabellos de calcedonia y pirita, vagando por un bosque amargo, iluminado por nubes rosas. Princesas contemplando sus labios tristes en un estanque verde esmeralda en el que un unicornio derrama una lágrima. Princesas que matan a su osito con pasteles envenenados y se hacen un anillo con un mechón marrón de su piel, cortado con una tijera negra. Princesas con mejorana mustia entre sus dedos pálidos, con ojos azules, un poco separados, con senos esféricos y temblorosos, con manos sin líneas en las palmas, con la suerte perdida, con la vida terminada. Ballena lo veía y lo sentía todo, las historias eran su droga cotidiana. Contemplaba cómo su amiga se pintaba los labios, cómo se maquillaba los ojos, cómo se teñía las mejillas, en la esquina de un espejo, con unos polvos rosas. Puia era todo lo que ella querría haber sido. La amaba con entrega y devoción, como a una madre, incluso más. Pero nosotras resolvíamos de forma más sencilla el problema de Puia y la calificábamos simplemente de melindrosa. Sin embargo, no podíamos evitar imitarla sin querer y también nosotras birlábamos en casa un trocito de barra de labios o el resto de un lápiz de ojos y nos pintarrajeábamos de cualquier manera. Sobre todo cuando salíamos al campo para bailar nuestras canciones preferidas, que cantábamos y bailábamos todas juntas, olvidando nuestras rencillas.

Zapateábamos en el sembrado hasta el atardecer, cantando «Eres una flor, eres una azucena / eres el perfume de mi pena». Después de cantar en serio durante un rato, empezábamos a hacer tonterías y a maullar versos ridículos: «Te enviaré desde lejos / un ataúd y un poco de incienso». Lo mismo hacíamos con *Veo tres príncipes a caballo*. Cuando se preguntaba a la joven prometida «¿Y qué le puedes ofrecer?», nosotros, los príncipes, respondíamos: «Un hombre con la cabeza rota / que sobre el mar flota / la-la-la...»

Pero mi mejor amiga, a la que no olvidaré jamás, fue Ester. Volví a encontrarme con ella hará un par de años. Caminaba por Magheru, a la altura del restaurante Gradinița, cuando me detiene una mujer como un caballo, enterrada bajo un montón de zorros, con un sombrero con un velo verde y un ramo de lilas en una mano enguantada. Al principio no la reconocí, pero al contemplarla mejor distinguí sus rasgos inconfundibles, los labios finos y prominentes, la nariz aguileña, las miradas triunfantes, leoninas, que irradiaban unos ojos separados, la frente abombada. Una lástima que se hubiera teñido de negro el cabello que en otra época se rizaba en anillos como de cobre, rojos como el fuego, sobre su espalda pecosa. Ahora se parecía un poco a Barbra Streisand.

Fuimos a un café situado frente a la iglesia italiana. Curiosamente, parecía no recordar absolutamente nada de aquella semana sobre la que quiero hablarte: había olvidado a Egor, había olvidado a las chicas (solo se acordaba vagamente de Puia), había olvidado el gran esqueleto. Cuando mencioné a *REM* y a las Reinas, cambió de tema y empezó a hablarme de su inmediata partida a la tierra de su familia, a esa lengua de tierra junto al Mediterráneo. *Os dispersaré entre todos los pueblos de la tierra*. Nos besamos al despedirnos, le di mi dirección y me quedé toda la tarde con una sensación de desmayo. No me ha escrito nunca. Pero aquella noche, después de vagar horas enteras por calles rojas y brumosas, tuve el sueño del que ya te he hablado y luego me sangró el lunar. Yo velaba a Ester, que había muerto y yacía sobre una mesa negra, dentro de un ataúd sin tapa. Zarcillos de cabello rojo colgaban del borde del ataúd de madera basta. Su rostro estaba pálido y tranquilo. Incluso sus pecas habían palidecido. Sus ojos verdes miraban fijamente al techo. Yo sollozaba, me había embargado una tristeza desgarradora, como si todo lo que era bueno para mí se hubiera acabado y me hubiera quedado sola en la ceniza. La contemplaba con los ojos llenos de lágrimas cuando observé que mi amiga estaba embarazada. Bajo su vestido de encaje blanco, su vientre abombado parecía sufrir contracciones. El niño está aún vivo ahí dentro, me dije, quizá llegue incluso a nacer. Y en aquel momento la tripa de Ester se vació de golpe y una forma indefinida empezó a nadar bajo los pliegues del vestido, dispuesta a salir a la luz. Una esquina del vestido se hizo a un lado y desveló hasta la pantorrilla las piernas blancas y puras, como de hielo, de la muchacha, y sacó a la luz las garras largas, articuladas, con las que aquel ser ensangrentado tanteaba a su alrededor. Estaba paralizada por el espanto hasta que una mano grande y pálida se aferró de repente al borde de la chaqueta del traje color azafrán que yo llevaba. Entonces me aparté del féretro aullando y dejé en la mano de aquel terrible ser mi chaqueta desgarrada. Me desperté con las sábanas mojadas y encendí la luz.

Pero Ester, en la época en que íbamos a casa de la tía Aura, era una chiquilla alegre y muy espabilada que leía todo el tiempo unos libros gruesos mientras se tostaba al sol en el remolque del viejo camión. Cuanto más se bronceaba, más se llenaba de pecas. Tenía pecas por todo el cuerpo, por toda su piel pelirroja, pero sobre todo en los hombros, en la espalda, debajo de los ojos y alrededor de la nariz. A veces hablaba en un tono un poco nasal y tenía tendencia a hundir la cabeza entre los hombros, pero estos defectos se veían compensados por la belleza de su cabello dorado-púrpura que le llegaba hasta la cintura, por la mirada verde de sus ojos inteligentes y juguetones. Ella dibujaba complicadas rayuelas en forma de caracol, con cuadrados espléndidos y casillas peligrosas que, arrojando el trozo de cristal y balbuceando rápidamente unas extrañas palabras —«ánkara-nánkara-astarot-tsefirah-sabaot-sabaot-sabaot»—, teníamos que recorrer saltando sobre una pierna. ¡Ay de

aquella de nosotras que cayera en un cuadrado nefasto: sentía entonces que la devoraba una densa llamarada o que quedaba atrapada por una capa de hielo! La pobre Garoafa berreó toda una tarde retenida en una casilla de esas, golpeando con los puños unas paredes invisibles. Pero las que se detenían en la casilla buena encontraban en ella una flor desconocida o una fotografía en color que representaba las aguas de un golfo lleno de yates, o una muñeca de plástico, pequeña y delicada, con pelo de verdad.

Comprenderás que, frente a la monotonía de mi casa, donde no tenía ninguna amiga, donde vagaba sola como por el interior de una cripta, los viajes hasta la casa de mi tía y los días que pasaba allí, me parecían unos sucesos milagrosos. El jardín, el camión, Gigi y Chombe, Marcel y las chicas, el campo infinito y el arco del cielo sobre él, azul y con un rebaño de nubecitas, hacían que esos días destacaran sobre el fondo de mi vida como unas perlas aisladas. Una vez al mes, una vez cada dos meses, durante varios años, mi madre me anunciaba por la mañana que íbamos a casa de la tía Aura. Antes de empezar con la historia propiamente dicha, antes de hablarte de los alargados y de nuestro juego y nuestros sueños, quiero contarte algo más sobre otro rincón del jardín.

A veces, cuando iba adonde la tía Aura, podía ocurrir que las chicas aparecieran más tarde, que Marcel estuviera jugando al fútbol, en la calle, y que el jardín estuviera soleado y silencioso. Permanecía un rato sola en la cabina del camión, con Zizi y Gigi (una vaga de tomo y lomo que bostezaba con una boca como un granero) y, cuando me aburría, algo me atraía hacia el centro de horror del patio. Iba a la cocina y cogía un cuchillo grande de filo dentado, de esos para cortar el pan. Así pertrechada, me dirigía al retrete. De lo contrario, no habría entrado allí por nada de este mundo. Ni siquiera satisfacía ninguna necesidad, prefería aguantarme hasta volver a casa. Pero aquella cabina minúscula, de tablones encalados y recubierta con cartón embreado como la garita de un guardián, me fascinaba tanto como me horrorizaba. Estaba precisamente en el centro del patio, a unos cincuenta metros de la casa, al fondo de un camino empedrado. Su perfil al anochecer, negro sobre un cielo púrpura, era siniestro. Solo al mediodía me atrevía a entrar en él. Abría la puerta deslizando un cerrojo primitivo de madera y me estremecía de espanto: las arañas vigilaban en todas las paredes. Inmóviles, gordas, de cuerpo esférico y patas filiformes, tan largas como mis dedos, arañas de todas clases, de todos los colores de la putrefacción, del verdoso al marrón y al rojo... Sabía que me miraban fijamente con sus ojos invisibles y que estaban listas para saltar todas a la vez sobre mí. En telarañas apretadas, densas, de un blanco lechoso, vigilaban otras, con patas cortas y musculosas, mucho más grandes que las que corrían. En un clavo torcido y oxidado estaban colgadas las páginas rotas de un libro con figuras geométricas. En el agujero negro que bostezaba en el asiento pulido bullía también una vida larvaria. Como

gesto de máxima valentía, cerraba la puerta y corría el cerrojo. Permanecía en pie, alerta. Rayos de luz amarilla penetraban entre los tablones de la puerta y delataban en la penumbra los cientos de moscas que zumbaban rápidamente en aquel espacio infernal. Si entraba una avispa, el zumbido se volvía verdaderamente insoportable, la sensación de peligro era máxima. En cuanto notaba el más mínimo movimiento entre mis enemigos, me volvía loca y empezaba a despedazarlos. Golpeaba las paredes con el cuchillo y arrancaba aquellas patas filiformes, que seguían agitándose incluso en el suelo. Las arañas huían cojeando, con movimientos ondulantes, las de las telarañas se retiraban a una velocidad insospechada hacia el interior de sus nidos en los rincones, y yo, temblando, las remataba a diestra y siniestra hasta que ya no se veía ninguna por las paredes. Solo entonces abría el cerrojo y me precipitaba al exterior, dominada por la idea obsesiva de que había hecho algo malo y de que ellas se iban a vengar. La misma imagen me venía una y otra vez a la cabeza, sobre todo por la noche, al acostarme: cuando apague la luz, se abalanzarán todas sobre mí, se enredarán en mi pelo, correrán por mis brazos, intentarán colarse por la nariz y por la boca con sus patas peludas, con sus garras curvas, con sus vientres blandos. Me envolverán por completo con sus hilos blancuzcos y, por debajo, miles y miles, empezarán el banquete. Para espantar esta imagen, cerraba los ojos con todas mis fuerzas y hacía gestos con las manos para que se alejaran. Pero seguía sintiendo sobre mi barriga, sobre mi pecho, sobre la cara, su horrible carrera. Cuando permanecía con los ojos abiertos en la oscuridad, atenta a cualquier ruido, tenía la sensación de que una araña grande y pesada estaba en el techo, justo encima de mi cara, y que descendería bruscamente por un hilo brillante, con sus patas extendidas. Entonces me incorporaba y llamaba a gritos a mi madre, que venía corriendo desde la otra habitación y encendía la luz.

Normalmente estábamos en casa de mi tía hasta las siete o las ocho, hasta que oscurecía. Algunas veces, cuando nos acompañaba también mi padre y se encontraba en casa el tío Ștefan (que estaba casi siempre «de viaje» porque era chofer de largo recorrido), nos marchábamos más tarde, hacia las once de la noche. Nos acompañaban todos a la puerta con una alegría exagerada, animada también por el vino, y bruscamente nos veíamos solos bajo las estrellas amarillas, relucientes, volcadas sobre la calle negra. A aquella hora las estrellas eran lo único real, concreto, en el mundo entero. Mis propios padres, entre los que caminaba cansada, con la cabeza reclinada hacia atrás, eran tan solo unas sombras en medio de la oscuridad absoluta, cálida, aterciopelada. Sus ojos recibían pequeños reflejos brillantes de las estrellas. No se oía nada más que el ladrido de los perros en la lejanía. Esperábamos un rato largo en la parada del tranvía hasta que, después de muchos vagones para el personal o tranvías con otro número que el esperado, nuestro trasto se acordaba de pasar. Papá, que subía el primero, me cogía a mí, luego subía mi madre y nos

sentábamos en los incómodos asientos. Nos balanceábamos así un tiempo infinito hasta llegar a casa, con el martilleo rítmico de los asideros de madera pulida que se golpeaban a izquierda y derecha con el techo, bajo la luz mortecina de una bombilla amarillenta. Normalmente me quedaba dormida en mi asiento y solo me despertaba cuando bajábamos en la parada de Obor. íbamos andando por Moilor y ya estábamos en casa, en el vestíbulo pequeño y familiar. Allí teníamos que sacudirnos el polvo estelar del pelo y de los hombros. Luego teníamos que acostarnos.

... Y tú, *Ivonne de Galais*... Te has callado y has alargado el brazo hacia la mesilla para coger una manzana. Mientras hablabas, tenías la mirada perdida en el vacío. Mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad y puedo ver tu rostro, tu hombro y el brazo derecho como si fueran destellos blanco-azulados. Comes la manzana, te abrazo por los hombros y tú te acurrucas más aún. Siento tus costillas y tu cadera junto a mis costillas y mi cadera. No digo nada, como cuando sales del cine y te parece de mal gusto empezar a comentar la película con el amigo que te ha acompañado. Simplemente dejas que sedimente, imagen a imagen, el azul tísico de *Los bosques de abedules*, el gris perla de *Los duelistas*, el rojo sucio de *Las velas*, el verde y el sepia y el marrón de *Cinco noches*. Sí. Me gusta escucharte, poeta mía. Recuerdo que en aquella fiesta en la que nos conocimos te dije para hacerme el importante: «No creo que haya en este mundo nada más ridículo que ser poeta». Y tú me respondiste de inmediato, como si hubieras pensado largamente sobre ello: «Sí que hay: ser poetisa». Y la primera vez que estuve en tu casa me enseñaste los recortes de revistas, sobre todo de *Luceafărul*. Qué pena que tan solo me los enseñaras y que no me dejaras leerlos. También me enseñaste tu librito de versos, publicado por Albatros hace siete años. No tengo ni idea de qué tipo de poemas escribes, pero te juro que me interesaría leerlos. Eres implacable respecto a este asunto. Si no llevo a cabo la investigación por mí mismo, nunca conoceré nada acerca de tus versos. Me preguntas si me has aburrido. No sé si en tu voz hay coquetería o verdadera preocupación. Lo tomo como un coqueteo y te respondo con brutalidad: «Me has matado de aburrimiento».

Luego me echo a reír mientras creo que tú tan solo sonríes, con un trozo de manzana que abulta el moflete que yo veo. Sigue hablando, mierda. Poco a poco ese desasosiego contrariado, ofendido (y... ya está: todavía amoroso, ¿por qué demonios no reconocerlo?) que me ha dejado mi propia historia con la bulldog —creo que voy a decidirme por este nombre, me gusta mucho más que Bloody Mary y le va que ni pintado, es como si la viera: una bulldog— empieza a desaparecer y mañana espero pensar mucho más en *REM*, sea lo que sea, que en ese Popeye de tres al cuarto. Ellos pronuncian *Papai*, tapándose, creo, la nariz. En cualquier caso, en la última época yo había perdido el norte respecto a este asunto. Cuando decían algo en la televisión sobre la flota rumana —esos chicos estupendos que llevan el pabellón nacional hasta

los meridianos más lejanos—, tras la imagen bamboleante de un velero que cortaba las olas y de un ancla que se dejaba caer, yo esperaba que la secuencia se interrumpiera bruscamente y que apareciera en primer plano, entrevistado sobre las toneladas de mineral y con el recuerdo de sus seres queridos en mente, el marinero en cuestión. En su lugar aparecían, sin embargo, viejos capitanes de barco con pinta de contables que contribuían a calmar los latidos de mi corazón. Qué pena, qué pena, pero yo no puedo, seas quien seas, por muchos *REM* que hayas visto, por muy inteligente y sensible que seas, no puedo, Nana, quedarme contigo. Algunos centímetros, unos cuantos años, unos cuantos miles de lei de diferencia, cosas así separan a la gente. Intento acercarte a mí todo lo posible. Pero nuestra piel, que brilla ligeramente rugosa en la oscuridad (*sí, mon amour, Hiroshima*), rechaza la cercanía. Tú ya no tienes nada femenino en ti. Tú eres un mapa. El mapa de una isla esmeralda surgida del océano. He recorrido con el dedo la pendiente abrupta del acantilado, el camino que atraviesa la hierba llena de flores y he llegado hasta el bosque reverdecido. Por el suelo, mires donde mires a través del bosque, no ves otra cosa que flores de azahar mustias. Cada una de las ramas de ese bosque impenetrable tiene cientos de espinas venenosas. Entre ellas, las frutas del bosque, unos granos rojos y morados con una piel extremadamente fina, se arraciman en las ramas, picoteados por pájaros menudos y verdosos. Menos mal que yo soy tan solo un espíritu, solo psique, porque la carne no puede pasar por aquí. Incluso la mente sale, si es que puede, cubierta del rocío negro de la nostalgia. Cuando partes del laberinto perfumado, ves unas rocas abruptas, un camino estéril que te lleva hacia un peñasco. A sus pies, la boca de una gruta. Has roído la manzana hasta el corazón. Te levantas y depositas los restos, delicadamente, en el cenicero. El aire de la habitación es frío como el hielo, así que inmediatamente, temblando, metes los brazos desnudos debajo del edredón...

Aquel verano, como te decía, apareció el cometa en el cielo. No me despegaba de la ventana, lo contemplaba hasta que ya no era capaz de verlo, seguía sus seis colas desplegadas hacia el levante. A finales del mes de junio, mi madre se puso gravemente enferma, su úlcera de duodeno se perforó y una ambulancia se la llevó de noche. Recuerdo cómo gritaba y cómo se retorció en la camilla. Me resultaba extraño e indecente que una mujer hecha y derecha aullara de dolor como una niña. Y toda la cama llena de sangre... Durante dos o tres días deambulé por casa en un estado de aturdimiento y de ensoñación hambrienta, ya que mi padre, que estaba en el hospital, no podía ocuparse de mí. Una mañana muy fría nos fuimos los dos (y con Zizi, los tres) a casa de mi tía Aura. Esta vez mi tía nos estaba esperando, había ido al hospital y mi madre, debatiéndose aún entre la vida y la muerte después de la operación, le había pedido que me llevara con ella una temporada. Así que mi padre acarreaba en una bolsa mis mudas, dobladas de cualquier manera. Cambiamos de tranvía en la plazoleta y entretanto compramos una caja de caramelos mentolados y otra de caramelos Vinga para mi primo. Hacia las diez llegamos adonde mi tía Aura. No sé qué había sucedido, pero hacía mucho que no íbamos por allí. De hecho, la última vez había sido en otoño, antes del comienzo de las clases. Yo tenía casi doce años y, cuando salí al patio de la mano de mi primo Marcelino, que me torturaba contándome por enésima vez la película *Los mongoles*, me pareció que todo estaba cambiado. Otra luz, otra sustancia parecía bañarlo.

Con Gigi colgada del cuello como un zorro vivo, bajamos de nuevo el picaporte del camión como si fuera el de una puerta normal y corriente. En la cabina flotaba el mismo olor íntimo, lleno de voluptuosidad, pero el volante estaba partido, le faltaba un trozo de unos diez centímetros, y al asiento, desgarrado en varios sitios, le habían arrancado la esponja. Una ventanilla lateral estaba rota y aquel mundo minúsculo no se cerraba ya sobre sí mismo. Volví a entrar en casa y me puse a coser unos retales de colores. Desnuda, deforme, Zizi yacía boca arriba junto a mí.

La llegada de las chicas, a las que Marcel había ido a buscar entretanto, me provocó otra sensación: rara, dolorosa, incomprensible. Era como si hubiera hibernado durante un tiempo y me hubiera despertado ahora en un mundo diferente a ese en que me había quedado dormida. Y lo que más me perturbaba era que las diferencias no eran radicales sino de matiz, y eran precisamente esos matices, eso que no podía desenredar, lo que se confundía y giraba en mi cabeza. No habría podido decir, por ejemplo, en qué se diferenciaba, digamos, la tonta de Garoafa de la Garoafa de antes, aparte del hecho de que había empezado a fumar. ¿Sería el asqueroso tufo a tabaco lo que me había enajenado de esa forma? Las gemelas habían crecido bastante y resultaba graciosa su sonrisa simultánea, medio bobalicona, medio irónica, bellamente iluminada sin embargo por sus dientes blancos y sus ojos grandes, castaños. Puia, seguida siempre por su sombra hipotiroidea, me dejaba ahora

indiferente a pesar de los reflejos irisados que brillaban en todo lo que llevaba, en los broches con trocitos de cristal violeta, en los pendientes de oro con esmeraldas, en la crucecita colgada del cuello. Pero cuando, más tarde, apareció Ester en una bicicleta pequeña de señora, de un rojo brillante, de esas que acababan de aparecer, sentí una punzada en el pecho y, en vez de correr a abrazarla como solía hacer antes, me porté con frialdad, con una cierta indiferencia. No podía hacer otra cosa, algo en mi interior me impedía mostrarme natural y me sentía triste. También ella parecía evitarme, tal vez se sentía tan cohibida como yo; sin embargo, nuestros ojos se buscaban y, cuando se encontraban, se volvían rápidamente hacia otra parte. Las gemelas y yo éramos las únicas que habíamos traído nuestras muñecas. Sus muñecas también se llamaban Ada y Carmina, pero la Ada de trapo era de Carmina y la Carmina emperifollada era la de Ada. Eran unas muñecas grandes, casi tan altas como sus dueñas. A Garoafa se le había puesto una mirada lánguida, a medio camino entre un mono y Marilyn Monroe, y escupía con gesto hastiado. El año anterior había traído a la fea de Florina, su muñeca de ojos saltones, pero ahora nos miraba con desprecio. Puia no había jugado nunca con muñecas, y Ballena, que había tenido una negra, la había olvidado probablemente por ahí. Zizi se aburría con nosotras. Apretujadas en el remolque del camión, hablábamos sobre películas y vestidos, y nos pavoneábamos cada una como podíamos. Nos hacía gracia que a la Gorda le hubieran crecido unas tetas como de mujer. Sabíamos que también a nosotras tendrían que crecernos pero en alguien de nuestra edad, sobre todo en Ballena, resultaba sorprendente y un poco ridículo. Como las chicas empezaron a decir bobadas entre risitas, bajando la voz, le tapé las orejas a Zizi. También nosotras habíamos empezado a preocuparnos por el eterno problema del parto. En líneas generales, sabíamos más o menos qué pasaba, algunas ya habían visto a sus madres embarazadas, pero los detalles se nos escapaban por completo. Sabíamos que, por ser niñas, algún día tendríamos que traer bebés al mundo pero no podíamos imaginar cómo íbamos a conseguirlo. Coincidíamos todas en que al final tendrían que rajarnos la barriga y empezábamos a lamentarnos de nuestra suerte. Pero cambiábamos de tema y pasábamos a conversaciones más infantiles, incluso intencionadamente infantiles, porque nada nos gustaba más que hacer melindres como gatitas.

Por la tarde, después de que las niñas se hubieron marchado hacia sus casas atravesando el aire purpúreo, lleno de cometas, miré en dirección al campo, que empezaba a colorearse con el ocaso, y vi cómo se acercaban. Eran dos siluetas increíblemente largas y delgadas. Parecían, desde lejos, unos hombres con zancos o unos fantasmas frágiles y lúgubres. Era como si nacieran de la bruma del campo que se espesaba cada vez más en torno a ellos confiriéndoles, a medida que se avanzaban, un aura de realidad. Cuando llegaron al fondo de la calle pude verlos bien: era una mujer bastante mayor que caminaba del brazo de un joven apoyado a su vez en un

bastón. Su altura era indiscutiblemente monstruosa. No podían medir menos de dos metros veinte cada uno. Pero eran increíblemente frágiles, parecían a punto de derrumbarse a cada movimiento, como castillos de naipes. Sus huesos eran probablemente tan finos como cerillas, y en los huesos no tenían más que piel, sobre la que flotaban lentamente unas ropas demasiado cortas. Cada ráfaga de viento difuminaba sus rasgos. Sus rostros, como perdidos entre nubes, eran idénticos, enfermizos, pálidos. La mujer tenía el pelo teñido de un violeta antiguo, y el del joven, seguramente su hijo, era de un rubio blancuzco. Era aún más delgado que la madre y cojeaba de una pierna. Sus pies y sus caderas debían de ser largas, fuertes y delgadas como las patas de las langostas e igualmente lentas. Era cada vez más evidente que se dirigían hacia la puerta de nuestra casa, hacia al poste al que me había arrojado yo, asustada. Eran más altos que todos los cercados. Cuando se situaron a mi lado, me di cuenta de que les llegaba exactamente a la cintura. Corrí adentro espantada porque aquellos dos se habían detenido delante de la valla y miraban por encima. Chombe ladraba ahogándose y gruñendo. Entré en la casa y me arrojé en brazos de la tía Aura, que fue a abrir. Yo me escabullí en la habitación en la que dormiría toda la semana y que estaba separada del comedor por una puerta acristalada. En la penumbra de la habitación, pegué la oreja al cristal frío y estrecho de la puerta que, con relieves de flores y arabescos, parecía helado. La tía Aura invitó a entrar a los alargados (como iba a descubrir que les llamaban los vecinos y como les llamaría también yo) y conversaba con ellos gritando e interrumpiéndoles con alegría, como era su costumbre. Para ella, la educación consistía probablemente en una exteriorización extrema de los sentimientos que el otro puede asumir como dedicados a él. Mi tía era de esas que te atiborraba en la mesa hasta que no podías más, insinuando que «no te gusta su comida» si no querías un plato más y amenazando con que «se va a enfadar». De esas que no te dejan marchar de su casa sino después de unos penosos regateos y de hacerte volver del hall unas cuantas veces. Mientras tanto, te escrutaba con sus ojos de ardilla, vivos y curiosos y no se daba por vencida hasta sonsacarte incluso lo que no habrías soñado contarle jamás. Aquella mujer interminable rezongaba también algo de vez en cuando, en un tono apagado. Entendí que había venido a casa de la tía Aura para la última prueba de un vestido que mi tía, modista a domicilio, le había confeccionado a la mujer del cabello violeta. Cuando notaba que una oreja estaba demasiado fría, me daba la vuelta y pegaba la otra al cristal. Sabía que por el otro lado, en el comedor, la ventanita tenía una cortina de tela mate, rugosa, así que no podían verme. Al cabo de un rato, la conversación se extinguió y empezó a oírse, intermitentemente, el traqueteo de la máquina de coser. Entonces me tumbé en la cama y me puse a leer *El comandante de la ciudad de nieve*. El aire de la habitación se había tornado púrpura cuando, al levantar los ojos de mi libro de lomo rosa, lancé un alarido: el joven alargado había

abierto suavemente la puerta y ahora avanzaba despacito, como un sonámbulo, hacia mí. Su coronilla rozaba el techo y en su rostro levemente asimétrico, desvaído, arrugado, se ensanchaba una especie de sonrisa como el tajo de una operación. Los ojos eran grandes e incoloros, rodeados por una sombra negra como si tuvieran rimel. Cuando vio que, acurrucada en la esquina de la cama, yo gritaba, se detuvo e hizo amago de salir. Pero tropezó con la tía Aura, que había venido corriendo y que, a su lado, parecía una niña de siete años. Ella, una vez calmados, hizo las presentaciones. Curiosamente, tras unos diez minutos de conversación, el joven ya no me resultaba tan monstruoso o, mejor dicho, su monstruosidad había comenzado a resultarme benévola y digna de atención, como la de una camello del zoológico. Se había visto obligado a venir a mi habitación porque su madre estaba probándose el vestido en la otra estancia. No era tan joven, tenía veinte años y se llamaba Egor. Vista de cerca, en el aire púrpura de la habitación, su cara brillaba por la multitud de pelillos rubios de una barba de varios días. Tenía unas mandíbulas trágicamente prominentes, una nariz grande y recta, de cartílagos visibles, verdosos, bajo una piel seca, sus ojos eran claros. En cuanto nos quedamos a solas en la habitación, se mostró muy cordial conmigo. Era evidente que estaba acostumbrado a asustar en un primer momento, pero que sabía luego hacerse al menos soportable. Estaba sentado en una silla, delante de mí, como un insecto grande y ligero, balanceándose lentamente. Me contaba en voz baja que vivía con su madre en la torre en medio del campo, esa que había visto desde la copa del guindo.

Cuando abrí por primera vez la boca y le dije que conocía el edificio, se animó como si le hubiera hecho un regalo. Y, sin preámbulo alguno, empezó a contarme una historia muy extraña: «Mis padres son de origen georgiano —me dijo—. Mi tatarabuelo vino a Valaquia en tiempos de Hangerliu, un señor feudal chiflado. Comerció con satén en Giurgiu. Cuando el Danubio se helaba y se volvía como una hoja de pistacho a través de la cual se veían en el fondo los siluros y la carpas, pasaba al otro lado con todos sus bártulos e instalaba el tenderete en un viejo caique dorado, abandonado durante mucho tiempo en la orilla. Con los brillos de sus telas, pesadas y preciosas, impresionaba a los turcos, a los serbios, a los albaneses, a los búlgaros y a algún que otro transilvano despistado. Le compraban incluso los venecianos y los embajadores de Italia que, alabado sea Dios, tenían también sus propias sedas bordadas con maestría. En mi familia se cuenta que a este antepasado lo mató con su puñal el mismísimo pachá de Giurgiu, después de la terrible matanza de Hangerliu, que había conseguido hacer llegar una carta, a través del comerciante de telas, a su tío de Tesalónica; en ella le pedía doscientas cincuenta bolsas con dinero para pagar los diezmos al turco que había venido con el mensaje y salvar así el pescuezo. Mi bisabuelo, en primer lugar, puso a su familia a salvo, en Silistra, donde vivían algunos familiares, y después, acompañado por un solo capataz, un hombre de confianza,

partió una noche por el Danubio helado, con las pezuñas de los caballos envueltas en fundas de cáñamo. De entre la niebla surgieron de repente unos turcos, cimitarras en ristre, que los capturaron junto a la orilla. Durante cincuenta años sus descendientes vagaron por Bulgaria y por el banato serbio, llegaron hasta Alemania comerciando, por lo que yo sé, con cristal. Mi madre, mi hermana y yo somos descendientes de un nieto del comerciante que, cuando llegó al Adriático, embarcó en un velero veneciano que se dirigía hacia Marruecos para llevar objetos de cristal y regresar cargado de canela. Allí, en la costa bereber —y más abajo, hasta Ghana, de donde venía el marfil amarillento—, pululaba una mosca transparente como el cristal, de alas azules, y que picaba como un demonio. A consecuencia de las picaduras de esta mosca, a los marineros empezaban a crecerles los huesos, a aumentarles las palmas y las plantas de los pies, a alargárseles la nariz y las orejas. Desde entonces, toda nuestra familia es así, de huesos finos que se rompen en cuanto sopla el viento. Pero también de esta mosca hemos heredado nosotros un don, un don de valor incalculable, del que quizá te hable más adelante. El marinero, el nieto del comerciante de satén, atacado por la enfermedad de los huesos, se hizo monje a los cincuenta y ocho años y murió hacia 1850 en un monasterio de la isla de Samos, gobernada entonces por el bey Ion Ghica. Los cuatro hijos del marinero fueron *palicari* ^[27] bastante famosos. El mayor fue Macri Iani, que se entregó voluntariamente al príncipe Ghica y que llegó a ser uno de los piratas más conocidos entre los más de seiscientos que saqueaban el Archipiélago, desde Leros hasta Esmirna. Macri Iani murió de tuberculosis en prisión. Dicen que, en *rigor mortis*, medía dos metros ochenta centímetros. Los gemelos medianos, asimilados a los griegos con los nombres de Spiru y Zotalis, abrieron una cantina en Chipre. Se enriquecieron gracias a unos turbios negocios, empezaron las disputas entre ellos y, en 1880, Zotalis apuñaló a Spiru, se quedó con su esposa y su hacienda, lo cambió todo por oro y joyas y huyó a América. Algunos individuos extremadamente altos y frágiles deben de deambular aún por occidente medio, de donde se recibieron las últimas noticias a finales de siglo. Hemos roto prácticamente toda relación con esta rama. Nosotros descendemos directamente del hijo menor del marinero, que regresó a Giurgiu, donde su bisabuelo había comido pescado más por necesidad que por voluntad. El año 1877 lo sorprendió en Bosnia, donde regentaba una abacería en un pueblo de ciribiros. Le requisaron la tienda y Marcos se vio como cocinero de campaña en el reducto de Grivita, bajo el fuego de rusos y rumanos. Un obús impactó en las calderas, fue hecho prisionero por los rumanos y acabó con una pierna amputada en el Lázareto de Giurgiu. Se repuso tras seis meses de agonía y cuatro esquiras en el pulmón derecho, pero Marcos no atravesó el Danubio sino que se instaló en el Reino de Rumania y puso en marcha una tasca en Chirnogi, junto a Oltenita. El sitio era bueno así que sus ganancias crecieron y el nombre “Donde el cojo” siguió siendo tan famoso que, hasta 1937, existió una cervecería en Oltenita de

idéntico nombre, sin que tuviera ya relación alguna con Marcos, que llevaba mucho tiempo criando malvas. Cuando se enriqueció lo suficiente, Marcos dejó la taberna al cuidado de un sobrino por parte de su mujer (una rumana rubia cuyo daguerrotipo aún conservamos) y, a pesar de su pierna de madera, se convirtió en un arrendador tunante pero muy trabajador. Arrendó once haciendas de una sola vez y se las cedió a otros en subarriendo. Murió en 1906 y sus hijos, que se enrolaron en el ejército de caballería, llegaron a ser oficiales y combatieron en la Primera Guerra Mundial. En realidad solo uno, Dumitru, llegó a luchar, pues Mihai murió de fiebres tifoideas antes de alcanzar la línea del frente.

Dumitru es nuestro abuelo. A los diecinueve años, edad a la que dejó de crecer, medía dos metros y cuarenta y ocho centímetros, y era el hombre más alto de aquí. Una vez acabada la guerra, se estableció en Bucarest y se entregó al juego de cartas, a las fiestas con champán y a las francesitas que colgaban sus tarifas en las puertas de los hoteles de lujo donde se instalaban. Al cabo de unos meses había fundido toda la herencia de Marcos. Siguió merodeando por las tascas durante una temporada, cada vez más deteriorado y embrutecido, hasta que desapareció de la ciudad y del recuerdo de todo el mundo. Regresó en 1923 con el circo Vittorio, uno de los tres circos más importantes que recorrían el país por aquel entonces. *Sidoli*, el más grande, se distinguía por su gigantesca carpa de bandas de seda azul y blanca, culminada por banderolas del color verde del limonero. Luego estaba *Le Magnifique*, de los hermanos Borzoff, con famosos funambulistas y con la contorsionista Tudorița, capaz de coger con los dientes, doblándose simplemente hacia atrás, una rosa colocada entre sus talones. Estos dos circos tenían también animales salvajes o insólitos, pero el único circo del hemisferio boreal que podía presumir de una soberbia pareja de dragones era el circo Vittorio, cuya cúpula de ámbar reluciente se levantaba también de vez en cuando en la periferia de Bucarest. Mi abuelo actuó desde el primer espectáculo del circo cuando este regresó de una gira por Polonia y Lituania. Era presentado como el hombre más alto del mundo y aparecía en escena, serio y silencioso, con un amplio manto de cachemir azulado. Lo rodeaban unos enanos monstruosos, de piernas torcidas y cabezas como botijos, que hacían malabares con naranjas y acrobacias sobre la arena llena de boñiga. Dumitru (bautizado ahora *Signor Firelli*) causaba sensación al despojarse de la capa con un gesto majestuoso. Se quedaba con una especie de delantal minúsculo. Flaco como un faquir e increíblemente largo, estaba tatuado de pies a cabeza con las más extrañas imágenes que puedas soñar. La tinta y los polvos de colores incrustados bajo su piel, pinchazo a pinchazo, lo habían transformado en una crónica viva del mundo con todo lo que este ha sido, es y será. Sus tatuajes parecían circular bajo la piel, sus contornos se confundían: en una de sus actuaciones, si lo contemplabas con unos prismáticos, podías ver, en el hombro derecho, una lluvia de estrellas dibujada con tinta

sangrienta; en el espectáculo siguiente la encontrabas en el vientre, pero esta vez con tinta verde. Al loro con un diamante en la frente que, con las alas extendidas, adornaba hoy sus omóplatos, lo veías mañana subiendo hacia el cuello y la barbilla y, pasado mañana, flotando fantasmagóricamente sobre la cabeza del *Signor* Firelli para desaparecer a continuación como un leve vapor. Mi abuela fue una joven finlandesa que trabajaba en el circo como cocinera. Al poco de dormir con Dumitru una noche tras otra, entre la paja de los caballos, ella descubrió su don de adivinar el futuro según los cambios de los imbricados dibujos de su piel.

Una noche de agosto, cuando bajo la carpa del circo Vittorio se habían reunido más espectadores que nunca, sobre la piel del abuelo aparecieron, en medio de una jungla de tatuajes frenéticos, tres letras como grabadas con zafiros: *REM*. Por todo el pecho, como una premonición. Soile, mi abuela, que ya había tenido a mi madre en 1921 y la había dejado en Chimogi, al cuidado de la viuda de Marcos, siguió con el dedo el contorno mágico de las tres letras, empezó a reír y a llorar, a gritar y a revolcarse por el polvo del escenario, hasta que, doblando el espinazo hacia atrás, arqueó la espalda de forma tan terrible que incluso Tudorița, la del *Le Magnifique*, habría sentido envidia. Aquel fue también el año de la quiebra de don Vittorio Carrá, el propietario del circo. Soile murió en el monasterio de Dudu con un diagnóstico de demencia histérica; también Dumitru acabó su carrera de saltimbanqui cuando, unos meses después, mientras actuaba en invierno en Bráila, en un gran espectáculo, entre lanzadores de fuego, tragasables y forzudos con pieles de leopardo, rodeados de cadenas, fue destrozado en plena representación por los dos dragones, que se abalanzaron sobre él. Al parecer, aquellos fabulosos animales con hocico y cola de dragón, garras de león y alas de murciélago, habían visto, en los tatuajes siempre cambiantes de la piel amarillenta de mi abuelo, algo que provocó su ferocidad. Tengo por casa una carpeta llena de recortes de periódico que presentan al “Signor Firelli, el hombre más alto del mundo”. Una fotografía lo muestra estrechando la mano de Gogea Mitu, que a su lado parece casi un pigmeo. Creo que organizaron un combate de boxeo entre ambos pero no llegó a celebrarse. De este hombre extraño mi madre heredó dos cosas inesperadas: una crónica de familia (que acabo de relatarte brevemente ahora) y una colección de sellos. La crónica de Dumitru se remonta de hecho, en el pasado, mucho más lejos que mi historia. Comienza con unos sucesos poco claros que tuvieron lugar en un monasterio tibetano allá por el siglo XIII. De allí habría partido un novicio cuyos descendientes recorrieron Cachemira, hicieron negocios en Tashkent y Bujara, descendieron a Irán por la ruta de las alfombras, llegaron a Georgia, donde permanecieron casi noventa años y de donde partió el comerciante de la época de Hangerliu... Ya ves, es como si mi familia fuera una especie de dedo que avanza lentamente por un plano en busca de algo cuya existencia conoce, sin que este conocimiento se transmita de otra manera que, tal vez, la de la

sangre. Hasta que mi madre descubrió el *REM*, ellos no fueron siquiera conscientes de estar buscándolo. Y se limitaron a vivir sus vidas, que instintivamente los encaminaban hacia occidente. Mi madre se casó muy pronto, en 1936, cuando tenía quince años y medía solo un metro noventa y cinco. Mi padre era una cabeza más bajo que ella y probablemente se casó por su colección de sellos, que debe de ser muy valiosa. Ni siquiera lo recuerdo demasiado bien, se llamaba Augustin Bach, era un sajón de la zona de Braşov y también él coleccionaba sellos febrilmente. Así son mis recuerdos de infancia: dos locos hojeando y hojeando las páginas negras de un álbum en las que se alineaban cuadraditos de papel de colores. Mi hermana nació en 1937 y yo en 1940.

Por culpa de los bombardeos permanecemos en el campo hasta 1945, año en que murió mi padre, de difteria, en el hospital en el que trabajaba como enfermero. Cuando volvíamos del campo los tres —mi madre, de luto, mi hermana y yo—, muertos de cansancio, del pueblo de Dudeşti, donde habíamos vivido en casa de una conocida de mi madre, acurrucados en el fondo de un carro, pasamos junto a un almacén que quizá hayas visto, ese que está junto a nuestra torre, construida después, naturalmente. Era un simple almacén emplazado, Dios sabrá por qué, en medio del campo. Al verlo, mi madre se sintió mal. Detuvimos el carro y ella bajó, dio varias vueltas alrededor del almacén, lo tocó tímidamente con la punta de los dedos, tanteó con infinita delicadeza el tosco candado de la puerta y, finalmente, se dejó caer de rodillas en los surcos enfangados, como si estuviera delante de un templo. A duras penas consiguió sacarla de allí el campesino que conducía el carro. Nosotros, los niños, estábamos asustados y llorábamos desconsoladamente. Al día siguiente mi madre se decidió: vendió un solo sello de su colección y con ese dinero construimos la torre. La construcción culminó en el 47, año en que nos trasladamos aquí. Mi hermana estuvo con nosotros hasta hace cuatro años, cuando se casó con un carpintero. Tiene un crío de unos tres años y medio, muy precoz. Desde entonces, mi madre y yo vivimos solos y vendemos un sello de vez en cuando para poder cubrir nuestros gastos.

Egor calló y siguieron unos segundos de silencio silbante, entonces me di cuenta de que lo había estado escuchando con la boca abierta y de que no había observado que la habitación estaba tan oscura que solo se veían las superficies brillantes: el borde dorado de un vaso que estaba sobre la mesa, los ojos púrpuras del alargado, las esquinas redondeadas de la estufa. La franja de cristal mate de la puerta se iluminó bruscamente con un amarillo sucio: mi tía Aura había encendido la luz en el otro lado. Ahora nos llamaba con su voz penetrante, gruesa: teníamos que admirar a la «señora Bach» con su fantástico vestido azul, estampado con ramas de cerezos en flor. Yo era una enana al lado de aquellos espantapájaros de gestos lentos que abarrotaban el comedor. Cuando se fueron, los acompañé hasta la puerta bajo el cielo

estrellado, a través del canto de los grillos; la señora Bach se adelantó un poco y Egor se inclinó hacia mí y me invitó entre susurros a visitarlo en la torre al día siguiente. «Tú sabes escuchar —me dijo—. Pero depende de que sepas soñar». Y depositó en mi mano un pequeño objeto frío y bien pulido. «Colócalo debajo de la almohada y cuéntame mañana qué has soñado esta noche». Se alejó después hacia el fondo de la calle, donde el cielo azulaba y el cometa, una araña extática, deshilachaba su cola entre las estrellas. Entré en casa y miré el objeto que me había entregado Egor. Era una concha con forma de abanico japonés, de un nácar rosado que hacía aguas. La parte exterior tenía estrías y era de un color oscuro, el interior, liso y resbaladizo, era blanco como la tripa de un pez. Allí, en el interior cóncavo, alguien había grabado un dibujo con un objeto punzante: un círculo abierto que contenía cientos de caminos intrincados como si fueran intestinos. Hasta que me fui a la cama, estuve con la tía Aura, que recogía los hilos esparcidos por toda la casa. Marcel había vuelto de jugar más sucio que un gorrino y no se llevó una paliza porque estaba yo. Después de cenar, tomamos una pastilla de menta, un disco de chocolate con un relleno blanco y blando, de sabor a hierbabuena, luego mi tía preparó mi cama. Puse la concha debajo de la almohada y me quedé dormida. Solo por la mañana me acordé de la pobre Zizi, de la que me había olvidado por primera vez en mi vida y que había dormido en el suelo, debajo de la mesa.

Aquella noche soñé con un bosque. Un bosque verde-dorado en el que el aire de después de la lluvia brillaba como el sol. Un bosque matinal, cargado de rocío, lleno de mosquitas doradas, con miles de hojas transparentes y temblonas. Caminaba por aquel bosque que olía a leña rojiza, a taninos, a hongos, entre troncos jóvenes y largos, delgados, combados hacia el sol, tallos esmeraldas y dorados, ¡sin embargo, tan vivo! A través de las amplias cúpulas de las ramas se abrían ojos de cielo azul. De allí parecían brotar los silbidos de los pájaros que abolían el silencio... Por los cientos de senderos que atravesaban el bosque infinito se escurrían los erizos y correteaban las comadreja. En los calveros, las ortigas y las campanillas violetas y el aro daban sombra al bullicio caótico de los zapateros. El bosque me parecía a mí, una niña perdida por sus senderos, la única realidad posible. Ya no recordaba nada más. Y tampoco lamentaba estar perdida. Encantada con el color de las mariposas, con el sabor de las frambuesas que me habían embadurnado la cara, avanzaba feliz, saltando, tumbándome para beber el agua ligera de alguna fuente cristalina. Aquel era mi mundo y deseaba no tener que abandonarlo jamás. Bajo una hoja manchada de barro encontré un caracol con el caparazón roto. Entre dos árboles, una araña extendía su tela llena de gotas de rocío. Una rama seca me arañó el brazo desnudo. No buscaba la salida, los caminos no eran caminos hacia algo, hacia otro sitio, sino la pura alegría de caminar a través de un Milagro.

A las ocho de la mañana, Garoafa me llamó desde la puerta con su voz gutural.

Bebí la leche y salí al patio. Me remordía la conciencia por culpa de Zizi, a la que ahora había vestido, para compensarla, con sus mejores galas. Pero, mientras hablaba con las chicas —para las nueve se habían presentado todas—, volví a olvidarme de ella. Les hablé de Egor y de sus historias, y ellas, sorprendentemente, se mostraron ofendidas y farfullaron: «Déjate de tonterías con ese larguirucho» o algo parecido. Pero, como yo estaba tan entusiasmada, se decidieron por fin a contarme que a todas y cada una de ellas les había relatado, en su primer encuentro, todo ese embrollo de sus antepasados y de ese viejo almacén en el que sucedían quién sabe qué disparates. El «pequeño John», como le llamaban ellas, les había entregado sucesivamente, a todas, la concha tallada y todas habían dormido con ella debajo de la almohada. Pero no habían soñado lo que debían y el alargado las había mirado con desprecio. «Unos chiflados, su madre y él». Al escucharlas, empecé también yo a temerme su desprecio: ¿habría soñado el sueño adecuado? ¿Decepcionaría a aquel joven gigantesco y frágil que, cuando nos despedimos en la puerta, me había mirado con una esperanza tan dolorosa? De cualquier modo, nunca había tenido un sueño tan vivido, tan real. Nos pusimos a hacer dibujos con tizas de colores. Las chicas dibujaban caricaturas de Egor: golpeándose contra el cuerno de una luna sonriente o bien cogiendo, con una mano infinita, verde como la bilis o rojiza, una estrella de varias puntas. Sin embargo, yo dibujé con tiza rosa la concha que me había entregado Egor. Nos aburrimos enseguida y de repente decidimos (ya no recuerdo quién lo propuso) jugar a las Reinas. El juego no era difícil: cada una de nosotras tenía que ser reina por un día. Como éramos siete, el juego duraría siete días. Cada día, la reina correspondiente tenía que recibir un color, un objeto, una flor y un sitio para jugar. Con todo ello, tenía que improvisar un espectáculo, un juego divertido en el que todas las demás estaban obligadas a participar. La más entusiasta era Ester, que se había puesto tan colorada de alegría que casi se le habían esfumado las pecas. Estaba claro que así no íbamos a aburrirnos ni un instante en toda la semana. Ester propuso echarlo a suertes. Nos pusimos manos a la obra inmediatamente para borrar los dibujos con un trapo húmedo y trazar los círculos de los siete días. El más grande lo hicimos con tiza morada, en su interior dibujamos otro con tiza índigo, el siguiente era azul, el siguiente verde, luego amarillo y naranja, y en el centro quedó un círculo del diámetro de una pelota que sombreamos con tiza roja. Después de rematarlo, las chicas corrieron a sus casas en busca de las flores y del resto de los objetos. Yo permanecí acurrucada ante los círculos, con las manos sucias de tiza y Chombe respirando directamente en mi nariz. Me sentía muy triste desde que había llegado aquí, no sabía qué me pasaba: la casa de ladrillo, el huerto bien cuidado, con sus hileras de cebolletas, las espalderas de tomates, el camión azul que se freía al sol con la sempiterna Gigi bostezando en el capó... todo me parecía iluminado por un sol negro, visceral, doloroso como algo que sabes que no volverás a tener jamás. Miraba

el guindo, que se elevaba sobre el resto de los frutales del huerto llenos de barro y me asaltó el recuerdo de la torre y de la tarde anterior, cuando Egor se balanceaba ante mí como una cobra hipnótica. Salía a la puerta y contemplaba las calles: las colas de las cometas, enganchadas a los hilos del telégrafo, volaban solitarias en el aire dorado y alguna que otra tórtola, detenida en el poste, las miraba de reojo. Esperaba a Ester, me preguntaba qué papel le daría cuando fuera reina pero pensaba, sobre todo, en lo bien que quedaría ella en el trono con las flores que le tocaran en suerte. Quería que esa flor fuera una rosa roja y decidí entonces proponer una rosa: quizá le tocara precisamente a ella. Entré en casa y comencé a fabricar una coronita de papel dorado. La tía Aura, cuando supo en qué consistía nuestro juego, me trajo tiras multicolores de terciopelo, trozos de satén y de crespón, además de unas cuantas hojas de papel de charol en el que mi primo recortaba manzanas, peras, zanahorias y pepinillos para sus trabajos manuales de la guardería. También entraron las chicas y al cabo de un rato la habitación se llenó de gente atareada. Todas recortábamos cadenetas de papel de colores, hacíamos collares, bordados y pulseras con cualquier cosa; con una de las sillas de la cocina improvisamos, gracias a unos cojines y una sábana, un verdadero trono con baldaquín y todo, digno de una reina. Manejando la tijera con una gracia insólita, Puia recortó un unicornio y un león en una hoja dorada, los pegamos, frente a frente, en el respaldo del trono. Después de recoger del suelo los trapos y papeles que nos habían sobrado, traje un viejo sombrero del tío Ștefan y comenzó el sorteo. Escribimos los colores del arco iris en trocitos de papel (como una pequeña fantasía, escribimos cada color con el color opuesto en el espectro; escribimos, por ejemplo, «Rojo» en violeta, «Naranja» en índigo y así hasta el final, de tal manera que únicamente el «Verde» estaba también en verde) y pusimos los papelitos en el sombrero. Estábamos muy nerviosas porque el día en que íbamos a ser reinas dependía del color que nos tocara y todas queríamos alcanzar el rango supremo lo antes posible. Finalmente, el sorteo quedó así: el violeta le tocó a la afortunada de Ballena, que durante un rato no se dio cuenta de su estrella, es decir, que iba a ser reina ese mismo día. Pero, por otra parte, nos consolamos con la idea de que así, el primer día, casi no tenías tiempo de asimilarlo bien y, ¡se acabó!, ya no eras reina. Mejor que te tocara un poco más adelante para aprender de los errores de las demás y pensar bien lo que ibas a hacer en tu día. Ada sacó el índigo y Carmina el azul. Era imposible que no le tocara a una detrás de la otra con colores tan semejantes. El verde, el color del medio, le cayó a Puia, que realmente se lo merecía por la luz verde, un tanto perversa, de sus ojos. El amarillo le correspondió, inesperadamente, a Ester, que hizo una mueca de disgusto en cuanto lo leyó: a ella le habría ido solamente el rojo, por supuesto, habría sido una Reina Roja de los pies a la cabeza, pero qué se le iba a hacer. El amarillo era el único color que no soportaba. Todo parecía estar en contra de mi pobre amiga. Y eso fue solo el comienzo. Garoafa sacó

el naranja, un color gitano —que esto quede entre nosotros— y todas nos echamos a reír. Pero la pequeña salvaje estaba encantada: le parecía el color más vivo y más deslumbrante. Con una voz como si se hubiera aclarado la garganta con petróleo (algo verosímil ya que la podías ver siempre en la cola de la gasolinera, arrastrando tras ella un carrito de hierro con un bidón grande y abollado de color óxido), ella nos confesó que ya sabía cómo iba a disfrazarse, porque un primo suyo trabajaba en el servicio de limpieza y tenía un chaleco anaranjado con cordones, «muy flojote», que pensaba birlarle para esa ocasión. Yo ni siquiera abrí mi papelito. Iba a ser la última reina y me correspondía el color rojo. Me sentía una usurpadora y, si hubiera podido, se lo habría cambiado a Ester. El rojo no tenía nada que ver conmigo, incluso mi nombre, Svetlana, me sugería una especie de azul verdoso muy pálido.

Cuando cedieron los nervios de la elección de los colores, una vez que aclaramos en qué orden seríamos reinas, volvimos a utilizar el sombrero para depositar en su interior, en secreto, el objeto que cada una había traído de casa. Yo solo sabía cuál era el mío: había robado, del cajón de la máquina de coser, un termómetro estropeado que marcaba siempre 36 grados. El sombrero fue pasando de una a otra y, cuando sacamos los objetos para colocarlos sobre la mesa, encontramos: un anillo, un reloj de juguete, una muñeca del tamaño de un dedo, con una faldita de gasa bermellón, una espoleta de gallina increíblemente grande, un bolígrafo transparente, de los primeros que aparecieron entre nosotros, una perla agujereada y mi termómetro. Escribí sus nombres en los papelitos y los sacamos del sombrero. Yo cogí el anillo, Ester el termómetro, Ballena la espoleta de gallina, Puia el bolígrafo, Ada el reloj, Carmina la perla y Garoafa la muñeca. Mirábamos estos objetos como si fueran unas apariciones. No se nos ocurría qué podríamos hacer con ellos. Pero, a excepción de Ballena, reina el primer día (a la que también le había tocado aquel hueso inexplicable, una horquilla con la que no sabrías qué hacer aunque te lo pensaras mil años porque, evidentemente, no podía romperlo en dos, como se suele hacer), las demás teníamos tiempo suficiente para pensárnoslo. No habíamos traído flores de verdad porque se habrían estropeado, pero cada una pensó en una flor y escribimos los nombres de las siete flores en los papelitos. Ballena sacó el dondiego, Ada, la zinnia, Carmina, el clavel (aquí, por supuesto, nos reímos mucho) Puia, la verdolaga, Ester, la dalia, Garoafa, la boca de dragón, y a mí, la más afortunada con mucho hasta entonces, me cayó en brazos la reina de las flores, la rosa. Iba a ser una reina inmerecida.

Para poder empezar el juego, solo nos quedaba elegir los lugares. Tras un tira y afloja, parcelamos nuestro dominio en siete zonas: mi habitación, el patio, la calle, el campo, la torre de Egor, el camión y unas ruinas que había detrás de nuestro patio (allí había habido una escuela, por eso la llamábamos escuela vieja). Para no saberlo todo de antemano, decidimos no echar todavía a suertes los sitios de juego. Cada mañana, la reina correspondiente a ese día sacaría su billetito y luego nos

encaminaríamos al sitio indicado en el papel. Por el momento, solo Ballena, riendo, con los mofletes como dos soles, introdujo su mano de manchas rosas en el sombrero y sacó el campo. Todas farfullamos disgustadas: teníamos que trasladarnos al sembrado el primer día. No nos hacía gracia porque por allí se dejaban caer también los chicos que se metían con nosotras y nos amenazaban con arrojarnos los tábanos que sacaban de los agujeros. Por otro lado, sin embargo, nos convenía, porque así no tendríamos que ser nosotras las reinas en el campo. Nos quedaban zonas más nobles. La más deseada era el patio, donde tenías sitio para desenvolverte a gusto y era un espacio cerrado, protegido, para que no nos mirara todo el mundo con la boca abierta.

Ya habíamos puesto el juego a punto y ahora nos mirábamos sonrientes. ¿Cómo íbamos a saber entonces que, de hecho, ese juego no era nuestro, del mismo modo que el ajedrez no es el juego de los peones sino el de los caballos y las reinas? No, entonces no podíamos ver a los ajedrecistas inclinados con gesto grave sobre nuestro mundo. Carmina corrió a cortar un dondiego del seto de la casa de las gemelas y nosotras empezamos a acicalar a la primera reina. La vestimos con un albornoz violeta de mi tía Aura en el que a duras penas cabía. Colgamos de su pelo cadenas de papel violeta y le pusimos la coronita dorada en la cabeza. Al cuello le colocamos un collar de cuentas como puños. Sacamos afuera la silla engalanada y la instalamos en medio de los círculos de tiza. Ballena, con sus imponentes proporciones, reinaba como una Venus del magdalenense, pero sus miradas asustadas buscaban a Puia e imploraban su ayuda. Después de hacerle una reverencia, le entregamos el dondiego y la espoleta. Ballena los evitó al principio, con gesto azorado, pero finalmente los aceptó. Todas nos sentíamos obligadas a mirarla con desprecio a pesar incluso de su extraña condición de reina. Se colocó el dondiego en el pecho con el tallo prendido en el corpiño de la blusa, y dio vueltas al hueso entre sus dedos gordezuelos hasta que se decidió a agarrarlo por la parte más ancha, con una mano en cada uno de los extremos. Parecía sujetar los mandos de un avión. En ese instante, el extremo libre que sobresalía de la bifurcación, empezó a moverse lentamente de arriba a abajo. Nos arremolinamos alrededor del trono para contemplar el movimiento aparentemente inteligente, imprevisible, del hueso. Ballena se miraba las manos con la boca abierta. El hueso de dos ramas, flexible, se retorció dispuesto a escapar de sus manos. Cuando se acercó Puia, la espoleta se le escurrió y cayó a los pies de la niña, que la miró fríamente —a Puia nunca le asombraba nada—, la recogió y se la entregó de nuevo a la reina. «Me arrastra», dijo esta, y veíamos cómo, en efecto, los huesos largos se le escapaban milímetro a milímetro de las manos. «Síguela», dijo Ester. Ballena se levantó del trono y, con las manos extendidas hacia delante como si quisiera tantear algo, se abandonó a merced de la espoleta. Esta tiraba de ella como un perro atado a una correa. Nosotras permanecíamos detrás de la gorda vestida de morado, emperifollada como un fantoche. Era casi la una y el mundo estaba sumido en un

silencio resplandeciente, bajo un cielo sereno que sería benévolo con nosotras durante toda la semana, la espoleta tiraba en dirección a la puerta, así que salimos a la calle desierta. Giramos a la izquierda, hacia el campo. A duras penas seguíamos el paso de Ballena, que avanzaba a grandes zancadas ridículas, zarandeando sus jamones al pisar el empedrado irregular. En torno a las piedras crecían briznas de hierba. Dejamos atrás la última casa y ante nosotras se abrió el campo, que se extendía hasta el horizonte. A lo lejos, en el centro, veíamos la casona melancólica con el ventanuco que brillaba en la torre y a su lado, como una rana tiñosa, la barraca en la que sabíamos que se encontraba el *REM*. La espoleta nos obligó a dirigirnos directamente al sembrado o, mejor dicho, hacia el terreno baldío en el que no crecían más que cardos, malas hierbas y, aquí y allá, algunas centaurs tímidas. Había agujeros de tábanos por todas partes. Las arañas de tierra, verdes y fuertes, que se habían aventurado más allá de sus cavidades, apoyadas en sus fuertes patas de corredor, se retiraban de nuevo en sus escondrijos según pasábamos. Nos habría gustado seguir las con la mirada y agacharnos para acercar el ojo a aquellos boquetes misteriosos, pero un espectro nos lo impedía y nos hacía temblar: una araña que se abalanzaba como un rayo y nos desgarraba el párpado. En el cielo, arriba, rodaban unas nubes blanquecinas, como dibujadas. Benéficas. Yo caminaba ahora hombro a hombro con la gordinflona, que miraba de reojo la punta de la espoleta. Habíamos avanzado unos cincuenta pasos a través del campo, Carmina y Ada se habían trenzado unas coronas de centaurs y de asteres, y resultaban tontamente tiernas con sus vestiditos iguales, con sus sonrisas iguales, cuando Ballena se detuvo. Nada la arrastraba. La espoleta permaneció inmóvil por un instante y después, como un minuterero, se inclinó hacia el suelo. Ballena gritó y la soltó como si le quemara, la espoleta se pegó al suelo como atraída por un imán. Nos mirábamos unas a otras. Sabíamos que allí, bajo tierra, había algo. Dos de nosotras se pusieron de cuclillas y empezaron a escarbar con los dedos aquella tierra harinosa, pero aquello no tenía demasiado sentido. Puesto que se acercaba la hora del almuerzo y teníamos que volver a casa, decidimos regresar a las cuatro con una pala o una laya. Ya nos veíamos ante una caja fuerte o un cofre antiguo o algo parecido a la gallina de los huevos de oro, un dibujo del libro de historia del cuarto curso. O un diamante tan grande como un huevo de pava, esa «piedra maravillosa que no existe en ninguna parte» de nuestros juegos. Veneramos a la reina como un cuarto de hora más pero la muy tonta no nos ordenaba nada, ningún mandato, sonreía mostrando los dientes por encima de su papada, con la corona caída sobre una oreja, casi inspiraba pena. Parecía una cocinera disfrazada de reina. Finalmente nos dispersamos y nos fuimos a casa, no sin antes señalar el lugar con una rama en la que anudamos una tira de satén morado. Entré en el patio y me senté en el trono vacío, abandonado en medio de los círculos de colores. No pensaba en nada. De hecho, habría preferido que Ester me dirigiera al menos una palabra antes que

encontrar allí una piedra preciosa. Incluso ni siquiera eso. La verdad es que no sabía lo que quería, tal vez fuera tan solo no sufrir tanto, que las cosas no fueran tan infinitamente dolorosas.

En casa de la tía Aura había una clienta, al cabo de un rato llegó Marcelino y almorcé con él. Empezó a sonsacarme desde el principio, a preguntarme a qué jugábamos, qué pasaba con aquel trono. Quiso borrar los círculos, decía que quería dibujar un *Chaika*, [28] menos mal que yo sabía cómo manejarlo. En cuanto terminamos de comer, cogió su juego de fútbol de botones y se fue con sus amigos. Mi pobre tía no tenía tiempo de ocuparse de nosotros, se pasaba el día cosiendo. Y mi padre vendría a verme al cabo de dos días, el día de visita en el hospital. Me llevaría a mí también a ver a mi madre. Pero yo no sentía demasiado cariño por ninguno de los dos. Sobre las tres y media se presentaron las chicas con unas cuantas palas. Hacía calor y el trapo violeta aleteaba al viento como un espantapájaros. Lo sacamos y nos pusimos a cavar después de asegurarnos de que nadie nos veía. Muchos de los chicos de los vecinos estaban en el pueblo, otros salían a jugar al fútbol, pero más tarde, así que estábamos solas en el campo. Cavábamos con torpeza, sacando la lengua y, después de excavar un hoyo estrecho, de unos sesenta centímetros de profundidad, encontramos un tablón atravesado por raíces. Una crisálida roja, hinchada, estaba pegada a la madera. Garoafa la cortó con el filo de la azada y de ella brotó una leche asquerosa. Seguimos ensanchando el hoyo hasta que pudimos sacar la traviesa; encontramos un túnel con escalones que se adentraban en la tierra. El aire fresco que exhalaba aquel orificio nos despeinaba. Abajo, muy al fondo, se veía una línea de luz azulada. Todas estuvimos de acuerdo con que la reina tenía que ser la primera en bajar. Estábamos muertas de miedo. Sin embargo, Ballena era tan lenta de reflejos que sospecho que solo empezó a sentir miedo más tarde, por la noche. Ahora miraba fijamente a Puia, que le hizo un simple gesto con la cabeza señalando el hueco. Entonces ella se dejó caer, apoyó los pies en el primer escalón y, rompiendo las brillantes cadenas de papel del cuello, entró por completo en el subterráneo. Se veía solo su coronilla que avanzaba titubeante por una oscuridad cada vez más densa. El túnel era ligeramente oblicuo, como la escalera de un sótano, pero unos diez metros más abajo parecía volverse horizontal porque los mechones azules de Ballena dejaron de verse al cabo de un minuto. Esperamos un poco y empezamos a bajar también nosotras, una tras otra. Si nos hubiera visto alguien, habría pensado que se trataba de un milagro en el campo: unas jóvenes hechiceras, vestidas con extravagancia, desaparecían en el interior de la tierra para quién sabe qué encuentro escatológico, entre vaharadas de azufre, con el Gran Carnero. La escalera tenía unos sólidos escalones de piedra y desembocaba en un pasillo que descendía imperceptiblemente, bajando cada vez más. Era curioso que, a medida que avanzábamos por el estrecho pasillo, la luz, en lugar de disminuir, aumentara, azulada, irreal, y que no proviniera

de ninguna parte. Después de unos cuantos recodos, llegamos a una sala gigantesca.

En aquella aura ultramarina que se derramaba por todas partes a lo largo de la sala, descansaba ante nosotras, tumbado de espaldas, mostrándonos los talones, con los huesos de las manos junto a las costillas y la pelvis, un enorme esqueleto humano. Lo contemplábamos boquiabiertas sin poder dar crédito a lo que veíamos. Avanzamos, unas por su derecha y otras por su izquierda, midiéndolo con los pasos y contemplando las rótulas redondeadas, el fémur interminable, la columna vertebral como la de un reptil antediluviano, las costillas como las de un velero, unidas a través del hueso triangular y calado del esternón. Más allá de las clavículas y los omóplatos, después de las siete vértebras del cuello, su cráneo reía con el aire del que ríe el último. Cada una de sus muelas era tan grande como nuestros puños. Su bóveda craneal tenía un diámetro de un metro y medio más o menos, quizá más, y se distinguían perfectamente, sobre su superficie marfileña, las suturas zigzagueantes. El esqueleto medía, desde los pies a la cabeza, unos cuarenta pasos míos, es decir, unos veinte metros. Recordé aquella sensación de irrealidad, de algo artificial, como de escayola pintada, que me había producido la ballena Goliat cuando estuve con mi padre en el parque de atracciones. Comparado con aquella penosa gansada, el esqueleto que habíamos descubierto en la gruta ovalada era absolutamente verosímil, nosotras ya habíamos visto huesos de vaca o de pollo y sabíamos qué pinta debía tener un esqueleto. Era verosímil si exceptuábamos su descomunal tamaño. La gruta era ovalada, como hecha a su medida. Al principio nos quedamos mudas pero luego nos cansamos de contemplarlo con respeto, empezamos a trepar por sus huesos, a moverle los dedos de las manos y, finalmente, nos metimos en su caja torácica. Allí estuvimos descansando un cuarto de hora y luego empezamos a hablar de cualquier cosa. El esqueleto nos parecía un niño dentro del vientre de su madre. Solo que el pequeño no podía estar así, tieso, porque no habría cabido. Tenía que estar encogido. Luego empezamos a preguntarnos cómo y con qué se formaban los huesos del niño allí, en la barriga. Las gemelas no podían creer que hubieran estado durante tanto tiempo juntas, pegadas una a la otra, dentro de su madre. «¡Nueve meses!» «¡Nueve meses!», gritaba Garoafa desafiante, aunque no la contradecía nadie. Pero ¿y si — soltó Puia de pasada, ella, con sus ojos de hielo verde, que no parecía haber seguido la discusión—, y si estuviéramos de hecho en la boca de una gran araña de tierra que devoró a su vez al hombre cuyo esqueleto vemos y que, tal vez, fue un dios? Entonces fue como si la hubiéramos visto, ágil y peluda, corriendo hacia nosotras con sus ocho patas de varios metros de largo, atrapándonos a cada una e inyectándonos el suero venenoso. Nos abalanzamos a empujones hasta la escalera y desde allí miramos espantadas hacia atrás: Puia no había huido, estaba junto al esqueleto y ahora le anudaba una larga banda de felpa a las falanges del dedo meñique de la mano izquierda. Nos tranquilizamos. No había ninguna araña y el esqueleto era

nuestro, lo habíamos conquistado. Nuestra bandera, la de nuestra reina de ese día, se alzaba sobre su edificio.

El juego había comenzado bien y las chicas volvieron a sus casas satisfechas. Nos volveríamos a ver al día siguiente y nos someteríamos a Ada, la Reina índigo. Quedamos en el esqueleto a las diez. Antes de bajar, cada una tenía que asegurarse de que no la veía nadie. Porque Rolando, como habíamos bautizado al esqueleto en honor a un chico rubio que les gustaba a mis amigas, tenía que ser solo para nosotras. Yo pasé rápidamente por casa, me lavé y me puse un vestido bonito (en la radio cantaba Sarita Montiel) y me reuní con Marcel, que había prometido acompañarme hasta la torre de los alargados. Mi tía nos dio permiso con la condición de que regresáramos con luz, es decir, a las ocho como muy tarde. Marcelino estaba encantado, imaginaba que Egor le iba a enseñar unos juguetes increíbles y que le iba a contar historias de piratas, como le había contado cuando vino con su madre a casa de la tía Aura. Mi primo no había estado en la torre pero conocía el camino hasta allí, así que fuimos de la mano, charlando y riendo por el sendero apenas visible, en cuyos márgenes crecía algún que otro diente de león solitario. Giramos a la izquierda, después de la última casa con su pared trasera grisácea, rugosa y ciega, y luego atravesamos el campo. La tarde estival traía una brisa suave y cálida desde la linde del bosque, que apenas se adivinaba en el horizonte. Había aún tanta luz como al mediodía, las nubes eran rojizas; langostas, saltamontes y mosquillas de todo tipo revoloteaban caprichosamente. Quería mucho a mi primo, que caminaba por delante con las manos a la espalda, con su cabello de un rubio satén, gordito, con su blusa azul de elefantes y sus pantalones cortos.

Nos acercábamos al edificio de la torre, absolutamente irreal en el paisaje de alrededor. Cuando hace unos años vi *Cenizas y diamantes* de Wajda, me emocioné inesperadamente con esa escena, la de la silla Renacimiento colocada en medio de un campo polvoriento, ocre. El torreón del alargado era igualmente imposible. Solo cuando estuvimos cerca pudimos darnos cuenta de lo alto que era. Si mirabas desde abajo los muros viejos, mohosos, tenías la impresión de que era una línea que se extendía hacia el infinito. En realidad, la torre no mediría más de quince metros de altura, aunque no tenía, a juzgar por las ventanas de la otra parte, más que dos pisos. Sobre ellos, sin embargo, se elevaba la torre, no redonda, como parecía desde lejos, sino octogonal. Rodeamos el edificio, no tenía a su alrededor ni cercado ni árboles frutales ni siquiera la caseta de un perro: tan solo tierra endurecida, llena de flores silvestres. A unos diez metros se hallaba el almacén, cubierto con cartón embreado, que parecía completamente podrido. En la puerta se veía un cerrojo oxidado. Llamamos a la puerta y en una de las ventanas superiores apareció, pálida, como pintada al óleo, la figura deforme de Egor. Pero nos abrió la señora Bach, que nos invitó a entrar.

Las habitaciones eran estrechas y altas como armarios. Lámparas de cobre con unos cristales descoloridos colgaban del techo. Atravesamos tres estancias, todas iguales: apenas cabían en ellas una mesita redonda y unas cuantas sillas, pero el techo era tan alto que incluso la señora Bach parecía una niña. Cuando, tras descender titubeante por una escalera, apareció también Egor, la última estancia se volvió literalmente insuficiente. Como su madre estaba planchando con una plancha de hierro —aunque ya habían empezado a aparecer las eléctricas— y puesto que, en cualquier caso, éramos los invitados de Egor, que llevaba ahora una bata encarnada a través de cuya abertura se podía ver su pecho lampiño, huesudo, subimos a la torre a través de la escalera de madera que giraba una sola vez en torno a un poste frío como el hielo. Aquello era precioso. Incluso hoy en día querría vivir en una habitación así, redonda, con cuatro ventanas ojivales. El suelo era de madera y olía a cera fresca. Una alfombra persa minúscula —tan desgastada que parecía casi transparente, pero repleta de maravillosos arabescos— cubría apenas un trocito del suelo. «Una auténtica alfombra de Bujara de trescientos años de antigüedad», nos dijo Egor. Había colocado su inmensa palma sobre la cabeza de Marcel como si se dispusiera a coger una manzana de la cesta. Un escritorio, igualmente antiguo y con incrustaciones de marfil amarillento, así como un sofá, eran los únicos muebles. Nos sentamos en el sofá y nosotros, los niños, nos quedamos solos un rato. Egor volvió con una silla. Lo seguía la señora Bach con un plato de pastelillos de chocolate. Egor se sentó en la silla y comenzó a sacar de sus bolsillos un montón de soldaditos de plomo, esmaltados en rojo y azul, un cañón de bronce adornado con hojas de acanto y un pequeño puñal con mango de piel, que entregó a Marcel. Mientras yo hablaba con Egor, mi primo jugó todo el rato a las batallas sobre la preciosa alfombra.

Al principio, la conversación no cuajaba. Egor preguntaba concentrado, con una mirada difícil de definir, yo respondía brevemente, con timidez. Sí, me gustaba estar allí, en casa de la tía Aura. Tenía que quedarme al menos una semana, porque mi madre... Pero cuando los dos nos quedamos en silencio, saqué del bolsillo la concha-abanico y se la tendí. Temerosa de que fuera demasiado poco, le conté lo que había soñado, pero el gigante se puso en pie de repente, casi llegaba a los nervios curvados del techo, alzó sus brazos esqueléticos y exclamó con su voz desagradable: «¡Alabado sea Dios!». Yo me eché a reír. Me sentía orgullosa por haber pasado aquel examen que, presentía yo, sería tan importante en mi vida. Esperaba entonces que él revelara algo fundamental, que me introdujera en el enigma que le corroía los huesos, las articulaciones, la carne y las horas de su vida. Pero él se contentó con devolverme la concha y decirme que hiciera lo mismo la noche siguiente. «Los sueños se ligarán si eres tú, y te llevarán hasta *REM*. No hay otro camino». «Pero, ¿qué hay allí?», le pregunté impaciente y un tanto irritada por su insistencia en hacerme llegar a *REM*. «Allí —me respondió él mirando a través del ventanuco hacia el horizonte, que se

cubría con una bruma rosada—, allí está *todo*». Callamos de nuevo. El aire de la habitación había cobrado el tono dorado del té. Marcelino peleaba con los soldados rígidos, se arrastraba de rodillas, puñal en mano, bajo el escritorio de patas curvadas e imitaba al cañón, a los soldados moribundos y a los soldados victoriosos. «¡Cómo me gustaría ser una mujer! —dijo Egor de repente—. Tú tienes suerte: serás una mujer. Nosotros, los hombres, no valemos para nada. Siempre buscamos cosas que, además, no conoceremos jamás. Destruimos nuestras vidas lejos de los demás por culpa de nuestra locura sin límites. El verdadero ser humano es la mujer. Nosotros somos unos simples seres modificados, tarados. Puesto que no podemos sacar al mundo de nuestro vientre, lo sacamos de nuestra cabeza. La mujer vive, el hombre escribe». Después, con una sonrisa inesperada, Egor siguió: «Escribirían mi nombre en mi tumba y yo no tendría que vivir».^[29] Ahora sé que era una cita pero en aquel momento me sorprendió la distancia entre el contenido y el tono casi jocoso que él había utilizado. No sabía qué responder, aunque sentía en mis nervios una emoción fluida, delicada. Como ya había oscurecido, comí un pastel y me puse en pie dispuesta a partir. Marcel no quería, habría seguido jugando toda la noche, pero finalmente tuvo que separarse de sus soldaditos. Nos despedimos de nuestros anfitriones y le prometí a Egor que volvería al día siguiente, «solo cinco minutos», para contarle qué había soñado. Sus siluetas, largas y temblorosas como humo violeta, nos miraban desde el umbral de la puerta de la torre, él apoyado en el bastón mientras sujetaba a su madre por la cintura con un gesto extraño, sus rostros inmóviles, perdidos en las alturas, me hacían recordar algo con tanta intensidad que volví la cabeza. Sentía en mi mano la manita de Marcel. Sin saber por qué, me la llevé a los labios y la besé mientras nos alejábamos por el sendero estrecho, minúsculos bajo un cielo como una llamarada, menos mal que el chiquillo estaba demasiado preocupado aún por sus juegos en el torreón como para darse cuenta. El viento frío, que soplaba en ráfagas rojas, teñía de púrpura las flores del campo.

Aquella noche volví a soñar que estaba en el bosque. Era también de mañana, una mañana eterna, cegadora. Entre los cientos de caminos entrelazados, había elegido uno dispuesta a seguirlo sin desviarme en ningún momento. Los gigantescos árboles tenían en los troncos medias lunas de yesca. Por el suelo había trozos de corteza debajo de los cuales, pálidos como colas de reptiles, brotaban tallos que tenían en la punta unas hojas arrugadas. Algún que otro gusanillo blancuzco colgaba en la punta de un hilo casi invisible. Se retorció y se agitaba allí, en el aire verde debajo del follaje. Saltaba y bailoteaba por mi sendero cuando, de repente, me di de bruces con el tronco de un árbol caído. Cuando llegué a su altura, se esfumó toda mi alegría. Permanecí desconcertada por un instante: el tronco tenía un diámetro de mi altura y parecía completamente podrido. Un hervidero de hormigas carnívoras, rojas, de pinzas bien visibles, se colaba por una grieta de su corteza. Me resultaba inconcebible

rodearlo, porque tendría que salirme del camino. El corazón no me dejaba darme la vuelta. Me senté en un tocón y empecé a llorar. Pero el llanto de los sueños es mucho más desgarrador que el de la realidad. Un ciempiés espantoso, de un palmo de largo, se deslizaba entre mis pies mientras yo me secaba las lágrimas con mi vestido. Me puse en pie y, sin saber muy bien qué hacía, agarré el borde de la corteza desprendida y tiré de ella. Estaba podrida y era ligera como el corcho. Bajo la corteza encontré el cadáver de un mirlo devorado por las hormigas. Una masa viva, roja y agresiva pululaba por el cadáver del pájaro. Lo cogí de la punta de un ala y lo arrojé con hormigas y todo a unos cuantos metros de distancia. Al poco rato el tronco se vació de insectos, a excepción de las carcomas, que excavaban en la madera blanda, esponjosa, unos canales paralelos. Todos los insectos voraces siguieron la pista del cadáver del pájaro. Entonces pude encaramarme al tronco. Cabalgué un momento sobre él, sintiendo debajo de mí la áspera corteza. Se me habían secado las lágrimas y era casi feliz. Descendí con cuidado y seguí mi camino, con el sol bañando mi rostro.

Me desperté temprano y, después de lavarme, me dirigí a la cocina, donde la tía Aura había extendido sobre el hule de la mesa, espolvoreado de harina, una capa de masa pegajosa. Cogí una silla y me senté a observar cómo preparaba mi tía unos buñuelos. Los cortaba con un vaso y los colocaba en una sartén caliente en la que chisporroteaban hasta que se volvían dorados, rugosos. A mí me gustaba poner en la sartén los trozos raros, triángulos y tiritas, aislados entre los círculos perfectos. De ellos salían formas tiernas que parecían perros, ciervos, dragones y yo los espolvoreaba con azúcar. Luego, a mordisquitos, les comía la cabeza o una patita. Entre tanto, la tía Aura me contaba cómo me llevaba mi madre a su casa cuando yo era muy pequeña, «un gusanito» de año y medio o dos años. Colocaban una manta en la artesa de madera y allí me acunaban hasta que me dormía. Cuando lloraba, me amenazaban: «Si no te portas bien, te comerá el Coco. Escucha, ya se está acercando...» Pero yo, lejos de asustarme, me callaba, abría los ojos de par en par y me llevaba un dedo a los labios: «¡Chist! ¡Qué viene el Coco!» y mi madre y su hermana se morían de la risa. Me hinché de buñuelos y no comí nada más. Agarré a Zizi y salí al patio. Eran ya las diez y tenía que ir adonde Rolando, al campo. Chombe mordisqueaba junto al gallinero unas pieles de pimientos rellenos. Era un perro omnívoro. Donde el vecino, en un poste alto, colgaban los nidos sucios de las palomas torcaces que volvían loca a Gigi. Aunque era muy vaga, conseguía atrapar alguna que otra. Entonces, ante las quejas de los vecinos, la tía trincaba a la gata y la azotaba. Gigi aguantaba con estoicismo, cerraba los ojos y echaba las orejas hacia atrás; cuando conseguía escapar se detenía a unos cuantos metros del sitio del martirio y empezaba a lavarse frotándose bien la cabeza y relamiéndose el hocico mientras nos contemplaba con los ojos entrecerrados. Me gustaba Gigi aunque, exceptuando su costumbre de lavarse, no era precisamente un dechado de virtudes.

Salí a la calle y me dirigí hacia el campo. Encontré rápidamente el agujero que habíamos camuflado el día anterior como mejor pudimos y descendí las escaleras hacia la gran estancia azul. El gigantesco esqueleto la ocupaba por completo. Su hueso iliaco era demasiado ancho para un hombre. Pero también los hombros, junto a unas clavículas tan gruesas como mi pierna y unos omóplatos triangulares, eran anchos y bien formados. Aún no había venido nadie. Estaba sola, como un animal en su jaula, sobre las vértebras, entre las costillas de marfil. Por eso el corazón se me sobresaltó cuando oí una voz gruesa salir desde el cráneo: «¿Quiéeeeen eres, desconoocida, quéeee haces aquí?». Pero me tranquilicé y sonreí sorprendida cuando vi la cabeza cetrina de Garoafa aparecer, con una sonrisa de par en par, en una de las órbitas del cráneo. Siguiendo la tradición de los suyos, escupía pipas de girasol por todas partes. A través de aquella órbita, que tenía el fondo roto, te podías colar, con bastante dificultad, hasta el cráneo de Rolando. Su interior estaba tan limpio y reluciente como el de una muñeca de plástico. Apretujadas, Garoafa y yo cabíamos perfectamente en él, si era necesario, podría incluso entrar una chica más. Rebotando contra las paredes brillantes, con surcos, del cráneo, las palabras sonaban más ásperas, más concretas, casi materiales. Recuerdo que, en un determinado momento, la gitanilla se preguntó: «Por qué carajo no tenemos unas savarinas,^[30] cómo me las comería...», y la palabra «savarinas», polarizada por los ecos de las paredes de hueso, se infló tanto ante nuestras caras que cobró la forma de ese pastel de nata, borracho y aromático, con mermelada roja en la tapa. Pero, desgraciadamente, su consistencia era gelatinosa y, cuando las cogimos, se nos escurrieron entre los dedos y se esfumaron.

Todavía estábamos tragando en seco cuando aparecieron las gemelas, también a ellas las asustamos y estuvieron a punto de salir corriendo escaleras arriba. Al cabo de un cuarto de hora ya estábamos todas y mirábamos a Ada, a la que tocaba ser reina, con otros ojos. Se había puesto una falda índigo y una blusa de un morado más oscuro. A continuación teníamos que vestirla con todos los atributos de la realeza. Sin embargo, lo primero que hizo fue extraer del puño de Carmina el papelito del sitio donde tenía que reinar. Le tocó el sitio más codiciado: el patio de nuestra casa. Cuando leyó el papelito se puso a bailotear con tanto ímpetu entre las costillas de Rolando que el esqueleto empezó a escorarse como un barco. Salimos de la cueva y nos trasladamos al patio. Sentamos a Ada en el trono y la adornamos con todos los abalorios que pudimos encontrar. En la mano izquierda sujetaba, a modo de cetro, una estatuilla de hierro que representaba a un guerrero indio. La zinnia amarillo-anaranjada, su flor, colgaba de su pecho. Le traje de casa el reloj de muñeca que tenía que utilizar en el juego. Era un reloj de señora, pequeñito, de correa rosa brillante y fondo dorado, con unas agujas negras como lenguas. No tenía mecanismo, era un juguete para aprender las horas. Las agujas se podían mover con un botón. Se lo

pusimos en el brazo y, una vez finalizado el ritual de la investidura, nos postramos ante la reina. Esperábamos sus órdenes con curiosidad y cada una pensaba en qué haría en el lugar de Ada. Después de mirar cien veces su reloj, de mandarnos a todas a hacer mil recados o de pedirnos que hiciéramos miles de muecas, Ada, por fin, se decidió. Creo que el juego se le ocurrió allí mismo porque no lo habíamos jugado hasta entonces. Primero nos hizo trazar, como de dos en dos metros, una línea a lo ancho del sendero de ladrillo que llevaba hacia el fondo de la huerta. Eran siete rayas blancas. Estas tenían que representar —nos explicó la reina— las edades de la gente de diez en diez años. Por ese motivo escribimos el número diez junto a la primera raya, el veinte junto a la segunda y así hasta el setenta. Cada una de nosotras, siguiendo el orden de los colores, tenía que recorrer el sendero y atravesar las líneas imitando, en cada intervalo, la edad correspondiente. No nos pareció una idea brillante pero era un comienzo. La vejez era fácil de imitar, creíamos nosotras, pero ¿cómo se podía imitar la edad de treinta o cuarenta años? En cualquier caso, un mandato era un mandato, así que la Gorda, que seguía llevando prendido en el pecho el dondiego del día anterior, ahora mustio, pisó la raya de los diez años, porque ya tenía once, y arrancó con pasitos cortos a lo largo del sendero. Para «cronometrarla», como había oído que se hace en las carreras, Ada, desde su trono, miró la esfera del reloj. Lanzó un gritito de sorpresa porque las agujas habían desaparecido. ¿Se habrían caído? No era posible. Solo cuando levantó el cristal de la esfera entendió Ada lo que estaba pasando: metió el dedo dentro pero lo sacó inmediatamente mientras se miraba la punta ensangrentada. Las agujas estaban allí pero giraban tan rápido que no podías verlas. La gota de sangre cayó, púrpura y brillante, en su vestido y se extendió por la tela formando una mancha rojiza. Habríamos comentado largo rato lo del reloj con vida propia si no nos hubiera llamado poderosamente la atención lo que le sucedía a la pobre Ballena mientras avanzaba como una sonámbula por el camino enladrillado. Había alcanzado casi la tercera línea y, al principio, pensamos que estaba representando la edad madura de manera perturbadoramente verídica. Pero no podía ser una simple imitación: Ballena había crecido, sus caderas y sus pechos habían aumentado, el pelo se había vuelto más oscuro. Ahora era verdaderamente digna de su apodo: una mujer totémica, redonda como Júpiter, igualmente maciza. Su indumentaria se transformaba a medida que caminaba, el dobladillo de la falda subía o bajaba, los zapatos tenían unas veces tacón de aguja y otras, tacones planos. Hacia la mitad del tercer espacio, en su dedo empezó a crecer una alianza gruesa de oro y, al sobrepasar la cuarta línea, sus cabellos comenzaron a blanquear. Era mucho más ancha que alta. Tenía una triple papada y los pechos le llegaban hasta el ombligo. Caminábamos a su lado, en el borde del sendero, pero ella miraba fijamente hacia adelante, con expresión ausente. Le habían crecido un bigote ralo y unos pelos duros en la barbilla. Poco antes de superar la quinta línea, Ballena se derrumbó. Nos

echamos a un lado muertas de pánico. En unos pocos segundos, de aquella mujer enorme solo quedaban unos fragmentos de huesos envueltos en carne putrefacta: un maxilar terroso, un fémur, unas cuantas costillas... También esto se pulverizó hasta convertirse en una materia intangible de la que finalmente no quedó nada.

Habríamos empezado a aullar si Ballena no hubiera aparecido de repente junto a nosotras, fuera del maldito sendero. Pero al ver cómo nos miraba, sorprendida, comprendimos que no sabía nada y que no tendría que saberlo jamás. Le había llegado el turno a Ada, que se despojó del reloj de muñeca y lo depositó en el trono. En lugar de tener miedo a continuar con el juego, habíamos empezado, por el contrario, a sentir curiosidad: queríamos saber qué aspecto tendrían las otras chicas y cuándo iban a morir. Puesto que la idea de la muerte propiamente dicha no nos impresionaba demasiado, lo contemplábamos todo como en el cine, lo tomábamos por una extraña alucinación y no se nos pasaba por la cabeza creémosla.

Cuando Ada se dirigió hacia la primera línea del sendero, Carmina corrió tras ella y le dio la mano. No podían imaginar siquiera comenzar el recorrido separadas. Contravenía las reglas establecidas pero, puesto que estaba implicada la reina y puesto que, además, no queríamos separar a las gemelas, las dejamos partir de la mano, hombro con hombro, con sus vestidos blancos de lunarcitos rojos, con el mismo cabello castaño brillante revoloteando tras ellas, con la misma risa estúpida-encantadora en sus caras idénticas. En cuanto dieron el primer paso, sus ropas se transformaron y, aunque habitualmente resultaban muy distintas para quien las conocía bien, ahora era imposible distinguir las. Eran un organismo doble, con el mismo metabolismo, eran dos siamesas unidas por las manos, Carminada o Adacarmina avanzando con los mismos movimientos, con el pelo revuelto por la brisa dorada que revoloteaba igual y al mismo tiempo. Al acercarse a la segunda línea, se convirtieron en dos jóvenes de verde y blanco, con unas pulseritas en forma de serpiente esmeralda, sonriendo con unos labios carnosos y crueles. Debajo de la ropa, podías imaginarlas envueltas hasta el cuello en unas medias de nylon con raya negra, todo su cuerpo como un solo muslo cálido y sensual. A los cuarenta años eran mujeres corpulentas, de pechos magníficos, caderas altas, verdaderas yeguas con delicados zapatitos de piel negra y vestidos rojos con hilos de lamé y cuello vuelto. En el pecho brillaban broches idénticos: arañas con cuerpos de ópalo y patas de platino. Tampoco ellas sobrepasaron la quinta línea. De repente, una de ellas se desvaneció en el viento con tanta rapidez que durante unos instantes permaneció en pie su esqueleto, con zapatos de tacón, del que colgaban unos jirones de seda. En su cráneo, el pelo brilló un instante antes de volverse ceniza. Las uñas de las manos se le cayeron girando en el aire como pétalos de rosas rojas. La otra gemela la contemplaba espantada. No había tenido tiempo de reaccionar siquiera cuando el esqueleto de su hermana se derrumbó, se convirtió en polvo y desapareció. La gemela

cayó de rodillas y luego se tumbó en el suelo de medio lado, con una cadera hacia afuera. Se quedó paralizada, se puso pálida, se petrificó. Parecía una estatua, un molde de Pompeya. Se le desgajó la nariz, se le rompieron los brazos, el tronco se desmembró en pedazos, de la estatua no quedaron más que esquirlas y añicos que se pulverizaron hasta transformarse en un polvillo de tiza que el viento arrastró hacia el fondo del patio. Pero Ada y Carmina estaban de nuevo junto a nosotras, con sus vestidos de siempre. Ada había vuelto a ponerse la corona dorada en la cabeza y el reloj alrededor de la muñeca.

Entonces salió Puia, fría como una botella de agua helada, fascinante como el ojo transparente de una víbora y superior a todo lo demás, indiferente, abstraída. Haciendo tintinear levemente sus colgantes y sus pendientes, ella recorrió los siete intervalos con el mismo paso sin transformarse, siempre idéntica a sí misma. Al atravesar la línea de los setenta años, seguía siendo la misma niña guapa y, en sentido literal, sin igual. Su imagen atravesó la cerca de la parte trasera del patio y se perdió en el horizonte, tras unas nubes engañosas. Ester y Garoafa, al envejecer, acentuaron los rasgos propios de su raza. Ester se hizo grande y roja, sepultada bajo un montón de pieles, con sombreros sofisticados, y después de los cincuenta engordó muchísimo. Los dientes caballunos se separaron entre sus labios asiáticos, le apareció un lunar junto a la nariz. Tras la séptima línea se convirtió en un cadáver desagradable. Garoafa, por el contrario, se consumió, se volvió más morena con su pañuelo verde de dibujos rojos, con una chaqueta de hombre y su falda fruncida, roja, con flores azules y anaranjadas, caminaba con unos pies descalzos como de alquitrán. A los cincuenta, era una especie de bruja con una chaqueta guateada muy desgastada, de bolsillos rotos. Llevaba una mano escayolada sujeta al cuello con una banda de gasa apestosa; caminaba con las piernas arqueadas, doblada, como un cuervo. La palmó antes de alcanzar los sesenta. Sin embargo, todas volvieron a presentarse de nuevo entre nosotras, asustadas y temblorosas como si poseyeran algo incomunicable que, aún así, se revelaba a través del lenguaje del sudor y los temblores. Pero ninguna era consciente de lo que le había sucedido en aquel sendero de ladrillos.

También yo me preparé para el gran viaje. Me preguntaba si perdería la consciencia, si sería como un sueño pesado o como la muerte. Muchas veces, a solas en mi habitación de la calle Moşilor, en sobremesas rojizas en las que tenía que dormir, me esforzaba con toda mi alma por recordar algo, por insignificante que fuera, que me hubiera sucedido antes de venir a este mundo. El mundo existía desde hacía millones de años. ¿Qué había hecho yo durante todo ese tiempo? Era imposible pensar que no hubiera sentido ni vivido nada. Cuando atravesé la primera línea de tiza, sentí de repente cómo salía de mí. Antes me había desparramado en el cuerpo estrecho de una niña, apresada entre intestinos, arterias y pulmones, retorcida en torno a la médula espinal, había descendido hacia los dedos y los muslos. Ahora, a

través de un túnel áspero, elástico y gelatinoso, fluía hacia el exterior. Las paredes del túnel escapaban a una velocidad infinita. Me sentía extensa y pura. Al salir del túnel, de cabeza, ectoplasmática y radiante de felicidad, avanzaba a través de la noche a lo largo de un camino tan ancho como la distancia entre las estrellas. Cuando llegué a una barrera —que era más bien interna que externa—, desde los lugares inimaginables del más allá vi cómo se acercaba hacia mí una fantástica aurora en la que cada chispazo era un mundo, en el que cada punto de luz era un dios. Parecía la explosión extática de un cosmos, un apocalipsis y un génesis mezclados. Todo me arrastraba hacia la luz que estaba más allá de la luz. Sin embargo, no pude sobrepasar la barrera («Todavía no», dijo algo en mi interior) y regresé. Volvía a encontrarme entre mis amigas, en el patio de mi tía, bajo los opulentos cielos de verano. No me recuperé hasta el atardecer. Comparadas con la simplicidad y el poder de ese mundo al que casi había llegado, las formas del mundo de aquí (las hojas oscuro-transparentes del guindo, sus frutos granates de carne blanda y húmeda, el camión con la pintura azul de su capó desportillada, las cometas que levitaban sobre el campo y que las tórtolas esquivaban al volar, cada ladrillo con telarañas de la fachada de la casa, cada cana del pelo enredado de Chombe, su hocico y su nariz de goma húmeda, el rostro de Ester, con la que no había hablado aún) me parecían superfluas, lejanas como los corales de las zonas tropicales y sus aguas cálidas con peces de colores, con estrellas de mar, esponjas y madréporas. Así que antes ya del *REM*, el mundo se me había vuelto extraño. Naturalmente, me tentaba la idea de saber qué había sucedido en realidad, qué habían visto las chicas, qué aspecto había tenido en cada edad (entre la tercera y la cuarta línea estoy segura de que tenía el mismo aspecto que ahora) y, sobre todo, habría querido saber cuándo tendría lugar el final. Pero sabía que nadie me lo iba a decir. Esto formaba parte de las reglas del juego.

Nos despedimos más o menos a las dos; en la sobremesa dormí, luego jugué un rato con Marcel y al atardecer nos dirigimos de nuevo hacia la torre. Solo nos quedamos el rato necesario para contarle a Egor, en el umbral de la puerta, el sueño de la noche anterior. Él parecía cansado, me dijo que había «trabajado» todo el día. Se apoyaba en el bastón y, sin embargo, me escuchaba con atención. ¡Qué frágil era! La más ligera ráfaga de viento lo hacía tambalear. Cuando terminé, me dijo que, verdaderamente, creía que era yo. Hasta aquí estuvo bien. «Mira, para llegar allí, o bien has tenido que partir del Tibet hace setecientos años, o bien tienes que soñar los siete sueños de mi concha. Es como una especie de clave de una caja fuerte. Tú has dado con las dos primeras cifras. Quizá estés hecha para adivinar también las otras. Duerme tranquila, no te precipites. Confía en ti». Regresamos rápidamente a través del campo desierto. Hacia la mitad, nos encontramos con un acordeonista. Con su sombrero marrón calado hasta los ojos, tenía pinta de bandido de *Burattino*. [31] Cargaba el acordeón a la espalda con unas cinchas rojizas, y en brazos llevaba un

gigantesco ramo de flores silvestres, manzanilla, retama y boca de dragón, recogidas tal vez por el campo unos minutos antes. Cuando nos cruzamos me volví, pero seguí caminando deprisa porque también él había vuelto la cabeza con una mirada tan intrigada como la mía. El sendero solo conducía a la torre. ¿Qué demonios buscaba este hombre allí? No creía que a los dos alargados les gustara la música popular. Tenían, en cualquier caso, un aparato de radio antiguo pero bueno.

La tercera noche soñé que seguía caminando por el bosque. Había dejado el tronco mucho más atrás y el sendero serpenteaba amistoso ante mí. Los rayos del sol caían, entre las ramas, sobre los cuerpos brillantes de las escolopendras. Las ardillas saltaban de rama en rama. Al poco rato, mientras corría llenándome los pulmones de aire verde, llegué hasta un arroyo que susurraba su agua meándrica, de cristal gris-azulado, entre las orillas de hierba. Mi camino se interrumpía en una orilla y seguía en la siguiente. Me detuve en la hierba mojada por las salpicaduras del arroyo. En las profundidades del agua se deslizaban arriba y abajo unas truchas blancuzcas. Cuando miré hacia la derecha vi, a unos cincuenta metros, un puente de madera cubierto de musgo. Pero tuve una idea que me atraía mucho más. Me quité el vestido y me adentré voluptuosamente en el agua helada. Me sumergí hasta el cuello, tanteando con los pies los cantos redondos, rozando con los dedos el lodo, fino como agua más densa, a través del cual se movían los hilillos de las hierbas acuáticas. Invasión por un goce doloroso, con los ojos abiertos de par en par, me sumergí por completo bajo la turbia superficie. El agua me acariciaba los músculos de los brazos, apretaba mi vientre. Me rodeaba la columna con trozos de hielo. Estaba acurrucada allí, bajo el telón de lodo y tal vez allí me habría quedado para siempre, como un insecto en una gota de resina, si no hubiera recordado mi sendero. Salí con los cabellos chorreantes, con la piel mojada, a la otra orilla, adonde había lanzado mi ropa. Me sequé con los brazos abiertos al sol verde-azul-amarillo-transparente-sonoro de la mañana. Los trinos de los pájaros dibujaban, con líneas finas, cúpulas inmensas, ojivales, en el silencio del bosque. Seguí caminando, pequeña y pura pero un poco avergonzada, por el sendero entre árboles.

Aquel día vino mi padre. Oí su voz antes de despertarme por completo. Cogí a Zizi del suelo y la abracé. No sé por qué le tuve siempre miedo. Es cierto que, algunas veces, su rostro se encendía y empezaba a gritar con esa voz de ira masculina que hace que se te encojan las vísceras como ante el aullido de los lobos o el rugido profundo de un tigre. Aunque no me pegó jamás, para mí mi padre era la Fiera, capaz de hacerme pedazos cualquier día. Sobre todo me daba miedo cuando me besaba. Me besaba por toda la cara con entusiasmo, arañándose con su barba casi siempre sin afeitarse. No se le pasó nunca por la cabeza que yo no lo quería. Aparte de Zizi, yo no había querido a nadie y era capaz de castigar también a Zizi, con crueldad, si no hacía sus deberes como debía cuando yo le tomaba la lección en casa, en el balcón de la

hiedra, ante una pizarra improvisada con la puerta de una vieja alacena. Así que, aquella mañana, me vestí especialmente bien con mi vestido de domingo planchado por mi tía Aura y unas medias hasta la rodilla, y salí de la mano de mi padre camino del hospital. Creo que me habría muerto de pena si no hubiera sabido que iba a volver. Aún así, me puse a lloriquear en el tranvía que traqueteaba por Mihai Bravu. Bajamos en el hospital Colentina, donde todo era tan concreto y tan indiferente al mismo tiempo que parecía estar soñando.

En el jardín, entre pabellones con porches soleados semejantes a galeones sin mástiles, se alzaban castaños y álamos viejos. En los bancos a la sombra se agitaban, aquel día de visita, enfermos con batas granates y azules. Algunos estaban verdaderamente deteriorados, pálidos, pero otros, sobre todo algunas chicas de cabellos brillantes y ondulados, presentaban tan buen aspecto que te preguntabas qué enfermedad sufrían. Charlando con los enfermos, se paseaba de aquí para allá gente con ropa de calle, tal vez algo más arreglados que de costumbre, como mi padre y yo. Mi madre no estaba en el jardín, no podía abandonar el lecho. Las enfermeras y algún que otro médico moreno, con bata de manga corta, pasaban apresurados de un pabellón a otro. Subimos por unas escaleras de cemento, en espiral, sombrías y frías, junto a unas paredes pintadas de color verde. Abrimos una puerta grande, de cristal, y entramos en un corredor interminable, igualmente verde. Seguimos abriendo innumerables puertas que desembocaban en otros pasillos silenciosos. Esperaba dar por fin con la habitación de mi madre pero seguíamos girando, subiendo, bajando por pasillos tortuosos. De vez en cuando, se abría una puerta numerada y podía ver en su interior un lavabo y un aseo de porcelana o un cuarto con escobas sucias, fregonas apestosas y cajas de soda cáustica. También veía habitaciones con montones de pijamas marcados. Finalmente, cuando estábamos ya tan aturdidos que no habríamos sabido encontrar la salida y pensábamos que nos dejaríamos los huesos en alguno de aquellos pasillos, abrimos la última puerta. Entramos en una sala muy grande, más o menos como la habitación subterránea de Rolando. En las camas metálicas alineadas a lo largo de las ventanas yacían unas treinta enfermas, jóvenes y viejas, algunas permanecían simplemente tumbadas, otras dormitaban, otras hablaban por encima de las mesillas en las que había vasos con flores. En el borde de algunas camas se habían sentado las visitas. Adonde una mujer amarilla como un limón, había venido su marido, en uniforme de ferroviario, con un chiquillo de mi edad que tenía un hombro más alto que el otro. Nos dirigimos a la cama de mi madre. Yo estaba un poco emocionada. Mi madre, al vernos, empezó a llorar de alegría. Estaba incorporada a medias, apoyada en la almohada. La besé, su piel estaba húmeda. Su pelo era fino y ralo, así que se le había pegado a la piel de la cabeza. Tenía muy mal aspecto, estaba muy delgada. Estuvimos un cuarto de hora con mi madre, le dije que estaba muy a gusto en casa de la tía Aura. «Pero, ¿no echas de menos nuestra casa?», «Claro que

sí», dije, mirando a la vecina de la cama de al lado, una anciana que estaba regando, con una jarra de cristal, un tiesto de fucsias. Cuando aparté la mirada de aquella flor tan graciosa, de pétalos rojizos y centro de color ciclamen, la cara de mi madre me pareció más amarillenta aún, como de plástico, como de cera. Había perdido sangre pero, sobre todo, le había dolido tanto que no se recuperó nunca. Durante muchos años, todos los años de mi adolescencia, nos atormentó con la costumbre adquirida tras esta desgraciada úlcera: sentía la necesidad de ver su sangre. Tenía que pincharse cada día, hacerse un corte y, cuando intentamos quitarle los objetos afilados, se mordía la mano hasta hacer aflorar la pequeña perla de sangre que contemplaba después, aliviada, largos minutos. Algunas veces esa necesidad imperiosa la asaltaba en la calle, en las tiendas, cuando íbamos de visita. Entonces sacaba un alfiler que llevaba siempre a mano y se pinchaba con destreza. Más adelante tenía que ver un chorro de su propia sangre y comenzó a cortarse profundamente, peligrosamente, con el cuchillo. Al final hubo que internarla aunque, por lo demás, estaba perfectamente sana. Los días en que no conseguía, a través de infinitos subterfugios, procurarse su única satisfacción, se mostraba malhumorada y entre sus cejas aparecía la gran Omega de los melancólicos. Pero entonces, con mi padre, al lado de su cama, no podía imaginar lo que nos esperaba. Nos fuimos en silencio, después de besarla una vez más, y salimos al sol tierno y ardiente del mediodía.

En la calle de la tía Aura se encontraban reunidas todas mis amigas, un poco cansadas de tanto ajetreo. No habían podido jugar a las Reinas sin mí. Habían decidido aplazar la coronación de Carmina para la sobremesa, y hasta entonces habían jugado a los Países con una pelota de rayas. Luego pasaron a *Tres príncipes a caballo*. También habían jugado a *Un-dos-tres-al-escondite-inglés* y habían hecho pasos de hormiga, de león, de elefante y de diosa. Después de contarles cómo había ido la visita a mi madre, nos separamos y yo almorcé con la tía Aura, con mi padre y con Marcel. Las sobras se las repartían debajo de la mesa (porque comimos fuera) Gigi y Chombe. En la radio sonaba una melodía que se me quedó grabada días y días: «Ada-Kaleh, Ada-Kaleh...». Jugué un rato con mi primo y luego salí al patio.

Carmina se había vestido toda de azul: llevaba una blusa de manga corta, una faldita plisada que le había prestado Ester y que por eso le quedaba un poco grande y unas medias, también azules pero con un tono grisáceo. En el dedo lucía un anillo con una turquesa, seguramente de imitación, y en el pelo se había trenzado unos acianos. Sentada en el trono engalanado, parecía una verdadera hada. Llevaba en la oreja un clavel de nuestro jardín, se había recogido todo el pelo a un lado, y la orejita derecha y todo el cuello, hasta los rizos de la nuca, aparecían desnudos y puros como en un cuadro. Le tendí su objeto, la perla agujereada, y la sujetó con delicadeza entre el pulgar y el dedo corazón. Luego extrajo, del sombrero de mi tío, el papelito con el lugar en el que iba a reinar. Le tocó la calle, tal vez el más soso de todos.

Ciertamente, daba la sensación de que allí no se podía hacer nada. La calle era larga, silenciosa y triste. Al contemplarla, sentías lo insignificante que era el rincón del mundo al que pertenecía. Podía ser una calle de una ciudad de provincias dejada de la mano de Dios, o una callejuela apartada de una ciudad sudamericana, o un camino polvoriento, solitario, de Kansas. Las cometas, aleteando multicolores con sus colas de papel arrugado, enredadas en los cables del telégrafo, acrecentaban aún más la sensación de soledad desesperada de la calle. Entre los adoquines del empedrado crecían hierbajos e incluso algunas florecillas rojas, minúsculas. A lo lejos, donde la calle se estrechaba camino de la ciudad, brillaba un sol ya marchito. Una sombra azulada se desprendía de una grúa aparcada a unos cien metros de nosotras. Allí, en medio de la calle desierta, esperábamos ahora las órdenes de la reina. Carmina, con la corona dorada en la cabeza, miraba concentrada la bolita de color marfil. ¿Qué podía hacer la perla que Carmina tenía en la mano? Después de un cuarto de hora en el que nos esforzamos por inventar algo, parecía que nada. Pero finalmente, la Reina Azul adivinó su secreto: tenías que mirar a través del agujero de la perla. Había que distinguir en la pequeña ventana luminosa una ciudad extraña. Mientras miraba, Carmina nos la iba describiendo, así que al poco rato nos encontramos recorriendo una ciudad insólita.

Era un mundo ceniciento como el de un grabado, lleno de edificios sorprendentes. No había nadie en toda la ciudad. Dispuestos de manera irregular, formando calles estrechas y plazas triangulares, los edificios eran de piedra rugosa, poligonales, cuajados de ventanas transparentes que lanzaban destellos. Unas puertas giratorias se movían aún lentamente, como si acabara de salir alguien de aquellos palacios enigmáticos. Arriba, en las cornisas, había unas estatuas alegóricas que representaban a la Envidia y a la Esclavitud. Detrás de las ventanas sin cortinas (pues aquí todo era únicamente de piedra y cristal) había unos búhos disecados del tamaño de un hombre. Algún que otro loro gigante disecado se inclinaba hacia nosotras desde lo alto de una pared, sorprendiéndonos con el púrpura y el verde de sus alas, con el azul de las largas plumas de su cola. Los ojos de cristal de las aves disecadas reflejaban aquella arquitectura demente. Al doblar las esquinas, había siempre otras plazas, se abrían otras perspectivas, otras construcciones ciclópeas de sólidas aristas se elevaban bruscamente —o bien escalonadas o coronadas por una cúpula de ceniza—, salpicadas de tragaluces abiertos, hacia la niebla triste, sombría, que sustituía al cielo. En las plazoletas, las estatuas encogidas por el frío nos provocaban preguntas sin respuesta. Una de ellas representaba a un niño de rodillas. Finalmente, franqueamos una de las puertas. En sus dos columnas vigilaban dos Fieras. No eran tigres ni leones ni hienas ni osos ni reptiles ni espectros, eran Fieras. Atravesamos a pie una plaza casi infinita, brumosa. En el centro se elevaba un edificio de bordes metálicos, con una cúpula de cristal violeta. En la cúpula latía algo, como late el feto del pez en las

huevas. Ascendimos por una escalera monumental, áspera como si fuera de granito y penetramos a través de una puerta giratoria. El inmenso edificio estaba vacío por dentro. Los finos nervios de las cúpulas parecían las costillas de un tórax gigante. La luz caía en líneas violetas a través de la cúpula en la que se debatía perezosamente aquel algo espantoso, translúcido. El mármol del suelo se curvaba siguiendo la curvatura de la Tierra. Nos detuvimos casi en el centro de la sala y a todas nos asaltó la misma idea: *dar a luz a una persona*. La primera en adelantarse (estábamos acurrucadas unas junto otras, minúsculas como hormigas en aquella estancia) fue Ballena, que pronunció su deseo tocando con los labios la piel de marfil de la perla. Y entonces, rozando casi con el cráneo las cúpulas frías, transparente primero, como de cristal, lechoso después, como si hubieran vertido una emulsión blanca en unas ampollas finas, y amarillento finalmente como el marfil, se alzaba ante nosotras un esqueleto calcado al de nuestra gruta del campo, calcado a Rolando. Puesto en pie, crujía por su propio peso y era, sin embargo, mucho más grande. Su mueca bajo la cúpula parecía un desafío hacia las estrellas invisibles. La segunda en dar un paso al frente fue Ada, que se pegó la perla al rostro y pronunció su deseo. En los huesos, en las suturas, en las apófisis de la columna vertebral empezaron a fijarse, como unas sanguijuelas rojas, estriadas, los manojos de músculos, trenzados y entretejidos, sujetos con sólidos tendones blancuzcos, que formaban anillos en torno a la boca y los ojos, bandas triangulares entre las costillas, poderosos discos en el pecho, vigorosos cilindros en los brazos y los muslos. Ante nosotras se elevó ahora un hombre despellejado, más triste que la muerte. Carmina pidió la sangre y en aquel cuerpo musculoso se entretejieron las cuerdas y los hilos rojos y morados de las venas, de las arterias, de los capilares y la sala empezó a vibrar por el poderoso latido del corazón. Puia pidió los nervios y los sentidos, el hombre abrió los ojos, unos ojos azules. Por su carne aún visible serpenteaban los nervios amarillentos en sus envoltorios de mielina. Ester besó la perla y el hombre se cubrió de una piel bronceada y se volvió bello como un dios. En su cráneo creció un cabello rizado, rubio. ¿Estaba completo? Garoafa pidió el sexo y todas nos vimos obligadas a bajar la mirada, como cegadas por la luz. Había algo entre los muslos, allí donde nosotras no teníamos casi nada. Palpitaba también una bruma de vello dorado en su pecho. Ondeaban reflejos dorado-rojizos en su rostro. Finalmente, avancé también yo hacia sus talones (mi coronilla le llegaba al tobillo) y pedí que tuviera alma. Entonces en su pecho crecieron dos senos redondos y blancos, con unas puntas rosadas, y su pelo rizado descendió en mechones de oro hasta las caderas. Una rosa floreció entre sus dedos.

Lo dejamos allí, bajo la cúpula, para que a partir de ahora pudiera vivir él solo su vida fantástica, y salimos de nuevo a la ciudad desierta. Pájaros de colores, más grandes que nosotras, nos vigilaban detrás de las ventanas. Por lo demás, la ciudad

era cenicienta tal y como lo son todas las ciudades que viven dentro de una perla. Cuando nos cansamos de tanto vagabundear entre construcciones de piedra, Carmina miró a través del agujero de la perla y vio nuestra calle. Empezó a describírnosla con tanta precisión que en seguida nos volvimos a encontrar en los adoquines del empedrado, rodeadas por las casas verdes y rosas achaparradas, por los postes del telégrafo ennegrecidos con brea. El sol se estaba poniendo, el cielo había adquirido por allí un color índigo, pero por la otra parte, azul-brumosa, se entreveía ya la luna. Nuestras sombras se alargaban espantosamente hacia el campo como unos insectos filiformes. Había acabado también el día de Carmina.

A la luz del cercano crepúsculo, los ladrillos de nuestra casa brillaban como rubíes. La casa parecía absorber toda la luz de alrededor, dejando el aire de la tarde marchito, ocre. Una ventana orientada hacia el ocaso ardía amarilla como arde la sal. Cuando nos despedíamos, hice el gesto brusco (me parecía verdaderamente suicida) que querría haber hecho desde el principio: me acerqué a Ester y le pedí que se quedara un rato más conmigo. Contemplamos ambas desde la puerta cómo se alejaban las demás y cómo cada una se detenía en su casa. Sobre el fondo oscuro del campo, el rostro de la niña pelirroja tenía el color del marfil. El blanco de los ojos reflejaba el sol anaranjado en chispazos de luz. En la esquina de uno de los ojos vi una venilla como un hilo de lana azul. Nos miramos durante mucho tiempo sin decirnos nada: ella, melancólica y seria, yo, sofocada, abstraída. Cuando tomó mi mano, su palma estaba húmeda por los nervios. Entrelazamos los dedos. Sentía, por fin lo digo, que la amaba; habría querido abrazarla y quedarnos así, no volver nunca a casa. Fuimos de la mano hasta su casa. Solo dijimos un «adiós» al despedirnos. Regresé sola, confundida. Veía y vi toda la noche ante mis ojos (o tras ellos) el cuerpo rojo-anaranjado de Ester, sus mejillas llenitas, su última sonrisa, que le confería la expresión amarga, exótica, de las africanas. Cuando no quedaban más de veinte pasos hasta la puerta, una mujer muy maquillada, contoneando ridículamente las caderas bajo una falda imposible, pasó a mi lado. Llevaba los brazos cargados de tulipanes amarillos. Aunque me sentía nostálgica y feliz-infeliz, miré sorprendida sus caderas de yegua, que arrojaban una sombra tan negra como una cucaracha, mientras se alejaba a través del campo, por el sendero de la torre. Mucho más lejos se distinguían en el mismo sendero otras dos figuras azuladas. Entré en casa y me dirigí directamente a mi habitación. Me tumbé en la cama. Permanecí así más o menos una hora, sin pensar en nada, sin estar presente. Estaba boca abajo, sin importarme arrugar mi mejor vestido, con el que había ido a visitar a mi madre y que no quería quitarme. Había escondido una mano debajo de la almohada y escuchaba el traqueteo obsesivo de la máquina de coser en la habitación de al lado. Cuando me incorporé (la tía Aura me llamaba a la mesa), la habitación estaba a oscuras.

Después de cenar me acosté y soñé con un vaso. Solo se veía una parte del borde

que brillaba dentro de una mata de acedera. Me hallaba, así pues, en mi sendero, en el bosque infinito. Levanté el vaso y lo miré con atención. Tenía una sensación vaga, lo contemplaba como a un obstáculo que hubiera aparecido en mi camino. Lamentaba que hubiera interrumpido mi deambular sin rumbo y, sin embargo, lo miraba encantada. No era exactamente un vaso, sino más bien una copa del cristal más transparente, con un pie delicado y el óvalo alargado en una curva pura. Una fisura desde el borde hasta la base del pie daba prueba de su fragilidad. Era una copa condenada. Poco después sería solo añicos. En ella aún quedaba (¿con qué milagro?) un poco de vino rubí, denso como una miel roja. Miré durante mucho rato, fascinada, la sombra púrpura, temblorosa, que la copa de vino arrojaba al suelo, entre las ramitas. Dudé si beber el vino o no. Finalmente, con un sentimiento de culpa, tomé un trago. El resto lo vertí, con un hilillo fino, al suelo. Cuando volví a mirar la copa, me estremecí: en el fondo se había ahogado una araña enorme y gorda. Lancé la copa contra un tronco, me dejé caer y empecé a llorar. Me sentía allí, en el sueño, en una soledad sin salida, sin esperanza...

Me desperté en medio de la noche y me di cuenta de que estaba enamorada. ¿Por qué tenía que amar a Ester? Durante años había sido para mí igual que Carmina o Garoafa. Pero ahora no podía soportar el paso del tiempo sin volver a verla. Me confundía, me desconcertaba el hecho de que el mundo no creyera posible un amor como el que yo sentía. La gente hablaba del amor entre un chico y una chica o entre un hombre y una mujer, pero no había oído que nadie hablara de dos enamoradas. Estaba más que segura —pensaba yo— de que no podría casarme con Ester cuando fuera mayor. Esto me contrariaba porque sentía que mi amor se prolongaría largamente en el tiempo. ¿Cómo íbamos a separarnos? ¿Cómo podría no volver a verla jamás? Con mi pijama de conejitos salí lentamente de la habitación, atravesé de puntillas el vestíbulo, oscuro como el alquitrán, y abrí la puerta de la entrada. Me golpearon de repente en la cara los cientos de miles de estrellas desparramadas por el cielo, que chispeaban y brillaban con todos los colores. Entre ellas, curvado sobre la bóveda, el gran cometa blanquecino ondeaba sus melenas que anunciaban cataclismos, inundaciones, incendios, desastres. Bajo las estrellas, muy al fondo, en mi calle, que parecía el fondo de un río, se movían otras luces ondulándose de forma extraña. Caminando descalza sobre los ladrillos del sendero, entre crisantemos y rosas, salí a la puerta. Provistas de linternas, lámparas o velas, se dirigían hacia el campo cientos de personas, en grupos pequeños o de una en una, recortadas sobre el claroscuro que los rodeaba: mujeres silenciosas, sombrías, enigmáticas, viejos cojos, inclinados hacia adelante y con las rodillas dobladas, niños de labio leporino y ojos de libélula, hombres con visera, sin afeitar, que acarreaban paquetes envueltos en periódicos y amarrados con cuerdas. Todos llevaban un ramo de flores en la mano. Yo me había abrazado al poste de la entrada y contemplaba hechizada cómo se

perdían por el sendero que conducía hasta la torre, iluminada ahora, a su vez, como una estrella. Los párpados se me cerraban de sueño. Habría querido ir también yo hacia allí, en aquella noche cálida, pero los pies me arrastraban de vuelta a mi cama, así que entré de nuevo en casa y me acurruqué entre las sábanas. Mi mano, colocada debajo de la almohada, acariciaba la pequeña concha rosa de la que brotaban los sueños.

Al día siguiente mi tía me despertó sobre las diez. Me moría de sueño y le pedí que me dejara un poco más. Luego recordé con alegría que nuestro juego de Reinas (el más bonito al que había jugado nunca) llegaba al cuarto día y que la bella Reina Verde iba a ser Puia, la reina de la verdolaga. Y me puse más contenta aún al recordar que por la tarde iría de nuevo a visitar a Egor. En esta ocasión le contaría los dos sueños a la vez, estaba segura de encontrarme en el buen camino. ¿Qué habría sucedido esa noche en casa de los alargados? ¿Quiénes serían esos que llevaban flores? Quizá lo descubriera esa misma tarde. Desayuné y salí al patio con un vestido tirolés. Habría podido hacer una apuesta: en nuestra puerta se columpiaba Garoafa, siempre la primera en llegar, con la falda roja heredada de su madre —que también habían usado algunas de sus hermanas— y sus zapatillas con pompón. Tenía esa sonrisita de los indios, como si algo le diera asco. Y, sin embargo, resultaba voluptuosa, viciosa, hipócrita. Nos dispusimos a preparar el trono para la nueva ocupante, a cubrirlo de hojas y ramas verdes. Retocamos con tiza los colores de los siete círculos. Llegaron también las gemelas, libres de preocupaciones y felices porque sus días habían terminado bien. Se habían vestido otra vez igual, con pichis blancos con un patito en la pechera. Ester, con la cabeza un poco inclinada, franqueó también la puerta y, discretamente, me sonrió con sus ojos dulces. Yo también le sonreí. Todo estaba preparado pero Ballena y Puia tardaron más de una hora en llegar. Cuando las vimos aparecer, entendimos por qué.

Puia estaba fabulosa. Si una niña de once años puede parecerse al mismo tiempo a la reina de Saba, a Semíramis y a Cleopatra, ella era idéntica a las tres. Se había recogido el pelo, casi blanco, en la coronilla y lo había trenzado en un cono espiral en torno al cual se retorció, como una víbora, un lacito de terciopelo verde oscuro. Las sienes ovaladas, las orejitas rosas cargadas de pendientes en los que se mezclaban el latón y el zafiro, las cejas completamente depiladas y unas pestañas de casi tres centímetros, rizadas, sus mejillas ovaladas y los pómulos altos, los labios estaban demasiado perfilados como para ser bonitos pero no podías apartar la mirada de ellos, la piel blanca del cuello, bajo la que se distinguían unos músculos armoniosos, el hueco de la nuca, unos cuantos rizos colgando sobre su espalda completamente desnuda, todo parecía irreal, pintado por un gran renacentista. Sus ojos no estaban hechos para ver sino para decorar el rostro con sus aguas de ágata. Lucía, en su escote desnudo, un collar de perlas de cuatro vueltas (artificiales, naturalmente, como todo

lo que llevaba, pero ¿qué importancia tenía eso para nosotras?). En cada grano nacarado se reflejaban, en minúsculos destellos de luz, nuestro huerto, la casa y los macizos de flores. El vestido, que le llegaba a los tobillos, era de una extravagancia insólita. De un verde brutal que hacía aguas amarillas unas veces y azules otras, se abría por delante, en ángulo agudo, hasta la cintura. Las dos bandas que cubrían sus minúsculos senos se anudaban en la nuca con un lazo grueso. En el brazo tintineaban pulseras de lentejuelas y esmaltes, y en sus dedos de uñas marfileñas ardían anillos con granos de un verde lagarto, transparentes como el agua del mar, como el agua del mar de la China. Resollando a sus espaldas, con turbante y abanico, Ballena acarrea sus roscas de grasa con la dignidad de una abuela.

Yo misma le corté a Puia una soberbia verdolaga de color carmín de las que crecían en el borde del sendero de nuestro patio. Quise colocársela en el pecho pero Ballena no me dejó siquiera tocarla. Estaba celosa de nuestras miradas pero, al mismo tiempo, también feliz: Puia nos dominaba como una diosa del amor y de la muerte. Ballena cogió la flor y, tras titubear un momento, se arrodilló y la cosió abajo, entre los volantes de la falda, como a un palmo del tobillo. Puia llevaba unos zapatitos de tacón de piel de serpiente. Se sentó en el trono y extrajo del famoso sombrero un papelito en el que decía «camión». A continuación recibió también su objeto: aquel bolígrafo extraño que a nosotras, acostumbradas a las plumas de la escuela, nos parecía una maravilla. A través de su cuerpo de plástico transparente, de corte hexagonal, se veía la pasta del interior, intacta. Su extremo era de metal cobrizo y en la punta tenía una bolita amarillenta. El bolígrafo tenía además un tapón azul marino. Nos dirigimos al lugar que le había tocado en suerte a Puia.

Entretanto nos habíamos fabricado unas uñas multicolores con pétalos de flores pegados con saliva. Agitábamos nuestras nuevas garritas con un aire tan fiero que a Gigi, que dormitaba sobre el capó del camión bajo el sol tropical, se le erizó el pelo y empezó a temblar. Nos subimos al remolque e izamos, a duras penas, a Ballena. Nos sentamos en los bordes desconchados de las cartolas laterales. Mirábamos el cielo, en el que se reflejaba el verdor del jardín, y esperábamos las órdenes de la reina. La Reina Verde guardaba silencio con el bolígrafo entre los dedos. Tenía la mirada clavada en el horizonte y no prestaba atención a nuestros cuchicheos porque nosotras habíamos empezado a jugar al teléfono estropeado. Puia le había quitado el tapón al bolígrafo y se afanaba ahora por extraer su tubo de tinta. Consiguió finalmente quedarse tan solo con el tubo transparente. Con él, nos dijo después, tendríamos que hacer pompas de jabón. Era maravilloso. Entramos corriendo en casa y trajimos unos cuencos de cristal rugoso, con unas florecillas en relieve, para hacer la mezcla lechosa de agua y jabón. Buscamos pajas y tallos en forma de tubo y, de vuelta al camión, nos pusimos manos a la obra. Al poco rato, el camión casi había desaparecido, con nosotras y todo, bajo las decenas de globos irisados, arrastrados y

empujados por el viento hasta las matas de verduras. Sobre la fina piel de los balones se extendían suaves paisajes convexos y reflejos. Predominaba en la abigarrada mezcla de colores una especie de morado que tendía hacia el ladrillo y el anaranjado. El mismo color que puedes ver por la mañana en la gota de rocío que arde al sol. Ballena, que había sumergido el tubo del bolígrafo en el cuenco, hinchó los carrillos como una trompetista e infló por el otro extremo un balón grande, ovalado, que despegó pesadamente pero que, en lugar de elevarse arrastrado por el viento al igual que los demás, se dejó caer despacio en el suelo del camión, donde permaneció inmóvil. Era como una pelota de cristal tembloroso. Cuando cesó el temblor, Ballena la tocó con el dedo y nos dijo sorprendida: «¡Está duro!». A continuación lo cogió con ambas manos e intentó levantarlo, pero no lo consiguió. El balón era tan pesado como el plomo. Luego contemplamos silenciosas cómo se cubría de vaho como si alguien respirara en su interior, cómo se volvía opaco hasta parecer encalado por dentro. Al cabo de unos minutos teníamos ante nosotras el huevo de un animal prehistórico y Ballena, para poder distinguirlo, lo marcó con una estrellita violeta. Ada tomó el bolígrafo y consiguió un huevo idéntico al primero, al cabo de una transformación idéntica. Dibujó con un lápiz una estrellita índigo sobre la cáscara rugosa. Antes de una hora, el suelo de tablas del camión se combaba bajo el peso de siete huevos tan grandes como nuestras cabezas y marcados con los siete colores. Los acariciábamos y comenzamos incluso a incubarlos acurrucadas sobre ellos. Hicimos subir también a Chombe al camión y lo tumbamos sobre los huevos, pero el perro sintió de repente un ruido imperceptible que lo aterrorizó de tal manera que saltó del camión aullando y no se detuvo hasta llegar a su caseta, en la parte trasera de la casa. Nosotras apenas habíamos percibido el crujido, sin embargo vimos claramente cómo la cáscara del huevo marcado de verde se abría en zigzag. También nosotras saltamos del camión y nos escondimos tras un macizo de rosas. Desde allí oímos claramente cómo el huevo estallaba en pedazos. En el camión se alzó entonces la figura dorada de un unicornio de ojos grandes y hermosos, femeninos, y adornado con un cuerno espiral. Saltó graciosamente del camión y correteó hasta el fondo del patio. Cruzó por encima de la valla podrida y se perdió en el campo. Sin su imagen, el espacio había quedado dolorosamente vacío. Al poco rato habríamos preferido que se quedara, ya que del segundo huevo, el de Garoafa, salió una oruga gigante. Al reptar, dejaba a su paso un señuelo baboso, una especie de gelatina verde. Grandes granos de ese moho se habían adherido a los largos pelillos de su cuerpo. Era azul con manchas amarillas y su cabeza, negra como el betún, sin ojos, tenía unas mandíbulas poderosas, también negras, afiladas. La parte delantera del cuerpo se arrastraba sobre dos manitas de niño, y la cola tenía unos pliegues como si fuera un pez con velo. Desapareció rápidamente dentro de la tierra. Solo su cola rosada ondeó todavía un rato, como un alga marina, entre las espalderas de tomates. Dos huevos estallaron a la vez, los de las

gemelas, por supuesto. Surgieron de ellos unos seres tristes y largos, del color del marfil antiguo. A través de sus cuerpos transparentes se distinguían los huesos como un vaho blanquecino. Se veía la sangre como un vino rosado que el corazón bombeaba a través de las arterias. Se les veían los riñones relucientes como dos bolas de diamante. Cada uno de ellos tenía un solo brazo, un solo ojo y una única ala de plumas blancas, como de paloma, que llegaban hasta el talón. Cuando se vieron, se abrazaron con pasión y, mezclados, echaron a volar agitando vigorosamente las enormes alas. Desaparecieron enseguida, fundiéndose en el azul del cielo. El huevo de Ballena engendró un cangrejo rojo como la sangre, con dos ojos de largas pestañas en el extremo de los cuernitos laterales. Debajo de los ojos, las mandíbulas y las quijadas, los quelíceros y las pinzas minúsculas se agitaban por culpa del hambre. Las grandes pinzas articuladas tijereteaban en el aire. Se dejó caer pesadamente por el zarzo lateral y echó a correr, de lado, sobre sus patas delgadas, para desaparecer tras el armuelle del fondo del huerto. Del huevo de Ester salió la aparición más espantosa. Era el esqueleto de un caballo cabalgado por el esqueleto de un jinete. Trozos de carne putrefacta, tiras de piel y tendones secos colgaban de sus huesos amarillos. Mostrando los dientes, con los ojos escurriéndose por el rostro, con las costillas asomando bajo los harapos que ondeaban sobre ellas, la estatua ecuestre de la desesperación dominaba sobre el camión... Una lanza oxidada, con la punta ensangrentada y el estandarte cosido con hilo de oro, se balanceaba en la mano del caballero. Ligeros como el rayo, saltaron del camión, se dirigieron al trote hacia la cerca de la calle y la saltaron con tanta lentitud que su vuelo por el aire parecía interminable. Durante mucho tiempo escuchamos, cada vez más apagado, el golpeteo de los cascos contra el suelo y un relincho como de otro mundo... Cuando también esta aparición se esfumó, esperamos en vano a que se rompiera el último huevo, el mío. Pero este no se ha roto jamás. Desde entonces, lo he llevado siempre conmigo a todas partes. Es, de hecho, una prueba (allí donde no hacen falta pruebas) de que todo lo que viví fue real, de que todo aquel mundo de Dudea-Ciopleti no fue tan solo un fantasma de la infancia. Por lo demás, has observado, creo yo, que mientras los hombres siguen siendo más o menos niños, las mujeres buscan esconder su infancia como si les hubiera sucedido algo vergonzoso, algo maléfico... Voy a enseñártelo.

Te levantas de mi lado y enciendes la luz. Siento un dolor vivo, un escozor en las pupilas y, tras sacar la cabeza de debajo de las sábanas, te veo como en el interior de un mar de llamas que hubiera invadido toda la habitación. De repente, todo me parece alucinantemente real. Otro mundo. Las estanterías atestadas de libros, nuestra ropa tirada por todas partes, el cesto de la mesita en el que ya no hay más que dos manzanas, el cenicero en el que se ennegrecen unos tres corazones, el molinillo de café, tú buscando algo bajo el sillón en el que permanece volcado el mini-televisor, tu cuerpo desnudo, de color amarillo pálido-rosa-dorado, que se incorpora y me

sorprende por lo anchas que parecen las caderas de las mujeres si las miras desde atrás. Todo habla y calla en superficies de luz. Superficies de luz, me digo aturdido, he aquí nuestro mundo. Tu cabello corto está revuelto. Tu rostro es viejo, tu cuello es blando como la piel de una corza y tiene arrugas. No me interesas pero te sonrío mecánicamente y tú me sonríes con muy poca esperanza. Una vieja. De pechos aún hermosos pero ¿qué sentido tiene? Estoy vacío de amor y tu historia me agota físicamente. Apunta el alba, Nana. Date prisa. Vuelves a la cama con una caja de zapatos. La abres y, de debajo de una capa de algodón, sacas un huevo grande, como de avestruz, de cáscara rugosa, amarillenta.

En un lado, el huevo tiene una mancha roja, difusa. Probablemente el sitio en el que estuvo la estrellita. Lo tomo en mis manos y lo sopeso con cuidado. Es pesado, macizo, y la cáscara está templada, como si alguien durmiera en su interior. Lo colocas encima de la mesa y lo dejas ahí, sobre la servilleta a rayas en la que se ven migas de pan, cada una de ellas arroja una sombra coloreada. Apagas de nuevo la luz. En la ventana el cielo ya no es tan negro. Todos los objetos de la habitación se han vuelto oscuros-azulados, y las paredes son bastante claras. En mis oídos resuena tu voz, que desde hace ya un rato no percibo como sonido sino como pura sucesión de imágenes. Me siento extenuado tras esta noche en vela, me siento como si todos mis órganos fueran una combinación de goma y ácido clorhídrico. Casi ni me doy cuenta de que retomas el hilo de la historia. Tu historia tiene la temperatura de mi cuerpo, me hundo en ella aislando mis sentidos, dejándolos en manos de la ilusión. Me dirijo hacia la entrada de la cueva de la isla esmeralda. En torno a esa boca estrecha crece una zarza huesuda, fuerte como el alambre, con los destellos morados de las flores escondidas tras las espinas. Entro en el pasillo de piedra que conduce a las profundidades. Larvas traslúcidas corretean por las paredes. Miles de ocelos miran desde el techo bajo. En el riachuelo vive el proteo ciego con sus manitas de hombre. Y allí, en el centro, envuelta en la noche como en un capullo de seda, estás Tú como no te conoce nadie, tú con las mandíbulas llenas de colmillos torcidos y curvados, tú con las fosas nasales dilatadas que arrojan chorros de fuego, tú con tus escamas de jade destructivo, con alas de diablo, con cola de anaconda. Tú, envuelta en tu olor a azufre, tú entre huesos y cráneos... Tú, en tu silencio de mujer, en tu incomunicación, en la violencia y en el miedo.

Por la tarde volví a coger a Marcelino de la mano y, muy contentos, nos dirigimos hacia la torre. El día anterior no había pasado por allí pero me sentía tan culpable como si hubiera desperdiciado todo un día, qué estoy diciendo, tal vez un año entero, era como si no hubiera estado en una eternidad. Echaba de menos a Egor y a su madre. Cuando entramos, no nos lo podíamos creer: la casa estaba llena de flores. Todas las botellas, los vasos, las tazas de agua, por no mencionar los jarrones, de los de cristal o porcelana china a los de vidrio barato, estaban fuera de los armarios,

llenos de flores. En los aparadores, en las mesitas, en las repisas de las chimeneas, en los postes de la balaustrada de roble de la escalera interior, en los taburetes e incluso en el suelo se alineaban jarrones con flores. Había tantas, que no se podía estar en ninguna parte. Arriba, en la habitación de Egor, te ahogabas: había azucenas blancas y rojas, completamente abiertas, cuyos estambres rebosaban de polen, había rosas amarillas, había verdaderos montones de boca de dragón, flores de saúco, manzanilla de tallos retorcidos, correhuelas. Había también cactus en flor y unas flores sinuosas, de color azul y rojo, de lenguas pegajosas, probablemente orquídeas, cuyo nombre no conocíamos por aquel entonces y que veíamos por primera vez. En una maceta de tierra fangosa flotaba una drosera de una belleza sobrenatural: tenía una corola de agujas finas, cada una de ellas acababa en una bola de líquido transparente que brillaba en la penumbra de la habitación. «Es una planta carnívora», nos dijo el alargado, que había tomado asiento en su lugar favorito. Tocó con su dedo, casi tan largo como mi antebrazo, el disco del centro de las espinas: estas se elevaron y después, una tras otra, se encorvaron hacia el dedo y fijaron sus bolas viscosas a la uña de Egor. «Si dejara el dedo aquí, al cabo de un rato me lo habrían roído hasta el hueso». Era una planta-araña, una araña fascinante. Le conté el sueño del agua y el de la copa, Egor hacía gestos aprobatorios con la cabeza, sin mostrar el entusiasmo del principio. Ahora lo sabía. Yo era, sin duda alguna, la elegida, yo iba a penetrar en *REM*. «Mira, todas estas flores son para ti. Ha venido gente de todas partes para traértelas y para desearte suerte a través de mí. Ellos te esperan desde hace mucho, vienen todos los años, nos consideran a mi madre y a mí una especie de sacerdotes de *REM*. Pero saben que ninguno de ellos podrá entrar nunca allí. Porque *REM*, el único de todo nuestro mundo, está hecho tan solo para quien sueña los sueños, es decir, para ti». Egor me confesó que de la existencia de esa Salida —como también denominaba él a *REM*— estaban al tanto personas de todo el mundo, unidas entre sí a través de la revelación del secreto y de la promesa de conservarlo. «*REM* es, en cierto sentido, como esta drosera, una especie de trampa extendida por todas partes y dotada de una paciencia infinita, un lugar de paso que espera largos años antes de ser descubierto y luego otros años más para que llegue hasta él el único ser que pueda recorrerla. Hay libros secretos, escritos a mano, acerca de *REM*, hay también algunas sectas que reconocen a *REM* pero que tienen unas ideas completamente diferentes respecto a su significado. Algunos sostienen que *REM* sería un aparato infinito, un cerebro colosal que ordena y coordina, siguiendo un determinado plan y un determinado fin, todos los sueños de los seres vivos, desde los sueños inconcebibles de la ameba y del cólquico, hasta los sueños de los hombres. El sueño sería, según ellos, la verdadera realidad, en la que se revela la voluntad de la Divinidad escondida en *REM*. Otros ven en *REM* una especie de calidoscopio en el que puedes leer simultáneamente el universo entero, con todos los detalles de cada momento de su desarrollo, desde el

génesis hasta el Apocalipsis. He leído recientemente una historia en español en la que *REM*, así percibido, recibía el nombre de *El Aleph*. Unos están convencidos de que existe un solo *REM*, otros creen que existe uno para cada individuo y han elaborado, incluso, un curioso texto en el que reúnen las señales según las cuales cada uno de nosotros puede llegar a encontrar su *REM*, si sabe interpretar esas señales. Pero solo tú vas a descubrir la verdad acerca de si *REM* es una Salvación o una Condena». Egor me hablaba con una voz más apagada de lo habitual, su feo rostro acromegálico parecía una máscara demacrada. «Estoy agotado. Esta noche no he dormido absolutamente nada y hoy he escrito demasiado. Pero no me quedaba otro remedio. Iba muy retrasado». Le pregunté qué escribía y me respondió, naturalmente, con un gesto de hastío: «Literatura. Soy escritor, ojalá no lo fuera». Le dije que me parecía una profesión muy hermosa y, para mostrarle que estaba informada, le hice algunas preguntas utilizando palabras que había oído por ahí: ¿quería llegar a ser un gran escritor? Esperaba que sonriera, como hacen los adultos cuando un niño se mete en cosas serias, pero Egor, más pálido de lo habitual, con los cartílagos de la nariz verdoso-transparentes, con los ojos apagados, me respondió inmediatamente, como si la pregunta se la hubiera formulado él mismo. Hablaba, en cualquier caso, en sentido propio y figurado, muy por encima de la comprensión de una niña de doce años. «Un gran escritor no es más que un escritor. La diferencia es de matiz, no de raíz. Todos los saltadores de altura saltan, digamos, dos metros. Si uno salta dos metros y cinco centímetros, ya es un gran deportista. No, no merece la pena fatigarse siquiera con la idea de llegar a ser un pobre gran escritor, un desdichado escritor genial. Coge los mejores libros escritos jamás. Apenas son algo mejores que los libros mediocres. Todos son fundamentalmente libros, nada más. Te proporcionarán, cuando los leas, un placer estético algo más intenso. Como un café un poco más dulce. Los soltarás al cabo de treinta páginas para prepararte un bocadillo o para ir al baño. Los leerás a la vez que quién sabe qué novela policíaca. Dentro de unos miles de años también ellos serán tierra y polvo. En estas condiciones, que tú, un ser al que se le ha concedido la oportunidad disparatada de existir y de reflexionar sobre el mundo, te propongas llegar a ser tan solo un genio es humillante, es ínfimo. Es como si abandonaras todo y te internaras de nuevo en el bosque. En cada individuo hay posibilidades ante las cuales la ambición de ser el escritor más importante de todos los tiempos es simplemente denigrante por su simplicidad. Porque ¿qué milagro es importante comparado con el milagro de existir y de saber que existes? De aquí hasta ser el hombre más rico, el más poderoso, el más ingenioso del mundo es como pasar de un billón a un billón uno, incluso menos. No, no quiero llegar a ser un gran escritor, quiero llegar a ser *Todo*. Sueño sin cesar con un creador que, a través de su arte, llegue a influir de verdad en la vida de las personas, de todas las personas, y después en la vida del universo, hasta las estrellas más lejanas, hasta el final del espacio y del

tiempo. Y que a continuación sustituya al universo, que se convierta él mismo en el Mundo. Solo así creo que podría un hombre, un artista, cumplir su misión. El resto es literatura, una colección de trucos mejor o peor dominados, trozos de papel emborrionados con brea por los que nadie da un real, por muy geniales que sean esas líneas de signos que, dentro de poco ni siquiera serán comprendidas».

Había pronunciado estas palabras con pasión, con una expresión amarga. Luego permaneció largo rato en silencio aquella tarde dorada. A cuatro patas, Marcel construía en el suelo un castillo con cubos. Justo en el vértice había colocado una pirámide azul. Yo me arreglaba el vuelo del vestido. De hecho estaba pensando en Ester: mientras permanecemos escondidas en el macizo de rosas, asustadas por los fantasmas que salían de los huecos, nos cogimos de la mano, nos acariciamos la palma con los dedos, luego nos arrimamos más la una a la otra y yo sentí su pelo rojo rozando mi cara, enredándose en mis pestañas. Cuando nos miramos a los ojos, solo un instante, me sentí de repente bañada en sudor. Egor estaba hablando de nuevo: «Pero la mayoría de los hombres —o, digamos, de los escritores— no llegarán a ser Todo. Ni siquiera serán genios. No llegarán a nada. Yo... yo soy uno de ellos. Pero yo al menos sé todo esto y a través de lo que escribo intento expresar mi impotencia. Sé que no se puede decir nada, que nadie espera que digas nada, pero que también *tienes* que hacerlo. Sé que tienes que oponerte en cierto modo a la injusticia de ser hombre y de no poder ser Todo. Y yo lo hago con todas mis fuerzas. Mira...».

Se levantó de la silla de contrachapado amarillo, pasó por encima del castillo de cubos y abrió de par en par las dos puertas maravillosamente decoradas de la cómoda. Era más espaciosa de lo que parecía. Una madera roja, de olor agradable, la forraba por dentro. Todo el interior estaba ocupado por varios montones de folios, miles de páginas apiladas unas encima de otras. Cuando, tras hundir los dedos en ellas y volcarlas sobre la alfombra, Egor las desperdigó por toda la estancia, pude ver que estaban atiborradas de una escritura uniforme, extrañamente inexpresiva. Pero solo cuando intenté leer algunas líneas de la obra del alargado, comprendí el inmenso horror que esta contenía: a lo largo de miles y miles de páginas, con la paciencia y la tenacidad de una hormiga, Egor había escrito una sola palabra que se repetía decenas de veces en cada página. Era la palabra *no*. «Escribo desde los dieciséis años y apenas he pasado de las quince mil páginas. Algunas veces escribo ocho horas al día pero otros días no puedo escribir siquiera una línea. Tal vez te haga gracia, pero de vez en cuando me atasco y, aunque te parezca fácil escribir algo así, he conocido crisis que casi me han obligado a abandonar la escritura. Conozco también el miedo a la esterilidad y el miedo a no poder seguir tu propio paso. Porque yo no escribo de forma mecánica. Quiero que todos y cada *uno* de estos *no* sea pensado y sentido hasta la médula. Que sea vivido con todos mis nervios, con toda mi carne. Y no creas que es fácil. A veces me ocurre que pienso una semana entera antes de añadir otra

palabra, porque quiero que mi obra sea perfecta, que me represente a la perfección». No entendía nada. Observaba alternativamente a Egor y las hojas que el ocaso iba tornando de un rosa nacarado. Intenté recoger las hojas del suelo pero el alargado, más alto que nunca (se había puesto en pie y miraba por la ventana), no me dejó. Bajamos, saludamos a la señora Bach que, con su bata pistacho, asediada por las flores, escuchaba en la radio una romanza ridícula, nasalizada: «¿Qué quieres que te escriba ahora, cuando nos separamos?», y nos vimos de nuevo en medio del campo mientras dejábamos atrás la silueta vaporosa de Egor. Cuando caminaba sin prisa de la mano de mi primo, me invadió bruscamente una oleada de tristeza.

Aquella noche soñé con una llave que alguien había perdido en el bosque. Acababa de descender hacia un vallecito donde las hayas escaseaban y eran más delgadas; sobre la tierra negra, entre sus troncos silenciosos, se sucedían unas manchas abigarradas de luz blanca y amarilla, relucientes. El cielo se asomaba, cegador, entre las ramas mecidas por una brisa verde. La corteza de los árboles se desollaba y olía a taninos amargos. Una neblina —no de vapor, sino de añoranza y nostalgia— se acumulaba fresca en una mañana eterna. Había distinguido desde lejos el brillo de la llave y me había alejado unos pasos de mi camino para acercarme hasta allí. Me agaché y la cogí. El vino que había bebido en el sueño anterior, mezclado con el veneno de araña, me había aturdido, me había provocado un estado de exaltación que a duras penas controlaba. Cogí la llave. Era una llave de oro, dos veces mayor que la palma de mi mano. En el surco que había dejado en la tierra se retorció perezosa, carnosamente, una lombriz que, tras contraerse unas cuantas veces, se hundió en la tierra. Froté bien la llave con mi vestido. El extremo tenía forma de garrote, decorado hasta la saturación con volutas y tallos de oro. El tallo de la llave, grueso y brillante, reflejaba mi rostro deformado y los árboles de alrededor. El extremo inferior tenía una plaquita con tres dientes iguales que acaricié soñadora con los dedos. Besé la llave y me la guardé contenta en el bolsillo. Volví corriendo a mi sendero, que se internaba cada vez más en el fondo del valle, donde hacía cada vez más frío. Solo quería abrir con ella. No me importaba que tras la puerta me esperara el Placer o el Terror.

Por la mañana nos vimos en la gruta de Rolando. Ahora cabalgábamos sobre él con descaro, lo zarandeábamos al columpiarnos de tres en tres asidas al esternón, entrábamos en el cráneo a través de la órbita redonda y nos pegábamos, aterradas, a la columna de huesos limpios y fríos. Lo habíamos decorado con lacitos, como un árbol de Navidad, y le habíamos puesto coronitas de flores, como anillos, en todos los dedos. Ester, que iba a ser la reina ese día, se había negado en redondo a vestirse de amarillo. Le habría quedado ridículo, es cierto. En cambio, había traído —quién sabe de dónde la habría sacado— una sombrillita de encaje amarillo como ninguna de nosotras había visto jamás, y un abanico plegable con el que ocultaba la mitad

inferior de su rostro mientras entornaba los ojos como las japonesas, con la cabeza inclinada sobre un hombro levantado. ¡Amaba horrores a aquella pelirroja! En la pechera de la blusa blanca, almidonada, llevaba una dalia anaranjada. Esperamos de nuevo a Puia durante más de una hora pero no apareció. Nadie, ni siquiera Ballena, sabía nada de ella. Finalmente salimos del subterráneo y entramos en el patio de la tía Aura. Ester se sentó en el trono y le colocamos la coronita dorada sobre su melena de hilos de cobre. En el sombrero no quedaban más que tres papelitos con los lugares de juego: la antigua escuela, el torreón y mi habitación. Ester, desafortunada como de costumbre, extrajo el sitio más cerrado, el más modesto: la habitación. ¿Qué puedes hacer en una habitación abarrotada, con una estufa de cerámica, una cama y prácticamente nada más? No conocía por entonces una verdad que el acceso a *REM* me revelaría con la fuerza de la evidencia y que no olvidaré jamás: cuanto más estrecho sea el espacio de la acción o del juego o del pensamiento, más ancho es el resto del mundo, es decir, el Mundo. Y merece siempre la pena encogerse, incluso hasta la inexistencia, para acrecentar así la maravilla del mundo. A Ester le correspondió, como objeto de juego, el termómetro que yo había traído. Puia no llegaba y empezábamos a estar preocupadas. Sin la pandilla al completo, nuestro juego no tenía ningún sentido. Al final decidimos ir todas a buscarla. Salimos a la calle y, por primera vez desde que jugábamos a las Reinas, nos cruzamos con transeúntes o con gente asomada a la puerta de las casas porque eran casi las once. Nos miraban con ojos como platos y las más arrabaleras, incluso, empezaron a insultarnos porque parecíamos unos espantajos. Los chicos de nuestra edad y algunos mocosos más pequeños, llenos de mugre, nos tiraban piedras y nos hacían gestos incomprensibles. Este calvario, sin embargo, duró solo cinco minutos, hasta que llegamos a la valla verde decorada con flores plateadas de estaño, el colmo de la elegancia en aquella época, detrás de la cual se encontraba una casa extraña, con un porche acristalado. Llamamos cohibidas, pues conocíamos muy bien las costumbres de su madre. Pero esta vez aquella mujer, toda ella curvas, estaba vestida de forma más o menos decente, llevaba una bata brillante, azulada, adornada con crisantemos retorcidos. Se trataba de hecho de un kimono, pero por entonces no conocíamos esa palabra. Nos hizo pasar a todas, sin decir una palabra, al amplio vestíbulo con baldosas de cerámica en el suelo y, en las paredes, una especie de cuadros de estaño y alambre que representaban pavos reales y molinos de viento. Nos hizo un gesto para que entráramos en la habitación de Puia después de decirnos, en tono melindroso, que su hija no se encontraba demasiado bien. Entramos todas en tropel en la habitación de Puia y nos quedamos sobrecogidas. Aquella niña maravillosa yacía en su cama de cara a la pared. La sábana estaba a un lado y su cuerpo fino y rosado, rodeado de ásperos bucles, estaba desnudo y tenía unas líneas armoniosas impensables en una mujer madura. Sin embargo, lo que nos sorprendió fue el hecho de que entre sus

caderas redondeadas, Puia era lisa como una muñeca. No había rastro de sexo, lo que le confería un plus de belleza sobrenatural. Puia era tan solo una gran muñeca animada con la que jugaba una niña, su madre. Cuando volvió la cara hacia nosotras y nos vio, se cubrió inmediatamente con la almohada y se incorporó. Nos explicó con aire distraído que estaba enferma. Se alegró, sin embargo, de que hubiéramos ido porque no habría querido estropear nuestro juego. Así que, si queríamos jugar allí mismo, en su habitación, ella no tenía nada que objetar. Tras pensárnoslo un poco, nos dijimos que, al fin y al cabo, la habitación de Puia también era una habitación. Y, puesto que ya estábamos allí, era mejor empezar el juego que dejarlo sin más. Sobre todo porque la enfermedad de Puia le ofrecía a Ester la oportunidad de utilizar el termómetro... Así que nos sentamos —unas en la cama de Puia, otras en la alfombra— y esperamos a que Ester se decidiera.

Ester miró el termómetro, cuya línea de mercurio marcaba 36 grados. Con una seriedad cómica, lo introdujo en la axila de Puia. Estábamos todas alrededor de la niña como unos doctores en torno a una princesa moribunda. De repente empezamos a percibir la transformación. A través de la cortinilla de la ventana de la habitación habíamos visto, al llegar, la copa de un ciruelo silvestre con los frutos aún verdes, y el alero de la casa vecina, con canalón y bajante. Cuando apartamos los ojos del termómetro, todo esto había desaparecido. Solo un cielo azul turquesa, con nubes blanquecinas, se extendía en el rectángulo de la ventana. Sentía al mismo tiempo un extraño movimiento de ascensión, lo sentía en los órganos, en todo el cuerpo. Más adelante, cuando subí en ascensor por primera vez, recordé esa sensación opresiva. Nos abalanzamos hacia la ventana gritando. Abajo, a decenas de metros bajo nuestros pies, veíamos Bucarest, extenso e intrincado como un laberinto ahogado en remolinos de polvo. Una pálida neblina nacarada y rosada cubría los edificios más altos. El Palacio de Telefónica, con todas sus fieras cenicientas instaladas en el tejado, el Torreón de Fuego, con sus ventanas en forma de prismas, los almacenes Victoria, los antiguos bloques de la calle Magheru, el bloque Torre y, en el horizonte lejano, azulada y fuerte, la Casa Scânteia, en medio de los prados verdosos. Bucarest, una telaraña por cuyos hilos trepaban tranvías con campana y camiones con remolque. El Bucarest lleno de andamios y grúas, con hospitales y oficinas de correos y, minúsculos, los quioscos de prensa. Con lagos grises en forma de estómago que desaguaban unos en otros. Con parques y estatuas de bronce ennegrecido, un pueblo de hombres morenos, cada vez más pequeños a medida que subíamos. Con barrios obreros como pasteles a los que nadie daría un mordisco. El Bucarest con sectores de las líneas de ferrocarril llenos de troncos, pilas de carbón y montones de tubos, bombas oxidadas, virutas e imanes. Con estaciones de relojes redondos y locomotoras de vapor, estaciones que huelen siempre a coque, a ajo y a petróleo, estaciones en las que se deslizan raíles superpuestos que desaparecen bajo los viaductos y las pasarelas

e, inevitablemente, «bajo el puente Grant». El Bucarest de depósitos de madera y fábricas de bobinas y mataderos y la apestosa fábrica de jabón Stela, de las tejedurías Donca Simo, de las calles Julius Fucik, Olga Bancic, Ilie Pintilie, de las fábricas Vasile Roaită. El Bucarest de hombres con camisas blancas y el pelo peinado hacia atrás. De estadios asaltados por jóvenes trabajadores con gorras y rostros demacrados que gritan y se ponen en pie cuando un futbolista, también con el pelo peinado hacia atrás y pantalones hasta la rodilla, estilo Dinamo de Moscú, lanza hacia la red agujereada el balón de piel. El Bucarest en el que retumban los cánticos políticos: «Marianito el gracioso / Marianito el...» o los famosos «Las grúas / Ríen al sol de plata / Las grúas / al alba», y también el nostálgico «Y luego de la mano / tú y yo / desde el Ateneo / hacia Miorița por el paseo», el Bucarest del trío Do-Re-Mi, del *Cordero Rabioso*, del *Amor a cero grados*, de Ciubotărau y Giugaru y de Silvia Popovici. El Bucarest del bachillerato en el instituto nocturno...

Nos elevábamos a gran velocidad y la ciudad era cada vez más pequeña y más brumosa. Al poco rato, nuestras miradas abarcaban espacios mucho más vastos. Extensiones azules y verdes, rectángulos amarillos atravesados por los hilillos de los ríos, nubes de algodón cubrían ciudades del tamaño de una mano. Para no marearnos, volvimos a la cama de Puia. Ester le retiró, distraída, el termómetro de la axila y lo miró después de darle la vuelta. Ahora marcaba 37 grados. Al mismo tiempo, la habitación estalló en pedazos tras una explosión seca. Habían desaparecido incluso las paredes y el techo, nos encontrábamos rodeadas por el océano del aire gélido, de la montaña, del color del zafiro. Nos encontrábamos sobre el lomo de un inmenso elefante de piedra, tallado sobre la cima de una montaña gigantesca, blanca como la leche. La montaña era, de hecho, un pico rocoso afilado como una cuchilla, salpicado de macizos de enebros encaramados en algunas pequeñas mesetas a nuestros pies. Alucinante, inaccesible, el monte con el elefante en la cima se alzaba sobre un mundo plano, adivinándose a través del aire transparente como una botella azulada. Los colmillos de marfil y la trompa enhiesta conferían al elefante un aspecto belicoso y real. Arremolinadas en torno a la cama en que Puia seguía acostada, con las manos entrelazadas, no nos cansábamos de contemplar el mundo. Porque desde el risco veíamos con una claridad absoluta, a pesar de la distancia, todo lo que deseábamos ver en la tierra. Contemplábamos un pueblo entre olivos y veíamos su iglesia antigua con el campanario de hojalata y sobre la hojalata veíamos un gato que dormía hecho un ovillo; distinguíamos también las pulgas que salían un instante de las pestañas del gato y se agitaban junto a su oreja, donde el gato tenía un pelo escaso y ceniciento, para desaparecer después en la cabeza. En otro lado veíamos una bolera a pleno sol y apreciábamos incluso los hilillos de tabaco quemado que escapaban de la pipa que un rubicundo tabernero —con mandil, pues había venido solo a fisgar— golpeaba contra una pared cenicienta. Veíamos a un crío haciendo pis en un bosque de avellanos, en

medio de unas flores silvestres más altas que él. Veíamos un arco iris que se combaba sobre una fábrica de tractores y a una trabajadora, con un pañuelo en la cabeza, que observaba a la luz, en un ventanuco de cristales cuadrados, algo parecido a una bujía. Veíamos una fila de segadores con las camisas arrugadas, sudadas, que avanzaban a zancadas hacia las eras con las guadañas al sol. Uno estaba desnudo hasta la cintura y vimos sobre su hombro enrojecido, con mechones de pelo retorcido, una verruga monstruosa. Veíamos barcos inmóviles en mares esmeraldas que dejaban atrás, también inmóvil, la línea azulada de la estela. En la cubierta de uno de ellos, dos marineros zurcían sus calcetines de algodón. Veíamos las liebres polares depositando sus aceitunitas en la nieve porosa y un canguro, de nariz negra y húmeda, rumiando la corteza de un eucalipto. La frente de Puia había empezado a arder, emanaba un calor rojizo. Ester miró de nuevo el termómetro, que ahora marcaba 38 grados. Y, desde el espinazo rugoso del elefante, vimos una mano de uñas negras que lanzaba una tuerca al sombrero de un ciego y a un contable con manguitos que borraba con una cuchilla una cifra en un libro de cuentas. Vimos a un cura que acariciaba la cadera de una feligresa, una urraca contemplando a un bebé desde el borde del carricoche, a una mujer pintándose los labios. Vimos a un juez que miraba sardónicamente al acusado y a un cirujano que le extirpaba un diente a un caballo con ayuda de unas tenazas. Vimos un alambique que se extendía a lo largo de kilómetros enteros, un bosque de tubos del que destilaba una gota de aguardiente. Vimos una esclusa que se resquebrajaba en zigzag e impetuosos torrentes con renacuajos que inundaban los arrozales. Vimos a un viejo decapitar una langosta. Y cuando el termómetro de Puia marcaba 39 grados, vimos a tres soldados abofeteando a una anciana y una casa envuelta en periódicos y una funeraria que dejaba una huella de sangre y a un guitarrista al que había mordido un lagarto. Vimos una mosca que luchaba con una araña y a un enfermo que sonreía a una mariposa. Vimos a un hombre perdido en una fábrica y a un sabio atado a una carretilla y a un lobo suspirando con tristeza. Y a una joven que se entregaba en una panadería de pueblo y una película proyectada al revés y un disco rayado por el cual se paseaba una mariquita. Y cuando el termómetro marcó 40 grados y Puia se volvió traslúcida como una uña expuesta a la luz, vimos a unos ahorcados colgados de un sauce y mil ovejas sacrificadas a la orilla de una laguna, y a un campesino que comía riñones de perro con queso. Y un ciclotrón invadido por las chinches y un sombrero con la pluma pelada y los dos ojos azules, crédulos, de un leproso. Y un montón de termonucleares y una curtiduría de pieles de araña y a un adolescente enfrentándose a sus padres. Y un incendio que devoraba un depósito y un mar de hombres con la lengua cortada y una capilla en el paladar, entre las muelas. Y los tiburones fundando una hermandad. Y cuando el termómetro marcó 41 grados, vimos a un pueblo humillando a otros pueblos, un ejército luchando con un bisonte, la punta de una lanza dibujando una petunia. A un hombre desollado

agonizando en una fosa de hielo, una oleada de sangre que barría municipios, un cuadrado mágico en la frente del actor. Vimos a un tirano tirando de la cadena en su trono, a un mequetrefe vomitando diamantes, un cadáver poniéndose en pie, a un doctor sacándose los ojos. Y tumbas abiertas y muertos en traje de camuflaje tintineando sobre los tanques, haciendo girar las palancas de los cañones desde los acorazados. Ejércitos huesudos disparando las bazucas, arrojando sobre las ciudades minas explosivas, botellas incendiarias, sábanas. Mariscales de campo de la carnicería cabalgando sobre ríos. Bidones de gasolina ardiendo en las tiendas de ultramarinos. Archivos de películas en llamas. Vendedores engangrenados, lecheras con herpes zoster. Pueblos con muletas, masas con los tímpanos reventados. Las trompetas al poder. Virus debajo de las banderas. Catedrales en ruinas, cardenales azules, esqueletos por todas partes. Enfermedades de corazón llamadas a filas. El cáncer como única fuente de energía. Ríos evaporados y la Muerte, la estrella implacable, pasando por el cuchillo incluso a los recién nacidos. Y una cruz de madera de cerezo en el Everest y, clavado sobre ella, Celsius, con una corona de espinas en la coronilla. Y bajo las plantas de sus pies llenas de sangre, una piel con quemaduras de séptimo grado, la Tierra. Y cuando el termómetro marcó 42 grados vimos a la deidad del Terremoto bailando sobre Eurasia, a la deidad del Hielo devorando los Polos, a la deidad del Diluvio aplastando Japón con sus talones. Y el sombrío dios de las profundidades, Nife el vengativo, hizo oír de repente su voz de lava, levantó la corteza por los aires y evaporó el océano. Y las Marianas y las once mil vírgenes y todos los huracanes con nombre de mujer huían gritando, con las faldas en llamas, con el pelo quemado, con los pechos al aire, tropezando con las metrópolis. Y ríos de wólfram y ríos de iridio y fiordos de cromo y estuarios de indio y lagunas de estroncio y cascadas de platino y arroyos de cadmio y mares de cobre y golfos de cinc y océanos de hierro hervían a la vez, con su flora y fauna cegadoras. Y las estaciones del año, bajo lluvias de estrellas, bajo el granizo de los meteoritos. Y vimos al Sol fundiéndose con la Tierra y eclipses humeantes. Y el termómetro reventó y su mercurio cayó como una lágrima en el abismo que se abría a nuestros pies. Y entonces vimos cómo se encogían las estrellas, cómo se contraía el espacio, cómo envejecía la luz, cómo las fuerzas interactivas, las fuertes y las débiles, la fuerza gravitatoria y la electromagnética jugaban las cuatro al *poker* y jugaban a los dados con hipercubos. Cómo el tiempo practicaba una vergonzosa mismidad. Como el mundo se transformaba en una manzana, en una cereza, en un electrón, antes de desaparecer en el no-ser. Y cuando a nuestro alrededor ya no quedaba ni siquiera la oscuridad, ni siquiera la nada, vimos de repente, avanzando hacia nosotras, un punto luminoso. Cuando se acercó, lo reconocimos con un grito de alegría: era nuestro niño, nuestro querido gigante, el hombre inmenso con pechos de mujer, con el cabello que caía, en mechones rubios, hasta las caderas, con sus ojos azules. Se acercaba cada vez

más a nosotras. Era mucho más alto que la montaña en la que nos encontrábamos. Cuanto más se acercaba, mejor se distinguían sus rasgos; al poco rato no podíamos ver otra cosa que su rostro luminoso y luego solo su ojo, que se convirtió de improviso en el cielo tranquilizador, azul, salpicado de nubecillas, que veíamos a través de la ventana de la habitación de Puia. Nuestra amiga enferma se había incorporado y sonreía. Ester, la extraña Reina Amarilla, sostenía aún el termómetro en la mano y a través de la ventana volvíamos a ver el albaricoque y la cornisa de la casa vecina. El termómetro seguía marcando 36 grados, como al principio. Permanecimos un rato más junto a Puia, que nos aseguró que se quedaría en la cama también al día siguiente para recuperarse del todo, y luego nos fuimos a comer, cada una por su lado. Yo acompañé a Ester. Estábamos contentas porque el día había salido bien, porque el juego había sido un éxito una vez más. Ella se había quitado la coronita, se había sacudido sus cabellos de alambre rojo y ahora caminábamos juntas, de la mano, a través del sol tropical. Estábamos lánguidas como gatitas. Bostezábamos las dos, nos sacábamos las lengüitas y reíamos. Nos sonreímos una vez delante de su puerta y, cuando me di la vuelta, sentí una punzada en el corazón. Tuve por primera vez el presentimiento de que todo, todo iba a terminar poco después, de que los buenos tiempos se habían acabado para siempre.

La tristeza no me abandonaba. Cuando me quedé sola, por la tarde, se acentuó, se hacía aguda y dulce, insoportable. Entonces daba vueltas por el huerto vacío, arrancaba algún que otro tomate y lo mordisqueaba, o me abrazaba al tronco del guindo pensando en Ester. Deambulaba por el sendero estrecho entre los cuadros de verduras, llegaba al camión y me subía a la cabina ardiente. Hacía girar el volante, apretaba el freno y de pronto se me saltaban las lágrimas. Bajaba y me colocaba a Gigi en el cuello, caminaba así hasta el fondo del patio, junto a la valla podrida, ahogada entre las malas hierbas. Entraba de nuevo en la casa, al fresco, y pasaba un rato en el vestíbulo vacío, largo y estrecho, débilmente iluminado por unos ventanucos mates. Permanecía allí, de pie, apoyada en el marco, contando una y otra vez los pétalos de una flor cuyo nombre no conocía. Reinaba el silencio en medio de la luz cenicienta, podía concentrarme. Y otra vez a mi habitación, otra vez a la cama, bajo las sábanas, de cara a la pared... Aquel día lloré hasta la noche, no podía controlarme. Cuando entraba la tía Aura, yo fingía estar dormida. Lloré sobre todo al ver a la pobre Zizi, olvidada durante días enteros debajo de la mesa, con su bonito vestido lleno de polvo, con su pelo de lana enredado como si fuera un espectro. Cuando pensaba en el cariño con que le había hecho sus mudas, las braguitas, las sayas y todo lo que tenía puesto... pero ahora la había abandonado como una madrastra que castiga a su hijo. La estreché contra mi pecho y empecé a llorar de nuevo.

Hacia el atardecer, sin embargo, me lavé bien la cara, recogí a Marcel, que estaba

en la calle saltando a la rana, y nos fuimos juntos hacia el torreón. Nos abrió la señora Bach y, al entrar en el vestíbulo, nos asustaron los gritos que se oían arriba. «Egor está con un amigo», nos dijo la alargada mientras nos hacía una señal para que subiéramos. Yo estaba sorprendida, había considerado a Egor un individuo en una soledad absoluta, no podía imaginar qué aspecto tendría un amigo suyo. Cuando abrimos la puerta, los gritos aumentaron bruscamente. El que vociferaba era, naturalmente, el invitado, un joven más o menos de la edad de Egor pero que le llegaba solo hasta la cintura. Era muy moreno y peinaba —algo raro por aquella época— raya a un lado. No entendí cómo se llamaba pero debía de ser un estudiante. Probablemente solo podía hablar en aquel tono. Se interrumpió un instante, cuando Egor nos presentó, y volvió a vociferar con más ganas. No entendía nada de lo que decían, pero ahora creo que debía de tratarse de política. Este, Oeste, rusos, americanos, Congo... la bomba atómica... la guerra fría... Jruschov... Dej... Argelia... Vietnam... El estudiante volvía siempre a la misma idea fija: «¡Vamos directos a la catástrofe, hombre! ¡Están armándose, hombre! ¡Crece el odio, hombre! ¡La desconfianza, la sospecha! ¡Se acerca el Apocalipsis, amigo! ¡Todos quieren tener bombas, todos hacen propaganda, todos mienten, hombre! ¡La opinión pública, el FBI, el KGB! ¡Va a ser una hecatombe! Va a ser una pesadilla, ¿entiendes?». Y así todo el rato, una media hora, mientras Egor escuchaba con seriedad. Cuando el estudiante calló por fin, agotado, Egor se puso en pie y sacó de uno de los cajones de la cómoda un álbum de fotografías, encuadernado en seda rojiza con grabados de rosas. Lo abrió y comenzó a pasar hojas. Páginas gruesas, llenas de fotos amarillentas, alternaban con hojas casi transparentes, con filigranas de ingeniosos arabescos. En las fotografías se podían ver mujeres alegres con peinados extraños, abrazadas de dos en dos por el hombro, vestidas ostentativamente con sus trajes tradicionales, niños con uniforme de «marinero», grupos con trajes del siglo pasado, señores con bigotes infinitos y cilindros en la cabeza, señoras de largo, con grandes lazos alrededor de la cintura y los sombreros anudados a la barbilla con una cinta, militares ceñidos con espada o apoyados en sus bayonetas, señoritas de internado con hoyuelos en las mejillas, con bucles junto a las orejas, jóvenes tísicos tocando el violín. «¿Te refieres a la bomba atómica? ¿A la destrucción en masa? Esta es mi respuesta. Mira este álbum de fotografías del siglo pasado. Contiene mi respuesta a todos los problemas del mundo y de la historia. Mira a esta gente, a estas niñas, a los críos de las fotos. Todos están muertos, todos, hasta el último. No queda un solo superviviente de todas estas personas nacidas hace ciento cincuenta años. ¿Qué es un arma atómica en comparación con esto, con el ángel exterminador, el tiempo que no deja heridos? ¿Qué son los conflictos, qué es la lucha por el poder en comparación con la victoria meticulosa, tranquila, casi dulce, del tiempo sobre todo lo demás? Las bombas, las guerras, los terremotos, las enfermedades, los diluvios son superfluos, no

hacen más que acelerar irreflexivamente la obra del tiempo, son miradas arrojadas a un futuro inmediato, son miradas indiscretas tras levantar una esquina del telón». El estudiante respondió vociferando de nuevo, cada vez más agitado y más incoherente, jurando y maldiciendo sin tener en cuenta nuestra presencia, la de dos niños, en la habitación. Le acusaba a Egor de estar ya muerto, de que, según sus principios, no le quedaba otra que cubrirse la cabeza con un sudario y abandonar el terreno. Finalmente, se marchó sin despedirse dando un portazo. Egor se rio por lo bajinis y se volvió hacia nosotros. «Que el mundo se ocupe de sus asuntos y nosotros de los del mundo», dijo, y me preguntó qué tal iban mis sueños. Se los conté y él me dijo de nuevo que todo iba a salir bien. «Incluso aunque te desvíes un poco, a través de todo lo que te suceda, del modelo geométrico, simétrico, que yo conozco, todo saldrá bien. Que no coincidan nunca tus proyectos con su realización. Una acción (o, por volver a mi profesión, una obra) simétrica solo puede estar muerta, como una ciudad nacida en un tablero. Así como la araña, bajo el efecto de una droga, no teje ya su tela perfecta, sino una con agujeros y bucles ordenados caóticamente, el creador de nuestro mundo (y, tras él, el escritor) deforma la materia, la altera bajo la influencia del viento loco de la inspiración. Las leyes, los esquemas, los hilos siguen siendo los mismos, pero alargados, deformados. El bordado cobra vida». Después: «No me has contado nada de tu juego de Reinas, eres muy mala. Pero yo lo conozco mejor que vosotras y te puedo decir que en él todo tiene un significado y que tus sueños y tu juego, trenzados entre sí, configuran la telaraña que has tejido, no para capturar algo con ella, sino para ser atrapada. Porque nosotros somos unas simples moscas que secretan la red y la araña es la misma para todos. Nos visita una sola vez, cuando la telaraña está lista para poder aguantar su peso. Y solo tú, entre todas las criaturas de este mundo, podrás escapar por un instante de tu propia red, solo a ti se te ha concedido esta oportunidad. Y yo... mi red tiene un solo hilo, largo y recto. Por él tienes que caminar tú, pues yo soy el Guía y el Guardián aquí, en el borde del mundo».

Lo escuchaba fascinada, como siempre. Me esforzaba por recordar cada una de sus palabras. El crepúsculo exterior se había transformado en un enorme insecto rojo. Contemplaba la alfombra de los rezos, tan desgastada que por algunos sitios se veía la urdimbre. Hilos de lana de colores se entretejían en ella de forma inextricable, formando complicados arabescos. Recordé que, el primer día, cuando me contó lo de sus antepasados, me habló de un don milagroso que su familia había obtenido junto con la picadura de la mosca de alas azules, allá por las costas de África. Me había prometido hablarme algún día sobre ello. Pero en la estancia prismática de Egor, en la torre de la casona, todo parecía tan solemne, tan triste y distante, que no me atreví a perturbar el silencio. Sin embargo, unas palabras se escaparon de mis labios, no las que yo habría querido. «¡Egor, estoy enamorada de Ester!» —susurré con énfasis. Pero él parecía no haber oído nada. Permaneció en silencio un rato más,

contemplando cómo jugaba Marcel, y luego repitió: «Sí, Guía y Guardián».

Di muchas vueltas en la cama antes de quedarme dormida. Con la mano debajo de la almohada, tocaba la cavidad de la concha, suave como la seda. Sentía en la punta del dedo los surcos laberínticos. Al final conseguí incluso verlos en la oscuridad, con la piel de los dedos, como si estuviera leyéndolos con mis propios ojos. Este poder no me ha abandonado jamás. Muchas veces, cuando llego a casa muerta de cansancio, me tiro en la cama, sin encender la luz, y «leo» el periódico con los ojos cerrados. Las letras que toco con los dedos aparecen en mi mente como iluminadas por una pequeña linterna de bolsillo.

Aquella noche soñé que caminaba por el sendero, en el centro del bosque, cada vez más irritada y más desfallecida. Miraba al suelo y aquella mezcla de brotes, orugas, hojas muertas, setas mojadas... temblaba ante mis ojos. El bosque no tenía límites, no tenía sentido, era el único mundo que uno podía imaginar. El aullido de un zorro por la colina. Un chispazo de rocío en una telaraña. El trino de un mirlo. Brisas frescas. Muy lejos, en el fondo del valle, en una mezcla de oro y sombras, vislumbré una casa. A medida que me iba acercando, los contornos eran más nítidos: una casa de madera desvencijada, de dos pisos, rectangular como un arcón, sin tejado en punta, sin ventanas. Vista de cerca era siniestra: un cajón grande de tablones embadurnados con brea. En el centro había una puerta abierta, en cuyo umbral acababa mi sendero. Mi sombra se proyectaba hacia allí como una aguja negra y vibrante. Avancé indecisa hasta la puerta. Era una gran puerta rojiza. En el interior, una oscuridad espesa, perfilada. Me sentía mal y apoyé la frente en la puerta durante un rato. No tenía escapatoria. No había ningún lugar en el mundo en el que esconderme, puesto que el camino se detenía allí. Atravesé el umbral y mis oídos empezaron a silbar de soledad.

Había pasillos largos y retorcidos, llenos de polvo y basura, donde se amontonaban muebles viejos, pianos derrumbados, libros con gruesas encuadernaciones de piel. Había fotografías amarillentas en marcos ovalados. Había camas de hierro, torcidas, y orinales devorados por el óxido. Había ropa desvaída en armarios de espejos rotos: de los cuellos y los pliegues se elevaba un enjambre de polillas grises y marrones que esparcían por todas partes el polvo de sus alas. Había una gran lámpara de brazos desplomada del techo y un icono partido en dos. Algún que otro moscardón salía zumbando de su escondrijo y daba vueltas sin parar por todos los rincones. Avanzando a pasitos entre todos aquellos trastos, di con los primeros escalones de una escalera que conducía al piso de arriba. Subí despacio, pisando con fuerza. Por las esquinas, las arañas paralizadas, inmensas, vigilaban desde sus densas telarañas. Arriba, al fondo de otro pasillo, encontré una puerta cerrada con un picaporte romo de latón oxidado bajo el que se veía, indecente, el orificio de la llave. Mi tensión, aquel miedo, la curiosidad, aquel deseo, *aquel mal* habían llegado a su punto culminante. Contemplé la llave de oro. Estaba segura de

que encajaba. Y justamente entonces me desperté sintiéndome mal, en un estado de inquietud y frustración.

El sexto día fue un verdadero día de vacaciones. Garoafa, que tenía que ser la reina, no había aparecido aún a las once así que fuimos nosotras a su casa. Allí había unas quince almas bajo un tejadillo que no se levantaba más de metro y medio del suelo. Por la puerta salieron corriendo tres o cuatro mocosos, los más pequeños con el culo al aire, los otros con una camiseta de tirantes, marrón de tanta porquería. A lo largo de todo el cercado se veían huellas de manos mojadas en yeso y en el patio había montones de chatarra: cadenas, cocinas, tubos, codos de estufa. Una piltrafa de perra, con unas tetas como las de la loba de Dorobanti,^[32] roía algo entre periódicos arrugados. Tres gitanas y un gitanillo de unos quince años, en uniforme escolar, estaban sentados en el porche escupiendo cáscaras de pipas. El chico tenía un flequillo afilado como el borde de un hacha, fijado, probablemente, con azúcar en lugar de laca. Nos dijeron que Garoafa «ha ido con su madre en el carro a buscar botellas vacías» y que volvería por la tarde. Tras pensárnoslo un momento, decidimos posponer el juego hasta la tarde o hasta el día siguiente y jugar hasta entonces a los juegos de siempre. No paramos quietas en todo el día: dibujamos, jugamos a la rayuela, nos subimos al guindo, nos entretuvimos con el *Puente de piedra y Patria, patria, queremos prisioneros*. Después de comer salí a solas con Ester y nos dirigimos hacia el campo, entre flores silvestres, agarradas de la mano primero y abrazadas por la cintura después. Vosotros, los chicos, no podréis entenderlo jamás... Cantamos todas las canciones que conocíamos y, a medida que caía la tarde, eran cada vez más melancólicas. El cabello de Ester, que yo acariciaba con tanto cariño, se tornaba de un rojo oscuro, como las guindas. Éramos muy felices. Nos preguntábamos qué habríamos hecho si no nos hubiéramos encontrado. También hablamos de libros y películas y me asombraba lo inteligente que era. Acababa de leer precisamente un libro tan grueso como un ladrillo, *Los demonios* (así lo acentuaba ella) y me hablaba de una pobre protagonista coja. Se llamaba Liza y vivía en un cuento. «Pero Svetlana es más bonito aún que Liza». Entramos juntas en casa, le entregamos las flores a la tía Aura y estuvimos un rato de cháchara las tres. Mi tía nos adoraba. También ella habría deseado una niña pero le había tocado «este descarado» (decía eso porque Marcel estaba debajo de la mesa y la oía). Hacia las siete de la tarde volvimos a reunirnos todas y al cabo de un cuarto de hora apareció también Garoafa que, para nuestra alegría, había cumplido su palabra: había tomado prestado el chaleco anaranjado de su primo (este era uno de esos individuos que llevan rodilleras de goma y levantan las tapas de hierro de las calles, huelen el interior, las vuelven a colocar en su sitio y les dan un martillazo) y estaba encantada de cómo le quedaba. Ella fue la que propuso que jugáramos de noche para que el juego fuera todavía más interesante. A las diez en punto teníamos que encontrarnos

frente a la casa de las gemelas, que estaba justo en la esquina de la calle que se dirigía hacia la escuela vieja. Puesto que este era el sitio que Garoafa había extraído del sombrero, ahora ya era seguro que al día siguiente yo sería la reina del torreón. Después de cenar fui a mi habitación. La tía Aura solía acostarse temprano porque se pasaba el día cosiendo a máquina. Así que ni siquiera me desnudé, me senté en la cama con *El comandante de la Ciudadela de nieve* en las rodillas y empecé a pasar las hojas, bellamente ilustradas. No tenía paciencia para leer, pensaba en mil cosas a la vez, los seis días que había estado hasta entonces en casa de la tía Aura se mezclaban en mi memoria (e incluso más allá, allí donde nacen los sentimientos) con todo lo demás, provocando una imagen mirífica y dolorosa. Estaba completamente ofuscada y tenía incluso una constante y sorda sensación de mareo. Me había acompañado en los sueños pero ahora aparecía también en la realidad. Cuando mi mirada aterrizó en Zizi, tuve una especie de presentimiento. La cogí del suelo, le sacudí el polvo, hablé tiernamente con ella durante un buen rato y decidí no volver a descuidarla nunca más. Sobre todo porque el objeto de Garoafa era una muñeca. Por eso se me pasó por la cabeza llevar a Zizi conmigo para que viera nuestro juego. ¿Cómo iba a saber yo que mi muñeca iba a participar en el juego y que lo haría además de una forma tan salvaje? Todavía lloro algunas veces al recordar aquella noche horrible. Pero, al parecer, aquel era su destino...

Con Zizi en brazos, salí despacito por la puerta de la casa a las diez menos cuarto. Ni siquiera me había dado cuenta de que había luna llena. El cielo resplandecía con la luz de las estrellas. En la parte inferior de la bóveda, el cometa blanco, con las seis colas que se distinguían a simple vista, parecía un cabrito recién nacido, paciendo en un campo de flores amarillas. ¿Cuándo había crecido tanto la luna? Cubría un cuarto del cielo con su disco radiante. Eché a andar por la calle silenciosa, yo sola bajo la lluvia de estrellas. En la esquina de la calle estaban ya las gemelas, luego apareció también Puia con sus pendientes tintineantes. Ballena llegó con Ester (se habían encontrado por el camino) y por fin se presentó Garoafa. Se había puesto su chaleco naranja. En la frente se había colocado una banda en la que había prendido una gran boca de dragón, tiesa como la pluma de un voivoda. Llevaba un vestido ajustado, muy florido, de moda por entonces, pero de un corte vulgar que no tenía nada que ver con su talla, en los pies llevaba las zapatillas tradicionales: rojas, de charol y con un pompón de rabito de conejo. Había recogido su melena brillante en dos gruesas trenzas. En la penumbra, su rostro, por lo demás hermoso, era primitivo como un ídolo de madera. Nos dirigimos todas juntas, lentamente, atenazadas por el miedo, hacia un edificio oscuro, más alto que los demás, que sobresalía sobre el cielo estrellado al fondo de la calle perpendicular a la nuestra. Era un edificio viejo, en ruinas, con algunas de las paredes completamente hundidas, con los techos inclinados y la madera apolillada a la vista. No tenía bastidores, así que las ventanas parecían

unos agujeros informes en los muros desconchados. La pendiente del tejado ya no tenía tejas y en él se abrían brechas anchas, negras. Yo ya había estado otra vez, de día, en aquel lugar. Me había paseado con Puia por las aulas vacías de pupitres destruidos y alguna que otra pizarra, de tres patas, olvidada por algún rincón. En algunos encerados había aún, escritas con tiza años atrás, fracciones y sumas. Por las paredes, allí donde habían estado colgadas las láminas «Animales domésticos» y «Conozcamos nuestra patria», quedaban ahora unos rectángulos amarillentos. Un montón de botellas hechas añicos, mezcladas con tubos y discos de metal, señalaba el lugar en el que había estado el laboratorio de química. En el aula de ciencias naturales habían dejado olvidado un animal indefinido, relleno de paja. Yacía en el suelo, descosido por varias partes y con un ojo de cristal caído junto a él. También había un molde roto que representaba la sección de un oído. Encontrábamos por las clases las hojas arrancadas de un abecedario y del libro de música, controles corregidos con tinta roja. Los niños que habían estudiado allí eran ahora adultos, habían pasado a otra especie, a otro mundo, a otra cosa. Nunca más volverían aquí. En la oscuridad nos costó encontrar la entrada, por la que nos colamos todas como gatitos. Garoafa encendió la linterna y la paseaba por las paredes. El pasillo de la planta baja era infinitamente largo. La luz de la linterna no llegaba hasta el fondo. El mosaico sucio del suelo reverberaba. Entramos en una clase en la que habían quedado tres pupitres y un estrado cojo, hundido en un socavón. La esquina de una pared se había derrumbado y del exterior llegaba una oleada de aire fresco. En la cima de aquellas ruinas, entre ladrillos, había crecido una especie de hierba. Garoafa se sentó en un pupitre, nosotras le colocamos la coronita dorada y la adornamos con lazos y otras baratijas que habíamos traído de casa. Se iluminaba la cara con la linterna de abajo arriba y tenía un aspecto terrorífico. Le entregamos también la muñeca que tenía que utilizar en el juego. Garoafa la apresó y, gruñendo, fingió devorarla. Luego la lanzó hacia la gigantesca luna que brillaba a través de la grieta. No era una buena señal. Había empezado a hacer frío, estábamos temblando porque todas llevábamos vestidos o blusas finas. Nos habían espantado unos aullidos agudos y cuando distinguimos unas sombras voladoras perfiladas en el aire azulado de las ventanas sin cristales, nos dimos cuenta de que eran murciélagos. Unos cuantos habían entrado, revoloteando en silencio, en el aula en la que estábamos; giraban a nuestro alrededor lanzando unos chillidos en el límite del sonido. También nosotras empezamos a gritar, con las manos en la cabeza, porque sabíamos que los murciélagos se enganchan al pelo y no los puedes soltar. Pasaban rozando nuestras orejas con sus largas alas de piel. Al poco rato el aire de la casa bullía repleto de ellos. Nosotras corríamos enloquecidas de un rincón a otro. Recortados contra la luna, venían en bandadas, podíamos distinguir bien sus siluetas diabólicas, de alas dentadas y orejas de ratón. De repente, Garoafa tuvo una idea que nos salvó: hacer fuego. Gritando y

protegiéndonos, recogimos rápidamente del suelo cuadernos sucios, trozos de punteros, astillas de la antigua silla del profesor, hasta que acumulamos en el centro de la sala un montón de basura al que la gitanilla prendió fuego con las cerillas que siempre llevaba encima. Las llamas cegadoras, de un púrpura-azafrán, se elevaron rugiendo, derramando de repente a su alrededor una luz temblorosa, enrojeciendo las paredes y tiñendo nuestras caras de los colores más vivos. Nuestros gritos eran ahora de alegría, de triunfo. Los murciélagos, desorientados, no conseguían salir, chocaban entre sí, atravesaban el humo negro que se elevaba hacia el techo, se quemaban con las llamaradas vivaces. Unos cuantos habían caído al suelo y se arrastraban sobre las alas, gritando desgarradoramente y haciendo girar sus minúsculas cabezas a una extraña velocidad. Desaparecían por la densa oscuridad de los rincones. El fuego nos calentaba y nos embriagaba, lo contemplábamos hipnotizadas. Nos quemaba los párpados y las mejillas. Nos mareaba con su olor a madera y humo. Nuestro mundo era ahora pequeño y secreto: una esfera de luz trémula y de calor. Arrojábamos al fuego todo lo que encontrábamos alrededor por el solo placer de ver más y más llamaradas alzarse hacia el techo, romperse, trenzarse, lanzar chispas. «¡Fuego! ¡Fuego!», gritábamos como locas. No sé quién fue la primera en ponerse en pie y en hacer todo tipo de muecas. Comenzamos entonces a bailar todas a la vez, saltando en una pierna y en otra, cantando y dando palmas. Agitábamos las manos en el aire, girábamos en círculo alrededor del fuego y zapateábamos hasta marearnos, saltábamos sin movernos del sitio, con los ojos cerrados y los brazos abiertos. Teníamos una sensación de libertad absoluta, una sed de... ¿de qué? No éramos conscientes, pero en nosotras había una añoranza, un anhelo. Hacíamos muecas y nos enseñábamos los colmillos, rugíamos guturalmente esforzándonos por imitar a Garoafa que, encaramada a la mesa del profesor, estaba paralizada como un ídolo y aullaba hacia la luna como un perro. Se le había torcido la corona y la flor de boca de dragón colgaba rota. Intentamos saltar sobre el fuego y estuvimos a punto de achicharrarnos unas cuantas veces. Los dobladillos de nuestros vestidos olían a quemado.

Cuando nos cansamos de tanto jugar alrededor de la hoguera, constituimos el Gran Tribunal. Estaba encabezado, naturalmente, por Garoafa, la Reina Anaranjada, y nosotras, las demás, éramos sus ayudantes, sus jueces y verdugos. Tenía que comparecer ante nosotras la Muñeca. Pero como no encontró a la pequeña, yo le ofrecí como acusada a Zizi, a la que había dejado en un pupitre. El juego me tenía tan embelesada y tan entusiasmada —y estaba además tan aturdida y tan sometida a una maldad interior— que solo al día siguiente me di cuenta de la vileza cometida. Pero entonces era tarde para llorar. Con las manos a la espalda, atadas con un hilo, Zizi estaba ante nosotras, tiesa, apoyada en la pared. Todas le hacíamos burla y le enseñábamos las garras dispuestas a arañarla. Malhumorada, Garoafa nos ordenó que

formuláramos las acusaciones. Con cada acusación, el fuego rugía violentamente y Zizi parecía encoger, con el pelo en punta. La primera en dar un paso al frente fue Ballena que, señalando a Zizi con el dedo, le gritó: «¡Eres pequeña, eres un espantajo, no mereces vivir!». Ada le habló con palabras maliciosas y pérfidas: «No sabes escribir ni leer. Tampoco sabes sumar. Apenas sabes cómo te llamas. ¡A la muerte!». Carmina le dijo con maldad: «Estás rellena de cáscaras y lana. ¡Debería darte vergüenza! ¡Acabemos de una vez con ella!». Puia, desde su sitio, perdida en aquella ensoñación fría de la que no despertaba nunca, susurró: «Eres fea. Eres una zarrapastrosa. ¿Quién podría querer casarse contigo? No, muñeca, es mejor así...». Garoafa, cruel, le gritó por encima del hombro: «Eres tonta, chavala, se acabó. Ya puedes ir haciendo el testamento, que te la has cargado». Yo le murmuré: «Eso es lo que ellas quieren, Zizi, yo aquí no cuento. No nos estropees el juego, Zizi. Para nosotras es solo un juego y tú, en cualquier caso, eres demasiado pequeña y demasiado tontita como para darte cuenta». Ester, con aquella voz que parecía siempre preguntar algo, maravillosamente nasal, echó también leña al fuego: «Tú no tienes vida y por ese motivo debes morir. Tú no existes, y por eso tienes que desaparecer». El destino de Zizi estaba decidido, no tenía escapatoria posible. Garoafa pronunció la sentencia: el Tribunal Negro la condenó a la horca y a arder en la hoguera. Nos apresuramos a cumplir la sentencia antes de que Zizi, aturdida, se diera cuenta de su situación y empezara a lamentarse, ya que nos temíamos que pudiera darnos lástima. Encontramos dos tablones unidos en ángulo recto y los clavamos en una grieta del parqué arrancado de la clase. La sogla la hicimos con la cuerda de una lámina que representaba «La colza». En medio de un silencio en el que solo se oía el rugido de las llamas, desvestimos a Zizi de todos sus trapos —que yo misma había cortado y cosido con tanto esfuerzo— y los arrojamos uno a uno al fuego. El vestido se elevó inmediatamente hacia el techo, como una mariposa de llama y ceniza. Desnuda, Zizi inspiraba lástima: un cuerpo de trapo, informe, al que habían cosido burdamente una cabeza de yeso. Estaba sucia, cenicienta. Sus manos y sus piernas, cilíndricas, parecían de plastilina. La colgamos de la cuerda y contemplamos cómo se columpiaba lanzando una sombra negra, afilada, sobre el suelo. Empezamos de nuevo a bailar a su alrededor, pero esta vez era un baile sombrío, a trompicones, fatigoso, sin alegría. Nos desperdigamos por los rincones del aula y volvimos al fuego con más papeles, palos y trozos de lapiceros, así que bajo la muñeca ahorcada se levantó una pequeña hoguera piramidal. Garoafa la encendió con un leño que cogió de la hoguera grande y, con los ojos de par en par, vi cómo las primeras oleadas amarillentas se acercaban al cuerpo de la muñeca, cómo sus manos y sus pies empezaban a arder como antorchas, cómo de su cuerpo salía un humo denso. Al cabo de unos segundos Zizi desapareció en un envoltorio de llamas. También la cuerda empezó a arder y se rompió, la muñeca cayó sobre la hoguera,

donde ardió mucho rato hasta convertirse en un remolino de ceniza. Su cabeza solo se había ennegrecido y permanecía como una bola sucia en medio de las llamas. Su pelo de lana se había carbonizado mucho antes. De repente, como si una puerta se hubiera cerrado de golpe, los dos fuegos estallaron en chispas y se extinguieron. Ni siquiera las brasas seguían ardiendo. Todo era ceniza y humo. El aula en ruinas se había llenado de un humo penetrante, irrespirable. A través del rincón derruido de la pared se veía un cuarto de luna que azulaba el cielo de alrededor. Todo se había disuelto y nos encontrábamos ahora, a medianoche, en un edificio en ruinas: éramos unas niñas asustadas. Desde sus rincones, los murciélagos se habían despertado de nuevo y habían empezado a revolotear otra vez por la estancia. Otros les habían respondido desde fuera y se habían apresurado a entrar. Echamos a correr gritando por los pasillos, perseguidas por las bandadas de ratones alados que ahora sí que nos golpeaban la cara e intentaban desgarrarnos la ropa. Los pasillos se multiplicaban y no encontrábamos la salida. La linterna de Garoafa alargaba la luz por las paredes cubiertas de líquen. Cuando abrimos una de las innumerables puertas, nos encontramos bruscamente fuera, bajo la luz mágica de la luna y las estrellas. Corríamos por la calle oscura, seguidas aún por los murciélagos, que dieron vueltas a nuestro alrededor hasta la esquina de nuestra calle. Cada una se detuvo en su casa. Chombe vino corriendo hacia mí cojeando y gruñendo, pero me reconoció y se tranquilizó de inmediato. Me escurrí en mi habitación completamente mareada, incapaz de pensar en nada, con un agotamiento terrible en los huesos. Podía suceder cualquier cosa, incluso no entrar jamás en *REM*, pero sentía que era incapaz de soñar aquella noche. Todo me dolía, todo me abrumaba. Saqué la concha de debajo de la almohada y la coloqué sobre la mesa.

Caí en un sueño pesado, negro, hasta el día siguiente más o menos a las diez, cuando vino a despertarme mi tía. Tenía invitadas, habían venido las gemelas y Ballena a consolarme por la triste historia de Zizi y a rendirme pleitesía, pues iba a ser la última reina. Entonces recordé todo lo que había sucedido la noche anterior y sufrí, efectivamente, una crisis de histeria. Lloré y me tiré al suelo, abofeteándome la cara y clavándome las uñas en los brazos. Ahuyenté a las chicas a gritos. También grité a la tía Aura, que había entrado asustada. Solo al cabo de una hora me calmé y empecé a reír entre lágrimas con los chistes que mi tía me contaba para tranquilizarme. Le dije que había perdido a Zizi, con la que dormía desde que tenía cinco años, y que eso había sucedido el día anterior al mediodía. Después de lavarme la cara, que me ardía, desayuné y empecé a pensar qué ponerme. No tenía muchas alternativas: había traído de casa una sola blusita roja (mejor dicho rojiza) y unas medias de tres cuartos con una rayita roja. A falta de otra cosa, me puse una falda blanca y en la cabeza un largo pañuelo de seda, estampado con flores color guinda. Me contoneé un poco ante el espejo, que estaba un poco inclinado, y luego salí a

buscar una rosa. Corté con el cuchillo el tallo de una de ellas, lleno de espinas. La rosa era pequeña, apenas un capullo, pero se habían abierto unos cuantos pétalos que permanecían separados y dejaban ver los demás, apretados, húmedos de rocío. Decidí llevarla en la mano. Me la habría prendido en el pecho, pero mi blusa era también roja. Salí al sol y encontré a todas las chicas reunidas en la pequeña plataforma de cemento en la que aún se distinguían los siete círculos alrededor del trono. Me senté en la silla engalanada y Puia me colocó en la cabeza la coronita dorada. Me envolvieron en largas guirnaldas de papel brillante, rojo como el fuego, trenzaron claveles en mis cabellos y pusieron en mis dedos anillos con piedras rojizas. Luego recibí el objeto, un arito que parecía de oro. No me sentía a gusto. Tenía la sensación de que no iba a estar a la altura de las circunstancias, de que mi día iba a ser un fracaso. Sabía que no soy guapa y que no me queda bien el rojo. Me puse el anillo en el dedo y decidí que nos dirigiéramos al lugar de nuestro juego, es decir, al torreón. Pensaba que después del juego podría pasar por donde Egor. Tenía que decirle que no había soñado, que no era digna de ir *Allá*. Avanzamos por el campo y descendimos algunos minutos a la gruta de Rolando. La misma luz azulada se reflejaba en las paredes pero, cuando vimos a «nuestro amigo», como habíamos empezado a llamarle, nos quedamos mudas: era como si hubieran transcurrido miles de años. Del gigantesco esqueleto no quedaban más que montoncitos de tierra. Los huesos de la pelvis sobresalían, sin embargo, rotos, entre el polvo sucio, junto a astillas del cráneo, restos del maxilar y trozos de vértebras. El tiempo había silbado a través de él con una velocidad y una furia increíbles. Salimos abatidas de aquel osario y continuamos nuestro camino, a través del campo, hacia el torreón que se alzaba bajo el cielo deslumbrante. Cardos de flores azules arañaban nuestros pies calzados con sandalias de tela. Abejas barrigudas detenían su vuelo en el borde de una boca de dragón, la abrían y se metían dentro. Hurgaban en su interior y salían con el espinazo amarillo de polen. Seguían volando como saquitos colgantes de alas invisibles.

Egor estaba en casa, arriba, en su habitación. Nos contemplaba a través de la ventana y nos hizo un gesto con la mano. Nosotras también lo saludamos, casi todas le sonreímos con dulzura, irónicamente, por supuesto. Las gemelas le hicieron una reverencia y luego se echaron a reír. Desde el torreón hasta el almacén había suficiente terreno trillado como para poder jugar a nuestras anchas. Ahora era el momento. En pocos minutos tenía que idear un juego interesante. Toda la responsabilidad de ese día recaía sobre mí. Daba vueltas y más vueltas a mi anillo. ¿Qué podía hacer con él? No se me ocurría nada. Probé a mirar a través del agujero, como había hecho Carmina con su perla, pero no sucedió nada. En la inmensidad del cielo, el sol brillaba como rugiendo. Contemplé su círculo de metal fundido hasta que, al desviar la mirada, no vi más que manchas violetas y moradas. Miré después hacia la ventana de Egor pero las cortinillas transparentes estaban cerradas. Me

decidí: teníamos que jugar a la boda. El anillo iba a convertirse en una alianza. Yo sería el novio y echaríamos a la novia a suertes. Es cierto que ya habíamos jugado otras veces a eso, pero las chicas se mostraron encantadas desde el principio. Era un juego al que podías jugar y jugar sin aburrirte jamás. Empezamos a agitarnos como si se tratara de una boda de verdad. Habíamos llevado con nosotras, como de costumbre, papel, lápices y tijeras. Para empezar, preparamos los billetitos en los que yo tenía que escribir los nombres de mis amigas para saber cuál sería mi novia. Aquí hice trampa, no podía hacer otra cosa. Escribí «Ester» en todos los papelitos. Luego los doblé y Garoafa sacó un solo billete de mi puño. Rompí los demás rápidamente y los tiré. Si me los hubieran pedido, me habría muerto de vergüenza. Me había arriesgado mucho pero el truco me había salido redondo. Así pues, Ester iba a ser mi novia. No podía ruborizarse más de lo que ya estaba, pero le quedaba bien. Todas se arremolinaron en torno a ella para «prepararla» y yo, que había permanecido a un lado, no encontré nada mejor que hacer que ponerme el sombrero de mi tío —lo había traído de casa junto con otras cosas—. Me recogí todo el pelo dentro de él. Me até alrededor del cuello un lacito de tela verde a modo de pajarita, y le pedí a Ada que me dibujara un bigotillo con un trozo de carbón que encontré por el suelo. Al final, Ada rompió el carbón en dos, le dio la mitad a su hermana y las dos trazaron, simétrica y simultáneamente, las dos mitades curvadas de un mostacho espléndido. No podía hacer mucho más. A Ester le habían colocado un velo de gasa blanca que le llegaba hasta la barbilla. Habrían querido colocarle todas las «joyas» que ellas lucían, pero Ester no quiso llevarlas. En las manos no lucía ningún anillo. Casualmente, aquel día se había puesto un vestido también blanco (con dobladillo azulado), así que, en su simplicidad, parecía una verdadera novia en miniatura, una novia rubicunda, de cabello rizado, con una graciosa y noble nariz aguileña. Como ramo de novia, las chicas reunieron una brazada de flores silvestres: diente de león, manzanilla, centaureas... Y se repartieron el resto de los roles. Ada y Ballena serían los padres del chico, Carmina y Puia, los de la chica, y Garoafa, el cura que tenía que casarnos. Para ello se había fabricado una barba hasta el suelo con un trozo de tela negra. No podías mirarla sin que te diera un ataque de risa loca. Decidimos que el «altar» estuviera justo enfrente de la puerta rojiza, polvorienta, del almacén. El novio y la novia tenían que venir por el sendero que llevaba desde el torreón hasta el almacén, y allí, ante la puerta, los esperaba el cura con los anillos. Al anillo de cobre, el mío, se sumaba ahora un anillito, de plata probablemente, sin piedra, que sería la segunda alianza. Todo estaba listo. Formamos el cortejo junto al torreón. Ester me miró un instante a los ojos y me cogió después del brazo con un gesto tímido, medio fingido, mientras se llevaba al pecho, con la otra mano, el ramo de flores. Apenas se distinguían los rasgos de la niña a través del velo cuidadosamente colocado sobre su cabeza. Yo la miraba por el rabillo del ojo mientras avanzábamos con pasitos cortos

hacia el «altar». Las otras chicas, solemnes, nos seguían de dos en dos. A medida que caminábamos, me sentía abrumada por unos sentimientos demasiado intensos para mí, un sufrimiento y una tristeza que no entendía, mezcladas con una alegría negra, amarga, insoportable. Lo sabía: dentro de poco acabaría todo. Dentro de poco, todo lo que constituía el encanto de aquellos días (de ese mundo) desaparecería como si no hubiera existido nunca. El brazo de Ester, que yo apretaba ahora con el mío, iba a desaparecer. Los Grandes Juegos tocaban a su fin. Cuando llegamos hasta Garoafa, nos detuvimos mirando al frente. La puerta del almacén se había podrido casi por completo. El candado grande, oxidado, colgaba de la puerta como un precinto. Recordé de repente que, según lo que Egor había dicho, allí tenía que encontrarse el *REM*. La idea me pareció más absurda que nunca. Garoafa masculló algo rápidamente, en su lengua tal vez, abriendo las manos como si sostuviera un libro, haciendo muecas y estirando la barba. Llegó también el momento solemne en que nos preguntó a cada una si queríamos casarnos con la otra, a lo que ambas respondimos suavemente: «sí». Nos colocaron los anillos en los dedos y fuimos declaradas «marido y mujer», entre las risitas de las chicas. Ahora tenía que besar a la novia. Pero no podía. Las chicas gritaban que tenía que hacerlo, que así se hace, y nos empujaban a la una contra la otra. Al final, completamente fuera de mí, agarré a Ester por los hombros, levanté el velo que cubría su rostro y la besé suavemente en los labios. No tengo ni idea, como ya te he dicho, de cuándo hice el amor por primera vez, pero no olvidaré jamás cómo besé a Ester...

Jugamos durante un rato más, recibimos las felicitaciones de todas, pero no éramos capaces, ni yo, ni mi «novia», de hacer frente a la situación. Así que, un cuarto de hora más tarde, nos habíamos quitado los tocados matrimoniales, me había borrado el bigote y estábamos listas para volver a casa, a almorzar. Sin embargo, yo me quedé para hablar con Egor. Subí a su habitación. Le dije que no había soñado nada la noche anterior y se mostró contrariado. «Todavía no es un desastre. Me parece que estás un poco demacrada. Intenta dormir la siesta con mi concha bajo la almohada. Estás a un paso, qué demonios, estás más cerca que nunca. Un solo sueño, piensa en mí, en nosotros, en todos los que conocen la Entrada. Mira las flores que te trajeron hace unos días». Pero sus flores estaban mustias. «Un solo sueño, Svetlana, y llegarás allí donde no ha llegado nadie nunca, sabrás lo que nadie ha sabido nunca, sabrás por fin, POR FIN, la Verdad». A medida que hablaba, Egor se mostraba más y más agitado. Tenía muchísimo miedo. Si yo fracasaba, él habría vivido en vano. Habría envejecido como un eunuco, un guardián a la puerta de un harén que no era el suyo y que no tenía nada que ver con él. Toda su fantástica genealogía habría sido inútil. Tendrían que volver a pasar quién sabe cuántos cientos de años hasta que un descendiente de Egor, igualmente largo y filiforme, encontrara a otra niña que soñara conscientemente. Lo tranquilicé, le dije que dormiría, pero Egor me parecía, en aquel

momento, lejano, irreal. Mi *REM* había sido el beso que le había dado a Ester. En ese instante lo tuve Todo. «Egor, dime una cosa, ¿cuál es ese don maravilloso que la mosca transmitió a tu familia en África?». Esta vez se lo preguntaba sin curiosidad, contemplando el campo soleado a través de la ventana. Egor me miró asombrado y al cabo de un instante me respondió: «Ah, sí, pon la mano aquí». Se desabrochó un botón de la camisa para que pudiera tocarle, levantando el dedo, la parte superior del pecho. Allí había algo blando, una especie de capa de grasa. «Es el timo —me dijo—. La glándula de la infancia. Normalmente desaparece en la adolescencia pero a mí me va a durar toda la vida. Seré un niño toda la vida, ese es el don. Este sitio blando de mi pecho me ha permitido conocerte, entender vuestro juego, vigilar tus sueños. Sí, la picadura de aquel insecto extraño preserva el timo. A través de él penetras en el sueño y te conviertes, por así decir, en ciudadano del sueño». Me costó despedirme de Egor aquel día, como si supiera que no iba a volver a verlo jamás. Vi cómo permanecía en el umbral de la puerta, hasta donde me había acompañado: un monstruo melancólico, de otro mundo, espantosamente frágil, una gran araña disecada y triste, saludándome, lentamente, con la mano. Volví la cabeza hacia él unas cuantas veces, mientras me alejaba por el sendero. Seguía allí, en la puerta, inmóvil. Cuando doblé la esquina, ya no veía nada más que la casona con la ventana brillante de la torre.

Al llegar a casa, almorcé deprisa, aguantando con estoicismo las pullas de Marcel y guardando silencio, más por distracción que por testarudez, ante las preguntas y las carantoñas de mi tía. Por lo demás ella, la pobrecilla, cosía, incluso sentada a la mesa, el dobladillo de una falda o algo así. Rompía el hilo con los dientes y daba un mordisco al pan. Me acosté, acurrucada bajo la manta, con la concha —tan dulce al tacto— bajo la almohada. Estaba ardiendo, la cabeza me daba vueltas, los sentidos se habían vuelto hacia mi interior. Di vueltas y más vueltas, envolviéndome en las sábanas, hasta que caí en un estado de delirio sombrío, de sueño con fragmentos de ensoñaciones más habladas que vistas. Era hablada por alguien exterior a mí, yo existía solo durante el tiempo en el que aquel alguien pronunciaba palabras indescifrables, balbuceos hieráticos. Y aquellas palabras no eran en absoluto abstracciones, aquel lenguaje no era solo lenguaje: algunas palabras eran gelatinosas, otras, húmedas y heladas, otras quemaban como el ácido. En conjunto, aquella arenga era un mundo extraño que yo percibía con algo más que con los sentidos, que vivía con algo más que con el cuerpo y la mente. Era torturada, martirizada por aquel lenguaje que me soñaba.

Abrí los ojos al cabo de un rato (no podría decir cuánto tiempo había pasado) y me incorporé. Estaba todavía mareada pero distinguía los colores dorados de la tarde. Me asaltó la idea de que tenía que llegar a *REM*. Tenía incluso una aguda sensación de llegar tarde, como si me hubieran dado —¿cuándo?— una indicación precisa respecto al segundo en que tenía que estar allí. Me levanté de la cama y abandoné la

habitación corriendo. El pasillo ceniciento que llevaba a la puerta principal de la casa me pareció infinitamente largo. Cuando abrí la puerta, me golpeó bruscamente en la cara, prorrumpiendo con ímpetu en un millón de colores, el esplendor del jardín: flores azules y rojas de cálices gigantescos, que ardían como una llama, verduras de hojas verdes como la hiel, todo ello iluminado por un sol cegador, tan grande como la mitad del cielo. El camión era, simplemente, devorado por el sol, las cascarillas de la pintura habían empezado a arder y humeaban a la luz monstruosa de los tomates. Salí por la puerta y poco después corría por el campo, por el sendero que llevaba al torreón. Recorrí aquel camino de una sola zancada y bruscamente me volví a encontrar frente al almacén ruinoso en el que se hallaba el *REM*. Sin dudarlo un solo instante, saqué la llave de oro y la introduje en el candado oxidado. Tal y como me esperaba, encajaba a la perfección, giraba voluptuosamente, como si lo hiciera en mantequilla. Arrojé el candado por ahí y apoyé la frente en la puerta rojiza. La entreabré y me adentré.

Me encontraba en una estancia de tamaño mediano, con las paredes pintadas en un amarillo-crema tranquilizador. Sobre el parqué se extendía una alfombra verde con dibujos de rombos negros y blancos. La habitación estaba modestamente amueblada: un dormitorio barato compuesto por unas cuantas piezas de contrachapado amarillento. En la pared de la puerta en cuyo umbral permanecía yo, había un armario. En el armario, dos maletas de piel de imitación, una anaranjada y la otra negra. Sobre la anaranjada reposaba, con el mástil hacia el interior de la habitación, una guitarra. En una de las puertas del armario estaba pegada una postal que representaba —ahora caigo en la cuenta— una catedral iluminada en la noche. En la pared de mi derecha descansaba un mueble-cama ancho, en cuyo arcón se amontonaban todo tipo de libros, algunos muy gruesos, como diccionarios. La cama estaba sin hacer, un revoltijo de sábanas arrugadas. Una esquina levantada mostraba el material azul con que estaba tapizado el mueble-cama. Toda la pared de enfrente estaba ocupada por una ventana panorámica, triple, a través de la cual se divisaba, más allá de una calle ancha, una fila de bloques. La ventana tenía una cortina blanca, colgada de un riel amarillo, con dos cintas marrones a los lados, y cortinones a rayas verdes y claveles amarillos sobre un fondo pálido. Un sillón escuálido, de tapicería esponjosa roja, con arabescos, estaba apoyado en la pared de la ventana. En él había dos cojines pequeños, un pulóver marrón tirado con descuido y una toalla gruesa, amarilla. Sin embargo, lo más interesante era la pared de mi izquierda. Adosado a ella se encontraba, junto a la puerta, un tocador con espejo. En una esquina del tocador había un tubo metálico con un tapón de plástico blanco (mucho después supe que se trataba de un spray). Junto al tocador, en medio de la pared, había una mesa debajo de una acuarela de inspiración japonesa: dos pájaros se contemplaban desde dos ramitas de bambú, rodeados por los ideogramas típicos. En aquella mesa, cargada de libros,

de hojas en blanco, de cuadernos gruesos, dosieres, otro tubo metálico, unas tijeras, una cinta de color miel (ahora sé que era un rollo de cinta adhesiva), algunas cartas, un vaso con lápices de colores y algunos exámenes corregidos con tinta roja, sentado a aquella mesa había un joven que escribía a máquina. Yo ya había visto máquinas de escribir un par de veces, cuando había ido con mi madre al notario, pero aquellas eran negras, metálicas, y hacían un ruido ensordecedor. La que veía ahora era mucho más pequeña, de plástico azulado, brillante, y en una plaquita de metal colocada a la izquierda decía «Erika», en letras negras. El joven había retirado la tapa interior de la máquina así que se podían ver bien los dos carretes negros, el abanico metálico del centro, del que se lanzaban las letras para golpear el papel del rodillo, y la cinta bicolor, roja y negra, que saltaba rápidamente a cada golpe de los dedos sobre las teclas de letras blancas. Hace unos años se podían encontrar en las tiendas máquinas de escribir como esa. El joven no era, de hecho, tan joven. Debía de tener cerca de treinta años. Pero su silueta fina, el rostro estrecho, triangular y el pelo largo, moreno, que caía sobre sus orejas en mechones revueltos, le conferían el aspecto de alguien de veinticinco años como mucho. En cualquier caso, para mí, en aquella época, no había gran diferencia entre veinte y treinta y cinco años. El joven era para mí «mayor». Cerré la puerta y, con timidez, di unos pasos hacia el interior hasta colocarme junto a su hombro. Estaba concentrado, sus manos buscaban las letras del teclado y parecían fascinarlo, pero no tecleaba en absoluto tan rápido como las mecanógrafas de la notaría. Sus ojos de color castaño oscuro tenían unas pestañas largas y espesas. Las cejas se arqueaban serenas sobre ellos. Su nariz era recta, de fosas largas, y sus mejillas, pálidas, chupadas. Un bigote ralo estaba enmarcado, como entre paréntesis, por unas arrugas que habrían señalado su costumbre de reír a menudo si no hubieran sido, al mismo tiempo, escépticas y amargas. Su boca era carnosa, sensual y austera a la vez, podría haber sido la boca de un santo enjuto, en eterna lucha con las tentaciones y sobre todo con la tentación, diabólica, de no dejarse tentar. Una boca levemente asimétrica sobre una barbilla firme aunque estrecha. Su rostro no tenía mucho que mostrar al exterior. A la izquierda de la máquina de escribir, justo bajo el carro que se desplazaba tembloroso, vi otro montón de hojas mecanografiadas. La primera tenía el título de *REM*. Eran muchas, por lo menos cien, pero en aquel momento solo me interesaba el joven. No me había prestado la más mínima atención, aunque era imposible que no me hubiera visto entrar, ni siquiera por el rabillo del ojo. De vez en cuando dejaba de escribir, releía, sobre el rodillo, una o dos frases, miraba a través de la ventana... Era concreto, estaba allí, con un pulóver rojizo, con pantalones de pana de color verde oscuro, con calcetines de color crema. Lo recuerdo hasta en los más mínimos detalles. Por ejemplo, no se había afeitado y no llevaba alianza. Sus uñas estaban bien cortadas. Hice acopio de todo el valor del que fui capaz y le toqué el hombro. Entonces él se detuvo, volvió su rostro hacia mí (nuestros

rostros, puesto que estaba sentado en una silla, quedaban a la misma altura) y me sonrió como si me hubiera estado esperando. Cuando sonreía resultaba infantil, casi gracioso. Levantó la mano izquierda y me acarició el pelo. Luego cogió el montón de hojas escritas a máquina, las colocó sobre la cama y me hizo un gesto para indicarme que las leyera. Estaba demasiado mareada y alterada como para leer todo el manuscrito, por lo demás, me habría llevado unos cuantos días. Al principio no entendí nada, era una especie de historia enrevesada. Salté unas veinte páginas y me quedé perpleja. Era mi historia, hablaba de mí. De cuando iba con mi madre a visitar a la tía Aura y con mi padre al parque de atracciones, de cómo viajaba balanceándome en el tranvía, de cómo una vez Chombe me había mordido en la cara, de cómo le cosía falditas a Zizi. Luego hablaba de mis amigas, de Garoafa y Puia y Ballena y Ada y Carmina y Ester, caracterizadas todas tal y como eran. Hablaba de Egor y de la señora Bach, sobre sus antepasados, sobre la concha de la que brotaban sueños. Hablaba sobre nuestro juego de Reinas y sobre todo lo que nos había sucedido en él durante la semana que pasé en casa de la tía Aura. Decía que había entrado finalmente en *REM* y que había encontrado al joven que escribía a máquina y que él me había acariciado el pelo y que me había entregado aquella historia para que la leyera. Me aterroricé. Dejé las hojas y volví de nuevo mi mirada hacia el joven. Este me miraba también, sonriéndome. Después me señaló un calendario colgado en la pared, uno de esos populares, con anécdotas, caricaturas y consejos para las amas de casa en el reverso de las fechas. No entendía nada así que él se puso en pie, rompió la hoja, la dobló y me la entregó. Luego volvió a inclinarse sobre la máquina de escribir. Me dirigí, angustiada, hacia la puerta. En la parte interior, la puerta era de color amarillo y tenía una cortinilla blanca sobre la banda de cristal opaco del centro. En la cortinilla estaba prendido con alfileres un cartel bastante grande, de márgenes blancos, que representaba un grabado en tonos oscuros. Toda la parte de la derecha, más de la mitad del grabado, estaba hundida en la oscuridad cálida, sofocante, de un lecho con baldaquín. En un revoltijo de almohadas y colchas bordadas estaba arrellanado el cuerpo, blanco como la barriga de un pez, desagradable en su obscenidad, como si estuviera en cierto modo tullido, de una mujer con una camisa arremangada más arriba de la cintura. El desnudo era pesado, arqueado de manera imposible, y el rostro de la mujer era de una sensualidad primitiva. La mano derecha se aferraba a la chaqueta de un joven delgado que se encontraba en el centro de la parte derecha del grabado, en plena luz. Estaba inclinado hacia la parte opuesta del lecho, sus manos parecían querer defenderse de un fantasma, su rostro expresaba una mezcla de sufrimiento, vergüenza y humillación, una lucha más con él mismo que con la mujer que intentaba retenerlo, llamarlo, atraerlo hacia ella, pero que iba a conseguir tan solo quedarse con su chaqueta. Una banda larga de la parte inferior del grabado estaba rota, así que, de una inscripción probablemente más larga, se podían

leer aún, en una bella caligrafía, solo las tres primeras letras: *REM*. Abrí la puerta y salí.

¿Cuándo había anochecido? No distinguía nada, no veía el torreón ni el campo de alrededor. En cambio, podía sentir bajo mis pies el crujido de un suelo de madera. Tras dar unos pasos me tropecé con algo y caí. Cuando los ojos se acostumbraron a la oscuridad, vi que me encontraba en un pasillo intrincado en cuyas paredes había apoyados muebles antiguos, cabeceros metálicos, gigantescos floreros de porcelana, rotos y desportillados, pianos con el teclado desdentado. Por todas partes, a medida que avanzaba cada vez más segura y más deprisa, se elevaban a mi alrededor mariposas cenicientas, de color beige, temblorosas en algún rayo de luz. Descendí una escalera con telarañas y me sumergí en otros pasillos interminables. Olía a váter, a cloro, y el aire era de un verde-negro, insano. De repente, al girar en un recodo, vi la puerta entreabierta y salí corriendo a la rotunda luz matinal. Me encontraba en el bosque eterno, sin principio ni fin, empapado en oro y salpicado por las sombras, incendiado por el trino de los pájaros invisibles. El sol me quemaba los ojos. Miraba hacia el cielo, veía cómo el viento hacía temblar las hojas transparentes, cómo agitaba las ramas jóvenes. Entonces supe que estaba soñando, pero ese pensamiento no me impidió sentirme feliz, respirar el aire que olía a cortezas rotas, a savia, a tierra llena de raicillas pútridas. Habría querido regresar corriendo por mi sendero, detenerme justamente allí donde había encontrado la llave, donde había roto la copa, donde había cruzado el agua, donde había saltado el tronco, para volver al sitio en el que había aparecido, en el que había empezado el viaje. Sin embargo, sabía que el regreso no era ya posible. Se había acabado. Dios mío, tenía que despertar. Me dejé caer al suelo y empecé a abofetearme la cara. Y de repente me desperté de verdad.

Volvía a estar en mi habitación, en mi cama teñida por el ocaso. Había dormido unas cuatro horas pero todavía me sentía bastante mal. Durante un rato permanecí tumbada boca arriba, contemplando las rayas rojas del techo que resbalaban por la cortina de la ventana. Tenía calambres, sentía en la parte inferior del vientre un dolor leñoso, seco. No podía pensar en nada, pero cuando cerraba los ojos, bajo los párpados veía con mucha claridad las imágenes del día interminable que ya había pasado: el torreón, las chicas vestidas para la boda a pleno sol del mediodía, el rostro de Ester... Transcurrieron unos cuantos minutos hasta que me di cuenta de que mi puño derecho estaba apretando algo. Por un momento creí que era la concha, pero esta se encontraba en su sitio, bajo la almohada. No tenía el valor necesario para abrir la mano; cuando me decidí vi que era una hoja de papel, doblada. De repente me acordé de la hoja de calendario que me había dado el joven de *REM*. La desplegué. Era la fecha del 3 de mayo de 198... En el reverso, un artículo sobre la historia de la filatelia, copiado en letras menudas. He conservado esa hoja hasta el día de hoy. Dentro de poco, por lo demás, habrá decenas de miles de hojas idénticas,

probablemente se han impreso ya los calendarios de ese año. Así que mi prueba perderá rápidamente cualquier validez.

Únicamente entonces, al contemplar la fecha de la hoja, acurrucada aún en la cama húmeda, comprendí una parte de la infinita presencia de *REM*. Así que no había sido tan solo un sueño, aunque tampoco había sido real. Había recibido la hoja de un calendario que iba a aparecer veinte años después. Solo sabía eso y ya era suficiente para espantarme. No podía pensar más allá, no era ya capaz de discernir si estaba aún soñando o si estaba despierta. Me incorporé y permanecí así un buen rato. Cuando me espabilé, oí, al otro lado de la puerta, unas voces conocidas. Me levanté de la cama y pegué la oreja al cristal mate, rugoso. Hablaba la tía Aura: «Creo que estaría mejor, Costel. Ya ves, yo estoy todo el día trabajando, no tengo tiempo de ocuparme de ella. Ha vagabundeado toda la semana. No sé qué le pasa. Creo que echa de menos su casa, la veo siempre llorando... Pero no pienses que... Puede quedarse conmigo lo que haga falta, hasta que Viorica salga del hospital, pero...». Y mi padre respondió: «No, déjalo, Aurelia, es mejor que me la lleve a casa, ahora que estoy de vacaciones... De todas formas, no me he ocupado demasiado de ella. Creo que la llevaré al cine, al museo, al parque, se ha vuelto una salvaje, siempre sola en casa...». Me estremecí como si hubieran entrado por la puerta y me hubieran sacado por la fuerza.

Unos minutos después los oí dirigirse hacia mi habitación. Me abalancé sobre la cama y fingí dormir. Se sentaron en el borde de la cama y la tía Aura, acariciándome el pelo, me susurró para que me despertara. Abrí los ojos, me incorporé, besé a mi padre y de repente, de forma sorprendente incluso para mí, grité: «¡Papá, no quiero irme de aquí, quiero quedarme! ¡Por favor!». No me contradijo, me trató con mucha ternura. Mientras me cambiaba, miraba a mi padre a través de las pestañas. Me dio pena: su cabello estaba casi completamente blanco y su rostro, en otra época sonrosado, saludable, tenía unas arrugas desoladoras. No se había afeitado, parecía un hombre que cuidaba de sí mismo. Cené con ellos y con Marcel fuera, a la luz de una bombilla. Era de noche. Hacia el fondo del patio, la noche era más azulada, iluminada por la luna. Gigi daba vueltas entre nuestros pies, con la cola tiesa, y algunas veces se levantaba sobre las patas traseras y miraba nuestros platos. Le acariciaba distraída la cabeza. Le ponía algún bocadito en el borde de la silla por ver cómo lo tiraba con la pata. Chombe, un poco más lejos, comía algo en su cuenco. En torno a la bombilla cegadora revoloteaban miles de mosquillas, mariposas, filoxeras. Mi padre dejaba de comer de vez en cuando para contarme qué películas estaban en cartelera. Mañana era el último día en que podría ver *El aprendiz de brujo*, de la que tanto me había hablado Ester. También estaba *El Palacio de cristal* y había aparecido la primera serie de *Los fantasmas de Spessart*. Y en casa, si es que quería ir con mi padre esa misma noche, me esperaba una sorpresa. Yo no decía nada, comía y miraba las

mosquitas, sus rápidas volutas alrededor de la bombilla antes de desaparecer en la oscuridad y de volver a aparecer rápidamente en la luz. Al final decidí volver a casa solo por un día y regresar pasado mañana. Mi padre estuvo de acuerdo, así que, tras charlar un rato al aire fresco, me vestí y preparé mi «equipaje». Estaba tan triste que no me di cuenta de que la tía Aura había puesto en una bolsa grande todas mis ropas. Cogí también las cosas a las que me sentía más apegada: envolví el huevo en un trozo de tela y lo puse en una caja de zapatos junto con la concha y la hoja del calendario. Mi tía nos acompañó hasta la puerta con su eterna sonrisa de oreja a oreja, con sus gestos de exagerada amabilidad. Partí calle abajo, de la mano de mi padre, bajo las estrellas rutilantes. Solo las miraba a ellas, por eso me tropezaba de vez en cuando. Las estrellas estaban muy arriba, muy lejos. No les interesaba nada de esta tierra. Durante largo rato, busqué con la mirada el cometa de seis colas y me costó encontrarlo. Apenas se distinguía, como una nubecilla pálida, en una esquina del cielo. La noche siguiente, desde la claraboya de nuestra casa de la calle Moilor lo buscaría en vano. Nos adentramos en un laberinto de calles débilmente iluminadas por una bombilla mortecina, hasta que salimos a la carretera, por donde pasaba traqueteando algún que otro camión, algún que otro tranvía. Esperamos mucho rato en la parada y luego atravesamos la ciudad fantasmagórica, bamboleándonos junto a una interventora somnolienta. Debido a la luz anaranjada del vagón, a través de la ventanilla no veía nada más que nuestras caras terrosas y los asientos de madera amarilla, reluciente. Cuando llegamos a casa, nos acostamos. Di vueltas toda la noche en una vigilia amodorrada, con fragmentos de sueños sin sentido, transpiré hasta empapar la sábana, gemí en sueños. Aquella noche tuve mi primera regla.

Naturalmente, en cuanto llegué a casa la magia se esfumó. Mi madre salió del hospital unas tres semanas después y más o menos entonces empezó la escuela. Hacia octubre, mi tía vino a casa con el tío Ștefan y con Marcel, pero nuestras familias discutieron, no sé por qué. Así que no volvimos a visitarlos. Hacia 1970, demolieron su casa y construyeron, en el lugar que ocupaba su calle y más allá, hasta la mitad de la distancia entre el fondo de la calle y el torreón, en el campo, un barrio de bloques. Estuve por allí un día de julio, hace unos cuantos años. Me costó orientarme entre los edificios idénticos, de cuatro pisos, colocados a una distancia de un palmo uno del otro, con balcones atestados de coladas multicolores y con las escaleras de hormigón de la entrada llenas de niños en camiseta, pero finalmente conseguí encontrar el lugar en el que había estado la casa de mi tía. El nombre de la calle era el mismo, el nombre de un cabo distinguido en quién sabe qué guerra. Caminé hasta el final de la calle, que también daba al campo a pesar de su aspecto, mucho más «urbano» que en otra época. Pero ya no estaba el torreón. Era como si no hubiera estado jamás. Más allá de los bloques, solo sembrados hasta donde se perdía la vista, en la linde del pueblo de Dudești. ¡Pero en medio del campo, aún en pie, se encontraba *REM*! El

viejo almacén había resistido el paso de los años, el corazón se me encogió al verlo. Aunque llevaba unos zapatos nuevos, caminé por el terreno pedregoso hasta llegar a la puerta que tan bien conocía. El candado estaba en su sitio pero no estaba cerrado y colgaba, oxidado y podrido, de los anillos. Abrí la puerta y eché un vistazo dentro. Bajo las telarañas pesadas, repletas de insectos zumbadores, se distinguían en la penumbra herramientas viejas: picos, azadas, extraños trozos de metal, un yunque, hierros retorcidos, grapas, todo ello cubierto por una corteza anaranjada de óxido. Un cubo aplastado estaba medio lleno de yeso solidificado. Me marché invadida por un súbito agotamiento, por un sentimiento de inutilidad. Recordé lo que Egor había dicho en una ocasión: «El tiempo exterminador, el tiempo que no deja heridos».

Y con esto ya te he contado más o menos «mi bellísima historia». He necesitado muchos años, he tenido que madurar y convertirme, ya ves, casi en una vieja, para creer que empiezo a entender verdaderamente qué es *REM*, que no está allí, dentro del almacén, sino en su exterior, que de hecho *nosotros somos REM*, tú y yo, y mi historia, con todos sus personajes, y Bloody Mary, y el perro atropellado por el coche, que nuestro mundo es una ficción, que somos héroes de papel y nacimos en su cerebro y en su mente, y que yo pude verlo. Que incluso él se ha incluido a sí mismo en *REM*. Que tal vez incluso él, en su mundo —en el que yo penetré, quizá mi única razón para vivir—, sea tan solo el producto de una mente mucho más vasta, de otro mundo, e igualmente ficticia. Y él, sí, ahora estoy segura, busca con desesperación una Entrada hacia ese mundo superior, porque nuestro sueño, el de todos, es encontrar al Creador, mirar a los ojos al ser que nos dio la vida. Pero, ¡ay!, quizá *REM* no sea eso que yo pienso de él. Tal vez sea tan solo un sentimiento, un estremecimiento del corazón ante la ruina de todas las cosas, ante lo que ha sido y no va a volver a ser jamás. Un recuerdo de los recuerdos. *REM* es, tal vez, la *nostalgia*. U otra cosa. O todo a la vez. No lo sé, no lo sé.

En tu apartamento brilla la luz del día. La gota cenicienta del borde de los objetos se ha difuminado lentamente y los millones de colores del mundo blanco se han extendido por los lomos de los libros (Cortázar, un Márquez descosido...), por nuestras ropas tiradas de cualquier manera, por el gres del suelo, cubierto con una alfombra de piel, por la mesa en la que hay un cesto con los corazones de las manzanas y un huevo prehistórico, por los tapices ingenuos de las paredes. Te has callado y de repente las cosas se han aprovechado de tu debilidad para abalanzarse sobre nosotros y meternos el dedo en el ojo. Me estiro, me siento lleno de posos. ¿Qué diantre he buscado aquí, me pregunto, en tu Dămăroaia^[33], donde el diablo destetó a sus hijos? ¿Adónde voy a ir a parar en esta relación contigo? No tengo tiempo ahora de pensar en tu historia, una parte de mí la ha devorado deprisa, la ha engullido sin masticar y espera tiempos mejores para poder rumiarla. Ahora no quiero otra cosa que irme a casa y acostarme, no volver a verte nunca más. Estás

desmadejada, agotada, las ojeras cubren tu rostro, tienes el pelo enredado, tu piel tiene infinitos poros que por las noches consigues camuflar, pero que ahora... Y hace un frío de mil demonios en esta habitación. Venga, mujer, se acabó la fiesta.

¿Te has olvidado de mí, amado lector? Soy yo, el narrador. Es cierto que no he asomado mi graciosa cabecita, pero eso es porque he estado ocupado con un asunto completamente distinto. Yo soy el que se repantiga ahora sobre el huevo que está en la mesa como si quisiera incubarlo, yo soy el que agita sus invisibles patitas (¡pero muchas, muchas!) por la habitación, orondo y satisfecho. Todo lo que esta noche ha tenido lugar entre estos dos amigos nuestros, que no han sido demasiado formales, ha sucedido en mi barriguita esférica. Mira cómo se ponen sus ropas, temblorosos. Evitan mirarse, ya no tienen nada que decirse y, aunque tuvieran, no creen que merezca la pena el esfuerzo. Él sonríe fríamente, ella no ve ni sabe nada. No ha contado nunca a nadie lo que el insustancial de Vali ha tenido la suerte de oír. Por eso llego a la conclusión de que ella lo ama. ¡Qué mala suerte! Porque Vali, en cuanto han salido por la puerta del bloque en medio de la nieve, con ella colgada de su brazo, con las mejillas heladas y los ojos entornados de tanta blancura en los árboles y en las alamedas entre los bloques verdosos, considera acertado decirle de nuevo lo mismo que le ha dicho cada una de las mañanas en que han salido juntos de la casa de ella: que todo ha terminado, que no tiene ningún sentido, que esa ha sido la última vez. Ella retira suavemente la mano de debajo de su brazo, calla durante largo rato mirando hacia otro lado y luego replica, con una expresión inescrutable: «Haz lo que quieras». Camina a su lado hasta la parada del autobús y permanecen silenciosos, contemplando los copos que caen lentamente sobre el empedrado blanco. Cuando llega el vehículo rojo, Vali masculla un breve «hasta la vista» y al cabo de unos segundos Nana lo ve tomar asiento: una sombra parda que atraviesa la ventanilla helada del autobús. Vali, a partir de ahora, deja de resultar interesante. Además, estoy tan harto que no soportaría ir en autobús. Por ello regreso con Nana, que se dirige a pasos menudos hacia su casa. Sabe que esa misma noche Vali telefoneará a la bulldog. Pero también sabe que, hacia finales de semana, él la esperará a la salida del instituto y que esta noche se repetirá, como se repiten todas las cosas, a partir de una edad, en la vida de una mujer sola. Entra en el bloque apestoso, abre su puerta morada, la cierra de inmediato, se quita el abrigo de piel y las botas y se sienta en la cama deshecha. Enciende un cigarrillo y se queda con la mirada clavada en el vacío. Me acerco mucho a ella y veo con precisión, como en un documental científico, cómo se forma la lágrima en su ojo, cómo crece sobre el borde brillante del párpado inferior, cómo se desliza a lo largo de su rostro, junto a la nariz y gotea luego, reluciente, sobre la sábana. Antes de acabar el cigarrillo, se pone en pie y abre un armarito de la librería. Saca un taco de hojas, de un palmo de grosor, saturadas por una letra menuda. Lo arroja sobre la cama, coge un lapicero y comienza a escribir con

EPÍLOGO

*În definitiv, în lume nu există
Decît o singură problemă:
Cum să răzbați? cum să ajungi la larg?
Cum să sfărîmi crisalida i să devii fluture?*

*(En definitiva, en el mundo
hay un solo problema:
¿cómo lograrlo? ¿cómo zarpar?
¿cómo romper la crisálida y transformarte en mariposa?)*

THOMAS MANN

EL ARQUITECTO

Emil Popescu era arquitecto. Se había especializado en el diseño de fábricas de aceite y se puede decir, sin exagerar, que allí donde, en los últimos cinco o seis años, se hubiera construido en este país una fábrica de aceite se apreciaba, en la resolución de los problemas técnicos, la mano competente y el ingenio del arquitecto Popescu. Su pasión por proyectar fábricas de aceite venía de lejos. Lo había deseado fervientemente desde que era un crío cuya infancia transcurría a la sombra gigantesca de la fábrica de aceite en las inmediaciones de las cocheras de la ITB ^[34] y del cine Melodía en Ștefan cel Mare. Era un edificio alto y recto, de ladrillo rojizo, sostenido por pernos de hierro, sin ventanas, rematado, a una altura de vértigo, por un frontón sombrío que parecía rasgar las nubes. La extraña construcción, plantada en medio de un solar vacío, era gemela del molino Dămbovita, que se encontraba calle abajo; ambas habían formado parte, un siglo atrás, del famoso molino Asan. Cuando, al cabo de años y años y gracias al creciente ambiente universitario, Emil Popescu comenzó a interesarse por la cultura, vio claramente la fábrica de aceite de su infancia en todos los edificios que se elevaban, infinitos y melancólicos, en las páginas brillantes de un álbum en cuya portada decía *Giorgio de Chirico*. Pero habían transcurrido años desde entonces y, hoy en día, el arquitecto Popescu, nacido en 1950, casado con la señora Elena Popescu, de nombre de soltera Deleanu, sin hijos, era reconocido como todo un especialista en su ámbito. Había proyectado también las fábricas de aceite de Kabul y de El Aghar, esta última la más importante de Egipto. De ahí que fuera respetado por sus colegas y ciertamente querido por sus subordinados. Sentimientos, naturalmente, teñidos de un cierto toque de envidia, inherente a cualquier trabajo, que daba lugar a algunos chismes no siempre justificados y, en todo caso, inmorales.

En cuanto a su vida familiar, el arquitecto era feliz. Se había casado por amor con una simpática moldava, una arquitecta especializada en proyectos de fábricas de leche, con la que se entendía de maravilla. Vivían en el barrio de Berceni, justo pasado Mărtior, en un apartamento de tres habitaciones amueblado con cierto gusto. El hecho de no tener hijos —aunque se casaron mientras estudiaban en la facultad— les había permitido ahorrar un poco; a ello había que sumar también los objetos de valor que Emil había traído de sus viajes profesionales a Turquía, Irán y Egipto, y Elena de la Unión Soviética y de Hungría. Así, los dos arquitectos habían reunido en su cuenta corriente, a lo largo de cinco años, una suma suficiente como para comprarse un Dacia, el sueño que siempre había albergado Elena. El día en que pudieron cumplir ese deseo fue, como decía Elena, casi tan maravilloso como el día de su boda. Al igual que entonces, se besaron largamente y brindaron con sus suegros y otros allegados con una copa de vino. El coche, de color crema, estaba aparcado en

batería entre el Lada de Georghian, el del sexto, y el Wartburg morado del fotógrafo del otro portal, el propietario del bulldog Dolly. El Dacia tenía unas líneas encantadoras y los dos arquitectos lo contemplaban de la mañana a la noche desde su balcón. Era el más reluciente bajo el áspero sol de primavera, más aún que el Citroën del coronel del segundo, el coronel Boteanu, y eso que hacía que un soldado se lo lavara con una manguera todas las mañanas.

Emil Popescu se había inscrito en la autoescuela. Hasta obtener el permiso de conducir, salía casi a diario a dar vueltas alrededor de su coche, a pasarle un cepillito, a limpiar las huellas de barro que dejaban los críos que jugaban en la parte trasera del bloque y, sobre todo, a abrir la puerta y repantigarse en el asiento delantero, en cuyo salpicadero destacaba el fascinante volante, a inundarse el pecho de aquel olor íntimo, sensual, que desprendían las ruedas y la tapicería del coche. Cuando cerraba la puerta de golpe, el ruido del mundo cesaba y el arquitecto se sentía feliz en aquel espacio tierno y confortable en el que todo estaba a su servicio. Ni siquiera en el lecho conyugal se sentía mejor. También Elena le acompañaba algunas veces y allí permanecían ambos hechizados, una hora entera, como dos gemelos en el vientre de su madre. Casi no les interesaba poner el vehículo en marcha. Lo habrían mantenido así, aparcado en la parte trasera del bloque, para poder saborear de vez en cuando esos momentos de real y plena intimidad.

Los vecinos del bloque se habían acostumbrado también a la silueta delgada del arquitecto dando vueltas alrededor de su Dacia. Llevaba siempre los mismos pantalones cortos —unos vaqueros recortados—, siempre la misma camisa estampada que representaba, si la mirabas con atención, el Ateneo rumano con la estatua de Eminescu en la fachada. Era un joven de aspecto bastante insignificante: un rostro típico de rumano carpático, como quien dice. Moreno, con unas mejillas que siempre parecían sin afeitar, de mandíbulas prominentes, como si estuviera jurando entre dientes, con unos ojos faltos de expresión, de los que no podías decir sino que eran negros. Por aquella época se llevaba el corte con flequillo. Era lo suficientemente atractivo como para gustar a las checas y a las polacas que venían a la playa, y, de hecho, esta había sido más o menos su especialidad durante su época estudiantil. Acarreaba en una mano un cubo de plástico azul lleno hasta la mitad de agua y Perlán, en el que flotaba una esponja anaranjada. Daba vueltas en torno al Dacia, frotando y limpiando, en el tónico aire primaveral que provocaba la apertura de los capullos de todas las plantas del patio: las acacias y los setos.

Así era el arquitecto Emil Popescu. Todo lo que se podría añadir acerca de él resulta inútil e incluso ridículo. ¿Acaso importa que fumara «Cișmigiu»? ¿Que fuera hinchado, no se sabe por qué, del equipo de fútbol S. C. Bacău? ¿Que tuviera la costumbre de leer todo lo que aparecía acerca de los archivos secretos de la historia y, sobre todo, acerca de la Gestapo y las SS? ¿Que estuviera abonado a la revista

Lumeă? ¿Que comprara religiosamente las revistas *Flacăra*, *Săptămăna* y *Magazin*? ¿Que se tragara la programación completa de la televisión, de cabo a rabo? ¿Que no tuviera magnetófono en casa y que el tocadiscos perteneciera a la dote de su esposa, recibido junto con unos cuantos discos: *Tangos famosos*, Remo Germani, *Los Paraguayos*, *Una carta perdida*, Ion Cristoreanu, Tudor Arghezi, *Rigoletto* y *Dentes*? ¿Que se hubiera sentido atraído por una compañera divorciada pero que, después de la segunda cita, se lo hubiera pensado mejor y no hubiera vuelto a su casa? ¿Que no llevara nunca corbata? ¿Que, naturalmente, no soñara por las noches sino con los detalles de las prensas hidráulicas y los conductos utilizados en las fábricas de aceite? ¿Que tuviera unos compañeros con los que los viernes jugaba al *bridge*, bastante mal, por cierto? Todo eso eran pamplinas.

Una mañana de aquella primavera, antes de ir a trabajar, Emil Popescu se dirigió a la parte trasera del bloque para contemplar su coche una vez más. La víspera había bebido, en el cumpleaños de un amigo, un Cabernet albanés que le había sentado mal. Había notado los taninos en el hígado durante toda la noche y ahora, al alba, le dolía la nuca y una sensación de náusea le destilaba por el seno nasal. Pero el aire fresco lo espabiló a pesar del olor característico que llegaba desde los contenedores de basura. El coche crema brillaba apagado, geométrico, con los cristales relucientes, junto a la barra de sacudir alfombras, entre el Lada y el Wartburg. El arquitecto sacó la llave plateada y abrió. Depositó el maletín junto a la rueda y entró un momento en el coche. Encendió los faros y jugó un rato con las cortas y las largas. Puso en marcha el limpiaparabrisas y luego la radio. Una voz masculina hablaba sobre el tiempo. El arquitecto sonrió. Todo estaba en orden. Presionó entonces, brevemente, el disco del centro del volante, bajo cuyo plástico sobresalía en relieve el emblema de la UAP.^[35] Brotó el sonido de tenor del claxon, que no cesó cuando Emil Popescu levantó el dedo índice del disco. El ruido persistía monótono, estridente, cortando el aire oscuro de las seis y media de la mañana. El arquitecto apretó desesperado el disco de plástico varias veces, pero sin resultado. Creyó enloquecer. Salió rápidamente del coche, cuyos faros olvidó apagar e, impotente, empezó a dar vueltas en torno a él. Al cabo de un minuto de estruendo insoportable, en las ventanas y los balcones empezaron a aparecer ciudadanos en pijama que le gritaban algo, pero el arquitecto no podía entender nada por culpa del claxon. El joven quería que se lo tragara la tierra. Abrió el capó del Dacia y empezó a toquetear al tuntún los cables amarillos, negros y rojos, aislados con plástico grueso, que se enroscaban aquí y allá. El olor a gasolina y el ruido amenazaban con hacer que le estallara la cabeza. No sabía cuáles eran las conexiones del claxon, así que cada vez se iba poniendo más nervioso y más nervioso. Se sentía fatal. También Elena había bajado, en bata, y se agitaban ambos, aturcidos, junto al monstruo aquel que mugía sin cesar. Una patatita golpeó el capó del Dacia y rebotó a un lado. Se la había lanzado alguien desde un balcón porque

todo el bloque se había despertado ya y hombres sin afeitarse, mujeres sin maquillar y niños sin lavar increpaban a los infelices propietarios del Dacia. Finalmente, el coronel Boteanu, en camiseta de tirantes y pantalones de pijama, bajó a la parte trasera del bloque, apartó a Emil Popescu sin decir una palabra y con un solo gesto, como de mago, que realizó en la oscuridad del motor, cortó el sonido y, a continuación, se marchó con aire despectivo. Con el silbido aún en los oídos, los dos pudieron oír por fin lo que les gritaban los de los balcones. No eran cosas agradables precisamente.

Aquel día, Emil Popescu no rindió en el trabajo como solía. Delante del tablero, contemplando el vaso de plástico lleno de lápices de todas las durezas, jugueteando con los compases Richter y con el estuche de los *rotiring*, siguiendo ausente, sobre el papel vegetal, las miles de líneas del proyecto en el que estaba trabajando, el arquitecto se descubrió agotado. Su mente seguía anclada en la escena matutina.

Le obsesionaba el sonido estridente y uniforme del claxon. Comenzó a pensar en todo tipo de bocinas, desde los timbres de las bicicletas, que emitían un sonido como de despertador, a los de la bola de goma con que estaban dotados los cacharros de los «Famosos Cómicos de la Historia». Cuando llegó a casa le pidió a su mujer, a la que no se atrevía a mirar a los ojos, la documentación del coche. Hojeó las brillantes páginas de los folletos, llenos de fotografías a color mal montadas que representaban el Dacia 1300 desde todas las perspectivas; leyó distraído el texto repleto de faltas de ortografía pero encontró muy pocos detalles respecto al claxon. Al parecer era de tipo corriente, electromagnético, fabricado por la empresa Electrobobinas de Bucarest. Disgustado sin saber muy bien por qué, el arquitecto buscó toda la noche motivos de discusión y se acostó en el sofá del comedor. Se quedó dormido tarde, con el cuadernillo abierto sobre el pecho.

Al día siguiente, después del trabajo, pasó por Electrobobinas. Conocía bien la empresa, de niño había robado imanes y cables de cobre allí, tras saltar la tapia de hormigón, y había realizado allí las prácticas del liceo. En la actualidad era una cooperativa en la que decenas de trabajadores se dedicaban a enrollar unas bobinas gigantescas. Oía constantemente a cobre y a cartón impregnado de aceite. El arquitecto habló con un encargado ya mayor que le dio todos los detalles pertinentes sobre los distintos tipos de cláxones. Cuando descubrió que había también cláxones musicales que contenían diversas cornetas eléctricas y que podían tocar una frase melódica, Emil Popescu se sintió, ni siquiera él podía explicarse por qué, entusiasmado. Le suplicó al encargado que le dijera dónde podía conseguir un claxon así. El encargado lo envió adonde un chico del Servicio-Auto de Colentina, en la calle Nicolae Apóstol, que se ocupaba de ese tipo de tejemanejes. Emil Popescu pudo esperar a duras penas a que llegara el día siguiente. Se pasó la noche dando vueltas y más vueltas, anhelando fervientemente el claxon milagroso. Por la mañana llegó al

trabajo dos horas tarde —por primera vez en su vida— y se dirigió disparado al Servicio-Auto. El chico podía conseguirle lo que buscaba, sí, se trataba de un modelo Gordini con seis trompetas niqueladas que entonaban las primeras notas de la *Marcha triunfal de Aida*. En realidad, el chico podía conseguírselo, pues conocía a un italiano que necesitaba dinero. En una semana más o menos le comunicaría al arquitecto el resultado de sus pesquisas. Naturalmente, puesto que se trataba de un objeto extranjero, tal vez resultara algo caro. Emil Popescu le dijo que pagaría lo que fuera y le metió un billete de cien *lei* en el bolsillo de la bata porque necesitaba ir sobre seguro. Se fue a casa feliz y a la vez infeliz, pensando espantado en cómo iba a pasar la semana, y tarareó toda la noche, obsesivo, «*Gloria all'Egitto, ad Iside che il sacro suol protegge!*».

Al cabo de tan solo cuatro días, el arquitecto recibió la esperada llamada. Se apresuró a acudir a la calle Nicolae Apóstol donde, en uno de los sucios talleres llenos de coches colocados sobre barricadas y plataformas telescópicas, le esperaba el chico del buzo grasiento. Le mostró una curiosa maquinaria, una especie de placa de ébano de la que sobresalían, por uno de los lados, seis pequeñas trompetas de cobre y, por el otro, un montón de cables eléctricos. Conectada a la corriente eléctrica, la maquinaria emitía a una velocidad burlona las marchas verdianas. A su alrededor se habían arremolinado varios mecánicos, otros clientes e, incluso, algunos alumnos de la escuela colindante al Servicio-Auto. Todos admiraban el pequeño objeto sonoro. El arquitecto regresó a casa acompañado por el joven mecánico y este le montó bajo el capó del Dacia el nuevo claxon. Al presionar el disco central del volante, aquello desencadenó una verdadera oleada de sentimientos contradictorios entre los vecinos, unos sentimientos que iban desde la admiración hasta la envidia pasando por la furia sagrada. También Elena se presentó en el callejón del bloque. Ya había notado que a su esposo le pasaba algo pero no sabía de qué se trataba y, en consecuencia, tampoco había sabido cómo reaccionar. Sin embargo, cuando descubrió cuánto había costado el capricho aquel de su marido, adoptó la actitud correspondiente, heredada de su madre, que se plasmaba en una mímica, unos gestos y, sobre todo, en unas palabras que cualquiera habría juzgado sin dudarlas exageradas. Un salario entero se había esfumado con el chisme ese del italiano. Pero Emil Popescu no se planteaba siquiera devolverlo —tal y como le había sugerido Elena en tono amenazante—, sino que, arrellanado en un *dolce farniente* en el asiento del coche, se dedicó a tocar el claxon sin parar, escuchando con la voluptuosidad de un melómano la pequeña frase de la célebre marcha.

Naturalmente, un buen día el arquitecto se aburrió de Verdi y empezó a buscar otras cosas. Elena sufrió horrorizada, sucesivamente, el esbozo alegre y primitivo de *La Marsellesa*, *Yankee Doodle* y *God Save The Queen*, que brotaban de otras tantas cornetas musicales. El gasto no era ya tan elevado porque ahora las intercambiaba

con otros conductores a los que localizaba Dios sabe dónde. Es más, en una ocasión, Elena vio desde el tranvía 21 a su marido que, en lugar de estar en el instituto, daba vueltas alrededor del reloj eléctrico de la plaza Bucur Obor para escuchar cómo sonaba cada cuarto de hora una conocida canción. Las cosas se iban tornando trágicamente complicadas para la valiente esposa, que se resistía a reconocer aún, en su fuero interno, la triste verdad. Toda la historia de los cláxones duraba ya más de seis meses, periodo en el que el arquitecto, cada vez más nervioso y más insatisfecho, había cambiado ocho aparatos semejantes. La felicidad del principio se transformó en odio y veneno. Acosado por los vecinos, que lo amenazaban con denunciarlo en el juzgado, por sus jefes, que no estaban contentos con su rendimiento ante el tablero, por su mujer, que le había dado un ultimátum doméstico y se negaba a cocinar, a fregar y a cumplir otros deberes matrimoniales, el arquitecto no obtenía siquiera consuelo de su pasión. Había alcanzado en poco tiempo una cima que ya no podía sobrepasar. Había probado en su Dacia los cláxones más modernos y complicados que se fabricaban en el mundo, incluso el famoso producto de la casa Toyota, ese que entonaba el estribillo de la melodía *Satisfaction* de los Rolling Stones. Y no era tanto la banalidad y el carácter limitado de la oferta lo que irritaba al arquitecto Emil Popescu cuanto la actitud pasiva que el propietario del claxon se veía obligado a mantener en la puesta en práctica de sus derechos. Este era el gran defecto de todos los cláxones existentes en el mercado. ¿Cómo no se le había ocurrido a nadie que tal vez el hombre al volante podría estar harto de ser tan solo un dedo que aprieta un botón, que tal vez querría colaborar con el coche, transformarse en un auténtico creador?

Quizá preferiría componer él solo la melodía de su claxon, una nueva cada vez según su estado de ánimo, su talento personal, sus gustos. Dándole vueltas y más vueltas y mordiéndose los puños en las largas noches en las que apenas conseguía cabecear un par de horas hacia el amanecer, el arquitecto imaginó un claxon construido a partir de unos principios absolutamente novedosos. Tenía que estar provisto de unas teclas como de piano, y cada tecla estaría conectada a una de las pequeñas trompetas eléctricas.

Al día siguiente, por la mañana, hizo una visita a su primo Virgil Ciotoianu, que vivía en el bloque ALMO 3, encima de los almacenes de Bucur Obor, y que se ocupaba de reparar televisores. Antes de entrar en materia, el arquitecto admiró la fotografía de la pared del comedor: representaba un lago rojo como la sangre en medio del ocaso y un pino gigante, negro como la pez. Hablaron sobre los nuevos televisores a color. Finalmente, Popescu le comunicó lo que había estado planeando, pero el técnico, tras pensárselo un momento, desagradablemente sorprendido por la original idea de su primo, le preguntó por qué no se compraba un piano para interpretar en su casa todo lo que quisiera. En cuanto al claxon, más le valía sacarse el carné cuanto

antes porque el coche se le estaba oxidando para nada. Pero Emil Popescu no se dio por vencido sino que, paciente, volvió a explicarle las carencias de los cláxones de hoy en día; él no quería tocar el piano sino, de hecho, mejorar la técnica de tocar la bocina y ofrecer ese servicio a millones de automovilistas. Por fin, acordaron que el arquitecto se compraría un órgano eléctrico y que el técnico se lo instalaría en el salpicadero del coche. Naturalmente, le explicó este, el coche quedaría prácticamente inservible, habría incluso que desechar el volante porque, de lo contrario, el *keyboard* del órgano no cabría. El arquitecto, de acuerdo con todo ello, insistió en que su primo fuera cuanto antes a montar el órgano y derramó sobre la mesa, con un gesto exaltado, el vaso de ginebra búlgara que le había ofrecido Virgil Ciotoianu.

Cuando el arquitecto se fue, el técnico mantuvo una larga conversación telefónica, en tono apagado, con la señora Popescu. Sus voces rezumaban preocupación.

Como consecuencia de todo aquello, Elena amenazó al arquitecto con que, si tenía la intención de destruir el coche, ella se divorciaría de él sin pensárselo dos veces. Él intentó explicarle que se trataba de un experimento, pero ella no quiso siquiera escuchar sus explicaciones. Es cierto que tampoco se divorció cuando su pariente vino un domingo con el maletín profesional en el que había un soldador, hilo de coser, un destornillador con bombilla, transistores, diodos, cobre, aceite especial, disolvente, cinta aislante, tenazas, alicates, un juego de destornilladores y un cuadernillo de facturas con un lápiz y un papel de calco. El órgano Reghin, comprado directamente en la tienda Muzica por Emil Popescu, esperaba en el *hall* del apartamento, apoyado en vertical sobre la pared de la cocina. Parecía una placa de madera con láminas de un marrón muy brillante que hacía bonitas aguas y de la que sobresalían, conmovedoramente puras en su blancura y su color ébano, las teclas, dispuestas en dos filas. Eran más o menos las dos del mediodía cuando los dos hombres, uno loco de emoción y el otro con cara de funeral, acarrearón el órgano hasta la calle y lo apoyaron en la carrocería crema del Dacia 1300. La instalación duró más de tres horas pero finalmente, hacia las cinco y pico, los vecinos que se burlaban desde las ventanas y los balcones pudieron oír las primeras notas cacofónicas emitidas por el órgano bajo la presión de los torpes dedos del arquitecto. Afortunadamente, amplificado por un altavoz que le había costado también una fortuna, el volumen podía ser regulado a voluntad, así que los vecinos no se enfadaron al ver que el arquitecto, extravagante como era, no se había dignado a salir de su cabina con teclado ni siquiera con la caída de la noche y que seguía emitiendo en sordina sonidos y más sonidos, fascinado por su nueva ocupación. Durante todo este tiempo, más o menos a doce metros sobre el suelo, en el apartamento de los dos arquitectos, la señora Elena Popescu, de soltera Deleanu, derramó gruesas lágrimas que empaparon la almohada bordada del dormitorio. Ya no podía soportar los

insensatos gastos de su marido. Se había hartado de andar corriendo de acá para allá, de trabajar, se había hartado de la vida y pensaba, desesperada, que su marido —no cabía duda— estaba enloqueciendo a ojos vista.

Serían las tres de la madrugada cuando, muerto de hambre y de cansancio, franqueó el arquitecto Popescu la puerta del apartamento. Devoró en la cocina, de pie, lo que encontró en la nevera, sin elegir, pues tenía la mente llena de sonidos. Había tocado horas y horas las teclas negras y blancas, de una en una o varias a la vez, sintiéndose como un adolescente que se despierta inesperadamente en el lecho de su primera conquista. Habría querido quedarse allí toda una eternidad, probar todas las combinaciones posibles tocando las teclas de una en una, luego de dos en dos, luego de tres en tres... Algunas sucesiones de sonidos le alegraban como si las conociera de antes y las hubiera esperado largo tiempo, pero otras, la mayoría, le herían y ofendían no solo el oído sino todo su ser. Se tumbó en el sofá del comedor y se quedó dormido rápidamente, por primera vez en varios meses.

Todos los días, después de trabajar, Emil Popescu se sentaba en el cómodo asiento del Dacia y retomaba, en sordina, lo que ya había bautizado como el «claxonado». Cuando, al cabo de varias décadas, se le dedicaron al arquitecto ingentes cantidades de estudios, monografías, comentarios, artículos, tesis y tesis doctorales, diez y cien veces más que a Dante, Shakespeare y Dostoievsky juntos, esos meses de tanteo *sotto voce* de las teclas del órgano Reghin recibirían el nombre de «periodo subterráneo» o *underground* en la actividad del arquitecto. Un vecino, un viejo conocido, venía a veces a hacerle compañía, tomaba asiento a su izquierda y se asombraba siempre de lo raro que era aquel coche que, en lugar de salpicadero y volante, lucía en primer término un teclado de órgano. Sin interrumpir ni un solo instante la zarabanda de ruidos, el arquitecto le explicaba con paciencia que la función fundamental del coche no era, como se considera habitualmente, la de recorrer distancias cortas, la de desplazar a un hombre de un lugar a otro del espacio. Esta es únicamente su función secundaria y, si lo piensas dos veces, es en último término inútil. La nobleza del coche radica precisamente en que se puede tocar el claxon, es decir, comunicar y comunicarse. El sonido del claxon, tal y como lo concebía Emil Popescu, era la voz, hasta ese momento reprimida y ahogada por el hombre, reducida a un simple sonido animalesco, gutural, pero a partir de ese instante libre, digna y soberana, del coche. Nos quejamos constantemente de la invasión de la tecnología, de la falta de diálogo con nuestros coches, pero no nos hemos planteado ofrecerles a estos la posibilidad de expresarse. No es absolutamente necesario que el coche funcione, pero es un derecho elemental que pueda expresarse. Cuando su demostración llegaba a este punto, al arquitecto le brillaban los ojos de una forma tan extraña que el vecino se despedía a toda prisa y volvía a su apartamento donde, sin saber muy bien si reírse o bien compadecerse del pobre infeliz, se sentía perturbado el

resto del día.

El período *underground* se prolongó hasta la primavera del año siguiente. En cuanto brotaron las hojas del seto y de las acacias en la trasera del bloque, Emil Popescu subió el volumen de los altavoces de tal manera que lo que tocaba podía oírse en un radio de varios metros alrededor del Dacia. Ello, sin embargo, no molestaba a los vecinos del bloque. Muchos de ellos habían adoptado la costumbre de pasar cada tarde junto al coche del arquitecto, asombrados de repente por la penetrante armonía que empezaba a ir tomando forma, de un modo más puro, más prístino, cada día que pasaba. Los primeros días de la primavera el arquitecto retomó con obstinación, monótono pero seductor, la misma serie de notas que parecían crecer unas de otras y que transmitían un curioso estado de ataraxia. «Parece mismamente Pink Floyd» se sorprendían los chavales, pero rápidamente se daban cuenta entre risitas de que se trataba de un Pink Floyd «de tercera». Indiferente a los comentarios, nuestro héroe retomaba un día tras otro, con evidente entusiasmo, la serie de notas, que relucían apagadas y profundas. Telente, el gitano violinista del portal 6, que tenía tres hijas cargadas de zorros plateados, presumibles tributos de las increíbles filas de hombres que hacían cola en la puerta de su casa día y noche, había escuchado con atención la música del arquitecto maldiciéndolo a veces, por pura admiración profesional, bajo su bigote a lo Sile Dinicu. Era una simple gama, eso ya lo sabía él, pero una gama que no había escuchado jamás. En el restaurante Hora, donde actuaba, Telente esbozó en un descanso la serie de diez notas que había aprendido tras escuchar a Emil Popescu. Durante unos segundos, los cuchillos y los tenedores de la abigarrada clientela de este restaurante se quedaron inmóviles, como si el tiempo se hubiera disuelto de repente, pero el músico, asustado a su vez, se apresuró a retomar la pieza *Tango de hace tiempo*, que siempre tenía éxito entre el público. Cuando acabó la actuación, Telente se tomó una cerveza con su grupo; poco tiempo antes habían contratado a un saxofonista nuevo, un chico bastante formalito que, tras finalizar el conservatorio, había renunciado a ocupar su plaza de profesor de música en el pueblo de Argăeni, en la provincia de Bacău. Pero sus compañeros de la banda, aun así, seguían llamándole «Profesor», y presumían de contar entre sus filas con alguien que sabía leer música, sin tonterías. Aquella noche, el Profesor le preguntó a Telente, como de pasada, qué gama había tocado después de *Something*, su versión de los Beatles. Telente se moría de ganas de contarles el espectáculo de su bloque con el arquitecto del tercer portal. El Profesor le escuchaba distraído, pensando en lo irónica que era la historia y recordando un pasaje de *Gerontion* de Eliot. Sí, solo artimañas, trampas y caminos sinuosos... La gama que le aseguró una vez la gloria a Pitágoras, la famosa escala musical de diez sonidos correspondientes a un planeta cada uno (el último sería el misterioso Antichton y el primero el propio Sol) y un segmento a la derecha que se encontraba en relaciones armoniosas con los demás, según la regla de

la Razón Aurea, había sido reinventada ahora por un maníaco que la interpretaba hasta el infinito, como un disco rayado. En cuanto llegó a casa, si es que podía calificarse como casa a su cuartucho de dos metros por metro y pico, con las paredes atestadas de libros desencuadernados y un póster que representaba a San Agustín contemplando los pechos desnudos de una mujer de quién sabe qué revista obscena colgado en la puerta sucia, el Profesor apuntó en su diario unas líneas sobre lo que habían comentado en el restaurante. Pero se detuvo en la mitad de una frase porque a las once llamó a la puerta su amiga Iolanda, recientemente divorciada y deseosa de mucho, mucho amor.

Durante todo este tiempo, Elena, la buena esposa del arquitecto, había consultado a un montón de psiquiatras a los que había conseguido atraer con diferentes excusas para que trataran al arquitecto. Había división de opiniones entre ellos. No se trataba, ciertamente, de un caso lo que se dice habitual. La mayoría se inclinaba por hablar de una monomanía del tipo que afecta a los coleccionistas de cactus o de sellos pero, ¿quién podría precisar la frontera entre un simple *hobby* y la manifestación de una auténtica patología? Se conocen muchos ejemplos de pasiones absurdas que pueden conducir, sobre un fondo de normalidad, a manifestaciones de locura. ¿Cuántos no han arrojado su televisor por la ventana durante un partido de fútbol? Hay también casos de pensionistas que se han suicidado tras perder una partida de tablas reales. Así que Elena haría bien en ser comprensiva mientras su marido siguiera haciendo frente a sus problemas en el trabajo y respondiera en las convenciones sociales de la vida familiar. En definitiva, no podía olvidar que había aceptado a Emil Popescu como esposo para lo bueno y para lo malo, y tenía que dar por seguro, además, que si lo declaraban enfermo mental, el cuidado del arquitecto recaería también en su familia, pues su delirio no representaba un peligro para la sociedad. No tenía que darse prisa por divorciarse, mejor que esperara, al fin y al cabo habían emprendido muchas cosas juntos y no se puede abandonar a un hombre como si fuera un perro por una fruslería así. Hay hombres peores, que engañan a sus mujeres, que beben, que practican perversiones sexuales; cuántas mujeres no preferirían que los tunantes de sus maridos se pasaran toda la tarde tocando el... en fin, cualquier cosa. Ante estos consejos profesionales, que encontraban eco también en los de la familia, la pobre mujer se resignó a seguir esperando una temporada más. Pero ya era muy difícil. El arquitecto ya no era el mismo, no le interesaba nada relacionado con ella o con los asuntos domésticos. Durante un tiempo intentó volver a dormir con él, mostrarse incluso tierna, pero él no solo no parecía albergar ningún tipo de deseo amoroso por ella, sino que no parecía siquiera consciente de que algo así existiera. Con el paso del tiempo fue perdiendo las más elementales nociones de humanidad. Cada mañana, por ejemplo, había que recordarle que se afeitara.

Telente pasaba ahora todos los días junto al Dacia crema y, antes de dirigirse a la

parada del trolebús 95, que lo dejaba en el centro, escuchaba unos cuantos minutos las frases musicales del arquitecto intentando desentrañarlas. Se había dado cuenta enseguida de que este no repetía infinitamente la misma gama sino que componía, dando muestra de una evidente evolución técnica, pequeñas piezas curiosas a partir de las primeras improvisaciones. Sus dedos, torpes y agarrotados al principio, se habían vuelto ágiles y finos, y se le habían puesto las yemas duras como el marfil. Aun así, las melodías parecían no tener ritmo, fluían, en notas aisladas o incluso dobles, formando arrastradas letanías. El músico, partidario de las piezas endemoniadas, de los *glissandos* y los trémolos gitanos del cabaré, no podía con aquello que producía Emil Popescu. Retuvo, sin embargo, un fragmento que parecía más conseguido y más melodioso que el resto, y se lo interpretó, como una rareza, al Profesor, después de que cerraran el local aquella noche. Esta vez el saxofonista aguzó el oído porque la melodía le resultaba conocida. No, no podía tratarse de una coincidencia. Una vez cada mil años podía alguien, tocando las teclas al azar, reproducir una escala de diez sonidos; pero aquello era totalmente diferente. Se marchó preocupado y, en su semisótano, repasó los apuntes del conservatorio sobre música arcaica. Repitió unas cuantas veces con el saxofón (su gran drama era la falta de un piano, pero de cualquier manera no habría tenido dónde colocarlo) unas cuantas frases de la melodía que, en ese instrumento bárbaro y sin embargo refinado, sonaban inéditas, penetrantes. Excitado, apuntó en su diario que «el mismo maníaco» había conseguido la curiosa hazaña de reinventar, nota a nota, a través de quién sabe qué intuición parapsicológica, la partitura del único himno órfico que nos había llegado de la Antigua Grecia. Debe de tratarse verdaderamente —siguió escribiendo el Profesor— de algo parecido al «don de lenguas», o a esas visiones detalladas que tienen algunas personas de ciudades que no han visitado jamás. Al día siguiente le pidió a Telente que le pusiera en contacto con el curioso organista automovilístico.

El encuentro del Profesor con Emil Popescu pasaría a los anales de la historia. No se puede precisar el papel que el joven saxofonista desempeñó en la popularización de la gigantesca obra y la personalidad del arquitecto. Ya con las primeras notas que brotaron del órgano, y que escuchó sentado en el asiento delantero del coche, adonde había sido amablemente invitado, el Profesor intuyó lo que de hecho sucedía, pues tras tocar un par de veces el himno órfico, el organista pasó inesperadamente a otra cosa. Era una gama nueva en su repertorio pero que en realidad tenía miles de años de antigüedad, una gama que podía escucharse, convertida en canción, en tierras de Asia Menor desde los tiempos arcaicos. Tras interpretar varias veces la gama menor, Emil Popescu pasó a improvisar a partir de ella. El Profesor le hizo unas cuantas preguntas pero por las respuestas del arquitecto comprendió que este no sabía en realidad que estaba componiendo música. Transportado, no callaba con sus teorías sobre los diferentes aspectos de la relación hombre-coche a través del claxon. Lo que él hacía

no era sino tocar el claxon moduladamente, según le dictaba su intimidad con el automóvil. No se podía sacar mucho más de él. Hacía caso omiso a los intentos del Profesor por hablar de gamas y melodías, pero al mismo tiempo sus dedos trazaban en el aire veraniego una peana dedicada a Apolo en la que el saxofonista reconoció una composición de Onesícrates. Solo por la tarde se obligó a marcharse pero, a partir de entonces, el Profesor vendría cada día a escuchar las fantásticas creaciones del organista. Por las noches, cuando no era asaltado por la bella y sensual Iolanda, el joven leía y releía sus manuales de historia de la música, hacía una marca en el estadio al que había llegado el arquitecto e intentaba incluso prever los pasos que daría a continuación. Porque, tras agotar las fases sucesivas de la música antigua, una tarde Emil Popescu cogió por sorpresa al saxofonista con los primeros sonos de un *cantus planus* gregoriano, en un torrente de inconfundible grandeza. Más o menos por esta época empezaron los vecinos del bloque a interesarse de nuevo por el excéntrico inquilino, sobre todo las viejas, a las que la música «de iglesia», aunque distinta a la que ellas conocían, comenzaba a gustarles bastante. Así que todas las tardes, durante más o menos dos semanas, junto al Dacia del arquitecto uno podía ver a un grupo de abuelitas dormitando en sus sillas de cocina.

Para el Profesor ya no había duda. Abandonó su trabajo, desbarató su vida y dejó incluso a Iolanda para estar siempre cerca del arquitecto. Su diario, en el que hasta entonces había anotado tan solo los libros que leía o las impresiones de los conciertos, además de algunos asuntos amorosos —y esto una vez por semana—, crecía ahora hasta alcanzar las proporciones de una novela-río. Todo estaba allí, en un revoltijo de texto y pentagramas torcidos que marcaban las inverosímiles explosiones del espíritu por las que Emil Popescu pasaba de una etapa a otra, de una mentalidad a otra, de unas convenciones a otras, repitiendo, redescubriendo paso a paso la historia misma de la música. En una confusión aparentemente inextricable, gamas, ejercicios de armonía y contrapunto se enlazaban una tarde tras otra, hasta bien entrada la noche, en el aire oscuro de la trasera del bloque; resplandecían unos diez minutos en una melodía límpida como el diamante para volver a confundirse luego en búsquedas e inquietudes piadosas de las que el arquitecto no tenía ni idea. Las estaciones daban vueltas mezclando sus colores, enrollando las nubes en un cielo siempre distinto, pero cada atardecer y cada salida de las estrellas encontraba a esos dos tras el parabrisas del Dacia 1300, que últimamente había adoptado un aspecto descuidado, con la carrocería cubierta de polvo. Menos mal que el Profesor se ocupaba de recargar la batería de vez en cuando y de pasar una esponja por el metal pintado de beis para que no se oxidara del todo. Los críos que jugaban detrás del bloque se habían ocupado, tiempo atrás, de rajar las cuatro ruedas del coche, que había devenido inservible para circular.

También Elena venía algunas veces y se subía al asiento trasero. De un tiempo a

esta parte aparecía cada vez más, no tanto por escuchar las sofisticadas melodías de su esposo —que estaba precisamente atravesando la furia contrapuntística de Dunstable, Palestrina, Dufay, Ockeghem, Josquin Des Prez y, sobre todo, Orlando di Lasso, superponiendo unos acordes casi alquímicos—, como porque empezaba a sentirse atraída, por qué no decirlo, por el romántico rostro del joven saxofonista. Hacía tiempo que ella se había dado cuenta de que, mientras interpretaba, Emil Popescu abandonaba prácticamente el mundo concreto, permanecía ciego y sordo a cualquier estímulo exterior. Le dijeran lo que le dijeran, él mascullaba el mismo texto con el claxon, cada vez más oscuro, más delirante. Así que no dudó demasiado en quejarse de su marido al Profesor, que la escuchaba al principio con una oreja, luego con las dos, sin comprender demasiado. Pero cuando abrió los ojos del todo o, mejor dicho, cuando los levantó del periódico, se mostró bruscamente interesado porque Elena tenía unos pechos hermosísimos. Se parecían a los de la chica de la fotografía que estaba obligado a contemplar el pobre Agustín en la celda subterránea del joven. Pero estos pechos no habían sido tocados en un montón de tiempo. Cuando el saxofonista, tras unas cuantas tardes de tanteo y de intimidad espiritual cada vez más turbia, rozó su rostro con el dedo (al final también él se había sentado en el asiento trasero), fue Elena la primera que hizo el gesto de buscar su boca con los labios entreabiertos. Hicieron el amor allí mismo, con los primeros acordes del *Adagio* del Concierto para piano y orquesta en Mi mayor de Bach.

A partir de entonces el trío se hizo inseparable. Cuando volvía de trabajar, Elena solía encontrarse ya a los dos en el coche. Desde que le había dado por interpretar a Bach —y lo interpretaba desde hacía más de un año—, los vecinos se habían vuelto todos unos melómanos; incluso habían llegado a pedirle que subiera durante unas horas, hasta la caída de la noche, el volumen de los altavoces, para poder deleitarse con su música.

El profesor escribía sin cesar. Había publicado ya en *Magazin*, en la sección de cartas al director, una notita referente al fenómeno musical de la parte trasera del bloque de Berceni. Envío después un artículo a *Flacăra*, que lo publicó la semana siguiente, atrayendo la atención de los foros profesionales sobre este caso. Como era cada vez más difícil *comunicarse* con el arquitecto, y como el saxofonista había recibido trescientos ochenta *lei* por el artículo, asumió la tarea de representante artístico de su extraño amigo. Puesto que se trataba de la inofensiva y siempre útil música clásica, el arquitecto entró finalmente en el circuito de las emisiones para la radiotelevisión, así que poder disfrutar de un concierto interpretado al órgano eléctrico los sábados por la tarde o los jueves por la mañana, en el tercer canal, por el artista aficionado Emil Popescu, se había convertido en algo bastante habitual. La radio mataba varios pájaros de un tiro con estas transmisiones. Desarrollaba una labor de educación musical y demostraba al mismo tiempo que entre el pueblo siempre

aparecen nuevos talentos. Asomaba también la evidente calidad de los instrumentos musicales que producía nuestra fábrica de Reghin.

Al año siguiente la televisión popularizó por primera vez el rostro del arquitecto en millones de hogares del país. Las camionetas de los reporteros, seguidas por decenas de vecinos en pijama, se detuvieron delante del bloque y tendieron unos largos cables, azules y naranjas hasta la parte de atrás, donde dos camarógrafos hacían parpadear la luz verde del objetivo. El reportero, tras hablar con evidente pasión durante un rato, de cara a la cámara, intentó entrar en la cabina del Dacia para charlar con el arquitecto. Pero el Profesor y Elena le explicaron que el maestro, cuyos dedos increíblemente largos estaban pulsando en aquellos momentos las teclas nacaradas, no podía ser molestado en su trance. Finalmente, la televisión se conformó con un reportaje de un cuarto de hora en el que se hablaba de Mozart sobre el fondo musical del arquitecto.

También por aquel entonces se dio cuenta Elena de que estaba embarazada. Al principio se asustó, pero el saxofonista, que ahora ya no actuaba nunca, sino que por las mañanas correteaba entre la radio, la televisión y diversas redacciones, y por las tardes llenaba meticulosamente su séptimo u octavo cuaderno con notas y pentagramas, el Profesor, pues, que dormía desde hacía unos meses ya directamente en casa del arquitecto, la tranquilizó y decidieron juntos lo que se imponía desde hacía tiempo: Elena le pediría el divorcio a su marido. El proceso de divorcio no fue excesivamente largo, duró unos ocho meses, pues los hechos eran evidentes y el embarazo de Elena avanzaba a buen ritmo. El reparto satisfizo a ambas partes: a Elena le quedaba la casa con todos sus muebles y a Emil Popescu, el coche, además de una compensación económica que ella se veía obligada a asegurarle en forma de pensión completa, que incluía tres comidas al día y alojamiento por la noche. Así que, de hecho, y a efectos prácticos, lo único que había cambiado era el estado social de los tres implicados, que pronto serían cuatro. Este divorcio insólito provocó bastante escándalo, por supuesto, y todo habría desprendido un cierto tufillo a promiscuidad si la opinión pública no se hubiera familiarizado entretanto con la insólita persona del arquitecto.

Este había cambiado mucho en los seis años transcurridos desde el primer claxonado fatal de su Dacia. Había engordado muchísimo, aunque apenas se alimentaba; la piel de la cara se tensaba sobre las mejillas, los ojos, cada vez más juntos, habían adquirido una mirada fija, ajena a este mundo. La telilla de araña de una barba rala, con pelos increíblemente largos, se le enredaba por las mejillas. Pero lo que empezaba a sobrepasar incluso lo patológico para llegar a lo teratológico eran sus manos. Los dedos se le habían estirado hasta alcanzar los treinta centímetros de largo. Extendidos cubrían el teclado entero sin mucho problema. Unas cuerdas gruesas, entrelazadas de músculos movían sus falanges, contrayéndolas y relajándolas

a una velocidad increíble. Apenas se podían distinguir ya las puntas de los dedos correteando por las frías teclas como las patas nerviosas de un mosquito. Con aquellas manos monstruosas, Emil Popescu ejecutaba conciertos enteros de Beethoven y Tchaikovsky sin haberlos escuchado antes, reinventándolos en un estado de continua alucinación. Cuando interrumpía su interpretación, los dedos, que le llegaban ya hasta las rodillas, parecían dolerle de forma insoportable, así que al cabo de un par de años el arquitecto había abandonado su trabajo y se había desligado de todo vínculo con la vida social corriente. Ahora tocaba sin parar, día y noche. En la sección de curiosidades de todos los principales periódicos y revistas aparecieron breves notas sobre el organista rumano. Reporteros del *New York Herald Tribune*, de *Life*, de *Strange Astonishing Stories Magazine*, de *Paris Match* y de *Penthouse* empezaron a merodear por la trasera del bloque de Berceni, lanzando flashes cegadores con sus sofisticadas máquinas de fotos, grabando películas de video y cintas enteras de magnetófono con la maravillosa música del arquitecto y con sus incoherentes balbuceos. El Profesor daba vueltas a su alrededor, les «traducía» las palabras del organista y, hacia el comienzo de la primavera, publicó simultáneamente en París y en Londres los apuntes de sus cuadernos bajo el título de *Un génie aux portes de l'Orient* y *A Man of Genius at The Gates of Orient*, respectivamente. El éxito impensable que, tanto entre los músicos como entre los profanos, obtuvieron estas ediciones, seguidas inmediatamente por otras en la más diversas lenguas, hizo que Emil Popescu se convirtiera en el hombre del momento en todo el orbe.

En los años que siguieron, el saxofonista, casado entretanto con Elena, que criaba tranquila a su hijo, viajó por todo el mundo impartiendo, incansable, una conferencia tras otra. Emil Popescu se convirtió así en el artista rumano más conocido en el extranjero, y una firma japonesa le regaló un maravilloso sintetizador Mishiba para que pudiera aumentar sus posibilidades expresivas. Tras un viaje en avión y en varios camiones, el gigantesco instrumento, de once metros de largo y dos de alto, llegó a la parte trasera del bloque. Algunos vecinos tuvieron que renunciar a sus plazas de aparcamiento para poder meter allí semejante armatoste. La barra de sacudir alfombras tuvo que ser, asimismo, retirada y montada unos metros más allá. Una construcción especial de plexiglás transparente protegía el aparato de las inclemencias del tiempo. Los dos especialistas japoneses que lo habían escoltado montaron completamente la instalación e intentaron convencer al arquitecto para que se trasladara también él al cobertizo de plexiglás. Fue imposible, sin embargo, sacarlo de su coche. La carrocería crema del Dacia le parecía a Emil Popescu tan importante como la propia música. Ingeniosos como de costumbre, los japoneses recurrieron entonces a la única solución posible. Trasladaron al arquitecto al asiento trasero, retiraron el asiento delantero y el viejo teclado del órgano Reghin y, en unos pocos días, montaron en el espacio restante el inmenso aparato que habían traído del lejano

oriente, una mezcla de pantallas, potenciómetros y cuadrantes electrónicos, además de ocho filas de teclas diseñadas especialmente para él. Podías pensar que estabas subido a una nave espacial. Los dos hombrecillos, tras poner el sintetizador en funcionamiento, intentaron establecer un diálogo con el famoso músico. Su sorpresa y alivio fueron grandes cuando vieron que el arquitecto manejaba el aparato electrónico, apretaba botones y ajustaba frecuencias como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. Al tocar las primeras teclas brotaron en el vacío, con una pureza y una riqueza sorprendentes tras el sonido primitivo del órgano Reghin, las oleadas sucesivas, impetuosas al principio y contenidas después como un terrible sufrimiento, del *Vals* de Ravel.

El gran órgano Mishiba podía recrear cualquier sonido, fuera este natural o emitido por otro instrumento musical. Durante unos cuantos años, Emil Popescu no hizo nada más que explorar incansable las fantásticas posibilidades del sintetizados. De vez en cuando, entre los ruidos naturales más fielmente reproducidos —el crujido de las hojas secas, el silbido del mirlo, el cadencioso fluir del río, las dulces inflexiones de la voz femenina, tan dulces que te mataban, el ruido del avión al despegar, el balbuceo de los delfines—, el saxofonista, apostado junto al Dacia en la parte trasera del bloque, tenía la oportunidad de apuntar febrilmente fragmentos musicales orquestados de manera perturbadora. Se podían oír simplemente, con una claridad de timbre imposible de obtener de forma natural, flautas y violas, trompas y fagots, triángulos y tímpanos, que ensortijaban las líneas melódicas en filigranas o en deslumbrantes disonancias. Las patas del arquitecto, que había desarrollado decenas de articulaciones en los dedos, corrían raudas sobre los centenares de teclas, regulaban a sus oyentes miles de frecuencias concurrentes, programaban simultáneamente orquestas enteras. El humilde altavoz del Reghin había sido sustituido por un globo de un cable especial, de más de tres metros de diámetro, que podía emitir un sonido cuadrafónico con un eco múltiple dirigido. Junto con el pequeño trastorno que supuso la demolición del bloque —por culpa de la profunda crisis de estrés en que habían caído todos los inquilinos—, sobrevino la enorme ventaja de que una buena parte de Bucarest se encontrara permanentemente bajo el paraguas de los sonidos emitidos por el arquitecto. El terreno que había ocupado el bloque, bien nivelado, fue rodeado por una cerca de hormigón y tablones, en cuyo interior se plantaron abetos. La música serial de Schönberg y Webern les sentaba bien, así que las largas ramas de los abetos crecieron enseguida, se combaron sobre el Dacia oxidado y rodearon con sus agujas marrones el bloque de plexiglás en el que dormía la enorme barriga del sintetizador, junto a los dos especialistas japoneses, que a aquellas alturas habían empezado a perder pelo. Día y noche, la música mugía y retumbaba, vibraba y silbaba de forma acaparadora.

El saxofonista y Elena ocupaban la casa de metal y cristal que se alzaba ahora

entre los cimientos del antiguo bloque. Rodeados por el fuerte olor a ozono, llevaban una existencia tranquila. Solo comenzaron a darse cuenta de que estaban envejeciendo cuando su hijo les dijo que se casaba. El Profesor gozaba de universal reconocimiento como un empresario genial, pero nadie parecía necesitarlo. Lo invitaban a algún que otro congreso como presidente de honor, pero lo que le pedían, una y otra vez, era que relatará las circunstancias en que había conocido a Emil Popescu. La popularidad de este no parecía estar sujeta a las modas, sino que seguía creciendo incluso de manera exponencial. Los auditorios de todas las generaciones pedían la misma música, algo inaudito y, sociológicamente hablando, inexplicable. También la televisión por cable y la venta de cintas de video incluían, en tres cuartas partes, los conciertos de Emil Popescu.

El momento crucial en la instauración de la melocracia del arquitecto pasó inadvertido ante la opinión pública. Tuvo lugar la noche en que el saxofonista, al volver a casa tras una conferencia en el nuevo Ateneo, encontró a Elena, ahora algo más corpulenta y más gris, escuchando en trance la música de su primer marido. Gracias a un antiguo pacto, no hablaban nunca de ello y no le daban más importancia que la exigida por las obligaciones profesionales. Desde que dejó de prepararle la comida a su marido, Elena parecía haberse olvidado definitivamente de él. Pero ahí estaba ahora, en la veranda, escuchando extasiada los gritos desesperados de unas guitarras que surgían del imitador electrónico del arquitecto. El Profesor montó en cólera. También a él se le enredaba la música entre las piernas, pero esta vez no prestó atención a su fascinante encanto. Se vio, en un momento de lucidez, como un vejete que se había ganado la vida como un director de circo, exhibiendo un monstruo de pesadilla a la curiosidad pública. Sintió de repente un odio intenso hacia aquel que, a unos pocos pasos en la oscuridad, más allá del césped, estaba raptando a su esposa, la estaba recuperando a ojos vista a través de la fuerza de la música. Dejó a Elena y se dirigió a la cocina. Empuñó el reluciente machete de cortar carne y se precipitó hacia el contorno del Dacia, ya pasadísimo de moda, que brillaba pálido en la noche. El Profesor contempló el metal de la carrocería, literalmente devorado por el óxido, las llantas torcidas de las antiguas ruedas, las ventanillas carentes de parabrisas. Pero, en el interior, brillaban fantásticas miles de luces verdes, rojas y azules allí donde en otra época estuviera el salpicadero. Se encendían y se apagaban rítmicamente, ejerciendo sobre el saxofonista un efecto hipnótico. Entonces se acercó y miró en el interior.

Allí estaba el arquitecto. Su cuerpo, que debía de pesar por lo menos cuatrocientos kilos, había llegado a llenar literalmente, como llena el caracol su concha, deforme, desnudo y blancuzco, pues hacía tiempo que la ropa se le había rasgado, toda la parte trasera del coche, hasta desbordarse incluso un poco por las ventanillas. La cabeza se le había soldado al tórax, sus rasgos se distinguían tan solo

como unas líneas finas dibujadas sobre un rostro carnosos, y los ojos se le habían juntado en un único ojo panorámico que controlaba simultáneamente toda la complicada maquinaria del mostrador de mandos del sintetizador. Los codos y los antebrazos se habían reabsorbido en las costillas, así que del tórax salían ahora los dos ramilletes de dedos, cada uno de ellos con varias decenas de filamentos como varas, con complicadas articulaciones que tocaban incansables las teclas de nácar. El Profesor sintió ganas de vomitar por el escalofrío de horror sagrado ante aquel ser tan poco humano. Para no echarse atrás, apagó los faros y se abalanzó contra la puerta delantera. En cuanto tiró de ella, se desprendió de las bisagras podridas y cayó en la hierba como el fragmento torcido de una concha. Agarró con firmeza el manojito de dedos que se alargaban hacia él y empezó a despedazarlos furiosamente. Sangre y trozos de dedos chorreaban por el cuerpo, ahora grasiento, de Emil Popescu, pero él no parecía reaccionar en absoluto. Los dedos que quedaban en los manojos seguían crepitando imperturbables sobre las teclas. Un olor pesado, como el de una habitación en la que ha dado a luz una mujer, se extendió bajo las ramas de los abetos. Cuando hasta el último dedo hubo caído, agitándose, sobre la rueda estriada a los pies del arquitecto, el saxofonista, con su machete refulgente bajo las pequeñas estrellas, como de harina, pasó por delante de los restos de la carrocería en la que, aquí y allá, se adivinaba el motor oscuro, y agarró con el puño el tronco del que salía el otro manojito de dedos. Pero, esta vez, cuando quiso golpear con todas sus fuerzas, sucedió algo sorprendente. Los dedos se ondularon bruscamente con gracia, como el respingo de las antenas de una filoxera, sobre los teclados superpuestos, y de la gran esfera de red metálica se difundieron en el aire unos acordes verdaderamente arrebatadores. Ya no era Alban Berg, ni Orff, ni Duke Ellington, ni Pink Floyd. No era nada de lo que hubiera oído hasta entonces ni de lo que la mente humana pudiera esperar oír. El saxofonista escuchaba paralizado. Era una música que no se escuchaba solo con los oídos, sino con toda la piel al mismo tiempo, que te llenaba los canales de las venas de unos ecos con los que entraba en resonancia la estructura ósea. Cuando llegaba al cerebro, a las puertas del alma, como una dosis de mezcalina o como una dulce araña que inyecta en el cuerpo de su víctima unas encimas disolventes, esta música sustituía al espíritu y, como un homúnculo pérfido, tomaba con manos firmes las riendas del cuerpo del oyente. Luego la música, como ondas peristálticas de azur, descendía por las yugulares, invadía los canales linfáticos, se irisaba en los paquetes fusiformes de los músculos, cubría, a lo largo de los nervios de la columna, los órganos internos, las células hexagonales del hígado, el corazón con sus embriones eléctricos, las glándulas suprarrenales y el gran recinto de la vejiga urinaria, descendía por las caderas como un ocaso lluvioso y corría a lo largo del fémur, de la tibia y del peroné hasta la punta de los dedos del pie, sustituyendo cada célula, cada mitocondria, cada partícula de ácido nucleico por un galimatías musical. Abrumado, atenazado por esa

sensación de disolución del mundo que solo los que han sufrido un infarto parecen conocer, el saxofonista se derrumbó sobre la hierba, junto a la puerta. Le pareció que la gran hoja transparente del cielo, en la que estaban incrustadas las estrellas, se distorsionaba, se acercaba a él, se moldeaba a su cuerpo y lo atenazaba con fuerza, como una abigarrada mortaja. Perdió el conocimiento.

Cuando despertó era ya de día, pero la sombra temblorosa del Dacia sobre la hierba le protegía del disco derretido del sol. Estaba lleno de sangre. Se puso en pie y miró al monstruo del coche. El manojito del que había cortado aquellos dedos gigantes ya había cicatrizado y, como si fueran uñitas, los brotes de otros deditos habían empezado a multiplicarse en su lugar. El Profesor se echó a llorar desconsoladamente, suspirando y ahogándose. No se sentía capaz de hacer nada. El mundo le parecía un infierno de ceniza, imposible de soportar. Anhelaba con todas sus fuerzas aquellos acordes que había escuchado la noche anterior. Durante ocho horas había sufrido terriblemente. Se sentía mal, física y moralmente al mismo tiempo. Un delirio paranoide crecía bajo su cráneo y, finalmente, el Profesor volvió a empuñar el machete y se abalanzó sobre el arquitecto, decidido a matarlo de verdad esta vez. Pero la misma música extática lo tiró al suelo.

Comprendió que el arquitecto emitía aquellos sonidos dolorosamente melódicos como una secreción venenosa contra cualquier agresión. Cuanto más fuerte era la agresión, más arrebatadora era la música. Durante varios años, prácticamente hasta el final de su vida, el saxofonista se aprovechó, viciosamente, de este descubrimiento. Para incrementar el efecto de la música intentó, sucesivamente, asfixiar, abrasar, escaldar, dinamitar, electrocutar e irradiar al arquitecto. La línea melódica cambiaba cada vez, las volutas sonoras y más que sonoras se trenzaban de otra forma, en composiciones más poderosas y más penetrantes que todo lo que había realizado alguna vez el genio de cualquier compositor. Pues, en esos momentos, el arquitecto no imitaba ya los estilos ni las modalidades musicales existentes, sino que se transformaba él mismo en un supra artista y un supra intérprete.

A lo largo de esas décadas, la mentalidad humana se había transformado por completo bajo la abrumadora influencia del arquitecto. Ya no había conflictos, pues el único interés de cada ser humano era poder escuchar, día y noche, el incesante concierto. Todo lo que se escribía eran periódicos enteros sobre el arquitecto, libros sobre el arquitecto, se pintaban únicamente retratos oficiales del arquitecto y cada poema era un himno dedicado a su gloria. Se trabajaba solo para asegurar los mínimos medios de subsistencia y para mantener la vasta red de satélites que retransmitían permanentemente la música del arquitecto. La gente se amaba con la música del arquitecto y, cuando eran enterrados, disfrutaban de la misma música funeraria.

Los dos japoneses que se encargaban del gran Mishiba habían entrado a formar

parte de la leyenda y tras su muerte les siguieron otros dos, que adoptaron los mismos nombres que los primeros. Así, a lo largo de los siglos, se sucedió en el pequeño oasis de ramas de abeto toda una dinastía de técnicos japoneses. Peregrinos acudían desde los confines del mundo a escuchar en directo, del altavoz original, la sagrada música. Se organizaron miles de atentados contra el arquitecto para obtener, de su reacción defensiva, aquella música cien veces más profunda de la que les había brindado hasta entonces. El hambre de música era terrible, había llegado a obsesionar de tal manera a los hombres que, en un momento de locura colectiva, decidieron, por un deseo irreprimible de disolverse en armonía, acabar con él gracias a la ayuda de unos cohetes termonucleares. En el momento en que el dedo del hombre uniformado se acercó al botón para disparar el misil dotado de miles de impactos nucleares, la música brotó a través de todos los receptores como si estos fueran lanzallamas, con unos insoportables encadenamientos de tonalidades y frecuencias. La mayoría de los hombres existentes resultaron carbonizados, y los supervivientes se convirtieron en simples accesorios del arquitecto. Su vida era conservada tan solo por la música que este tocaba. La circulación de la sangre, el movimiento de las ideas y la digestión de la comida eran mantenidos artificialmente por el gigantesco tejido melódico que salía de los dedos del arquitecto. Con estos pocos millones de personas, que actuaban sincronizadas como termitas, el arquitecto se construyó un nuevo sintetizador, de una complejidad increíble, que ocupaba la mitad del planeta. El propio monstruo había crecido. La carrocería del Dacia se había incrustado en su espalda blancuzca como una concha minúscula. El cuerpo cubría una superficie gigante y sus dedos, ramificados hasta el infinito, se extendían ahora a su alrededor, a partir de los dos brazos, como una telaraña. Cuando interpretó los primeros acordes con los millones de teclas terminales, los últimos hombres se convirtieron en polvo. Eso ya no era música, o era la música de la que hablaban los pitagóricos. Ningún oído humano podía oírla porque no se basaba ya en sonidos, ni siquiera en materia, sino que penetraba en las pulsaciones cósmicas, trenzándose con ellas y obligándolas a transformarse. A lo largo de millones de años, el arquitecto moduló las melodías que aceleraban el proceso de fusión del corazón de las estrellas y que producían la materia que las rodeaba; las melodías que provocaban la explosión de las estrellas se habían convertido en masa crítica, formando maravillosas supernovas que comprimían a las estrellas pequeñas hasta transformarlas en enanas blancas, pulsares o desesperados agujeros negros a través de los cuales la materia se perdía en otro universo. Era sobrenatural ser capaz de contemplar los millones de estrellas amarillas, blancas deslumbrantes o azules, aglomeradas en la telaraña plana, giratoria, de la galaxia; la mayoría eran sistemas dobles o múltiples, como las Pléyades o las Híades, algunas eran varias veces más grandes que el Sol, como Régulo, Sirio, Rigel, Arturo y otras, con magnitudes positivas que llegaban hasta + 14 y más allá, brillaba y

titilaban, se concentraban y explotaban, recibiendo al instante las oleadas rítmicas transmitidas por el nuevo sintetizador. Tras cuatro mil millones de años el Sol empezó a dilatarse. En primer lugar cubrió la órbita de Mercurio y luego la de Venus, desbordándose como argamasa hasta acercarse a la Tierra. Sin embargo, hacía mucho tiempo ya que la Tierra no era visible, pues estaba íntegramente englobada en la masa orgánica del arquitecto, de forma esférica, con las dimensiones del Sol y con dos brazos pletóricos, atestados de filamentos como los brazos de una medusa. El gran sintetizador era ahora, también él, un elemento interno de su inmenso cuerpo. En el momento en que el Sol explotó, arrojando al espacio, bajo la forma de una llamarada púrpura y violeta que brillaba en millones de franjas, materia volátil como el éter, el arquitecto comenzó su lenta migración hacia el centro de la galaxia.

El universo envejecía, se había arrugado como un higo. Su materia se desmigaba como el moho. Incluso el espacio interestelar, en otra época flexible, vaporoso, compuesto de nubes de metano y de hilos de polvo dorado, se había vuelto áspero y rígido. A través de él avanzaba ahora el arquitecto, como una nebulosa cada vez más extensa, engullendo constelaciones enteras, aleteando en la batalla de los campos electromagnéticos, pero emitiendo de manera permanente, como una gran voluntad, sus propios ritmos, imperiosos y nuevos. Cuando alcanzó el centro, sus brazos retorcidos en espiral ocuparon todo el espacio de la antigua galaxia. La materia de sus brazos y de su cuerpo, que durante la migración había llegado a un enrarecimiento extremo, se condensó a lo largo de un periodo de tiempo inconmensurable, perdió su continuidad y se concentró en las partículas estelares que se habían encendido de repente en el universo vacío y oscuro. Una joven galaxia giraba ahora, latiendo y palpitando, en el lugar de la antigua.



MIRCEA CĂRTĂRESCU (Bucarest, 1 de junio de 1956). Poeta, narrador y crítico literario rumano. Está considerado por la crítica literaria el más importante narrador rumano de la actualidad.

Es doctor en Literatura Rumana por la Facultad de Letras de la Universidad de Bucarest, y autor de varias obras de enorme prestigio. Destaca *Levantul*, una epopeya heroico-cómica que es también una aventura a través de la historia de la literatura rumana, que sigue la técnica utilizada por el escritor irlandés James Joyce en el capítulo del *Ulises* «Los bueyes del sol». De hecho, se considera que Cărtărescu es uno de los más importantes teóricos del posmodernismo rumano, y se trata de un autor que goza de gran predicamento tanto dentro como fuera de las fronteras de Rumanía. La cumbre de su carrera narrativa lo constituye el volumen de cuentos *Nostalgia* (1993), en el que destaca, de manera indiscutible, «El Ruletista», considerada su mejor pieza de ficción hasta la fecha, admirada tanto en el ámbito anglosajón como en el francófono. Su último proyecto editorial, *Orbitor* (1996-2007), una críptica trilogía de tema onírico, de complicada lectura, adopta la forma de una mariposa, y se considera prácticamente intraducible. Sus obras han sido vertidas al inglés, al italiano, al francés, al español, al polaco, al sueco, al búlgaro y al húngaro. Es el autor rumano más apreciado en el extranjero, y algunos consideran que podría ser el primer escritor rumano en obtener el Premio Nobel de Literatura.

Notas

[1] Según la tradición brahmánica, se trata de un reino constituido por galerías subterráneas que se extienden por toda Asia. <<

[2] Personaje, junto con Adrián, de la novela *Doctor Fausto*, de Thomas Mann. <<

[3] Adaptación libre al español del nombre del juego inventado por los niños, *vrăjitoacă* en rumano <<

[4] No corresponden al título en orden alfabético en español: «Fue una vez ladrón», «Fue mi amigo», «Ágata, déjate de crímenes», «Babette se va a la guerra» y «El velero de hierro», sucesivamente. <<

[5] Niño que participaba en actividades de carácter benéfico. <<

[6] Cuento tradicional georgiano. <<

[7] Juego infantil. <<

[8] Obra del autor rumano Mihail Sădoveanu. <<

[9] Caballo. <<

[10] Es el personaje que trae los regalos a los niños en Navidad en Rumania. <<

[11] El *samanatorism* fue un movimiento que reivindicaba la vuelta a la sociedad rural patriarcal frente a la decadencia de la vida urbana. <<

[12] Verso de Michaux. <<

[13] Poema de Dimov. <<

[14] Biblioteca Para Todos. <<

[15] Fragmento del poema *Kamadeva* de Mihai Eminescu. *Avînd zîmbetul făţarnic / Pe-a ei buze de coral.* <<

[16] Motes de evidente tono humorístico: *Mielu* significa cordero. *Şobo* es la abreviatura de *Şobolan*, «rata» y *Hahamu* es el «carnicero ritual del rito mosaico». <<

[17] Se trata de un juego de palabras a partir de *bard* es decir «bardo». <<

[18] Escultura de Brăncuși. <<

[19] Studiou en rumano es un mueble-cama dotado de un baúl o cajón y unas estanterías opcionales. <<

[20] Peto tradicional, ricamente adornado. <<

[21] Balada «Riga Crypto sy Lapona Enigel» del poeta Ion Barbu. <<

[22] Barrio de Bucarest. <<

[23] Fragmento del poema *Domnisoara Hus* de Ion Barbu. *Mai cocliți ca șerpii frați / Din fântâni municipale* <<

[24] Bebida refrescante, muy popular en otra época, elaborada a partir de agua y cereal fermentado. <<

[25] Se refiere a la *culi*, una construcción tradicional de la región de Oltenia, de estructura similar a las casas torre del norte de España. <<

[26] En rumano hay una rima que la traducción no puede respetar: *Garoafa-scroafă*. *Scroafă* significa «cerda». Por otro lado, *garoafa* significa «clavel». <<

[27] Nombre que recibían los soldados que luchaban por la independencia de Grecia.

<<

[28] Automóvil de lujo de la antigua Unión Soviética. Su nombre significa «gaviota».

<<

[29] Fragmento de una carta del poeta Mihai Eminescu a su amada Veronica Micle. <<

[30] Se refiere a la *savarine*, un pastel de origen francés, muy popular en Rumania. <<

[31] Personaje de una obra de Tolstói. Se trata de un muñeco de madera de nariz extraordinariamente larga, inspirado en *Pinocchio*, el personaje de Collodi. <<

[32] Se trata de una réplica de la loba del Capitolio, amamantando a Rómulo y Remo.

<<

[33] Barrio de Bucarest de mala reputación. <<

[34] Empresa que gestionaba el transporte urbano en Bucarest <<

[35] Corresponde a la fábrica de automóviles Pitesti. <<

[1d] Introducción a la edición española de «El Ruletista». (nota del ed. dig). <<

[2d] Adelfa. (nota del ed. dig).<<

[3d] *Lunca-i lungă, iarba-i verde / Ce-am iubit nu se mai vede.* (nota del ed. dig).<<